
MAR VAQUERIZO
Todo lo que desees
esencia

Índice

Para mi madre...
Sin ti, esta novela no habría visto la luz.
Gracias infinitas por el esfuerzo para que mi sueño se hiciera realidad.
Te quiero

Si nada nos salva de la muerte,
Al menos que el amor nos salve de la vida.

PABLO NERUDA

Nota de la autora

Queridos lectores:

A pesar de que el libro que tienes en tus manos es una novela romántica fruto de mi imaginación, me gustaría puntualizar que para la elaboración del protagonista masculino, Alex, me inspiré en los dos únicos SEAL que quedan vivos de la Operación Lanza de Neptuno. Dicha operación, que acabó con la muerte del terrorista líder de Al Qaeda, Osama Bin Laden, se llevó a cabo el 1 de mayo de 2011 en Abbottabad (Pakistán).

Cuando comencé a escribir *Todo lo que desees*, no sabía qué términos, personajes o noticias reflejadas en ella iban a cobrar fuerza y trascendencia en la vida real... Por eso quiero dejar este apunte, para que conozcáis las fuentes y documentación que han enriquecido la trama.

Los datos que menciono en la novela sobre el operativo que se realizó, términos militares, vestuario, armamento y detalles, así como los sucesos posteriores y anteriores al hecho, están documentados con las fuentes que detallo a continuación:

La novela *Un día difícil,* de Mark Owen, escrita por uno de estos dos Navy SEAL que participó en dicha misión (bajo seudónimo para su seguridad), en la cual relata su vida como miembro de operaciones especiales del Ejército norteamericano, así como sus vivencias tras el 11S hasta llegar al operativo que dio muerte a Osama Bin Laden.

La película *La noche más oscura (Zero Dark Thirty)* de Kathryn Bigelow del año 2012.

Es muy difícil obtener datos sobre este tipo de operaciones y los miembros que las llevan a cabo por motivos de seguridad militar... Por suerte me he encontrado con documentos que me han facilitado la información que necesitaba para contaros lo que deseaba y situaros en la vida de Alex...

Lamento si aun así algún dato no es válido o se ha modificado al descubrir o hacer públicas nuevas noticias o hechos al respecto desde que terminé de escribir la novela hasta su publicación. Muchos detalles que envuelven la relación de los protagonistas forman parte de la historia mundial reciente y todavía hay muchos secretos por descubrir al respecto. Aún queda mucho por contar...

Prólogo

Madrid
Marzo de 2014

Salma revisaba por enésima vez la pantalla de su teléfono seguro.

No había confusión posible. El mensaje era claro.

Andrés, su hermano, había sido secuestrado por una organización desconocida.

No sabía cómo había sucedido, ni siquiera dónde... La frustración y la rabia la invadían cada vez que pensaba en ello. ¿Cómo había podido pasarle algo así?

Aún no había salido del peor año de su vida, todavía se sentía insegura y perdida... no necesitaba eso...

Intentando aplacar los nervios, conectó la radio del coche. Lo había aparcado en una zona de pago en el centro de Madrid, esperando que *él*, su única oportunidad, apareciera en cualquier momento para su habitual café de las cinco, si no tenía otros planes.

Dejó que los primeros acordes de la guitarra y la batería de *Karma*, la canción de un grupo desconocido que había descubierto por casualidad, Kill Them With a Toaster, templaran su ánimo y le enfriaran la cabeza. Debía actuar como siempre, tranquila, rápida, segura, centrada y letal. No había otra forma, pero la situación en la que estaba inmersa era complicada, agobiante y al límite.

En cuanto lo vio, el pulso se le aceleró, aunque intentaba evitarlo.

Cogió la minicámara de vídeo, desplegó la pantalla digital para verlo bien y comenzó a grabar.

Llamaba la atención. Era un hombre que no podía pasar desapercibido para ninguna mujer y sólo pensar en lo que casi con toda seguridad tendría que hacer para conseguir su objetivo hacía que se le desbocase el corazón.

Jamás le había pasado nada parecido trabajando, pero nada en aquella misión tan personal era lógico, ni coherente...

Estaba sola, debía actuar sola y rezar para que todo saliera bien. Ni toda su experiencia, profesionalidad y buen hacer habitual iban a ser suficientes.

Lo espió con discreción durante los veinte minutos que permaneció sentado en la pequeña terraza exterior, al sol del comienzo de la primavera, mientras hablaba por teléfono.

Acercó el zoom un poco más. Estaba sonriendo, pero no de forma abierta y alegre, era una sonrisa de medio lado, cargada de picardía y sensualidad.

Contemplarlo así no la ayudaba absolutamente nada a concienciarse de que él era su objetivo... ¡¿Cómo iba a ser capaz de cumplir con su deber?! No lo sabía, pero debía hacerlo. El día del intercambio para el rescate se acercaba y no había otra solución.

Alterada, como siempre que lo vigilaba, esperó a que se terminase el café, pagara la cuenta y se

alejase calle abajo.

No quería seguirlo más, no quería verlo arreglado y dispuesto para trabajar. Le dolía. No podía explicar por qué ni qué le estaba pasando, y aunque merecía la pena verlo con traje, no lo soportaba... porque era consciente de lo que eso significaba...

Pero sí lo sabía, sabía de sobra qué le pasaba. La atracción que sentía por él crecía cada día más y más, hasta el punto de comenzar a ser preocupante. El problema era que no podía evitarlo... y aún no sabía cómo había sucedido.

Cuando lo hubo perdido de vista, arrancó su Mini Cooper, maniobró un par de veces, hizo sonar de nuevo el rock de la canción de hacía un rato y se marchó prometiéndose a sí misma que no volvería a verlo más hasta que llegara el momento.

No quedaba mucho.

Ya había agotado todas las posibilidades.

El día se acercaba...

1

Abril de 2014

Era domingo. ¿Y qué? Como si era martes. No había días libres ni vacaciones si quería ganar dinero y mantener el ritmo de vida que necesitaba.

Alex se levantó a las dos de la tarde. Para él eso era madrugar y mucho. Se había acostado a las nueve de la mañana y ni siquiera había dormido las ocho horas reglamentarias. Tenía una cita a las tres y si no se daba prisa llegaría tarde.

Encendió el iPod a todo volumen, abrió el grifo de la ducha y se metió en ella sin esperar a que saliera el agua caliente.

Comenzó a cantar la canción de Ne-yo en cuanto oyó su melodía. Esbozó una sonrisa llena de añoranza al pensar cómo lo reprendería su abuela si lo viese con la música tan alta y haciendo el tonto. A falta de una familia convencional, ella lo cuidó como si fuese su hijo, hasta que su cuerpo no pudo más. Hacía mucho tiempo de aquello, demasiado tal vez... pero lo recordaba como si fuera ayer.

Se enjabonó deprisa, sin perder el ritmo de *Let Me Love You*, intentando no detenerse mucho en los recuerdos; estaba entrenado para ello. Se enjuagó, cerró el agua y salió sin utilizar el hidromasaje como hacía habitualmente.

Bailando la coreografía que había visto mil veces en la MTV, fue hasta la habitación desnudo y sin secarse. Entró en el vestidor y, sin parar de bailar, fue sacando la ropa que iba a ponerse. ¿Alguna vez encontraría a una mujer a la que decirle lo que Ne-Yo contaba en la canción? A ese paso, con tanto vivido y dedicándose a lo que se dedicaba, seguramente no.

Se puso a toda prisa la ropa interior y los pantalones vaqueros negros, que le quedaban como un guante, la camiseta blanca, que resaltaba su piel bronceada y unas zapatillas deportivas impecables. Era una comida informal, según indicaba el mensaje. Tenía licencia por tanto para dejar el traje colgado en el armario y lo agradeció. Por fin había encontrado una mujer que deseaba una cita normal. Se peinó con un poco de fijador ligero, colocando su pelo castaño claro, casi rubio, como le gustaba y guiñó un ojo verde esmeralda al espejo. No estaba mal para no haber dormido.

Ejecutó los pasos finales de la coreografía mientras cogía su cartera, las llaves del Maserati y la cazadora de cuero negra. Se podía haber dedicado al baile si hubiese querido. Todas las mujeres le decían que tenía un don para ello, pero con eso no ganaría lo suficiente, era demasiado fácil y tampoco era su vocación.

Aunque, pensándolo bien... quizá no pudiera dedicarse nunca más a su vocación. Eso le partía el alma.

Llegó al parking del restaurante en el centro, entregó las llaves y entró con paso seguro.

No le gustaba llegar antes que ellas, pero habitualmente era así, porque para la mayoría de las mujeres la puntualidad no es una virtud.

Se sorprendió cuando el maître le anunció que lo estaban esperando. Al parecer, la excepción confirmaba la regla.

Una mujer estaba sentada a la única mesa ocupada de todo el comedor. ¡Y vaya sorpresa! Normalmente eran de mediana edad o, si eran jóvenes, no solían ser muy agraciadas... Pero ella no encajaba en ninguno de los estereotipos. Era morena, guapa y lo miraba con mucha seguridad. Por un segundo pensó que el inseguro era él.

—¿Señora Ruiz? —preguntó, para cerciorarse de que era con quien había concertado la cita.

Salma se levantó de inmediato para saludarlo. Sabía que era guapo, ya lo había visto antes... muchas veces, en las que había sentido una atracción creciente hacia él, pero no esperaba que la impactara tanto tenerlo cerca. Aquel hombre desprendía sensualidad por todos los poros de su piel.

—Axel, ¿verdad? —dijo ella con el corazón desbocado, aunque sin dar muestras de ello, mirándolo a los ojos en todo momento.

Alex afirmó con un movimiento de cabeza. No le gustaba utilizar su nombre verdadero con las clientas, pero tampoco quería uno con el que no se reconociera. Así que decidió jugar con el suyo cambiando un poco las letras.

Alex en su vida privada.

Axel para trabajar.

Analizó a la mujer sutilmente. No sólo era joven y guapa, también tenía un cuerpo de infarto que ya lo estaba poniendo malo nada más verla. ¿Por qué lo había llamado? Nunca había conocido a una mujer como ella que lo necesitara.

—Siéntese, por favor —le pidió con la caballerosidad que lo caracterizaba siempre sin excepción.

Ambos tomaron asiento sin apartar los ojos el uno del otro. Todo resultaba extraño, como si ninguno de los dos debiese estar allí.

Alex esbozó una sonrisa de las que causan paradas cardíacas en las mujeres y, mirando a ambos lados para comprobar que nadie los escuchaba, se acercó a ella inclinándose un poco.

—¿Está segura de que es la señora Ruiz? —susurró, aún sin creer su suerte.

Salma respiró hondo, indecisa sobre si confirmárselo como debía o salir corriendo antes de que fuese demasiado tarde. Aquel hombre era un condenado demonio de sensualidad y, sin conocerlo, sólo por su físico, su tono de voz y su olor, ya podía hacer con ella lo que le diera la gana.

No era buena señal.

Finalmente, asintió para ganar tiempo y tranquilizarse.

—Perdone que haya insistido, pero... no esperaba encontrarme con alguien así —intentó aclarar Alex, recostándose en la silla.

Esa afirmación hizo que Salma se pusiera alerta. ¿Él también estaba sorprendido? Ya suponía que no daba el perfil habitual de sus «clientas» pero ¿hasta ese punto?

—¿Alguien como qué? ¿Qué soy? —preguntó, divertida por lo que él pudiera contestar.

Alex tragó saliva disimuladamente. Aquella mujer no se iba a quedar conforme con cualquier respuesta, ella no era de ese estilo, se veía a la legua. Tenía que esmerarse y ser sincero.

—Alguien tan apreciablemente guapa y joven no es lo habitual.

—¿Nunca? —insistió extrañada. Seguro que alguna había.

Él negó con la cabeza muy despacio, con un movimiento tan sexy que Salma no supo qué decir.

Se quedaron en silencio unos minutos. No era incómodo, pero sí extraño. Alex intentaba pensar qué le habría pasado a ese adorable bombón que tenía delante para acudir a él, mientras Salma esperaba que los nervios no le jugaran una mala pasada y ser capaz de realizar el trabajo que debía. Sabía que él era espectacular, pero no que fuese el hombre que les pediría a los Reyes Magos.

Comieron tranquilos, sin hablar mucho, observándose en cada movimiento.

Ella era consciente de que se iba a meter en problemas, pero ya no había marcha atrás. Era su única oportunidad. Se lo jugaba todo a una sola carta. En otras circunstancias lo habría planeado mejor, pero no había tiempo.

Alex, por su parte, aún estaba escéptico. Seguramente aquella belleza quería hablar en nombre de otra persona y sólo era un mero correo. ¿Para su hermana? ¿Alguna amiga? ¿Su propia madre? No sería la primera vez que lo regalaban por un cumpleaños. Las mujeres tienen mucha imaginación. A veces pueden ser incluso demasiado creativas.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó, tuteándola, porque ya no aguantaba más su curiosidad.

Salma lo miró dudosa de si contestar la verdad. ¿Por qué no? Ya estaba allí, lo tenía delante y el juego comenzaba.

—Treinta y dos. ¿Y tú? —Podían jugar los dos.

Alex enarcó una ceja ante el cambio de actitud. Algo le decía que cuando aquella mujer se relajase sería una bomba.

—Treinta y cuatro.

No eran muchos, aún era joven, pero no los aparentaba. Había que ver a muchos de su misma edad lo echados a perder que estaban. Incluso parecían tener diez años más en algunos casos. Estaba fantástico.

Salma le hizo un gesto al camarero para pedir la cuenta. Aquel sitio la estaba agobiando, quería salir de allí.

—¿No es extraño que nadie más haya comido en el restaurante? —preguntó él intrigado, mirando las mesas vacías que los rodeaban.

Había querido comentarlo desde el principio, porque conocía el lugar y normalmente siempre estaba lleno, pero se había contenido. No veía ningún peligro acechando.

Salma firmó la cuenta de tres mil euros y levantó la vista con seguridad.

—No. Lo he alquilado sólo para nosotros.

¡Vaya! Alex esbozó una sonrisa juguetona. Aquella mujer apuntaba alto, muy alto.

No podía defraudarla. Debía estar a su nivel.

2

Alex pidió su coche. Al parecer, ella había llegado en taxi.

Sólo eran las cinco y cuarto. No sabía adónde querría ir ni qué harían, pero lo que era seguro es que lo harían juntos.

Observó su cara cuando vio llegar el vehículo. Estaba sorprendida.

Le resultó extraño que un Maserati fuese tan excepcional para una mujer que había alquilado un restaurante como aquél sólo para ellos dos.

¿Nueva rica? Era una posibilidad.

Alex le abrió la puerta con caballerosidad y la cerró suavemente antes de rodear el vehículo para ocupar el asiento del conductor.

El motor ya estaba encendido, pero aun así pisó varias veces el acelerador con delicadeza, sólo por el placer de escucharlo rugir. Le encantaba aquel coche negro como la noche, que sonaba tan bien.

—¿Dónde deseas ir? —preguntó, mirando si había gasolina suficiente para llegar al fin del mundo si hacía falta. Era la primera vez que lo haría con gusto por una de sus mujeres. El depósito estaba lleno.

Salma dio un respingo. Estaba tan abrumada por él, por su olor en aquel habitáculo tan pequeño y por aquel coche que tanto le gustaba, aunque no se lo fuese a confesar, que la obvia pregunta la pilló por sorpresa. Alex volvió la cabeza para mirarla mientras enarcaba una ceja.

—¿Tu plan se acababa aquí o quieres que vayamos a algún sitio? —insistió pícaro.

Aún no quería abordar ningún tema sexual con ella. Se la veía más tímida de lo que aparentaba ser.

La verdad, era bastante incómodo hacer planes con una persona a la que no conoces de nada y ni siquiera sabes cómo es físicamente. Además, no ayudaba saber que el final iba a ser el mismo sí o sí hiciera lo que hiciese, porque para eso lo contrataban: sexo.

—¿Te apetece una copa? —Intentó parecer tan segura como en el restaurante, pero estaba muy nerviosa. Si fallaba, todo se iría al traste.

—Sí, por supuesto —contestó en tono suave.

Estaba percatándose de sus dudas y si no confiaba en él no habría negocio.

—Vamos a la terraza The Roof, en el Hotel Me, ¿lo conoces?

Claro que lo conocía, era el hotel más de moda de la ciudad y Alex había estado allí unas cuantas veces con otras. Cuando empezaba el buen tiempo, la azotea se convertía en una de las coctelerías de moda de Madrid. Se estaba muy bien de noche en pleno verano y también por la tarde un día de primavera como el que estaban disfrutando.

Además de guapa y joven no se escondía y parecía no importarle que la vieran con él, aunque al

saber que había alquilado el restaurante Alex había pensado todo lo contrario.

Asintió mientras aceleraba suavemente.

Salma no sabía qué más decir. Estaba en un coche, con un hombre medio desconocido al que había contratado para que estuviera con ella porque lo necesitaba, necesitaba su información; y resulta que era más sexy de lo que había esperado, tanto que no estaba segura de poder hacer lo que tenía que hacer...

Lo iba a estropear todo si no se tranquilizaba. Nunca había abandonado su profesionalidad durante un trabajo y esta vez, por mucho que la atrajera ese hombre, tampoco lo haría.

Alex observaba la inseguridad en ella cuando la carretera se lo permitía. Estaba nerviosa, incluso asustada en algunos momentos. Decidió que un poco de música suavizaría las cosas.

Conectó el equipo y comenzó a sonar *Fine China*, de Chris Brown. Le hizo gracia. En el videoclip, la pareja iba en un coche, igual que ellos ahora, sólo que era un Lamborghini Aventador rojo. Demasiado presuntuoso para él.

Inexplicablemente, se sentía muy cómodo con ella y hasta le dieron ganas de gritar, como hace Chris al principio del vídeo, pero se contuvo. Hacía tanto tiempo que no le sucedía que ya ni lo recordaba...

Salma escuchó la canción, una de las que le gustaban, y no pudo evitar tararearla en un susurro que deseaba que pasara desapercibido, pero la mirada de Alex le decía que de desapercibido nada de nada.

Él empezó a cantar más alto para que no se sintiera avergonzada y continuaron a coro con la canción. Sus voces encajaban perfectamente. Ella sonrió feliz, olvidándose por unos minutos de lo que había ido a hacer allí.

Alex estaba impresionado de cómo había funcionado la música. Al final, no sólo amansaba a las fieras, también había sido un bálsamo para aquella mujer que ahora disfrutaba cantando en su coche como si lo hiciese todos los días. Era increíble y algo que anotó mentalmente en la ficha que siempre fabricaba de cada clienta, aunque algo le decía que ella no iba a ser sólo una más... Él no se lo podía permitir. No era un buen momento.

Se detuvieron en un semáforo cerca de Cibeles y Alex no dudó en seguir el ritmo de la canción con el cuello y los hombros. Salma comprobó lo bien que se movía. Y no sólo eso, era perfecto, una distracción prohibida en su vida presente y con quien no iba a poder fingir si tenía que llegar hasta el final.

Alex aparcó en el parking de clientes del Me, intentando no pensar en todas las cosas que se le estaba ocurriendo hacer con aquella morena tímida que cantaba en su coche. Era raro, porque siempre pensaba en ellas como un negocio, pero con ésa le estaba costando.

Salió primero, para acudir con paso rápido a abrirle la puerta. La observó atentamente mientras salía del coche. Vestía de manera informal, igual que él, vaqueros pitillo negros ajustados, camiseta gris ceñida al cuerpo, pero con un escote amplio que hacía que le resbalara por el hombro, como le había pasado en el restaurante, y botines también grises con mucho tacón. Completaba el atuendo con una cazadora de cuero negra y entallada que se estaba poniendo justo en ese momento.

Era una belleza y estaba seguro de que algo no iba bien, pero su instinto de supervivencia, ese

que hacía algún tiempo tenía que tener activado las veinticuatro horas del día si quería seguir vivo, se estaba atrofiando con ella.

Salma esbozó una sonrisa abrumada. Ver a aquel tipo de más de metro noventa esperando a que saliera del coche con la sonrisa más pícara que había visto en su vida era como para que le diera un infarto, pero debía aparentar que ir del brazo de un hombre así, al que pagaba para que fuera con ella, era lo más habitual en su vida... Y se le estaba dando fatal.

Alex le apoyó la mano suavemente en la parte baja de la espalda para dirigirla al ascensor. Nunca lo había contratado una mujer tan tímida y luego se había exhibido con él. Normalmente, las de esa clase quedaban con él en su casa, o en algún hotel, por miedo a que alguien las viera y se les notara que estaban haciendo algo cuanto menos escandaloso, pero en ella todo era contradictorio.

Su instinto le decía que debía ser cauto, pero otra cosa era que lo consiguiera. Estar fuera de la primera línea de fuego tanto tiempo estaba anulando su sexto sentido.

Subieron a la azotea. Él sin apartar la vista de ella. Salma incapaz de mirarlo dos segundos seguidos sin pensar en lo que con toda seguridad iba a pasar al final de la cita.

Jamás en su vida le había pasado nada semejante y no sería porque no conociera hombres espectaculares, desde luego. Estaba rodeada de ellos todo el día, pues casi todos sus compañeros de trabajo lo eran, pero ninguno como él.

Debía concentrarse más de lo habitual. Era imprescindible.

Tomó aire.

—¿Te alojas aquí? —preguntó Alex, viendo cómo se ruborizaba en cuanto él abrió la boca para preguntar. Esbozó una sonrisa tranquilizadora, dejando a un lado su papel de *escort*. No quería asustarla, debía entretenerla hasta donde ella quisiera.

—Sí —contestó Salma, intentando ser tan valiente como acostumbraba. En comparación con lo que le tocaba hacer en otras ocasiones, aquello era un paseo.

—Es un hotel muy bonito y... caro —especuló Alex, deseando llegar a cielo abierto. Lo estaba agobiando un poco el ascensor. Aquella mujer olía demasiado bien.

Salma asintió. Sabía que el hotel era caro, quizá demasiado para lo que requería la ocasión, pero pensó que por el nivel de vida que Alex tenía y que ella había observado en sus vigilancias, estaría acostumbrado a eso y más.

Las puertas se abrieron y salieron a una gran terraza con sillones blancos y muebles de madera oscura al lado de la coctelería y al otro lado una piscina con tumbonas a juego con el resto del mobiliario. Él la dirigió hacia el lado del bar, donde la música sonaba suave, rozándole de nuevo la espalda.

Tomaron asiento en la zona más apartada. Alex pidió un gin-tonic con Tanqueray y Salma un mojito con fresas. No hablaron hasta que el camarero se marchó, después de servirles las copas.

—¿Estás segura de que quieres que esté aquí contigo? —preguntó Alex, incapaz de reprimir la curiosidad.

Ella no se comportaba como las otras y lo hacía sentirse inseguro y alerta.

Salma le sostuvo la mirada. Necesitaba cosas que aquel hombre tenía y por tanto quería que estuviese allí, aunque hubiese también otros factores, como la atracción que sentía por él, que iban a

alterar su futuro con toda seguridad. Tenía suficientes tablas como para darse cuenta de ello e intentar evitarlo. Otra cosa era que lo consiguiera.

—Sí, quiero que estés aquí —contestó muy convincente. Tanto, que ella misma se sorprendió por el deseo que expresaba esa simple frase.

Alex asintió, recobrando la seguridad en él y, por tanto, desprendiendo toda la sensualidad que Dios y sus padres le habían dado, para hacer su trabajo lo mejor posible.

Además, tuvo la suerte de que la música cambiara y sonara la sensual *Da B Side*, de Da Brat, JD y The Notorius Big, de la banda sonora de una de sus películas favoritas, *Bad Boys*. Justo lo que él iba a ser en un segundo... un chico muy malo...

—Entonces debes saber que puedo hacer todo lo que tú quieras —continuó con su papel, mirando alrededor para confirmar que nadie los oía. Aun así, se acercó más a ella y bajó su tono de voz, ya de por sí sensual—. Dónde y cómo tú quieras.

Salma empezaba a sentir vértigo y notó una oleada de calor de los pies a la cabeza. Él estaba muy cerca, con sus labios prácticamente pegados al lóbulo de su oreja, y una especie de corriente eléctrica de una intensidad hasta entonces desconocida para ella la invadió. Aquel hombre hablaba de sexo sin mencionarlo, de tal forma que no se podía pensar en ello como si fuese pecado, ni aunque hubiese estado en un convento. Él *era* el pecado. Jamás en sus treinta y dos años, Salma había sentido lo que le había provocado de manera tan sencilla.

Por fin asintió. Estaba cardíaca, pero debía mantener la calma como si se tratase de un operativo más.

—Sólo tienes que decírmelo —prosiguió él, sin apartar la vista de aquellos ojos castaños que le devolvían la mirada más asustados que deseosos de lujuria y desenfreno. Decidió tranquilizarla—: O, por el contrario, si quieres, podemos tomar algo tranquilamente en esta terraza, ir a cenar o a bailar y después te acompañaré a la puerta del hotel como un caballero y me volveré a casa. —Se acercó de nuevo a ella para ponerla en tensión. Le encantaba ver cómo reaccionaba—. Te repito que sólo tienes que pedirlo.

El teléfono de Salma sonó, haciéndola saltar en el asiento. Alex se apartó educadamente para dejar que contestara. Sacó a su vez su móvil del bolsillo y miró que no tuviese ningún aviso para otro trabajo.

—¿Sí? —contestó Salma, sin quitar ojo de las manos de Alex y memorizando el recorrido de sus dedos. Necesitaba tener su código de acceso al teléfono antes de llevarlo a la cama. Una vez que estuviese entre él y el colchón, estaba segura de que no sería capaz de reaccionar.

—Señorita Ruiz, el tiempo se acaba. Tiene cuarenta y ocho horas para proporcionarnos la información, o ya sabe lo que ocurrirá. Buenas tardes.

Ella intentó mantener la compostura todo lo que pudo. Estaba entrenada para eso, pero en las circunstancias en las que se encontraba, de poco le servía el entrenamiento. La situación la sobrepasaba. A duras penas estaba siendo capaz de representar su papel con aquel hombre, aunque, por suerte, él todavía no se había dado cuenta del engaño.

—No estoy interesada —dijo a la línea de teléfono, ya vacía—. Adiós —fingió despedirse, y colgó.

—¿Publicidad? —preguntó Alex para retomar la conversación, mientras tocaba la pantalla de su móvil para quitar el volumen, dándole a entender a Salma que su disponibilidad para ella era absoluta.

—Sí —contestó con una sonrisa en los labios—. Sólo publicidad.

3

Salma miró la puerta de su habitación, la 609 en el último piso, con un escalofrío. Él estaba tan cerca... podía sentir que sólo milímetros los separaban, su esencia envolviéndola. Al pensar en lo que iban a hacer, se le aceleraba el corazón.

No era la primera vez que se acostaba con alguien como parte de un operativo, lo había hecho cuando había sido necesario, pero en esta ocasión la misión era tan personal que no podía considerarla como tal. Los sentimientos estaban tan a flor de piel en tantos sentidos... Era la vida de su hermano la que corría peligro y tenía que actuar ya.

Abrió la puerta intentando que no le temblasen las manos, pero era imposible.

Alex alargó la suya hacia la tarjeta, rozándole ligeramente el costado.

—Espera, yo lo haré —se ofreció galante.

Salma tragó, cerrando los ojos con fuerza, aprovechando que él no podía ver su rostro. Ese roce la estaba matando, y si ahora era así, no quería ni imaginar cómo sería cuando tuviera sus manos recorriendo otras partes de su cuerpo.

La puerta por fin se abrió y ambos entraron en la habitación en penumbra. Había anochecido y sólo el reflejo tímido de las luces de la noche madrileña iluminaba la estancia.

Alex estaba convencido de que ella quería estar con él, lo notaba en cada mirada, movimiento o palabra que decía, pero no estaba seguro del motivo.

No debía pensar en eso, aquella mujer le pagaba para que le hiciera sentir todo lo que ella deseara y eso era lo que iba a hacer a no ser que le dijera lo contrario.

Salma fue a encender la luz de la habitación, pero él le cogió la muñeca suavemente, impidiéndoselo. La acercó con delicadeza, como si se tratase de una flor, y con un giro lento y sensual la puso de cara al mirador por el que se colaba la noche.

—Ya está suficientemente iluminada —le susurró al oído, mientras deslizaba los dedos como plumas por el brazo que había sujetado antes. Si mantenía el ambiente en penumbra, ella se sentiría menos abrumada y se relajaría un poco, o al menos eso esperaba. Solía funcionar—. Mira qué noche tan bonita tenemos sólo para nosotros.

A Salma se le estaba desbocando el corazón. Su voz era una viagra femenina, aunque era consciente de que lo mismo que le estaba diciendo ahora se lo habría dicho a muchas mujeres más. Inmediatamente, deseó que fuesen otras personas, que se dedicaran a otras cosas y no se hubiesen conocido porque ella lo había contratado. Ojalá fuese un hombre normal con el que hubiese coincidido en otras circunstancias.

—No pienses —susurró él otra vez, haciéndola girar para que lo mirase—. Es mejor para los dos, pero si deseas que me vaya, lo haré.

Salma mantuvo valiente la mirada en sus ojos verdes, indecisa sobre si contarle la verdad, pero

¿y si no la ayudaba? No podía arriesgarse, era su última oportunidad y tenía que hacer lo que fuese necesario.

—Quiero que te quedes —contestó.

Alex ladeó la cabeza ligeramente y esbozó una sonrisa sensual.

—¿Estás segura? —insistió—. Si seguimos adelante ya no habrá marcha atrás.

Ella asintió, incapaz de decir ni una palabra. No podía.

—Bien. Entonces te diré lo que vamos a hacer. Presta atención —exigió, levantándole la barbilla ligeramente para asegurarse de que lo estaba mirando—. Sólo haré lo que me pidas, sólo lo que tú desees, y me iré cuando tú decidas. Mientras esté aquí contigo, soy todo tuyo y sólo tuyo.

Escucharle decir que era suyo era más de lo que cualquier mujer podía esperar del hombre al que deseaba, y ni que decir tiene del que estuviese enamorada. Y, la verdad fuera dicha, Salma no estaba enamorada de Alex... pero casi. Los días que llevaba vigilándolo para asegurarse de que no corría peligro si se acercaba a él, para confirmar que era el hombre que intuía que era, ver cómo trataba a las mujeres y lo que les hacía experimentar, había hecho que ella quisiera lo mismo y sabía que únicamente él la haría sentir así. Estaba segura, porque con sólo hablarle como lo estaba haciendo, se sentía totalmente excitada y preparada para él.

—No sé qué necesitas, pero intentaré satisfacerte —terminó Alex, acariciando el rostro de terciopelo de la mujer.

—¿Tienes algún límite que no podamos traspasar? —preguntó Salma.

Tenía que ponerse en situación y no olvidar que era una misión, o se perdería antes de llegar al objetivo. Necesitaba los contactos que Alex tenía en su móvil.

El plan era acostarse con él y, cuando se quedara dormido o se fuese a la ducha, copiar la tarjeta y la memoria del dispositivo sin que se diese cuenta. Fácil para ella, lo había hecho cientos de veces... Pero todo se estaba complicando demasiado.

—¿A qué te refieres? —inquirió extrañado. El ambiente sensual se había esfumado y tendría que crearlo otra vez.

—No sé... no besar, como en *Pretty Woman*, que no te toque en algún sitio... ese tipo de cosas.

Alex se carcajeó por la ocurrencia. Desde luego, las películas hacían volar la imaginación mucho más de lo que una mujer necesitaba.

—No, preciosa —contestó, acercándose de nuevo, esta vez mucho más sexy—. Puedes besarme, puedes tocarme y, si se te ocurre algo más, dímelo.

Mientras recorría el poco espacio que lo separaba de ella, se quitó la camiseta con un sutil movimiento, dejando al descubierto un cuerpo trabajado y esculpido con elegancia en cada milímetro.

Observó su nerviosismo y se detuvo en seco justo antes de llegar hasta ella.

—Salma... tienes que ser sincera conmigo. ¿Quieres que esté aquí? —insistió. Estaba asustada y eso no era lo que pretendía. Ella asintió—. Tienes que confiar en mí, no voy a hacer nada que tú no quieras y desde luego no voy a hacerte daño. Si sólo quieres que hablemos, durmamos o estar acompañada, dilo. Soy lo que tú quieras que sea, un amigo, un amante... únicamente lo que tú quieras.

Cuando vio que se relajaba, Alex se acercó de nuevo con cautela. Miró alrededor y descubrió un

soporte de iPod. Por gentileza del hotel, había uno en cada habitación. Sacó el suyo del bolsillo de la cazadora, lo conectó a la base y buscó entre las carpetas. Encontró la canción que quería y pulsó el Play.

Volvió junto a ella y dio una vuelta lentamente a su alrededor Mientras *Fire We Make*, de Alicia Keys y Maxwell sonaba suave. Era una canción muy sensual.

Levantó lentamente las manos para quitarle la cazadora de cuero, la dejó caer al suelo y la miró a los ojos. Había deseo en ellos.

La música hacía milagros.

—Ahora voy a besarte, Salma. ¿Me dejas besarte?

Ella asintió, totalmente embrujada por él. Era sexy a rabiar y la tenía hipnotizada.

Alex se humedeció los labios justo antes de tocar los de ella. Lo que sentía era tan diferente a lo que estaba acostumbrado, que a veces no sabía cómo encararlo. Era tan atractiva y delicada... Le hubiese gustado conocerla en circunstancias diferentes, algo que nunca le había sucedido trabajando.

Salma sintió sus labios posarse suavemente sobre los de ella, mientras él le cogía las muñecas y las subía lentamente hasta su cuello.

—Mejor así —susurró, apartándose de su boca sólo un segundo.

Y de nuevo la besó muy suave y despacio, intentando que se acostumbrase a él. Salma se dejó hacer.

Animado por su actitud receptiva, deslizó los dedos por sus costados, subiendo y bajando, acercándose al pecho y volviendo a bajar. Supo que le gustaba, porque se agarró con más fuerza a su cuello y lo besó un poco más exigente. Satisfecho, Alex abrió sus grandes manos y le acarició de nuevo los costados hasta llegar al borde inferior del sujetador. Las dejó ahí, apretando a la vez su pelvis contra la de ella. Estaba duro y no habían hecho absolutamente nada. Algo iba demasiado bien y eso no era bueno.

Salma se decidió a colaborar. Ese hombre le gustaba mucho y ¿por qué no disfrutar de él? Quizá nunca más volviera a tenerlo en su cama... a no ser que pagara, claro.

Lo besó con más fuerza y comenzó a recorrerle el torso con las manos. Alex sintió un escalofrío nada habitual al sensual contacto de la mujer, pero intentó ignorarlo y, sobre todo, disimularlo. Le hacía sentir cosas para las que no estaba preparado.

Tiró de la camiseta de ella para poder acariciarle la piel y no la prenda. Salma tembló al contacto e interrumpió el beso para mirarlo. Se estaba perdiendo en él y estaba segura de que, si seguía, aquello le cambiaría la vida.

Alex le quitó lentamente la camiseta sin apartar la mirada de ella. Tenía un cuerpo bien definido, pero no excesivamente delgado, proporcionado en su justa medida. Era preciosa. Le puso una mano al final de la espalda y la acercó a él para retomar sus labios. Estaba tan a gusto con aquella mujer que estaba empezando a olvidarse de que todo era una transacción comercial. Placer por dinero.

Sin dejar el beso, fue empujándola lentamente hasta una mesa escritorio que había junto al mirador, la subió encima con las piernas abiertas y acercó su miembro para rozarse con su sexo.

Salma sólo pudo jadear. El beso, sentir su piel contra la de ella y la presión en sus partes íntimas con su pene ya hinchado, casi le hizo estallar. Demasiado tiempo sola.

—Tranquila —susurró Alex, mirándola un momento. Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad—. Mírame y dime qué quieres. Qué necesitas.

Le costó mirarlo. ¿Cómo le iba a decir que quería que la penetrara allí mismo, sin más miramientos?

—A ti. Ahora —contestó, decidida a no perder la oportunidad, con la voz entrecortada.

—¿Me quieres dentro de ti? ¿Es eso lo que me pides? —insistió, porque ahora había deseo en ella y quería verlo en sus ojos un poco más.

—Sí —jadeó ante la presión de Alex de nuevo contra sus vaqueros—, por favor.

—No supliques, Salma. Sólo pídelo.

—Te quiero dentro de mí... Ahora.

Alex se desabrochó el pantalón, mientras se quitaba las zapatillas ayudándose de los talones y las punteras. En unos segundos estaba desnudo ante ella, y era colosal. Aquel hombre era perfecto y él lo sabía, jugaba con ello y por eso le pagaban todas aquellas mujeres con las que lo había visto citarse.

Con seguridad, desabrochó lentamente el botón de los vaqueros de Salma sin apartar la mirada de sus ojos. Le bajó despacio la cremallera, la alzó lo justo para poder bajarle también los pantalones y la dejó de nuevo sobre la mesa.

Cuanto más la miraba, más le gustaba. Realizó el mismo movimiento con las braguitas y luego la dejó en la mesa y la atrajo hacia su miembro sólo para que lo sintiera en su piel.

La besó de nuevo y aprovechó la cercanía para quitarle el sujetador. Con los pechos al descubierto, le acarició uno con la mano y suavemente fue deslizando su boca hasta llegar al otro. Salma ahogó un grito al sentirlo por todas partes y se sujetó bien a la mesa, porque no quería caerse justo entonces.

Alex le soltó los pechos y la sostuvo con firmeza por la cintura para poder quitarle los botines y luego lo que le quedaba de ropa. En cuanto ella se sintió libre, abrió más las piernas, momento que Alex aprovechó para acercar el pene a su vagina sin penetrarla aún y rozarle el clítoris.

Salma se agarró fuerte a su cuello. Todas sus terminaciones nerviosas parecían haberse activado de golpe con ese contacto y la mesa ya no le bastaba para sostenerse. Alex comprobó que estaba más que lista para que la penetrara.

—Estás preparada.

—Sí —jadeó, aunque deseaba no haberlo dicho de ese modo.

—¿Tienes preservativos? —preguntó él, sin dejar de presionar su miembro contra su entrepierna.

—En la mesilla —contestó con la voz entrecortada.

Alex presionó una vez más contra ella, dejando entrar la punta de su pene sólo un segundo. Salma lo sintió dentro y jadeó de nuevo. Sabía cómo darle placer.

Una vez fuera, la dejó sentada sobre el escritorio y se acercó a la mesilla a coger los preservativos. Se puso uno con un movimiento rápido y regresó a su lado.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó con una sensual y traviesa sonrisa—. Ah, ya me acuerdo —se contestó a sí mismo, colocándose en la entrada de su vagina y penetrándola de nuevo sólo con la punta—. Justo por aquí.

Salma le sostuvo la mirada, rezando para que no viese en ella todo lo que le estaba haciendo

sentir. Eso la hacía vulnerable, pero un sexo tan bueno como el que le estaba dando aquel desconocido no lo había tenido en su vida, y eso que en realidad no habían empezado. Pensaba que ya lo había vivido todo, pero la vida le regalaba una experiencia más.

Alex la besó, mientras profundizaba la penetración muy lentamente, haciendo que temblara entre sus brazos.

—Si no quieres que siga, dilo ahora —susurró, intentando que no se notara la ansiedad que sentía por terminar lo que había empezado.

—Sigue —casi le rogó—. No pares.

Dicho y hecho. Alex entró del todo en ella y comenzó a embestirla, primero despacio, entrando hasta el fondo y saliendo casi en su totalidad, para que lo sintiera en todo su esplendor, varias veces hasta que ya no pudo más y lamió sus pechos para después penetrarla más duro, más rápido, hasta que notó cómo Salma se perdía en el orgasmo y, por primera vez, él no necesitaba pensar en otra mujer para llegar al clímax.

La atracción que sentían era mutua y los pilló a ambos por sorpresa. La compenetración en la cama era perfecta, él sabía lo que ella necesitaba y se adelantaba...

Si aquella creencia popular de que cada uno tiene su media naranja era cierta, con toda probabilidad ellos eran la del otro, o al menos la pareja sexual perfecta. Jamás lo hubiesen imaginado...

Alex había tenido relaciones con muchas mujeres muy diferentes en los últimos tiempos y sabía que algo especial había en ella, porque nunca había experimentado nada parecido...

Estaba desconcertado.

4

El agua de la fastuosa ducha de la habitación caía en cascada sobre Alex. Estaba dejando que le relajara el cuello y los hombros, con las manos apoyadas en la pared de pizarra negra.

Tocó uno de los mandos y el agua a presión lo asaltó desde todos los ángulos posibles. El hidromasaje hacía milagros y él necesitaba estar allí un rato para aclararse las ideas. Estar al lado de Salma le nublaba la mente y no se lo podía permitir.

Aquella mujer de apariencia frágil quizá no lo fuera tanto. Su instinto le decía que en ella había gato encerrado, pero no era capaz de ver cómo ni por qué. Era posible que se estuviera obsesionando con eso como excusa para no llegar más allá de un encuentro casual con su correspondiente compensación económica.

Definitivamente, necesitaba relajarse un rato.

Salma se levantó sigilosa en cuanto oyó correr el agua.

De puntillas, desnuda y aún mojada de la ducha que se había dado antes que él, rebuscó entre la ropa que había quedado esparcida por el suelo. Encontró el teléfono de Alex en uno de los bolsillos del pantalón, lo cogió y rápidamente desbloqueó la pantalla, imitando el movimiento que le había visto hacer en la coctelería de la azotea.

Con mucho cuidado, sacó un iPad de uno de los cajones de la mesilla, lo desbloqueó también, conectó el cable USB e intercomunicó los dispositivos.

Tenía mucha información en la agenda de contactos y también multitud de carpetas con música, vídeos, datos sobre personas, sobre temas sexuales... ¡Vaya! Se tomaba muy en serio su trabajo. ¿Tan rara era la gente a la hora de irse a la cama como para que tuviera un archivo específico para cada mujer? Viendo todo aquello, estaba segura de que ella había sido la más sosa con la que se había acostado, pero no sabía ser de otra manera.

Apartó esos pensamientos y se concentró en copiar la información. El agua no paraba de correr, pero ya habían pasado al menos cinco minutos y el tiempo se agotaba. Tampoco debía olvidar que el hombre que estaba en la ducha era un SEAL, un miembro de la Unidad de Operaciones Especiales de la Armada estadounidense, la élite del ejército, y además uno de los de mayor rango y de los que más misiones tenía a sus espaldas. Estaba retirado, o algo parecido, pero eso era como montar en bicicleta, nunca se olvidaba. Ella lo sabía muy bien, pues sus profesiones eran muy similares. Si la encontraba robándole información... no quería ni pensarlo.

El archivo era extenso y, cuando oyó que el agua dejaba de caer, la adrenalina se le disparó. Todo debía ser limpio y él no tenía que enterarse siquiera de que había tocado su teléfono.

En cuanto el archivo se copió, desconectó el cable USB, lo guardó junto al ordenador, limpió el

teléfono de huellas con un paño que tenía preparado para tal fin, corrió de puntillas hasta los pantalones tirados en el suelo y lo dejó todo igual que lo había encontrado.

Alex salió del baño enrollándose una toalla negra a las caderas. Ella estaba acostada de lado, abrazando una almohada. Parecía adormilada, pero enseguida observó que su respiración era demasiado rápida para eso. Por lo visto, seguía estando nerviosa.

Salma rezaba para que no se notara mucho su agitación. Había tenido que correr hasta la cama una vez dejó el teléfono, para que no la pillase in fraganti. Lo había conseguido. Los datos estaban en su ordenador y él no se había dado cuenta de nada. Esperaba que fuese suficiente para liberar a su hermano.

Alex se subió a la cama y gateó hasta llegar a su lado. No sabía si ella quería más de él, pero permanecería allí hasta que le dijese que se fuera. Siempre lo hacía, aunque deseara salir corriendo. Eran los inconvenientes de ser acompañante de mujeres; le podían gustar o no, pero todas pagaban por tenerlo y, como en su otro trabajo, a él le gustaban las cosas bien hechas, aunque con Salma no le costaba ningún esfuerzo.

La observó unos segundos y supo que estaba despierta, aunque intentaba fingir que no.

—¿Estás bien? —preguntó, acariciando su espalda desnuda. Estaba preciosa iluminada por la luna llena—. Sé que estás despierta.

Salma abrió los ojos en cuanto lo oyó hablar. No habría podido dormir ni aunque lo hubiese intentado con todas sus fuerzas.

—Sí —contestó, volviéndose para mirarlo—. Estoy bien.

No se explicaba cómo un hombre como él, con tantas condecoraciones y tantos éxitos en su delicado trabajo, había acabado ganándose la vida como acompañante de mujeres. No le veía ningún sentido, era incapaz de comprenderlo, aunque llevaba tiempo pensando en ello, pero tampoco podía preguntárselo.

Hacía años había visto informes y escuchado transmisiones de radio y sabía que era un héroe, le recordaba bien. Era uno de los mejores, aunque la mayor parte de los operativos en los que había participado eran alto secreto, como casi todos los de los SEAL...

Quizá algún día pudiese contarle quién era ella y averiguar más al respecto.

—¿Quieres algo más? —inquirió Alex, acariciándole la cadera con suavidad. Nunca les preguntaba nada parecido a sus clientas, pero con ella necesitaba saber que se había quedado satisfecha.

Salma le sostuvo la mirada unos segundos. En los ojos de él había sinceridad y eso la partió en dos, pero debía seguir con su papel, por mucho que desease que todo fuese de otra manera.

—Estoy bien, gracias.

Alex no dejaba de acariciarla como si lo necesitara, sin parar.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

Lo notaba extraño. Toda la seguridad en sí mismo que había demostrado desde el primer momento en que se encontraron, se había desvanecido.

Asintió. Aquella mujer le había removido sentimientos que ya no podía dejar quietos en su escondrijo, pero no se lo iba a decir. Era una clienta y eso debía seguir siendo.

—Axel, ¿quieres irte? —preguntó Salma, incorporándose hasta quedar sentada, recordando llamarlo por el seudónimo que él usaba para su trabajo. No debía saber que conocía su secreto—. Si quieres que te pague ya, sólo tienes que decirlo.

Se encontraba incómoda en aquella situación. Nunca había contratado a un hombre en el ámbito sexual y no sabía cómo debía actuar, ni cómo se hacían las cosas en esos casos.

Alex esbozó una sonrisa que quería ser traviesa, pero en realidad estaba molesto porque ella lo hubiese malinterpretado.

—Me iré cuando tengas todo lo que deseas de mí. Sólo tú lo decides.

A Salma esas palabras le sonaron a promesa, pero reaccionó rápidamente, desterrando la posibilidad de su mente. No debía pensar en historias que no podían ser, por mucho que le gustase ese hombre.

—Podemos dormir un rato, si no tienes nada mejor que hacer —le propuso sin saber qué decir.

Lo mejor sería que Alex se fuera, para así ella poder terminar el trabajo que había empezado, pero no era capaz de separarse de él. Aún no.

Sin palabras, Alex se incorporó y la observó unos segundos en su esplendorosa desnudez, perdiéndose en aquella maravillosa visión. Acarició su rostro con una ternura que no era fingida, aunque ella así lo creyera, le colocó un mechón detrás de la oreja y la besó dulce, muy dulcemente.

Salma levantó la barbilla para recibir el beso. Aquel hombre despertaba su cuerpo con un simple roce. Aunque le doliera separarse de él más tarde, todavía no pensaba hacerlo. Necesitaba ser egoísta aunque fuese una sola vez.

Quizá no sobreviviera a lo que estaba por venir. No tenía protección, ni cobertura alguna y, aunque era una buena agente, lo tenía complicado. Por primera vez en su vida, iba a saltarse unas cuantas normas profesionales y otras tantas autoimpuestas.

Alex le sostuvo la cara entre las manos para profundizar el beso. Podía ser el último que se dieran y quería que ella lo recordara bien. Lamió sus labios y penetró con la lengua en su boca lentamente, para que se le grabara a fuego la sensación. Salma gimió y él supo que lo estaba haciendo bien, que la tenía justo donde quería.

La apartó ligeramente para mirarla a los ojos. De nuevo el deseo brillaba en ellos.

—Todo lo que desees —susurró, con los labios rozando los suyos—. No lo olvides.

Salma perdió la conciencia y el sentido del deber. Acercó su cuerpo al de él y tiró de la toalla para deshacerse de ella.

—Una vez más —le pidió, tumbándolo sobre la cama con un leve empujón, mientras se colocaba a horcajadas sobre él.

Alex se incorporó de golpe para besarla más profundamente. Esas palabras y su actitud decidida lo habían excitado enormemente.

Salma lo empujó para que se tumbara de nuevo. Se sintió raro. Acostumbraba a ser él quien llevara las riendas, pero se dejó hacer.

Ella frotó su sexo contra el de Alex, que resopló por el contacto. Ya estaba muy excitado y casi

ni se habían rozado. Lo que le había pasado la vez anterior no había sido algo aislado. Comenzó a darle importancia al hecho de que Salma lo controlaba igual que él hacía con ella.

Más tranquila y segura, se colocó sobre su pene, lo situó en la entrada de su sexo y lentamente comenzó a bajar, dejando que la penetrara. Cada centímetro que entraba en ella, salía al segundo en un vaivén que lo estaba matando. Un poco más y fuera otra vez y así sucesivamente hasta que se dejó caer del todo y se empaló en su falo.

Alex tembló al sentir cómo las paredes de su vagina lo succionaban, excitándolo cada vez más, mientras Salma se movía arriba y abajo a placer. La dejó seguir un poco más, pero ya no podría soportarlo mucho más tiempo. Intentó cambiar de posición y quedar encima, pero ella no se lo permitió. Alex se sorprendió al ver lo fuerte que era, aunque no lo aparentaba, y, comprendiendo que quería ganar, la dejó hacer.

Salma aumentó el ritmo de las acometidas y Alex la ayudó colocando las manos en sus caderas y apretándola contra él, acompasando el movimiento.

Supo el momento exacto en que ella iba a llegar al clímax. Comenzó a temblar desde su interior, donde aprisionaba su pene, y eclosionó hacia afuera, gritando de placer. Alex la siguió sujetando y agitó las caderas más fuerte hasta que también él se dejó llevar.

De nuevo fue un orgasmo espontáneo. No sabía cómo había sucedido, pero con aquella mujer no necesitaba pensar en otras para poder alcanzar el placer máximo.

La situación comenzaba a ser preocupante...

Para ambos.

5

Salma se despertó a las seis de la mañana con una pesadilla. Veía a su hermano de rodillas en un camino de tierra o un desierto, con las manos atadas a la espalda, mientras un hombre le apuntaba en la nuca con una pistola. Ella corría y corría con un arma en la mano para intentar salvarlo, pero justo cuando tenía a tiro al hombre que lo amenazaba, éste disparaba y su hermano caía muerto al instante.

Se incorporó de golpe, ahogando un grito. Estaba sudorosa y respiraba con dificultad. Las lágrimas rodaban por sus mejillas como un torrente, pero se las secó rápidamente. Desde que Andrés había desaparecido esas pesadillas eran habituales. Se limpió la cara con las manos y se volvió hacia el otro lado de la cama.

Alex dormía y no se había dado cuenta de su estado. Estaba desnudo y acostado de lado. Estaba en paz, tranquilo... Estaba muy guapo.

No se podía creer que se hubiese dormido... Estaba tan relajada a su lado a pesar de las circunstancias, que se había dejado llevar demasiado. Decidió que era el momento de desaparecer. Tenía sus cosas en la maleta, que nunca deshacía, sólo tenía que coger el iPad y el neceser del baño. Él no se enteraría.

Necesitaba ponerse en marcha y acabar con todo aquello cuanto antes. Andrés tenía que vivir y ya disponía de lo necesario para liberarlo.

Suspiró mirando al hombre otra vez. Qué pena no poder estar juntos, habían conectado tanto...

Sigilosa, salió de la cama desnuda, se fue al cuarto de baño y recogió sus cosas sin hacer ruido. Entró en la ducha, abrió muy poco el grifo y se duchó en silencio, aunque el agua estaba helada y le dieron ganas de gritar. Pero necesitaba quitarse su olor de encima o no podría irse.

Sin apenas secarse, se puso unos pantalones de lino negros, una camiseta del mismo color, una chaqueta de lana larga, granate, las deportivas y guardó la ropa del día anterior en la maleta, junto con el resto de sus pertenencias.

Se acercó de puntillas al escritorio y dejó encima un sobre, después a la cómoda, sacó el iPad y los cables de conexión, retrocedió hasta el baño, lo guardó todo y, con sumo cuidado, caminó en dirección a la puerta.

Justo cuando iba a girar el pomo, se volvió para mirar la cama.

Alex seguía dormido, tranquilo... y ella deseaba meterse allí con él, acurrucarse entre sus brazos y no salir jamás. Pero eso no iba a suceder, ni en ese momento ni en el futuro.

Con un dolor en el pecho que nunca antes había sentido, abrió la puerta, salió de la habitación y se alejó como un fantasma.

En recepción, pagó los gastos del hotel y dejó aviso de que no entraran en la habitación hasta que la persona que estaba aún allí devolviera la llave y luego salió a la calle.

Debía actuar pronto. Sólo le habían dado cuarenta y ocho horas y ya habían pasado unas cuantas.

Tenía que llegar a su casa, seleccionar la información y prepararse para el intercambio.

Todo acabaría pronto. Ella no podía fallar.

Alex se despertó sobresaltado, como le pasaba a veces.

Normalmente no dormía bien, las pesadillas con muertos y misiones de alto riesgo en las que su vida pendía de un hilo invadían sus sueños, y el día que no lo hacían se despertaba con el estómago tan encogido que apenas podía respirar.

Miró alrededor para cerciorarse de dónde estaba, se situó y rápidamente tocó el otro lado de la cama.

Estaba vacío.

Se incorporó de golpe y se fijó bien en la habitación. Sólo su ropa estaba esparcida por el suelo, donde la había dejado cuando se desnudó la noche anterior, ni rastro de la de Salma. Observó que en el escritorio había un sobre. Se levantó con premura para cogerlo.

Dentro había tres mil euros, el doble de lo acordado. Nada más.

Se vistió a toda prisa, con rabia. Le hubiese gustado al menos despedirse de ella... incluso desayunar juntos...

Se aseguró de que llevaba las llaves del coche en el bolsillo y también el móvil. Al coger éste, lo vio. La representación de una sirena de policía naranja iluminaba la pantalla. Alguien había accedido a los datos del teléfono.

Hacía tiempo que colocó ese chivato en su móvil. Tenía información que siempre debía llevar encima y no había perdido las viejas costumbres.

Frunció el cejo sin dejar de mirar la alarma. ¿Era posible que Salma hubiese accedido a sus datos? La sensación de que algo no iba bien que había sentido al principio de conocerla regresó con fuerza.

—¡Maldita sea! —gritó al techo.

Se levantó enfadado, cogió la llave de la habitación, el sobre con el dinero y salió deprisa.

Debía averiguar quién era aquella mujer y por qué le había robado información.

Salma llegó en taxi a su casa, en un barrio de la periferia de Madrid. Eran casi las siete de la mañana y debía darse prisa.

No había recibido ninguna llamada más sobre el intercambio, pero el teléfono podría sonar en cualquier momento.

Sacó la llave del bolso para abrir, cuando se dio cuenta de que la cancela de la entrada estaba abierta.

Vivía en una casa unifamiliar, cerca del colegio al que había ido toda la vida en Carabanchel, en uno de los chalets que siempre había mirado con asombro de pequeña cuando pasaba por allí para ir a clase. Su sueño hecho realidad.

El día que vio el cartel de «Se vende» en la casa que siempre había querido, no lo pensó dos

veces. Ya era agente especial de operaciones y ganaba lo suficiente como para pagar una hipoteca cara, así que alquiló el piso en el que vivía y se trasladó allí.

Ahora, se puso alerta de inmediato. Abrió el bolso de nuevo, después el escondrijo en el doble forro y sacó su pistola automática acompañada de un cargador. Nunca salía sin ella.

Con cuidado, dejó la maleta a un lado para que no le estorbara y con sumo sigilo se agachó con la espalda apoyada en la pared lateral y empujó un poco la puerta para ver qué había dentro. Estaba oscuro y no veía bien, pero no podía encender ninguna luz. Debía dejar que los ojos se le adaptaran a la oscuridad antes de seguir.

Sacó su móvil del bolso, lo silenció y se lo metió en el bolsillo del pantalón. Se quitó la chaqueta para que no entorpeciera sus movimientos, cogió aire un par de veces para concentrarse y, agachada con el arma apuntando al frente, entró en su casa.

Alex llegó a su ático en el centro en menos de un cuarto de hora. Aparcó el coche en el garaje, intentando controlar su enfado, pero cada minuto que pasaba era peor. ¿Cómo había podido ser tan confiado? ¡¿Qué demonios le estaba pasando?!

Entró en su casa con prisa por llegar al ordenador. Necesitaba saber qué datos habían sacado del teléfono, cuándo y quién.

Su despacho estaba tenuemente iluminado por la luz del amanecer así que sin más luz que ésa, encendió el aparato, metió la clave de acceso y la pantalla cobró vida.

Al conectar el cable USB del ordenador al teléfono, vio de inmediato cuanto se había modificado en el dispositivo, incluso la grabación de quién había accedido a él.

Ver a Salma desnuda ante él robando sus datos le partió el corazón. ¿Por qué lo había hecho? ¿Quién era? ¿Qué era?

Bastante más enfadado que antes, conectó un segundo ordenador que había sobre la mesa y al instante apareció un programa que parecía una base de datos. Introdujo el nombre de Salma Ruiz y no apareció ninguna información, ni siquiera un DNI o un carnet de conducir. Algo no iba bien.

Volvió al primer ordenador y de nuevo tecleó el nombre de la mujer. No aparecía nada al respecto, ningún perfil de red social, nada, pero sí el nombre de alguien llamado Andrés Ruiz, que había desaparecido en lo que la policía creía que era un secuestro exprés.

Leyó la noticia intentando buscar alguna conexión entre Salma y aquel secuestrado, pero no encontró indicios concluyentes más allá de la coincidencia del apellido.

Se recostó en la silla, con las manos enlazadas detrás de la cabeza. ¿Qué estaba pasando? Se quedó pensativo un rato, mirando el amanecer. Hacía tres años que estaba retirado y dos que se dedicaba a satisfacer a las mujeres. En todo ese tiempo no había sucedido nada que tuviera relación con su pasado, nadie lo había reconocido y nadie lo había buscado, o al menos que él supiera. Era consciente de que en cualquier momento las cosas podrían cambiar, pero siempre confió en la palabra del capitán Summers, que le aseguró que nunca lo encontrarían si decidía desaparecer y era discreto en sus actividades.

Así había sido... hasta ahora.

De nuevo introdujo el nombre de Salma en los dos ordenadores, con el mismo resultado. ¿Se estaba volviendo paranoico? Tal vez ella sólo fuera una simple ladrona por encargo. En su agenda había nombres de esposas de altos cargos y gente importante que quizá le interesaran a alguien... si únicamente era eso, no sería tan grave para él.

Decepcionado porque creía que era otra persona y desde luego no una delincuente, se levantó de la silla y se dirigió a su habitación. Estaba demasiado cansado como para pensar mucho más. Estaba perdiendo facultades apartado de la primera línea de acción, algo que le cabreaba soberanamente. Echaba de menos aquella vida...

Se descalzó con la puntera de las zapatillas por el pasillo, se quitó la camiseta, lanzándola al cesto de la ropa sucia del cuarto de baño, se desprendió de los pantalones, que dejó según cayeron al suelo, y se tiró boca abajo encima de su cama tamaño extragrande.

Con la mano derecha alcanzó un mando que había sobre la mesilla, apuntó al gran ventanal y una persiana enorme comenzó a caer lentamente, tapando las vistas. La oscuridad era lo mejor para descansar y él necesitaba hacerlo durante unas cuantas horas.

Salma entró en la casa agachada y se colocó en el rincón de la entrada, al acecho.

Era posible que alguien estuviera vigilando fuera por si volvía a salir, pero ahora no podía ocuparse también de eso. Si estaba atrapada, lo arreglaría más tarde. Dentro tenía más armas si las necesitaba.

Cerró la puerta con un sordo clic y puso la cadena de seguridad. Quería cerciorarse de que nadie entraba mientras ella revisaba la casa y que tampoco podría salir sin entretenerse un poquito más de la cuenta.

No parecía que las cosas estuviesen revueltas y tampoco que quien fuera que hubiese entrado siguiera allí dentro, pero tenía que estar segura antes de hacer nada más.

Con el arma apoyada en una mano y empuñada con la otra, fue revisando las habitaciones una a una. También el hueco de la escalera. Cuando estuvo completamente segura de que no había nadie más que ella en la planta baja, subió la escalera con la espalda pegada a la pared.

Su habitación estaba tal como la había dejado antes de irse. Siguió caminando hasta el despacho y allí fue donde vio que todo estaba patas arriba. ¿Quién había entrado? ¿Qué querían? ¿La información de Alex? Sabían que aún no disponía de ella y, por otra parte, le quedaban al menos veinticuatro horas para que finalizara el plazo. ¿Estaban impacientes? Eso no era bueno.

Entró en la estancia para tratar de averiguar qué se habían llevado. El ordenador estaba encendido y habían intentado acceder al disco duro sin éxito. Era alguien experto y, por el aspecto que presentaba el resto de la casa, sólo había dos opciones, o los malos estaban ya al acecho sin esperar a la cita que se suponía que debían acordar para el intercambio, o la agencia sospechaba algo fuera de lo normal. Tanto lo uno como lo otro no pintaba bien.

En la agencia no sabían nada de sus últimos pasos. No podría trabajar en el caso de su hermano si ellos tomaban las riendas, pero además, desde hacía algún tiempo, Salma sospechaba que algo no iba bien por allí. No sabía qué o quién, pero algo pasaba.

Involucrar el caso de Andrés en una posible corrupción del departamento o del organismo oficial al completo no era positivo, por lo que lo mantendría en secreto todo el tiempo que fuese posible. Tenía el material necesario, sabía lo que tenía que hacer y cómo hacerlo. No los necesitaba.

Justo cuando iba a abandonar la habitación y dar por concluida la inspección, un ruido procedente de su dormitorio la hizo amartillar el arma y pegarse a la pared. No estaba sola.

Con mucho cuidado, fue avanzando hasta su cuarto, asegurándose de dónde pisaba y sin apartarse de la protección del muro. Una sombra pasó justo por delante de la puerta antes de que ella llegara.

—No te muevas o disparo —amenazó al intruso que tenía ante ella—. Levanta las manos donde pueda verlas. Lentamente.

Era un hombre con la cara descubierta. No parecía tener miedo a que lo vieran y, muy obediente, había hecho lo que ella le había dicho.

—Vuélvete despacio hacia mí.

El individuo obedeció y Salma se quedó helada.

—¡¿Jack?! —preguntó, totalmente noqueada al ver de quién se trataba.

El hombre la miró sin contestar, esbozó una sonrisa ladeada que ella conocía muy bien y empezó a bajar las manos despacio.

—¿Se puede saber qué haces entrando a escondidas en mi casa? —continuó preguntándole, ignorando el gesto conciliador de él—. Y ni se te ocurra bajar las manos.

—Salma, estás preciosa —fue lo único que contestó, colocándolas ligeramente en alto otra vez.

Hacía un año que no se veían. Cuando la agencia de Salma empezó a colaborar con otras agencias internacionales, Jack se convirtió en su compañero y en su pareja. Se había ido pidiendo unas largas vacaciones, con intención de aclararse las ideas para volver de nuevo a la acción en un futuro. Pero no había sabido nada más de él. Como si se hubiera esfumado.

Cuando Jack se fue, para Salma se acabó el mundo. Estaba tan unida a él que pensó que no podría superarlo. Era todo para ella, su ángel de la guarda en el trabajo, su aire para respirar, pero ahora que había conseguido salir adelante e incluso se había sentido atraída por otro hombre, aunque fuese un gigoló, aparecía como si nada hubiese ocurrido. Sin embargo, no era cierto, habían ocurrido muchas cosas.

—Déjate de gilipolleces. ¿Qué haces en mi casa? ¿Por qué has entrado a hurtadillas, como si fueses un vulgar ladrón?

Jack intentó dar un par de pasos, pero ella no estaba para tonterías y le apuntó con el arma como si no lo conociera.

Si algo había aprendido en todos esos años era que la gente se corrompía por dinero y Jack llevaba demasiado tiempo desaparecido como para no sospechar. Quizá sólo era una amenaza y no había ido a matarla. Esperaba que no lo hiciera, pero ya no estaba segura de nada.

—Me he enterado de lo de tu hermano —explicó escuetamente, quedándose donde estaba.

Salma alzó las cejas, sorprendida. Si estaba desconectado de todo aquel mundo, no tenía por qué haberse enterado de nada. Nadie lo sabía.

—¿Has vuelto al trabajo? —tanteó las posibilidades.

—Aún no, pero sigo teniendo contactos. Recuerda que hemos sido algo más que compañeros

durante cuatro años. La gente pregunta y, sobre todo, habla demasiado.

No la convencía para nada la explicación, su actitud le decía que Jack ya no era trigo limpio, pero no tenía cómo comprobarlo y... tampoco quería creerlo.

—Si vienes a ofrecer tu ayuda, no la necesito. Puedes irte.

Él se acercó sin miedo, con una sonrisa traviesa en los labios. Era muy guapo, moreno, con ojos oscuros, y siempre conseguía lo que quería.

—¿No me vas a ofrecer ni un café? ¿Ni siquiera por los viejos tiempos?

Salma negó con la cabeza, sin apartar la pistola.

—Lo siento, cariño. Siento si te hice daño —insistió—, pero tenía que irme y olvidarme de todo por un tiempo para poder seguir adelante. Empezaba a volverme loco. Créeme, por favor.

Jack nunca le había mentido ni había hecho nada que la hiciese sospechar, pero, aun así, toda precaución era poca.

—No te preocupes, ya está todo aclarado y superado —le mintió, indicándole con el arma que se apartara un poco, aunque él no se movió ni un milímetro—. Espero que este tiempo te haya hecho bien, pero ahora date la vuelta y baja la escalera.

Intentó acercarse otra vez, pero sabía que Salma era capaz de dispararle en una mano sólo para que le hiciese caso. Así que se dio la vuelta sin más excusas y bajó delante de ella a la planta inferior.

Salma estaba confusa.

Parecía que él hablaba en serio y era probable que siguiese siendo el Jack de siempre, su Jack, pero la duda la estaba matando.

—Date la vuelta —le ordenó, cuando llegaron al salón.

Jack se volvió y la miró.

Se la veía cansada, tenía ojeras y parecía nerviosa, pero no por él, sino como si algo la apremiara, como si el tiempo se le echase encima. Sólo la había visto así en un par de ocasiones. Algo iba mal.

No pensaba encontrarla en la casa, únicamente quería saber en qué andaba metida por culpa de su hermano. Le habían llegado rumores estando en Estados Unidos y había volado inmediatamente a Madrid sólo para cerciorarse de que estaba bien.

No sabía si la quería como antaño, sus sentimientos habían cambiado y tenía que averiguar qué sentía por ella, pero Salma lo había sido todo para él no hacía demasiado tiempo y la mejor compañera en todos los sentidos que se pudiese desear. Se lo debía. Ahora sólo tenía que convencerla.

—Salma, por favor...

—¡Cállate! —Elevó el tono de voz porque no tenía tiempo que perder, ni siquiera con él—. Quiero que me digas en menos de treinta segundos qué haces en mi casa, por qué has vuelto y cómo y qué sabes de «lo de mi hermano» —terminó con el mismo tono.

El arma aún lo seguía apuntando.

Jack cogió aire para pensar bien lo que iba a decir y poder explicarlo todo de forma que no diera lugar a equívocos.

—Estaba en Estados Unidos, visitando a unos amigos y a un antiguo contacto, cuando hablaron de un secuestro de alguien español. El rescate era información sobre gente poderosa española y tu apellido apareció mencionado. —Se acercó un poco más a ella—. En cuanto confirmé por mi cuenta que se trataba de tu hermano, cogí el primer vuelo disponible. Pensé que necesitarías ayuda.

Salma le escuchaba sin creer lo que oía. ¿De verdad había vuelto para echarle una mano?

—No necesito ayuda, gracias. Ya lo tengo todo controlado —declinó la oferta.

Nunca le habría pedido ayuda a no ser que estuviera desesperada y desde luego ahora no lo estaba. Era más probable que se la pidiera al SEAL que había dejado abandonado en la cama del hotel que a él.

—¿Estás segura? —preguntó Jack, escéptico—. Hablamos de tu hermano, Salma, no de un desconocido.

Sí, estaba segura. Había pasado mucho tiempo pensando en él cuando se fue y no le fue fácil dejar de hacerlo. Ya no lo quería en su vida, ni siquiera para rescatar a su hermano.

—Estoy segura —contestó. No deseaba darle más información al respecto.

Jack resopló impotente, pensando que iba a ayudarla lo quisiera ella o no. Era una cabezota y, por lo que había averiguado, la gente que tenía a su hermano eran unos asesinos y no se andaban con rodeos. Tampoco estaba seguro de que Andrés siguiera vivo.

Se volvió hacia la puerta para irse, cuando el teléfono de Salma sonó.

Ella lo sacó del bolsillo y en la pantalla vio que eran ellos, los secuestradores. Había llegado el momento.

Descolgó mirando a Jack fijamente. Si tenía algo que ver, quería tenerlo vigilado.

—Señorita Ruiz, esta noche hay una fiesta en la sala Moom. Estará en la lista de asistentes. No olvide su teléfono, lo va a necesitar.

No hubo nada más, cortaron la comunicación de golpe, como siempre hacían. No había podido preguntar si Andrés estaba vivo, aunque empezaba a dudarlo.

Colgó el teléfono sin apartar la vista de Jack. Necesitaba meterse en su despacho, seleccionar la información que le había robado a Alex y prepararse para ir a esa fiesta. Ni siquiera creía que le diera tiempo a dormir un rato.

—Tienes que irte —le dijo a Jack, avanzando hasta la puerta y abriéndola para que se enterase bien.

—Eran ellos, ¿verdad? —preguntó él, intentando sonsacarle algo—. No puedes hacerlo sola, Salma. ¿Quién te cubre las espaldas? ¿Quién te protegerá si algo sale mal?

Todo lo que decía era cierto. Hacerlo sola era peligroso, pero no había más remedio. Ya había sobrevivido a situaciones difíciles antes.

—Vete —insistió, con la mano señalando la calle.

—Por favor —rogó Jack, impotente—, me quedaré fuera con un sistema de escucha, pero no vayas sola... puede ser una trampa... Andrés...

Salma sabía que él pensaba lo mismo. Su hermano podría estar muerto y que ella acabara igual era muy fácil si nadie más sabía dónde estaba. Y, desde luego, a la agencia no les iba a pedir ayuda, podrían despedirla y, en caso de colaborar, no dejarían que fuera ella quien dirigiera la operación.

Además, ya era demasiado tarde. No se fiaba de nadie.

—Sé que puede que ya no esté vivo, pero... tengo que intentarlo, Jack. Si vive... tengo que ir sola.

Él respiró al ver que ella cedía un poco.

—Sólo te protegeré, sin intervenir. Lo prometo —insistió por última vez. Si no transigía, la seguiría.

Salma lo miró y pensó que si era uno de ellos iba a morir de todas formas, pero si no lo era, un par de ojos y manos extras para salvaguardarla no estaban de más. Él lo había hecho miles de veces antes.

—De acuerdo. A las cinco en punto aquí. Ahora vete, tengo muchas cosas que hacer.

Jack cedió con un asentimiento de cabeza. Aún estaba dolida con él, era obvio, pero era una mujer inteligente, astuta y con mucha experiencia a sus espaldas. Sabía que tenía razón y los reproches tendrían que esperar. Lo importante era salir vivos de aquel lío y con Andrés si era posible.

6

Alex oyó muy nítidamente el sonido del mail entrante en el buzón de su teléfono móvil. Ya no iba a poder dormir hasta que se enterase de qué se trataba.

Era una de sus clientas, Eugenia Sebastián, una madurita de las más ricas y juerguistas. Tenía un evento en una sala de fiestas muy importante de Madrid y quería que la acompañara. Después... lo habitual, pasar juntos lo que quedara de madrugada en un hotel.

El plan no estaba tan mal, pero después de haber estado la noche anterior con aquella ladrona y de aquel par de polvos sublimes, ya no era lo mismo. Quería ver a esa mujer misteriosa otra vez, no sólo para investigar qué estaba pasando, quién era y por qué le había robado información, también para, una vez solucionadas sus dudas, si todo era favorable, averiguar qué narices le pasaba física y sentimentalmente con ella.

Cómo había acabado siendo gigoló, no lo sabía a ciencia cierta; una cosa llevó a la otra y acabó poseyendo una agenda muy jugosa de grandes clientas. Una noche, un par de años atrás, dio el primer paso hacia lo que era hoy. Con el dinero de la cuenta corriente disminuyendo a pasos agigantados, la proposición de una mujer de ofrecerle dinero a cambio de sexo en un local de moda de la ciudad, mientras tomaba una copa para despejarse, fue su bote salvavidas.

En cuanto ella se lo propuso, un «no» se formó en su boca, pero tras un par de segundos, cambió de opinión y aceptó. Todo el dinero que había ganado en el Ejército lo había empleado en bienes y seguridad. Ahora tenía que mantener todo eso.

Durante un par de días, se reprochó mil veces haber cometido semejante error, pero tras esa mujer llegó otra con más dinero que ofrecer y después otra, todas amigas o conocidas de la primera, y comenzó a hacerse con un círculo de «usuarias» que pagaban muy bien. Estar unas horas en su compañía, acudiendo con ellas a comer, cenar, a alguna fiesta, y después tener relaciones sexuales a cambio de cientos o miles de euros, era una forma rápida de obtener lo que quería y además le permitía la clandestinidad que necesitaba. Todo en esas transacciones era discreto e incluso secreto.

Ésa no era su vida, la que de verdad le gustaba se la habían arrebatado de la noche a la mañana, pero si quería seguir vivo para recuperarla, tendría que continuar con ese sucedáneo hasta que fuese seguro intentarlo.

Se desperezó, presionó el botón del mando a distancia de la persiana y dejó que la luz invadiera la habitación. Eran las cuatro de la tarde. Hora de comer algo, hacer ejercicio y prepararse para ir a recoger a su cita.

Contestó al mail con el precio por el servicio. La mujer respondió al segundo con la confirmación y las instrucciones para encontrarse.

Todo estaba en marcha.

Salma llevaba horas delante del ordenador, estudiando los datos de las mujeres con las que Alex se acostaba.

Estaba fascinada con lo concienzudo que era para no confundirlas. Tenía una ficha de cada una, con todo lo que necesitaba para darles placer en la cama o pasar una tarde divertida.

Había leído la suya la primera. Había intentado no hacerlo, pero fue imposible... necesitaba saber...

No había mucho, sólo ponía que era guapa, inteligente y tímida. Sobre sus gustos sexuales no escribió nada. Salma intuyó que no le había dado tiempo. Se sintió decepcionada, le hubiese gustado saber qué opinaba a ese respecto. Lo que sí ponía era «¡Menuda sorpresa!» entre exclamaciones y con una carita sonriente con corazones en los ojos. Salma sonrió, porque también para ella él lo había sido.

Después de un rato con cara de boba, se reprochó su actitud. Se estaba desconcentrando de su cometido. ¿Qué le pasaba? El estrés y el cansancio estaban pasándole factura. Tenía que centrarse en el operativo de esa noche y después intentaría contestar la pregunta.

Dejó a un lado las cuestiones personales, junto con la curiosidad por saber cómo se las ingeniaba Alex con esas mujeres, y copió en una tarjeta de memoria vacía la agenda de contactos y todos los archivos disponibles bloqueados con clave de seguridad. No incluyó los de las mujeres, los whatsapps ni los SMS. Se ceñiría a lo que le pedían aquellos tipos y nada más.

Guardó la tarjeta dentro del forro de un bolso pequeño de lentejuelas negro, con una cadena plateada lo suficientemente larga como para llevarlo colgado del hombro y así tener las manos libres.

Ya eran las cuatro y media de la tarde y Jack llegaría en media hora. Salma tenía que ducharse y arreglarse y no quería que viese dónde había guardado la información. Aún no se fiaba de él al cien por cien... Toda precaución era poca.

Bajó a la cocina, corrió las cortinas para cerciorarse de que nadie la veía desde fuera y abrió un armario de la parte de arriba.

A simple vista, sólo había latas de conserva y recipientes en los que se leía «galletas», «pasta», «arroz», «azúcar»...

Salma alcanzó el del azúcar, lo abrió, retiró un recipiente que había en la parte superior con unos terrones y del doble fondo sacó un arma semiautomática de tamaño reducido con un cargador. La montó, puso el seguro y la dejó sobre la mesa.

Se puso de puntillas para alcanzar el tarro alargado de la pasta. Lo bajó, lo destapó, quitó el recipiente de encima, con cuatro dedos de macarrones, y sacó una bolsa de lona negra alargada. La abrió con rapidez para comprobar que dentro estaba el equipo de comunicaciones. Un broche negro y blanco de cristales de Swarovski era el micrófono, también había un anillo a juego equipado con otro por si el primero dejaba de funcionar, un par de pinganillos para escuchar y una grabadora digital. Cerró la bolsa otra vez.

Alcanzó una lata grande de galletas de mantequilla para el té. La abrió, quitó la capa superior repleta de biscotes y sacó una pistola automática y dos cargadores. Estaba amartillada, puso el

seguro y lo dejó todo en la encimera.

Eso no era lo único que tenía escondido en casa, había bastante más, pero el vestido que debía ponerse para una fiesta como aquélla limitaba mucho las cosas. No podría llevar más aunque lo deseara. Lo habían planeado así a propósito.

Para terminar, fue al baño y cogió un pintalabios color moca y un brillo de labios a juego. Los abrió para comprobar que era el color correcto y después, presionando en un lateral del brillo de labios, apareció el filo de una navaja.

Con eso sería suficiente. Subió la escalera y se dirigió a su habitación. Abrió el armario por la parte de los vestidos y comenzó a pasarlos uno a uno para seleccionar el adecuado. Bonito, elegante, que cubriera lo que necesitaba ocultar, pero enseñara a la vez, para que no pensaran que iba armada, y cómodo por si tenía que salir corriendo. Lo eligió en menos de un minuto, sacó unos zapatos a juego y lo dejó todo sobre la cama, junto al bolso. Debía ducharse ya.

Cuando se dirigía al cuarto de baño, volvió a mirar el vestido. Inevitablemente, pensó en una cita con Alex en la que pudiera lucirlo e imaginó qué le parecería cuando la viese con él puesto... Era increíble, no podía quitarse a ese hombre de la cabeza. Nunca le había pasado nada igual... ni siquiera con Jack...

Alex terminó de hacer sus ejercicios diarios de mantenimiento antes de meterse en la ducha. Debía recoger a la señora Sebastián a las siete en punto y tenía que empezar ya a prepararse. Ducha, hidromasaje, afeitado... Iría hecho un pincel, como le decía su abuela. Esbozó una sonrisa cómplice, mirándose al espejo al recordarla.

Apartando ese pensamiento y centrándose en el presente, se dirigió al armario y eligió un traje oscuro, corbata del mismo color y camisa clara. A la fiesta iría lo más granado de la ciudad y, conociendo a Eugenia, su clienta, y lo que le gustaba, aquel atuendo era el adecuado.

En la radio que tenía encendida, oyó sonar de fondo *Out of My Head*, de Lupe Fiasco y Trey Songz y rápidamente se acordó de Salma. Se había colado en su cabeza y, aunque lo intentaba, no paraba de pensar en ella entre sus brazos. Pese a la furia que le producía pensar el robo y el peligro que éste suponía para su seguridad, no podía evitarlo. Esa mujer se había llevado algo más que información, había robado parte de sí mismo... le había hecho sentir cosas que antes de conocerla no creía que fuera a experimentar nunca más.

Hacía tiempo que no recordaba cómo había sido su última relación antes de entrar en el Ejército. Nada ni nadie le había hecho pensar en lo que sentía cuando una mujer le gustaba de verdad. En su actual trabajo había sentido atracción física, por supuesto, pero no ese otro sentimiento.

Los recuerdos lo invadieron, dejándole un doloroso regusto de añoranza. Hacía tanto de eso...

Decidió no abrir la caja de los truenos, aunque la realidad lo abrumaba por segundos y no sabía cuánto tiempo sería capaz de mantenerla cerrada.

Tenía su teléfono y su mail, así habían contactado para el servicio de la noche anterior. Después de acabar ese nuevo trabajo, ya pensaría si la llamaba. Sin darle más vueltas, apagó la música, bajó la escalera, cogió su cartera, el móvil, las llaves del Maserati y salió a trabajar.

Podía no parecer un trabajo a ojos de la gente, pero lo era. Otra cosa era que, dependiendo de quién lo contratara, lo pasara mejor o peor.

Esa noche prometía. Eugenia solía llevarlo a fiestas en los clubes y restaurantes más caros y más de moda de Madrid para exhibirlo. Al principio se sentía incómodo con esas cosas, pero ahora no les daba ninguna importancia. Esa noche era su pareja y nada más, como muchas otras mujeres y hombres van acompañados por personas diferentes cada día y nadie los critica por eso, sólo que él además cobraba por ello.

Iba a salir a divertirse.

Jack llegó puntual, como ella le había pedido. Llevaba un traje negro, camisa blanca y corbata negra. Salma se sorprendió al ver su atuendo. No le había dicho adónde iban.

—¿Por qué vienes tan elegante? ¿Adónde crees que vas? —le preguntó, nada más abrir la puerta.

—Hola a ti también, cariño —dijo Jack en respuesta, acercándose con sutileza para darle un beso en la mejilla entre palabra y palabra.

Un poco molesta, Salma lo vio entrar como si nada, pero no podía evitarlo. También había sido su casa hasta un año atrás.

—No me has contestado —insistió con poca paciencia.

Jack se volvió, ajustándose las mangas de la camisa con la chaqueta y con una sonrisa de suficiencia en la boca.

—A una fiesta en la sala Moom, ¿y tú?

—¿Cómo lo has averiguado? ¿Para quién trabajas? —inquirió Salma, buscando con la mirada un arma, algún objeto contundente con el que golpearle, e incluso si había alguien más fuera de la casa.

—No trabajo para nadie, Sal, y lo escuché cuando te llamaron. El tipo hablaba alto —aclaró con una media sonrisa en la boca, usando ese dimutivo cariñoso tan íntimo para ellos.

Sabía que no tenerlo todo controlado como creía, iba a sacarla de sus casillas. Le encantaba ponerla rabiosa, porque después, cuando todo pasaba, las cosas salían bien y regresaban vivos, ella era la más melosa, seductora y dulce mujer que cabía imaginar.

Se sintió mal al pensar que eso sólo era un recuerdo, que ya no estaban juntos y que no volverían a estarlo, al menos no hasta que la reconquistara. Eso iba a ser más duro que pasar tres días llevando a cabo una vigilancia clandestina a pan y agua... Salma no era una mujer fácil de por sí, pero cuando se sentía atacada y despreciada, cerraba la puerta a cal y canto.

—Yo voy a una fiesta en el Moom, tú vas a un coche aparcado en la acera del Moom, con esto.

Alzó la bolsa de lona que había dejado preparada sobre la mesa del salón con el equipo de escucha. No lo iba a dejar interferir, lo conocía y esta vez sería como ella ordenara. Que contara lo que le había preguntado tan rápido y sin excusas era una buena señal de que no se había pasado al lado oscuro.

Jack suspiró exasperado. Era la más cabezota del reino cuando se lo proponía.

—Salma, si estoy dentro contigo, aunque sea en un segundo plano, será más fácil si surge algún...

Ella se aproximó hasta él como un caballo desbocado.

—O lo hacemos a mi manera o ya te estás largando.

Eso fue lo único que dijo, justo antes de quedarse plantada frente a él. Lo había querido mucho y antes se lo perdonaba todo, pero ahora... ahora no le iba a pasar ni una.

Jack no lo pudo evitar, bajó la mirada hacia la bata negra de raso que cubría al bellezón de mujer que tenía delante y que había sido suya muchas, muchísimas veces... noche tras noche durante cuatro años... Preciosa, sensual y dispuesta para él. Levantó la vista de nuevo, la cogió por la cintura y, sin dejarla respirar, la besó.

Salma no lo vio venir. Cuando se quiso dar cuenta, Jack la estaba besando. En otro tiempo, ese beso habría sido una droga para ella y los habría conducido a su dormitorio o a caer rendida en sus brazos allí mismo, pero ahora no... Ya no... Había probado otra cosa, a otro hombre que no hacía falta ni que la besara para conseguir mucho más... Lo apartó de un empujón, sorprendiéndolo.

—No vuelvas a besarme, Jack. Ni se te ocurra —lo amenazó valiente.

Él enarcó las cejas, confuso. Creía que ella deseaba que volviera, así había sido tiempo atrás por las noticias que le llegaban, y al ver con qué atuendo lo había recibido, lo había creído aún con más razón.

—Lo siento, Salma. Siento haberme ido y no haberte llamado y todas esas estupideces que hice, pero te sigo queriendo. Nunca he dejado de hacerlo. —Se le acercó de nuevo, pero se encontró con su mano en el pecho, frenándolo—. Podríamos volver a intentarlo.

Después de esa última frase, la que sonrió fue ella. Nunca pensó que le diría a Jack lo que estaba a punto de decirle.

—Hace veinticuatro horas, tenías un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que te hubiese dicho que sí... Hoy te digo que no.

Él frunció el cejo, asimilando cada palabra. ¿Qué narices quería decir? ¿Llegaba tarde sólo por un día? ¿Qué coño había pasado el día anterior?

—¿Por qué? —se decidió a preguntar, aun sin estar seguro de querer saberlo.

Salma le sostuvo la mirada con seguridad, algo que notó que le influía, haciéndolo menos gallito.

—Porque no eres el hombre que me puede hacer más feliz y tengo que intentarlo con esa persona.

Jack no daba crédito. Se frotó la frente con los dedos, pensando muy bien qué decir.

—¿Me estás diciendo que ayer mismo conociste al hombre de tu vida?

—Eso creo —contestó Salma sin titubear, apretando los labios, porque estaba viendo a Alex muy nítidamente, desnudo delante de ella preguntando «¿Por donde íbamos?... Ah, sí, justo por aquí», y todo lo que venía después.

—Te estás sonrojando —afirmó Jack, señalando su cara.

Ella rio, incapaz de controlarse. Sonrojado se iba a poner él si le contaba cómo lo había conocido, pero no quería explicárselo y tampoco era el momento.

Jack entendía menos a cada segundo.

—Será mejor que nos preparemos para lo que tenemos que hacer. Eso es ahora lo único que importa —zanjó Salma el tema, pensando que en cuanto solucionara el problema de su hermano, contrataría a Alex otra vez, se lo explicaría todo con detalle, se disculparía y después dejaría que hiciese su trabajo, porque lo hacía mejor que bien.

Sonrió de nuevo.
Sin duda era lo que más le apetecía hacer en esos momentos. Ojalá la vida fuera así de fácil...

7

Alex llegó a la sala de fiestas con Eugenia sentada en el asiento contiguo de su coche.

Era una mujer de cuarenta y ocho años que estaba muy, muy bien para su edad. También era cierto que el dinero todo lo puede y que llevaba unas cuantas operaciones en su cuerpo, aunque apenas se le notaba. Él lo sabía sin preguntar. Después de tanto tiempo entre mujeres diferentes, y casi todas de alto estatus económico, se había vuelto un experto.

Eugenia era muy atenta con él. Lo colmaba de regalos y detalles cada vez que se veían y esa ocasión no había sido menos. Acababa de regalarle un cronógrafo automático Tag Heuer, de la colección Mónaco edición limitada ACM, que no era nada fácil de encontrar, pues había muy pocos. Tenía la esfera cuadrada, lo que daba un toque de originalidad a su atuendo elegante y sobrio.

—Te queda divino, mi amor —lo halagó ella, acariciándole los labios con un dedo, mientras él estiraba una mano para sacar las llaves del contacto del coche.

La miró con sonrisa cómplice. El secreto de su trabajo consistía en dejarse mimar y eso a Alex no le costaba nada en absoluto.

—Gracias, Eugenia. Es un gran detalle.

La mujer lo miró con deseo y, aleteando las pestañas, se acercó a él y le puso una mano en el pecho, deslizándola sobre los botones de la camisa blanca y el borde de la corbata.

—No es nada comparado con los que tú tienes conmigo —le susurró pícara, mientras le guiñaba un ojo.

Se refería a sus atenciones sexuales, pero ése era su trabajo. Todas las mujeres que pasaban por sus manos quedaban satisfechas, si no, corría el riesgo de no cobrar o, lo que era peor, que no volvieran a requerir sus servicios.

Alex esbozó una sonrisa torcida y traviesa, cogió la mano de la mujer para apartársela con delicadeza y la besó en la palma antes de soltarla.

—Debemos salir. Tus amigas deben de estar esperándote.

Ella asintió con un suspiro. Abrió el bolso, sacó un espejo, se repasó el carmín, miró que todo estuviese perfecto y lo cerró.

—Se van a morir de envidia, como siempre que me ven contigo —comentó divertida.

Alex lo sabía de buena tinta y rio travieso mientras salía del coche para ir a abrirle la puerta.

La observó mientras la ayudaba a bajar. Llevaba un vestido de cóctel corto, color frambuesa, que se adaptaba perfectamente a sus formas, con unos zapatos y un bolso plateados a juego. Todo era muy caro y elegante, lo habitual en aquella mujer.

—¿Preparada? —preguntó Alex esbozando una sonrisa y ofreciéndole el brazo. Eugenia se cogió a él muy sonriente, sin dudar.

Salma iba sola en un taxi.

Si hubiese sido por Jack, habría ido con él en el coche, hubiesen entrado juntos a la fiesta con ella cogida de su brazo y llevando chaleco antibalas como poco. Por suerte, las amenazas eran para Salma un gran recurso en ese momento y la única manera de que él hiciese exactamente lo que ella quería.

Ahora seguía al taxi en su coche, muy enfadado. Lo podía oír respirar y refunfuñar perfectamente por el sistema de escucha que le había obligado a llevar conectado.

Salma sacó el móvil para disimular delante del taxista, como si estuviese llamando a alguien, y así poder hablar con él.

—Jack, o paras de una vez o me quito esto —susurró al móvil, refiriéndose al diminuto auricular que llevaba metido en la oreja y el anillo y el broche donde estaban los micrófonos ocultos.

Jack suspiró. Estaba muy enfadado con Salma por arriesgarse así sin saber siquiera si su hermano estaba vivo. Pero estaba ciega, ciega de impaciencia por liberarlo y él... él esperaba que hubiese alguien a quien liberar, porque si no era así, ella corría un gran peligro, por muy concurrida que estuviera la fiesta.

—De acuerdo. Ya paro, pero tú tienes que...

—Me lo quito. ¡Te lo juro! —lo amenazó con más firmeza, impidiéndole acabar.

—Vale, vale, vale. Ya me callo.

Salma suspiró, pensando que era la enésima vez que se lo prometía y a los cinco minutos volvía a empezar. No se creía ni una palabra, pero por otro lado se alegraba de escucharlo en secreto, como antaño... de que estuviera allí... Lo quisiera reconocer o no, a pesar de todo el daño que le había hecho, lo había echado mucho de menos... Lo había querido tanto... En realidad aún lo quería. No se olvida a las personas amadas de un día para otro, y aunque hubiese pasado ya un año desde que él se fue, no habían aclarado su situación, ni hablado de por qué sucedió... Había muchas cosas pendientes entre ellos.

El taxi paró en la puerta del local, Salma pagó el importe, dejó algo de propina y salió del coche.

Jack estaba observándola desde la acera de enfrente. ¡Vaya! ¿Cómo había dejado a una mujer así sola tanto tiempo? Al final iba a ser verdad que era un gilipollas, pero se marchó porque debía hacerlo. El trabajo le estaba afectando en el ámbito personal, aunque a ella siempre se lo ocultó. Quizá ése fue su mayor error, no contárselo para no preocuparla, hasta que al final le quedó únicamente una opción: alejarse.

Salma había elegido un vestido matador. Corto, un par de palmos por encima de la rodilla, con dos aberturas a los lados de la falda para caminar con mayor comodidad, pero también para dejar ver sus piernas kilométricas. La parte de arriba era peor aún. Por delante no tenía mucho escote, era recto, tipo barco, pero por la espalda... ¡no tenía espalda!, era todo abierto casi hasta la cintura. Toda la tela estaba cubierta de diminutos cristales negros y Salma se había puesto el broche con el micrófono oculto sobre el pecho derecho. También llevaba el anillo a juego por si el otro fallaba.

Lo que tenía a Jack alucinado era que iba armada con dos pistolas y no se le notaba que las llevaba. Eso siempre lo hacía sentir orgulloso de Salma, que tenía recursos para todo. Era increíble

cómo se protegía en las misiones aun con un vestido de cóctel.

Era de los mejores agentes secretos en activo de que disponía el país. Valiente, resolutiva, inteligente, discreta y la mejor compañera que se podía tener, puesto que ponía a sus compañeros, y mucho más a sus agentes al cargo, por encima de todo, incluso de sí misma.

Jack suspiró cuando la vio caminar con la seguridad que la caracterizaba, con unas sandalias abotinadas de tacón infinito, con delgadas tiras adornadas asimismo con cristales, que se unían en el centro en un dibujo geométrico. Era una auténtica belleza y él definitivamente un gilipollas.

—Estás que lo rompes, nena —le dijo mediante el sistema de escucha, desde el coche.

—Y tú eres tonto —susurró Salma, intentando no sonreír para que nadie sospechase.

—Ten cuidado —añadió Jack más serio, con un cambio radical de tono de voz. Estaba preocupado de verdad.

Ella se dio la vuelta para mirar el coche, sonrió discretamente para tranquilizarlo y se encaminó hacia la puerta, nerviosa, aunque lo ocultaba muy bien.

Había oído ese tono de voz muchas veces antes, cuando estaba expuesta a un peligro extremo. La sobrecogía pensar que ahora quizá no saliera con vida de allí, pero tenía que intentarlo... tenía que salvar a Andrés. Si no lo hacía ella, nadie rescataría a su hermano.

Alex estaba esperando en la barra a que Eugenia regresara de ser fotografiada en el *photocall*. Se estaba tomando su habitual gin-tonic con Tanqueray, aunque todo el mundo bebía los cócteles que unas camareras vestidas de cabaret les ofrecían.

La fiesta no estaba mal. Era de una firma de ropa muy conocida y había gente famosa llenando el local y acaparando a los fotógrafos para salir en primera plana de las noticias del día siguiente, o bien en las revistas del corazón.

Alex dejó de mirar por un momento la puerta para pedirle al camarero que le fuese preparando otra copa.

—Un mojito con fresas —oyó decir a una mujer a su lado.

Se dio la vuelta muy lentamente, consciente de quién era, sin poder creer aún en su suerte.

Salma.

Cuando se volvió del todo, ella estaba de espaldas, mirando hacia la puerta de entrada y Alex sólo podía ver su espalda desnuda. Y... ¡oh!, los ojos se le perdieron al final del vestido, haciendo regresar los recuerdos y llevándolo incluso un poco más allá. Aspiró sutilmente su olor, lo que le hizo sentir una punzada de anhelo.

El camarero dejó el cóctel sobre la barra, Salma lo cogió y se volvió en dirección a Alex.

Cuando lo vio, una corriente eléctrica la recorrió de pies a cabeza. ¿Qué hacía él allí? Imágenes de todo lo que habían hecho hacía sólo unas horas la invadieron, dejándola bloqueada.

—Hola —saludó él, más serio de lo que pretendía, pero lo del robo de la información le había dolido y no podía obviarlo al tenerla delante.

Salma se quedó mirándolo embobada, con el corazón a mil y un tembleque de piernas que no había sentido nunca.

Aquello no podía estar ocurriendo. Estaba en mitad del operativo más importante de su vida y no podía tener interferencias, en especial una tan grande como él.

—Hola, Axel —balbuceó, sin saber qué más decir. Al menos había recordado usar su seudónimo.

Tenía que intentar deshacerse de él, pero no iba a ser fácil precisamente.

Alex miró alrededor, buscando un posible acompañante, pero al parecer no había nadie más.

—¿Estás sola? —preguntó para confirmarlo.

Salma asintió nerviosa. Jack la estaba acribillando a preguntas por el dispositivo de escucha, pero ella no podía responderle.

Alex se le acercó sin dejar de mirarla fijamente a los ojos.

—Creo que tienes algo que me pertenece —le espetó a bocajarro.

Salma suspiró cerrando los ojos, incapaz de contestar a eso. En aquel momento no podían hablarlo.

—Lo siento, Alex.

Se equivocó de nombre, porque Jack la estaba agobiando por el auricular.

Se dio cuenta de su error, pero pensó que era mejor no corregirse. Él podía creer que se había confundido sin más.

Pero Alex achicó los ojos, comprendiendo. Ella sabía quién era o, al menos, su nombre real y eso ya era harina de otro costal.

Sin previo aviso, la agarró sutilmente del brazo, le tendió su mojito, él cogió su gin-tonic y la alejó de la barra, que ya comenzaba a estar demasiado concurrida.

Miró alrededor, buscando un lugar tranquilo donde hablar sin que los oyeran. Sólo vio el pasillo de los servicios.

Tiró de ella con suavidad pero también con firmeza, para que caminara con naturalidad junto a él, hasta que llegaron al distribuidor que separaba el servicio de hombres del de mujeres. Alex miró las dos puertas unos segundos, pensando qué hacer. Se decantó por el de hombres. Era más probable que éstos no montaran un espectáculo porque hubiese una mujer dentro que al revés.

Salma sabía que no tenía escapatoria. Si ya era grave que se hubiese enterado del robo, aunque ella creía que fue todo muy limpio y que no dejó pistas, que lo hubiese llamado por su nombre real era el colmo.

Todas las expectativas que tenía respecto a él empezaron a esfumarse.

¿Qué iba a hacer Alex? Ese tipo era peligroso si decidía que ella suponía una amenaza.

Pero no le tenía miedo, Salma iba armada y tenía coraje para defenderse en caso de que él decidiera tomar el camino de la fuerza bruta. Era su profesión, lo había hecho cientos de veces y por mucho que la atrajera como hombre, si era un enemigo lo trataría como tal.

Los aseos eran enormes y había muchas cabinas de diferentes tamaños aparte de la zona de los urinarios y de los lavabos. Alex eligió la cabina más alejada de todas, aunque era de las más pequeñas. Abrió la puerta, la metió dentro y cerró con el pestillo.

Salma no parecía asustada, más bien expectante. Eso lo alertó.

—Sólo te lo voy a preguntar una vez y espero por tu bien que me contestes la verdad.

A Jack, que continuaba escuchándolo todo, esa frase no le gustó nada y empezó a gritar por el intercomunicador. En el silencio del aseo desierto, Alex oyó una voz que salía de Salma como si estuviese escuchando una radio, pero sabía bien que no lo era.

Alargó la mano hasta ella, le metió un mechón rebelde del recogido detrás de la oreja y, con dos dedos, sacó el pinganillo con mucho cuidado. Sin dilación, lo arrojó al váter y después tiró de la cadena.

Salma suspiró pensando que a su compañero le iba a dar un ataque al corazón. Alex había tirado la única forma de saber de su compañero por el inodoro. Estaba segura de que Jack se pondría en estado de alerta máxima de inmediato, pero no estaba en la lista de invitados a la fiesta, por lo que iba a ser muy difícil que lo dejaran entrar. Tendría que colarse.

Rezó para que no los descubrieran los secuestradores antes de empezar con el operativo. Hasta el momento, todo estaba saliendo del revés.

—¿Me lo vas a explicar o tengo que torturarte? —preguntó Alex, reteniéndola entre él y la pared del habitáculo.

Salma lo tenía tan cerca que por un segundo no entendió lo que le había preguntado. Si ya era sexy en modo gigoló, en modo SEAL era bestial. Tenía que solucionar aquello rápido, no había tiempo que perder, y tener cerca aquella tentación no la beneficiaba en absoluto. La desconcentraba demasiado.

—Salma, ¿te llamas así de verdad? —lo intentó él por otro camino.

Ella asintió.

—Bien, al menos en eso no me has mentido. ¿Cómo has sabido mi nombre? ¿Sabes quién y qué soy?

Salma volvió a asentir, preocupada por su reacción. Todo aquello no entraba en el plan y si los secuestradores se enteraban, los matarían a los dos, o a los tres, si Jack entraba en acción. Debía protegerlos, pero con Alex iba a ser complicado.

Éste suspiró frustrado. Necesitaba que hablara claro. Se lo hizo saber con una mirada penetrante y gesto duro. Ella lo entendió a la perfección y no dudó ni un segundo sobre lo que debía hacer.

—Soy una agente de operaciones especiales del gobierno —susurró, intentando que sólo él pudiese escuchar aquella confesión apresurada. Bueno... él y Jack a través de los micros que aún llevaba encima—. Me llamo Salma Ruiz, aunque mi nombre en clave y con el que figuro en los informes oficiales, especialmente en los clasificados, es Roma.

A Alex se le puso la carne de gallina al saber su identidad. ¡¿Era como él?! ¡¿Una agente especial entrenada para matar?!

Tragó saliva, dudando entre la preocupación de haber sido descubierto y verse así involucrado en una vida a la que no debía regresar, y la excitación que le producía que ella fuese una agente.

—Sigue —exigió, acercándose más. Ya la tenía con la espalda pegada a la pared y él casi presionándole la pelvis, pero no podía dejarle margen de acción. No ahora que sabía que era una agente tan peligrosa.

—Sé que eres Alex Summers, teniente al mando y francotirador de élite de un equipo de asalto y operaciones especiales SEAL muy activo e importante. Averigüé que actualmente trabajas como

acompañante de mujeres y te contraté. —Eso sonaba fatal, pero era la verdad y él quería saberla—. Mi hermano ha sido secuestrado por una organización desconocida y como rescate me han pedido información de tu teléfono móvil. No sé por qué de ti en concreto, ni qué información quieren. Imagino que tiene que ser algo relacionado con tu vida actual, dada la desconexión total del Ejército que mantienes desde hace años, pero no estoy segura.

De lo que sí estaba segura era de que Jack estaba escuchándolo todo y a ese paso le tenía que estar dando por lo menos el cuarto infarto.

—Por eso me robaste datos del móvil anoche mientras me duchaba, para salvar a tu hermano —afirmó más que preguntó.

Salma asintió.

—¿Y qué haces aquí? ¿Esta noche será el intercambio? —preguntó, al comprender para qué llevaba un sistema de escucha—. ¿Quién está al otro lado?

—Por favor, tranquilízate. No tienes por qué involucrarte. En cuanto me devuelvan a mi hermano, desapareceré —dijo Salma, con las últimas palabras doliéndole en el alma, pero si él lo quería así, así lo haría.

Alex la miró fijamente, consciente de la cercanía de sus cuerpos. Intentaba disimular la atracción todo lo que podía, pero comenzaba a ser insoportable.

Se oyeron murmullos fuera y él le puso un dedo en los labios indicando que se callara. Ya no estaban solos.

A Salma su contacto la quemaba. Para evitar tocarlo, apoyó las palmas contra la pared que quedaba tras ella, haciendo que su cuerpo se arqueara ligeramente hacia él y se rozasen sin querer.

Alex intentó que su respiración continuara siendo normal, sin demostrar ningún atisbo de lo que sentía, pero ese roce lo había alterado. Suspiró sutilmente mientras se mojaba los labios, sin perder de vista los de la mujer que tenía delante y, sin poderlo evitar, la besó.

Salma recibió el beso sin moverse, porque si lo hacía aunque sólo fuese un milímetro, ya sabía cómo iba a acabar aquello. Lo tenía pegado a ella, con las manos en la espalda destapada de su vestido, justo donde terminaba el escote, y una comenzaba a descender.

Como pudo, se separó lo justo para hablar.

—Alex —murmuró de forma entrecortada—, no he venido aquí a divertirme, tengo que trabajar.

Por primera vez, la miró consciente al cien por cien de lo que significaban esas palabras. Todo lo que había dicho iba en serio y sintió miedo por ella.

El trabajo de Alex consistía en defender y proteger a la gente, sobre todo a las mujeres, ancianos y niños indefensos de las zonas de conflicto. Nunca había tenido una compañera en su unidad, ni siquiera se había encontrado con ninguna en las misiones en las que se requería la colaboración de otras unidades o divisiones... La situación era totalmente nueva para él y, aunque lo excitaba, también le provocaba rechazo.

Una mujer haciendo algo similar a lo que hacía él no era compatible con sus ideas. Por desgracia, el Ejército era así de machista, aunque se estaban esforzando por cambiar. Pero la realidad era que, exceptuando en las películas, no existían tenientes O'Neil.

—No, lo haré yo —dijo, negándose a que Salma realizara ningún operativo estando él allí.

Ella negó con la cabeza. ¿Por qué todos los hombres eran igual de cabezotas y se resistían a tratarla como una igual?

—Alex, es mi hermano y mi trato. Gracias, pero lo haré yo. —Luego le acarició la mejilla, más cariñosa. Al fin y al cabo, sólo quería protegerla—. Es mi trabajo.

Incapaz de soltarla, la acercó de nuevo y la besó con la excitación desbocada que le causaba saber lo que había ido a hacer allí, olvidando su enfado por el robo.

Un par de minutos después, la soltó con una idea mejorada de ella. Su seguridad al hablar, al alejarlo y replicarle sobre su trabajo lo habían hecho convencerse, al menos de momento, de que podía ser como él.

Su aplomo y profesionalidad hacían que ahora, a sus ojos, fuese aún más perfecta.

8

Jack llevaba más de veinte minutos en la puerta del club, intentando que lo dejaran entrar. Mucho agente especial y mucha gaita, pero a esos porteros no había quien los convenciera.

Había rodeado el edificio un par de veces y no había forma de acceder. La fiesta debía de ser importante, o más bien con invitados importantes, porque había mucha seguridad y, en esas circunstancias, él sólo podía esperar a que tuviesen un descuido.

Estaba de los nervios después de escuchar todo lo que Salma le había contado a ese hombre que no sabía de dónde había salido, ni de qué lo conocía. ¿Y por qué narices le había dicho quién era y su nombre en clave? ¡Se había vuelto loca!

No estaba seguro de tener toda la información, porque por unos segundos, perdió la comunicación, seguramente por algún barrido de frecuencias de la seguridad del club. Pero sí había oído lo de la información robada cuando ese tipo se estaba duchando... ¿Qué coño significaba eso?

Estaba deseando entrar, salvarla del tal Summers y después, cuando la tuviera en lugar seguro, más valía que se lo contara todo.

Se quedó en una esquina próxima a la entrada, esperando su oportunidad, observando los movimientos en torno al lugar, atento a lo que escuchaba gracias a los micros que Salma aún llevaba encima.

Alex quería sacarla de allí, pero con aquel acercamiento tan íntimo se le estaba haciendo muy difícil.

La atrajo de nuevo hacia él, sujetándola por las caderas para que notara lo excitado que estaba. La falda del vestido se abría un poco en los laterales, lo que sólo contribuía a incitarlo más.

Metió la mano por una de esas aberturas para levantarle la pierna y hacer que la enroscara en su cadera, cuando se sorprendió al notar pegada a su firme muslo una cartuchera elástica con una pistola. Realmente estaba preparada para entrar en acción en cualquier momento.

—Eres una caja de sorpresas —susurró, sacando el arma de la funda y dejándola sobre la cisterna del váter.

Esa frase y su gesto, sacando el arma de su escondite, la hicieron reaccionar.

—No deberíamos estar haciendo esto —murmuró preocupada.

Alex sonrió, subiendo las manos suavemente por sus brazos hasta llegar a los hombros del vestido. Como si fuese un niño haciendo la peor de las travesuras, esbozó una sonrisa ladeada, achicó los ojos divertido y, con un solo dedo, deslizó la tela lo justo para que le cayera por los brazos, dejando sus pechos al descubierto.

—¿Quieres que pare? —preguntó, acercando la boca a un pezón para saborearlo.

Salma iba a decir que no, pero no le hizo falta, instintivamente se apretó más contra él y arqueó la espalda, excitada. Alex sabía cómo hacer que perdiese la cabeza.

—Para —le rogó con un débil susurro, aquél no era el momento.

Pero él no le hizo caso y siguió sin tregua, acariciando y besando su cuerpo.

Con una gran fuerza de voluntad, más de la que ella misma había pensado que tuviera, Salma lo cogió del pelo y tiró hacia atrás para alejarle.

—Necesito que pares —insistió, mirándolo a los ojos con la respiración entrecortada—. Por favor.

Sus deseos eran órdenes para él. Desde hacía mucho tiempo esa frase no tenía otro sentido que el dinero y el negocio, pero en ese preciso instante había adquirido otro significado que le llenaba el corazón y le gustaba mucho, muchísimo más, aunque hubiese preferido seguir con lo que estaban haciendo.

Lentamente, sin apartar la vista de ella, Alex se acercó a su boca, que aún intentaba recuperar el aliento, apoyó la frente en la suya y, con la voz rota por el deseo que debía contener, dijo:

—Lo siento, me he dejado llevar... Demasiado tiempo dedicándome a esto, supongo.

Sin dejar de mirarla, le acarició la cintura y luego deslizó la mano hasta sus hombros, subiéndole con mimo el vestido.

Salma sintió cada caricia, cada milímetro de tela arrastrándose por su piel, su aliento quemándole los labios, la excitación de su cuerpo rozando el suyo, la respiración y el corazón de ambos intentando volver a su ritmo normal sin conseguirlo... Se deseaban mucho... demasiado...

—¿Dónde es el intercambio? ¿A qué hora? —preguntó Alex, intentando ponerse en situación.

Sus cuerpos ardiendo debían enfriarse y hablar del motivo que había llevado a Salma allí era como un jarro de agua fría. Además, no debía olvidar que el intercambio sería por la información de su teléfono móvil y debían averiguar por qué demonios la querían.

—No lo sé. Tienen que llamar —contestó, evitando acercarse más a él—. ¿Sabes si está vivo? ¿Has pedido una prueba de vida?

Salma lo había hecho en un par de ocasiones. Solicitó a los secuestradores hablar con él o una videoconferencia en la que lo viese, pero no lo había conseguido. A partir de entonces, sus comunicaciones se convirtieron en monólogos por parte de ellos, tras los que colgaban sin derecho a réplica por su parte, y así era imposible pedir nada.

—Sí, pero no me la han dado. No hablan conmigo, sólo ordenan —respondió enfadada, apartándose un poco de él.

Contagiándose de su frustración, Alex tendió una mano hacia el arma que había dejado sobre la cisterna, comprobó que tuviese puesto el seguro, miró a Salma y le dio un último beso, breve pero apasionado, intentando tranquilizarla. Luego se agachó, le levantó de nuevo la falda y devolvió la pistola a su funda.

Sintió cómo temblaba ante su contacto, pero no dijo nada. Ella estaba emocionalmente en otra parte, concentrada en lo que tenía por delante, y él había pasado a un segundo plano, aunque su cuerpo reaccionara a sus atenciones.

Salma lo miró y esbozó una sonrisa triste.

—Gracias —dijo, dando un paso hacia la puerta, dispuesta a marcharse de allí sin más.

Alex la frenó, pasándole un brazo por la cintura. Ella cerró los ojos, cogió aire y se enfrentó a él.

—Debo irme... Es mi hermano el que está en peligro y ya he perdido demasiado el tiempo y la cabeza por hoy. Tengo que hacerlo —concluyó, cogiendo el pomo de la puerta ya sin mirarlo.

Alex puso una mano encima de la de ella, sobre el pomo, y susurró:

—No estás sola, Salma. Ya no.

Jack estaba tan nervioso que pensaba que se iba a cargar a alguien en cualquier momento. ¿Salma había estado a punto de tener relaciones sexuales con aquel tipo en el aseo? Pero ¡¿cómo podía ser?! ¿Quién era ese hombre? ¿No se acordaba ella de que él estaba escuchando?

Tenía que entrar antes de que todo se descontrolase más. No sabía cómo, pero era muy urgente. Salma no era así, era muy profesional, seria, impecable en sus acciones... Algo iba mal. ¿Qué le estaba pasando?

Nervioso y preocupado, continuó vigilando la puerta y entonces vio un tumulto de fotógrafos que se acercaba, siguiendo a un famoso actor de una de las series de moda del panorama nacional. Consiguió mezclarse entre ellos. No podía dejar pasar la oportunidad.

Alex pensó que tenían que trazar algún plan.

—¿Sólo tienes esa arma? —preguntó, rozando la pistola que acababa de colocarle bajo la falda.

Salma lo miró con seriedad. El tiempo de los juegos ya había pasado. ¿Iba a ayudarla? Eso era bueno, alguien que le cubriera las espaldas dentro del local no le vendría mal. En respuesta a su pregunta, negó con la cabeza.

—¿Qué más tienes? —preguntó satisfecho. Ella vivía su trabajo de forma similar a como lo había hecho él cuando estaba en activo.

Salma abrió el bolso, tiró de la tela del lateral y sacó la pistola automática y dos cargadores.

Alex pudo ver una tarjeta de memoria dentro de ese mismo compartimiento. Ahí estaban sus datos.

—Ésta me la quedo yo —anunció, quitándole la segunda pistola—. Es más seguro para ti que no la lleves encima. Si te registran, el bolso será donde primero mirarán y estarás perdida. La otra es más difícil de localizar y puedes usarla con más rapidez.

Él tenía razón y ella lo sabía. Asintió conforme. Alex se la guardó en la cinturilla trasera del pantalón y la tapó con la chaqueta. Hacía mucho tiempo que no llevaba un arma encima, pero no había olvidado cómo hacerlo.

Recordó el dispositivo de escucha que había tirado al váter.

—¿Quién más está contigo? —repitió Alex la pregunta que le había hecho antes.

Salma lo miró y se ruborizó al instante. ¡Jack! ¡Dios mío, lo había oído todo! Debía de estar muy, muy enfadado.

—¿Quién, Salma? —insistió, sin dejarla regodearse en su vergüenza—. ¿Quién escucha?

Se lo tenía que decir. Sabía de sobra que había alguien más.

—Jack —contestó, mirándolo fijamente—, un compañero de la agencia. Está fuera —explicó escuetamente. No quería dar más detalles de momento.

Alex asintió, comprendiendo.

—Yo te vigilaré desde dentro —dijo, mirando la hora. Su clienta debía de estar buscándolo. Había pasado demasiado rato—. Salma... —La miró a los ojos, lamentando lo que tenía que decir, pero él también estaba trabajando—. No estoy solo en esta fiesta, ¿entiendes? Estoy acompañando a una mujer.

No le gustó enterarse, pero se guardó sus sentimientos. Aun así, se le cambió el semblante y él intuyó lo que sentía al respecto. Chascó la lengua disgustado, pero no podía hacer nada. Todo debía seguir como si ese reciente encuentro no hubiese sucedido.

—Lo siento. Yo también tenía trabajo.

Salma asintió, pero inexplicablemente le dolía mucho. Apretó los labios para no contestarle algo inadecuado; primero porque no se lo merecía y segundo porque tampoco tenía derecho a reprochárselo.

—No te preocupes, lo entiendo —dijo, intentando ser lo más conciliadora posible.

—Es una clienta habitual, me suele contratar toda la noche y...

Salma no quería saberlo. No quería imaginarlo haciendo sentir a otra mujer como la hacía sentir a ella.

—No quiero saber detalles —susurró, bajando la vista. Ni que los supiera Jack.

Alex miró al techo, impotente. Nunca se había encontrado en esta tesitura y, aunque intentaba ser delicado con el tema, era incómodo de todas formas.

—Lo que intento decirte es que hoy no voy a pasar la noche con ella. La retendré en la fiesta hasta que hayas solucionado lo de tu hermano, después le diré que no me encuentro bien y me iré.

A Salma le cambió la cara al segundo. Alex iba a renunciar al dinero que le podría aportar acostarse con esa mujer por ella, o al menos por ayudarla. Lo miró, procurando ocultar lo contenta que estaba.

Él le sostuvo la mirada con una media sonrisa.

¿Cómo iba a dejarla sola?

Ya no podía.

9

Cuando salieron del servicio de caballeros se separaron de inmediato. Por suerte, nadie los había visto entrar juntos. No tenían que relacionarlos al uno con el otro. Era la única manera de hacerlo, o al menos eso creían. En realidad no tenían ni idea de a quién o quiénes se enfrentaban.

Alex vio cómo Salma se perdía entre la muchedumbre que ya llenaba la pista de baile. Tenía que estar sola para el intercambio.

Empezó a sonar *Show Me Love*, en la versión clásica de Robin S.

Salma comenzó a bailar entre la gente, al ritmo de aquella canción conocida que le gustaba, sin quitar ojo del pasillo por el que había accedido hasta allí. Una sombra se perfilaba en la barandilla que daba acceso a la pista y no dejaba de observarla. Era Alex, sus ojos verdes chispeaban con las luces del club. Ella bailaba como todos a su alrededor, pero lo cierto era que lo hacía para él, con movimientos sexys y miradas que decían mucho, pero sin dejar de vigilar a su alrededor.

Salma se movía de una forma tan sensual que Alex no pudo evitarlo. Bajó lentamente la escalera que llevaba a la pista, consciente de que muchas mujeres lo miraban, pero no le importaba, no era la primera vez. Siguiendo el ritmo, se acercó hasta Salma y bailaron mirándose, como si fuesen dos personas que conectan una noche de copas cualquiera.

Quizá fuese menos sospechoso para quienes estuviesen observándola, era difícil de saber sin conocer a sus enemigos. De todos modos, eran como dos imanes, se atraían inevitablemente.

Alex alargó la mano hasta su cintura para acercarla a él. Ella siguió bailando, moviendo las caderas y dejándose hacer.

—Tienes que ir con tu clienta —le susurró, acercándose demasiado a su boca.

Alex la miró deseando besarla, pero la cordura lo visitó en el último segundo.

—Lo sé —contestó, acariciando su espalda desnuda.

—Estaré bien. No te preocupes. —Necesitaba que se fuera o todo se iría a la mierda.

No contestó, sólo la apretó más contra él, pero la música no permitía esa intimidad mucho más y tuvo que apartarse.

—Estará bien. Ya me ocupo yo —dijo entonces una voz de hombre.

Alex lo miró y luego miró a Salma. Parecía confusa. Estaba claro que eso no era lo que tenía planeado.

—Jack —susurró ella, cerrando los ojos un segundo. Él tampoco debería estar allí.

—Me sorprende que te acuerdes de mí... —empezó, pero no siguió con los reproches porque vio el gesto duro de Salma y la cara de malas pulgas del militar, que era un poco más alto que él, aunque no mucho.

—Debo irme —anunció Alex dirigiéndose a ella e ignorando al recién llegado—. Estaré cerca y no te perderé de vista. Cuando todo suceda estaré contigo, ¿de acuerdo?

Salma asintió, abrumada por los dos hombres uno delante y otro detrás de ella, pero ninguno de ellos se iba a salir con la suya. Aquello se iba a hacer a su manera y no había más que hablar.

Alex se despidió de Jack con un ligero asentimiento de cabeza, indicando que estaba de acuerdo en que él la protegiera más de cerca y, sin más, se marchó entre el gentío.

Jack lo miró irse y cuando desapareció de su vista, se volvió hacia Salma, que también estaba mirando el lugar por donde el hombre se había ido, pero ella lo hacía ¿con melancolía? Ése era el tipo que se lo estaba complicando todo y, para ser sincero, después de verlo, Jack comprendió que lo tenía muy difícil.

Cuando Salma se enfrentó a él, ya no tenía la mirada dulce que le había dedicado al otro, sino que lo contemplaba dura y desafiante.

—¿Qué coño haces? —le preguntó entre dientes.

—¿Y tú? —replicó dolido.

Salma resopló porque no era momento para dar explicaciones, pero estaba segura de que, después de oír lo que había oído, tampoco le hacían falta.

—No debes estar aquí. Tengo que estar sola —insistió, para ver si se daba por enterado.

—¿Y él? —continuó Jack en el mismo tono.

A Salma se le estaba acabando la paciencia.

—Él no ha venido conmigo, le he encontrado aquí —dijo, mordiéndose la lengua. No quería discutir en medio de la pista de baile.

—Pero se queda.

¿Estaba celoso? ¡¿Después de todo lo que le había hecho pasar?! Era el colmo. Quien se había largado hacía un año, tirando su relación por la borda, había sido él.

—Sí, se queda, y márchate de una vez o no me llamarán para hacer el intercambio.

Jack estaba que echaba humo, pero ella tenía razón.

No les dio tiempo a nada más, porque el teléfono de Salma comenzó a vibrar en su bolso. Lo sacó y leyó un mensaje de texto. La citaban en el pasillo de los servicios, en la última puerta, en quince minutos.

Nerviosa, se acercó a la barra con Jack a la zaga y pidió otro mojito con fresas. Lo necesitaba.

Un estruendo la sobresaltó, poniéndola alerta. Sólo eran unos vasos que habían caído, rompiéndose. Sintió un pinchazo en el brazo. Un cristal debía de haber saltado hasta allí, rozándole la piel. Se frotó la zona instintivamente y se volvió de nuevo para coger su bebida.

Sin moverse de allí, tomó un sorbo mecánicamente e, ignorando a Jack, miró hacia la planta superior. Alex la observaba desde un reservado, rodeado de mujeres maduras con mucho dinero y litros y litros de champán.

Con un gesto casi imperceptible, ella le señaló el móvil y el pasillo por el que debía irse.

Él levantó sutilmente la mano de la barandilla donde se apoyaba, haciéndole saber que lo había comprendido y regresó con la mujer que lo llamaba a su espalda, intentando no perder de vista a Salma, o al menos perderla el menor tiempo posible. Ella era su único objetivo.

Jack analizó los movimientos de su compañera. Cómo informaba de todo a aquel militar y cómo lo ignoraba a él.

—Estaré pendiente de ti —musitó detrás de ella, aprovechando el bullicio—. Yo también estoy aquí.

A Salma esa forma de hablar le recordó otros momentos íntimos entre ellos y le erizó la piel. No era la primera vez que Jack le cubría las espaldas, ni que le susurraba en una misión, ni tampoco la primera que susurraba para excitarla. Pero hacía un año que él había desaparecido y no estaba preparada para sentirse así... Fue una sorpresa experimentar ese sentimiento.

Asintió sin querer siquiera mirarlo para que él no notara su reacción y pensara cosas que ya no podían ser...

Dio el último trago al mojito mirando fijamente el pasillo, sintiendo cómo los dos hombres la miraban, uno desde el balcón en las sombras y el otro detrás de ella, muy cerca... Sentía el calor de ambos, su respiración y su instinto de posesión, como si uno no se hubiese marchado nunca y como si ya fuese del otro.

Comenzó a notar la adrenalina, la hora se acercaba. Lo sabía porque se sentía en parte eufórica y en parte muy asustada, aunque también algo cansada... Hacía muchas horas que estaba en vilo y sin dormir. Estaba agotada física y psicológicamente.

Un par de minutos antes de la hora señalada, echó a andar con tranquilidad entre la gente en dirección a la puerta indicada. Se le nubló la vista un segundo e incluso bostezó. Necesitaba dormir un día entero con urgencia. Su cuerpo y su mente no daban más de sí.

No quiso girar la cabeza para comprobar si sus hombres la seguían, porque no quería delatarlos y que los secuestradores sospechasen que no estaba sola. Esperaba que así fuera.

Se internó en el pasillo. Había una cola de mujeres esperando para entrar en el aseo, como era costumbre, mientras en el de hombres se transitaba a placer. Se abrió paso entre la gente y continuó caminando más hacia el fondo. Era un pasillo muy largo y la última puerta quedaba retirada de los servicios.

De nuevo bostezó agotada e incluso se tuvo que sostener en la pared porque estaba empezando a marearse.

Aquello no era cansancio...

De pronto notó que el corazón ralentizaba su ritmo demasiado súbitamente para ser natural...

La habían drogado...

Sus latidos eran cada vez más débiles y le costaba respirar.

No era una droga...

Con su conciencia nublada, intuyó que era veneno...

La habían envenenado.

Enseguida comprendió que no iban a devolverle a su hermano. Podría dar gracias si no la mataban con lo que fuese que le habían dado con la bebida o... ¡Dios mío, habían estado a su lado! Aquel pinchazo no había sido un cristal. Fuera lo que fuese, se lo habían inoculado, porque sólo así podía haber entrado tan rápido en su organismo. En el momento no se había dado cuenta... Ni Alex ni Jack tampoco...

¿Los matarían a ellos también? Iban a morir los tres...

Casi estaba llegando al punto de encuentro, cuando las piernas ya no la sostuvieron más.

Se apoyó en la pared, cerrando los ojos un segundo para intentar centrar la vista en el pomo de la puerta que tenía delante, concentrándose en el débil palpitar de su corazón, controlando que el siguiente latido se produjera, pero no fue capaz de enfocar bien ni con toda su voluntad. Perdía fuerzas rápidamente y un atisbo de color azul que comenzaba a tintarle sutilmente las uñas le llamó la atención. Poco a poco se fue deslizando hasta quedar de rodillas y finalmente sentada sobre los talones. Ya no sentía nada. La sustancia hacía efecto muy rápido.

Oyó la puerta e hizo un esfuerzo por abrir los ojos. Le pesaban tanto los párpados y le costaba tanto no cerrarlos, que casi se dio por vencida, pero al notar que le quitaban el bolso, el sonido de la tela al rasgarse y que después lo tiraban al suelo, junto a ella, lo volvió a intentar... Y entonces lo vio. Su hermano estaba allí, vivo y aparentemente sano y fuerte, pero no pudo hacer nada. Sólo mirarlo unos segundos en los que le pareció verlo articular un «Lo siento», antes de que tirasen de él con fuerza para sacarlo de allí por la puerta de emergencia.

El último pensamiento de Salma fue que al menos lo había visto vivo por última vez.

Alex se excusó con Eugenia en cuanto vio que Salma se encaminaba hacia el pasillo. No debía ir sola.

Como solía suceder, su acompañante no quería dejarlo marchar y mucho menos antes de que hubiese empezado lo mejor de la noche. Además, estaba enfadada porque primero había desaparecido un buen rato sin explicación y luego había bailado con otra en la pista, delante de sus narices.

—Si te vas, no te pagaré —lo amenazó, después de intentar de todas las formas posibles que se quedara, incluida intentar acariciarle la entrepierna.

A Alex le daba pena. Su única diversión era contratarlo y seguramente ese plantón le costaría que no lo volviese a llamar, pero en esos momentos Salma estaba muy por encima de todo eso. No podía dejarla sola. Tenía que ir a buscarla e ir ya.

—No te voy a cobrar, Eugenia —contestó, acercándose a su oído para que no se pusiera más en evidencia delante de sus amigas—. Gracias por todo.

Mientras se despedía, Alex se quitó el reloj que le había regalado un rato antes y se lo puso en la mano discretamente. La mujer no entendía nada.

—Sé feliz —le dijo, despidiéndose de ella con un suave beso en la mejilla. Luego se levantó y, sin volverse, salió del reservado, abrochándose la elegante chaqueta negra del traje.

Seguramente, Eugenia Sebastián, su mejor clienta, no volviera a llamarle, pero lo que también era probable era que él ya no quisiera seguir con esa vida.

Aquella agente del gobierno había aparecido por sorpresa, haciendo que accidentalmente se activase una parte de él que permanecía dormida y que pensaba que nunca regresaría, pero ése era el auténtico Alex, y mucho se temía que no recuperaría la normalidad de su tranquila vida después de esa noche.

Jack vigilaba a Salma de cerca. La tenía delante de sus narices, pero la perdió de vista cuando ella entró en el pasillo. Aceleró el paso para localizarla, cuando tres gogós de la fiesta se acercaron a él bailando a su alrededor y cortándole el paso.

Se estaba poniendo muy nervioso. No quería organizar un escándalo y retirarlas de su camino por la fuerza, pero si seguían sin dejarlo pasar, lo haría. Oía cómo a Salma le faltaba la respiración por el auricular. Algo no iba bien.

Cuando consiguió deshacerse de aquellas mujeres, atravesar el pasillo de los aseos y llegar hasta la puerta donde debía tener lugar el intercambio, Salma ya no estaba.

Miró alrededor un par de veces. No había nada, sólo un trozo de tela de lentejuelas del bolso, tirado cerca de la pared. Se acercó para cogerlo. Era del bolso de ella.

Con el pedazo en la mano, se acercó a la puerta cerrada frente a él y pegó la oreja para escuchar. No se oía nada. Accionó el picaporte y se abrió.

Era un almacén vacío.

No había nada.

Se habían llevado a Salma.

10

Alex corrió más de lo que había corrido en toda su vida.

En cuanto se deshizo de Eugenia, salió a toda velocidad en busca de Salma. La había perdido de vista y eso lo sacaba de sus casillas, sabiendo que ya iba camino del intercambio.

Él no podía oírla, el otro sí. Eso era lo que más lo cabreaba, y encima no la tenía en su campo visual. Las cosas no podían ir peor.

Entre el gentío, consiguió ver cómo Jack corría en la misma dirección que él, pero unas mujeres lo interceptaron, cortándole el paso. Parecía algo espontáneo, pero Alex ya no se fiaba ni de su sombra; su experiencia profesional así se lo aconsejaba. No sabía quién podía estar observándolos.

Entró en el pasillo abarrotado, intentando aparentar normalidad. Sin embargo, su cara debía de ser un auténtico poema, porque lo miraban como a un bicho raro. Tenía que disimular mejor.

Salma cerró los ojos sin fuerza justo cuando vio desaparecer a su hermano. Ya no sentía nada, sólo un cansancio que casi no le permitía ni respirar, mientras su corazón iba dejando de bombear poco a poco.

Intentó levantarse, moverse, gritar, pero fuera lo que fuese lo que le habían dado, la estaba matando.

Notó que tiraban de ella y la alzaban en el aire. Esperaba que fuese alguien de la seguridad del local pensando que estaba borracha o drogada, era su mejor opción, porque la otra era que se la llevaban los mismos que habían secuestrado a su hermano, y en ese caso tendría menos futuro que un caramelo en la puerta de un colegio.

Sus sentidos estaban casi anulados, al igual que resto de las sensaciones de su cuerpo, pero aquel olor... Sin querer, empezó a llorar, aunque no sabía si sólo lo hacía internamente.

Alex sabía que no quedaba mucho tiempo. Salma no reaccionaba y un tono azulado comenzaba a teñir sus labios y sus uñas. Si era lo que pensaba, ya podía darse prisa. Se trataba de un veneno muy potente, al que únicamente se podía sobrevivir de una forma.

Con Salma en brazos y apretada contra su pecho, corrió hacia la salida de emergencia sin mirar atrás. Debía llegar lo antes posible a su coche. Era consciente de cómo la vida se escapaba de su cuerpo, aunque ella no sintiera nada.

Vio unas lágrimas recorrer sus mejillas, aunque ya no podía mover ni un músculo. La sangre estaba dejando de entrar en su corazón.

—Tranquila, cariño. Te tengo —susurró en su oído.

No hubo respuesta. Alex aceleró la carrera, sujetándola con todas sus fuerzas.

El coche estaba aparcado muy cerca de la puerta y los podían estar vigilando, pero ya no había tiempo para pensar en protegerse. Demasiado tarde.

Cuando llegaron al vehículo, sostuvo a Salma con cuidado contra él para poder sacar el mando automático y abrir las puertas. En cuanto lo hizo, la tumbó en los asientos traseros.

Hubiera preferido que fuese delante con él, pero ya no se mantenía erguida por sí misma.

Metió la llave en el contacto y salió disparado hacia su casa. Tenía que llegar en un tiempo récord o ella moriría.

Jack llegó a la calle con la tela del bolso en la mano y el corazón acelerado. ¿Dónde estaba Salma?

Aquel tipo se la había llevado, lo había oído hablar por el micrófono, pero ¿adónde? ¿Dónde podía ir él a buscarla? Hacía mucho tiempo que no sentía miedo y la sensación lo barrió de pies a cabeza, dejándole el estómago encogido.

Rugió al cielo de impotencia.

Dios, por favor, que ella estuviese bien. Era lo único que pedía.

Alex entró en el garaje de su casa segura a toda velocidad. Frenó en seco, haciendo que Salma rebotara contra el respaldo del asiento trasero y cayera en el hueco de los pies.

—¡Mierda! —gritó nervioso, mientras salía del coche.

Ella no se movió, no podía. Ni siquiera notó el golpe. Su mente se había detenido en aquel aroma a hombre que la envolvió cuando Alex la cogió en brazos, y ya no sintió nada más.

Él la sacó con cuidado, pero sin olvidar la premura que requería la situación. No debían de quedarle más que unos pocos minutos de vida.

La cogió de nuevo en brazos, fijándose en que ya tenía los labios intensamente azules. La situación era crítica.

Abrió una puerta y entró deprisa en aquella casa unifamiliar. No podía ir a su apartamento del centro. Demasiado expuestos. Además, allí no disponía de lo que necesitaban.

Subió un tramo de escalera, avanzó por un corredor con varias puertas hasta llegar a la última y entró en la habitación.

Dejó a Salma sobre la cama con cuidado y salió disparado hacia el vestidor. En el centro del mismo había un mueble con cajones, puertas y una especie de mostrador en el que guardaba sus relojes y gemelos, como si fuese el expositor de una tienda. Se agachó en un lateral y tanteó la madera. Encontró una palanca diminuta, tiró de ella y se oyó un clic.

Se incorporó, agarró los laterales del mueble y lo movió hacia la derecha como si no pesase más que una pluma. La madera cedió y apareció una escalera larga, estrecha y oscura. Con decisión, bajó unos cuantos escalones, le dio a un interruptor y unas lámparas fluorescentes titilaron, para iluminar luego una habitación llena de armarios.

Muy seguro de lo que hacía, fue directo al último, dejando a su espalda la escalera, abrió la puerta de madera y, detrás de ésta, apareció una caja fuerte digital. Tecleó una clave y la abrió.

Dentro había una nevera tipo laboratorio. Alex escrutó en su interior a toda velocidad, cogió una jeringa llena de un líquido amarillo, cerró la puerta y salió corriendo escaleras arriba.

Cuando vio a Salma tan pálida e inmóvil sobre la cama, el miedo lo invadió. El corazón se le había parado ya. Su pecho no se movía...

No podía morir, no se lo merecía.

Sin pensarlo, se colocó a horcajadas sobre ella, con las rodillas a los lados de sus caderas, tiró del vestido hacia abajo, dejando su pecho desnudo a la vista, tanteó donde estaba el corazón y le clavó la aguja hasta el fondo, apretando el émbolo.

Vio cómo el líquido entraba lentamente, mientras sentía su piel fría al tacto. Esperaba que no fuese demasiado tarde. No se perdonaría haberla perdido.

Sacó la aguja, le cubrió el pecho de nuevo con el vestido y rezó.

Los segundos pasaban como si fuesen horas y Salma no reaccionaba.

Salió de encima de ella al darse cuenta de su postura. Le pareció una falta de respeto y se colocó a su lado.

—Vamos, nena —susurró desesperado—. No puedes morir.

Nada.

Se frotó la cara, fuera de sí. ¿Sería otro veneno distinto del que él pensaba? ¿Le habría fallado el instinto? No lo creía. Eran los mismos síntomas que él y muchos de sus compañeros tuvieron en Afganistán, sólo que ellos se habían administrado el antídoto mucho antes... Estaba seguro de que se trataba de Noche Azul, o Night Blue, como el perfume, aunque casi siempre se referían a él como NB, por sus siglas en inglés. Era una sustancia muy potente que no tenía nada que ver con cualquiera de las ya existentes, puesto que había nacido como arma química. Pensaba que ya habían erradicado su uso hacía tiempo, tras desmantelar y destruir todas las pequeñas «cocinas» y laboratorios existentes, pero alguien debía de estar fabricándolo de nuevo.

Diferentes grupos radicales islamistas la usaban mezclada con pólvora y rellenaban las balas con el producto para asegurarse de que si la víctima no moría por el disparo, muriese por el veneno... Pero todo eso no había salido en las noticias, era alto secreto. Por suerte, los equipos de investigación militar habían conseguido fabricar un antídoto que durante meses todos los miembros de los equipos de élite debieron llevar consigo en neveras térmicas, para administrárselo en cuanto hubiera indicios de que estaban afectados.

Alex conservaba unas cuantas dosis en su casa segura sólo por precaución.

Golpeó el colchón con el puño, desesperado.

Ya no había tiempo para más. Si eso no funcionaba, moriría.

—No me hagas esto, nena —le dijo al oído, lo más dulcemente que se lo permitió la desesperación—. Me ha costado mucho encontrarte. Quédate conmigo.

Los segundos pasaban y no sucedía nada... Ella no podía morir... No así...

Salma boqueó como un pez, incorporándose de golpe con la impresión que le causó el antídoto al recorrer sus venas. Notaba que le quemaba, mientras hacía que el corazón comenzara a bombear con

fuerza.

Alex lloró. ¡Estaba viva! ¡Lo habían conseguido! La cogió entre sus brazos antes de que cayera desfallecida. El sobresalto sólo había sido un reflejo al entrar el líquido salvador en su torrente sanguíneo, pero aún tardaría unas horas en poder incorporarse. Sin embargo, estaba viva y eso era lo único que importaba.

Él la cuidaría. Allí estaban a salvo.

Jack llegó a casa de Salma derrotado. No era capaz de encontrarla, aunque lo había intentado durante horas. El broche y el anillo sólo servían como micrófono, no como GPS...

No sabía mucho del tal Alex, sólo lo que ella había dicho en el baño antes de dejar que la tocara... Al recordarlo se ponía enfermo... ¿Lo había sustituido por un Rambo de tres al cuarto? Eso lo cabreaba de verdad. ¿Adónde se la había llevado?

Entró furtivamente en el chalet de Salma, igual que la noche anterior. Tenía que encontrar información sobre aquel tipo. Quizá un teléfono, un mail... una anotación en la agenda sobre su cita... algo.

Era la única pista para rescatarla. Ese hombre podía ser peligroso... muy peligroso, y aunque ella sabría guardarse la espaldas, estaba totalmente colada por él, algo que no alcanzaba a comprender.

Tenía que encontrarla y llevársela. No podía dejarla con aquel desconocido, por muy SEAL que fuera.

Después de al menos dos horas con Salma entre sus brazos, sólo para estar seguro de que respiraba con normalidad, Alex decidió dejarla en la cama y organizar la casa.

Era su escondite, un piso franco que hacía mucho que no utilizaba de forma habitual. Eso sí, iba de vez en cuando para abrir las ventanas, ver que todo estuviese en orden y revisar que hubiera lo necesario para sobrevivir allí una temporada si era necesario.

Podría haber vendido la casa, le hubiesen dado mucho dinero por ella. Antes de dedicarse a hacer de acompañante, tuvo una época en la que necesitaba efectivo urgente para saldar deudas, pero entonces le surgió el nuevo empleo y vio que podía mantenerla, así que decidió quedársela. La necesitaba.

Ahora se alegraba mucho de tener ese sitio que no figuraba en ningún lado y donde nadie los podría encontrar... Estaban en serio peligro, sobre todo ella, y tenía que protegerla, al menos mientras no pudiera valerse por sí misma. Después iba a ser complicado lidiar con una mujer acostumbrada a llevar una vida similar a la que llevaba él cuando estaba en el Ejército, pero lo intentaría.

Fue a la cocina y revisó los estantes. Botes de comida en lata llenaban dos armarios enteros. Había de todo: fruta, verdura, legumbres... otro estaba repleto de galletas, pasta, arroz... leche... De hambre no se iban a morir, eso seguro.

Abrió la nevera y sólo encontró bebida. Refrescos, agua, zumos, vino y ¿cava? Se sorprendió al

ver esa botella. ¿Qué narices le había pasado por la cabeza en algún momento de su vida para tener allí una botella de cava? Cerró la puerta, incapaz de recordarlo.

En el congelador había pescado, carne, verduras, hielo, helado... Todo lo necesario para pasar una larga temporada.

Más tranquilo al ver que tenía lo que Salma pudiese necesitar y más se dirigió a su despacho. Era moderno y funcional. Un mesa grande con un ordenador, un sillón para poder sentarse y las paredes cubiertas de estanterías del suelo al techo, llenas de libros y cajas decorativas o de oficina. La diferencia con cualquier otra estancia de la vivienda era que no había ninguna ventana ni acceso al exterior.

Se sentó en la butaca y procedió a encender el ordenador.

Satisfecho, deslizó la mano por debajo de la mesa y presionó un botón. Uno de los cajones se abrió. Dentro había tres pistolas automáticas con cuatro cargadores para cada una, unas gafas de visión nocturna y unos walkies. Sin dudar, cogió una pistola, la cargó y se la guardó a la espalda, junto con la que le había dado Salma en el club. También cogió los intercomunicadores y se los metió en los bolsillos de la chaqueta.

Cerró de nuevo el cajón, se levantó y se dirigió a la pared de la derecha de la mesa, donde metió la mano detrás de uno de los estantes, accionó otra palanca pequeña y la pared cedió, separándose ligeramente. Alex tiró de la abertura como si fuera una puerta corredera y detrás de todos aquellos libros y material de oficina apareció una pared llena de armas. Fusiles de asalto, granadas, más pistolas, miras telescópicas, más gafas de visión nocturna, un par de chalecos antibalas... En fin, un arsenal que ya quisieran para sí muchos ejércitos.

Si algo había aprendido en todo ese tiempo en los cuerpos especiales, era que un SEAL siempre será un SEAL y que por mucho que se quiera huir del pasado, una vez traspasados ciertos límites, es imposible.

Aunque el capitán Summers lo había ayudado para que no llegase ese momento, tarde o temprano algún enemigo podría encontrarlo y eliminarlo. Ya había sucedido anteriormente con otros compañeros y él no estaba dispuesto a morir así. Era importante estar preparado.

Repasó todo el equipo concienzudamente. Necesitaba que estuviese listo para usarlo cuando fuera necesario.

Una vez satisfecho, cerró el escondite.

Se volvió hacia la pared contraria, accionó otra palanca tras otro estante y la pared cedió de nuevo igual que la anterior. Tras ésta había una caja fuerte y un montón de cubículos con bolsas de lona negras, ropa de camuflaje, ropa asimismo negra de asalto, botas, guerreras, forros polares y todo lo necesario para cualquier tipo de necesidad, incluidos un par de equipos blancos de nieve y dos conjuntos de esquí.

Alex se dirigió a una de las bolsas alargadas de lona, la abrió y comprobó que contenía material médico. Sin cerrar, tiró de ella y la dejó en el suelo. Después se dirigió a la caja fuerte y tecleó una combinación de números. Dentro había documentación, varios pasaportes, un equipo completo de falsificación de huellas y documentos oficiales, dinero, mucho dinero, un ordenador portátil, un iPad y un teléfono vía satélite.

Sólo estaba asegurándose de que todo lo que necesitaba se hallaba en su sitio. No quería sorpresas.

Más tranquilo tras comprobarlo todo, cerró los escondites y salió del despacho. Había pasado más de media hora desde que había dejado a Salma dormida y, aunque era demasiado pronto, no quería que estuviese sola si se despertaba.

Subió la escalera directo a la habitación principal, cargado con todo lo que había recogido del despacho.

No pudo evitar que una punzada de culpabilidad lo invadiera al verla allí tumbada. Había hecho todo lo que había podido y lo más rápido que las circunstancias se lo habían permitido, pero si hubiera tardado unos minutos más...

Cogió aire y lo soltó lentamente, intentando relajarse. Cuando ella se despertara, necesitaba que estuviese tranquilo y seguro.

Se acercó despacio a la cama. Salma dormía profundamente, el veneno aún estaba en su organismo y el antídoto tardaría unas horas en hacer todo el trabajo.

Alex contempló su vestido. Era delicado, sexy y atrevido, igual que ella. Sonrió al recordar cómo se había ruborizado en el aseo de la discoteca, entre sus brazos, y deseó poder volver allí, a ese momento en que descubrió que se dedicaba a lo mismo que él y lo eufórico que se sintió, pero también muy asustado por la importancia que aquella mujer estaba empezando a tener en su vida sin él esperarlo.

Le tocó la frente para comprobar si tenía fiebre, porque un brillo de sudor le cubría el cuerpo. Había que tener mucho cuidado de que la temperatura corporal no superase los treinta y ocho grados o, si no, el antídoto no funcionaría.

Algo no iba bien.

Hurgó en la bolsa de lona que había dejado en el suelo y sacó un termómetro de oído digital. Para su sorpresa, no tenía fiebre, al contrario, no llegaba a los treinta y seis grados. La sudoración debía de ser anterior.

De nuevo estaba en peligro mortal. Si la temperatura bajaba más, el corazón podía dejar de funcionar otra vez.

Alex no perdió el tiempo, se levantó a toda velocidad, dejó las armas que llevaba sujetas en el pantalón y los walkies dentro de la bolsa negra. Se quitó la chaqueta, la corbata y se remangó la camisa hasta los codos para poder trabajar con mayor comodidad.

—Aguanta, cariño, te prometo que te pondrás bien —susurró en su oído, mientras le quitaba el vestido lo más delicadamente que pudo, así como el arma y la cartuchera que aún llevaba sujeta al muslo.

La arropó inmediatamente con una manta que había a los pies de la cama y luego con el edredón.

Estaba helada y una sensación angustiosa lo invadió. Parecía un cadáver. Rápidamente le tomó el pulso y comprobó que estaba viva. Suspiró intentando tranquilizarse, el antídoto estaba haciendo su trabajo, sólo había que subirle la temperatura y funcionaría mucho mejor. Necesitaba bolsas térmicas calientes y paciencia.

Con rapidez, bajó la escalera del escondite del vestidor, abrió uno de los armarios que había

junto a la nevera de la que había sacado el antídoto y cogió varios paquetes alargados de plástico transparente, rellenos de gel rojo.

Subió de nuevo corriendo, atravesó la habitación y, sin mirar hacia la cama, voló hasta la cocina. Necesitaba calentar todas aquellas bolsas urgentemente.

Mientras metía un par de ellas en el microondas, buscó una funda térmica donde guardarlas cuando estuvieran calientes. Cuando estuvieron todas listas, regresó veloz a la habitación.

El tiempo era oro. Un fallo y moriría.

Con cuidado, envolvió a Salma con la manta, para evitar que las bolsas la quemaran y se las fue colocando una a una alrededor. Esperaba que fuese suficiente, pero aun así sacó una manta térmica plateada de la bolsa de lona con material médico que había llevado con él y se la extendió por encima. Ahora sólo podía esperar.

Durante una media hora que se le hizo eterna, vigiló los avances. Gracias a Dios, su cuerpo respondía y la temperatura fue subiendo y normalizándose. No podía dejarla sin vigilancia, al menos hasta que terminase aquella fase comatosa y se despertara.

De nuevo se dirigió al vestidor, bajó la escalera secreta y sacó de la nevera otra jeringa de antídoto por si era necesario, conservándolo en un estuche térmico.

Antes de subir la escalera, abrió un pequeño compartimento que había junto a ellas, con un televisor en el que se veían las imágenes de las cámaras exteriores que vigilaban todo el perímetro de la casa, las entradas y el jardín. Si alguien intentaba entrar, lo sabría. Comprobó que todo estaba en orden y accionó un sistema de alarma que bloqueaba todas las ventanas y puertas con cierres de seguridad y activó los infrarrojos y los sensores de movimiento en todo el perímetro del jardín. También programó el sistema para que cerrara las persianas automáticamente antes del anochecer, convirtiendo el chalet en un búnker de máxima seguridad.

Toda precaución era poca. No sabían con qué gente se la estaban jugando y mientras Salma permaneciera inconsciente, debían protegerse bien.

Cuando llegó de nuevo a la habitación, dejó la pequeña nevera sobre la mesilla, retiró una a una las bolsas calientes y la manta térmica. Fue al baño, se desnudó, se dio una ducha rápida, salió desnudo, apagó las luces y se metió en la cama junto a ella.

Acercó su cuerpo acoplándose a sus formas para abrazarla y así ayudarla a mantener la temperatura.

En cuanto se relajó, acompasando su respiración a la de Salma, todo el cansancio acumulado se le vino encima. Necesitaba dormir, y dormir mucho. Lo que se avecinaba no era bueno y era probable que no pudiese dormir de verdad durante bastante tiempo.

Cerró los ojos intentando no pensar más.

11

Salma no podía mover ni un músculo de su cuerpo. Lo llevaba intentando un rato, pero era incapaz. Ni siquiera podía abrir los párpados. Sentía además un calor intenso en la espalda, que, por más que intentaba dilucidar qué podía ser, su cerebro no daba para llegar a ninguna conclusión. Por lo demás todo estaba en silencio y en calma, algo que en lugar de tranquilizarla la inquietaba.

Estaba tan cansada...

¿Se estaría muriendo? Hacía rato que lo pensaba seriamente y sólo la consolaba que no sentía nada. No había dolor.

Cuando le dispararon durante una misión en Grecia, hacía algunos años, y estuvo dos días sin poder curarse la herida, el dolor fue insoportable. La infección la hacía delirar y tener fiebre extrema, y tuvo que soportarlo sola hasta que la encontraron... hasta que Jack, que nunca se rindió, la encontró...

Únicamente pensar en vivir algo así de nuevo la ponía enferma.

Viendo que no había ninguna posibilidad de que su cuerpo respondiera, cayó en el sueño otra vez sin pensar en nada, sólo en el olor a Alex, que percibió antes de perder el conocimiento.

Su única esperanza era que él la hubiera rescatado y supiera qué le habían dado, para encontrar el antídoto...

Demasiados deseos para una situación tan complicada...

Alex se despertó porque Salma intentaba zafarse del abrigo de la manta y de sus brazos.

El antídoto funcionaba y en poco tiempo recobraría la conciencia.

Habían pasado casi veinticuatro horas desde que la habían envenenado. Ya era noche cerrada otra vez.

Sigiloso, salió de la cama y bajó al sótano oculto para comprobar el perímetro de la casa en las cámaras de seguridad. Se había quedado dormido con ella.

Todo estaba tranquilo y no había ningún coche extraño aparcado fuera. También dejó la bolsa térmica con la jeringa en la nevera. Era mejor conservarla allí por si necesitaban el antídoto otra vez.

Una vez de vuelta en el vestidor, movió el mueble que tapaba la entrada al sótano hasta cerrar la abertura.

Ya se lo explicaría a Salma cuando estuviera recuperada del todo. De momento no tenía que alarmarse ni preocuparse por nada, y estaba convencido de que, si le daba la oportunidad, haría muchas preguntas y aún no estaba preparada para regresar a la acción.

La bolsa de lona negra con equipo médico la guardó en un armario, las armas en un cajón y los walkies en otro distinto.

Luego regresó a la cama. Deseaba que se despertara de una vez y comprobar que estaba bien.

Comenzaba a ponerse nervioso y él nunca se había sentido así con ninguna mujer.

Salma logró abrir los ojos lo justo para ver que estaba oscuro, el techo era de un blanco impoluto y, si su instinto no le fallaba, no estaba en peligro.

Si se la hubiesen llevado con su hermano, no estaría en un sitio tan limpio, o al menos no tan tranquilo.

Intentaba moverse, pero el cuerpo le pesaba como una losa de hormigón. Lo sentía dormido, como si estuviera anestesiada... era una sensación extraña que la tenía preocupada. Si había algún peligro, estaba totalmente a merced del atacante.

Parpadeó de nuevo, intentando abrir más los ojos y tranquilizarse. No parecía que nada acechara a su alrededor.

Al cabo de un rato, y sin saber cuánto tiempo había pasado de nuevo con los ojos cerrados, algo se movió cerca de ella y, por el vaivén de la superficie sobre la que se encontraba, se percató de que era una cama.

Estaba sobre un colchón.

La respiración se le aceleró.

Cerró los ojos y se quedó muy quieta. Si creían que aún estaba inconsciente seguramente la dejarían en paz más tiempo, lo justo para que pudiera recuperar un poco la movilidad, hacerse con un arma, si había alguna a su alrededor, y correr... Rezaba porque así fuera.

Alex se acercó a Salma sigiloso. No sabía si estaba despierta o había sido un acto reflejo lo que había percibido antes de levantarse.

Vio que cerraba los ojos y dejaba de moverse al notar que alguien se acercaba. Se estaba protegiendo. No se podía mover y debía de estar preguntándose dónde narices la habían llevado. Estaba asustada.

Nervioso por no saber cómo reaccionaría cuando supiera que estaba en su casa, se acercó un poco más.

—Salma, estás a salvo. Soy Alex... Estás conmigo.

Un torrente de lágrimas inesperado la asaltó. ¡¡¡Estaba a salvo!!! ¡¡¡La había encontrado!!! No mintió cuando dijo que cuidaría de ella.

Lloraba de puro alivio.

—No llores, por favor —suplicó Alex al ver su reacción, cogiendo el cuerpo inmóvil entre sus brazos para abrazarla—. Estás bien. Te dieron un veneno muy potente, pero tuve suerte, era un viejo conocido y llegué a tiempo para darte el antídoto. Ahora sólo hay que esperar. Te prometo que te pondrás bien. Ten paciencia.

Salma lo notaba nervioso, pero era él, ¡ Alex! Y al parecer estaba muy preparado para encarar situaciones difíciles.

Dio gracias a Dios por ponerlo en su camino; si no, estaría muerta.

Abrió los ojos para cerciorarse una vez más de que era él quien la abrazaba, aunque no le cabía duda de que era su voz.

Allí estaba, sosteniéndola.

Se esforzó mucho por intentar hablar... Tenía que hablarle.

—Gracias —susurró, tan bajito que casi no pudo oírla.

—Descansa, no te esfuerces —le dijo él, separándose un poco de su cuerpo para que lo viera y a su vez poder observarla.

Fue un alivio ver que tenía los ojos abiertos y sólo unas pequeñas sombras azules debajo de las uñas y en los labios. El compuesto casi había desaparecido de su organismo.

Salma asintió débilmente e intentó esbozar una sonrisa que resultó inapreciable. Alex la intuyó a la perfección y le regaló la mejor de su cosecha.

—¿Te duele algo? ¿Tienes hambre? ¿Sed?

Ella negó lentamente. No sentía nada.

—Bien, entonces debes dormir un poco más. Cuando te despiertes te encontrarás mucho mejor.

La dejó sobre la cama mientras hablaba, tapando su cuerpo desnudo con la sábana.

—Lo siento —se disculpó, al ver que se había dado cuenta de que no llevaba nada encima—. El vestido estaba sucio y tu temperatura bajó bruscamente... tenías que entrar en calor...

—Tranquilo, está bien —lo atajó con mucho esfuerzo.

Lo importante era que estaba viva, y no era la primera vez que él la veía desnuda.

—Duerme un poco. Hablaremos después.

Alex fue a levantarse de la cama para dejarla tranquila y evitar que hablase más, pero Salma le cogió el brazo que tenía apoyado en el colchón, cerca de su cadera.

Él la miró sorprendido. Tenía algo de fuerza. Se estaba recuperando muy bien.

—Quédate.

Dudó unos segundos, pero finalmente asintió con una sonrisa. La verdad era que no quería marcharse y que ella le pidiera que se quedara era lo mejor que le había pasado en aquellas últimas horas tan angustiosas que había vivido.

Antes de tumbarse a su lado, fue hacia el vestidor, abrió un cajón, sacó unos bóxers blancos y se los puso.

Salma pudo observarlo caminar desnudo y contemplar su perfección en la penumbra. Se fijó en sus cicatrices. No eran muy grandes, pero se distinguían marcas de metralla y algún balazo. Al contrario de lo que cabía pensar, lo hacían más atractivo y era curioso que siendo militar no tuviese ningún tatuaje.

Alex esbozó una sonrisa juguetona mientras se acercaba a la cama y se ponía de rodillas delante de ella.

—Cuando te recuperes, tendrás todo lo que desees —susurró, muy cerca de sus labios.

Alex apreció cómo sus ojos chispeaban. Despacio, acercó su boca a la de ella y la besó con delicadeza. Estaba débil y tenía que descansar, pero hacía horas que quería besarla. Salma no se negó y lentamente le devolvió el beso.

—Ahora vamos a dormir un poco —dijo él, separándose unos milímetros de su boca.

—¿Y Andrés? —preguntó Salma, con miedo ante la posible respuesta.

No recordaba casi nada, sólo haberlo visto junto a otros hombres, frente a ella, pero era una imagen borrosa, sin sentido.

Alex negó con la cabeza. No sabía nada de su hermano. Cuando la encontró estaba sola y la gravedad de su situación no le dejó averiguar más.

—No lo sé —contestó sincero—. Eras tú o él y no estaba dispuesto a perderte.

Ella cerró los ojos, asintiendo. Habían perdido la única pista que tenían, pero si Alex no le hubiese inyectado el antídoto, no podría seguir buscándolo.

—Gracias.

Él le dio un delicado beso en los labios en respuesta, luego se alejó un poco y se acostó a su lado pegándose a su espalda, y, pasándole un brazo por la cintura, la acercó a él.

—Duerme. Estaré aquí cuando despiertes —le susurró al oído.

Salma cerró los ojos y, lentamente, le cogió la mano, entrelazando los dedos con los suyos.

Suspiró más tranquila, pero sobre todo segura.

Alex cuidaba de ella.

Jack llevaba un día entero sin dormir.

Había ido a casa de Salma y había buscado en su oficina información sobre un tal Alex, sin éxito.

No había ni rastro de él.

¿Utilizaría otro nombre? Podía ser. Todos ellos se movían entre las sombras y las identidades no eran fiables. No lo conocía de nada, pero su cara le sonaba de algo y no sabía de qué.

Negándose a abandonar a Salma a su suerte, como se había negado otras tantas veces en sus operativos, intentó buscar en internet para ver si por casualidad aquel gigoló que decía ser un militar y que tenía atrapada a su mujer tenía web para ese otro trabajo al que por lo visto se dedicaba ahora.

Bueno, Salma no era su mujer, pero iba a serlo antes de que él desapareciera y quería que lo fuera en el futuro, así que no iba a consentir que un tipo como ése se la arrebatara.

No encontró nada, ni fotos suyas, ni ningún *escort* que se llamara Alex y coincidiera con él en las páginas web que facilitaban ese tipo de servicios.

¿Quién era ese tipo? ¿Cómo era posible que no existiera? Esa noche había dicho que estaba trabajando, que había ido a la fiesta para acompañar a una mujer. ¿Cómo lo encontraban? ¿Cómo sabían esas mujeres lo que hacía? Tenía que averiguar más cosas sobre él. Era urgente.

Sin dilación y viendo que no había más salida, conectó su teléfono móvil al ordenador de Salma y activó un programa que tenía como icono de acceso una carita sonriente sacando la lengua. Se abrió una pantalla en la que debía introducir un código.

Tecleó una serie de seis dígitos con cuatro letras y la pantalla del ordenador se volvió negra. A continuación, apareció un logotipo de la agencia gubernamental.

Jack tecleó otra clave de veinte dígitos y el móvil sonó. Lo cogió de inmediato.

—Jack Swan. Código de identificación: Alfa, Zulú, cuatro, nueve, tres, Bravo, siete. Nombre en

clave: Hugo.

Esperó respuesta unos segundos que se le hicieron eternos. Hacía mucho tiempo que no se identificaba...

Aquello sólo significaba una cosa: regresaba a casa.

12

Ni un poco de luz se colaba por las rendijas de las persianas.

Salma no sabía si era de día o de noche, sólo estaba segura de quién la sujetaba con fuerza por la cintura contra su cuerpo: Alex, y eso, ahora mismo, era más que suficiente.

Prometió que la cuidaría, prometió que estaría cerca, y había cumplido de sobra. Le había salvado la vida.

Con cautela, porque no sabía si sentiría dolor, movió una pierna. Alex tenía razón, se encontraba mejor y podía moverse con más agilidad que hacía unas cuantas horas. No se notaba entumecida, ni agarrotada, su corazón latía con fuerza y sólo tenía algo de dolor de cabeza.

Fuera lo que fuese lo que Alex le había dado, había logrado que se recuperara.

Con cuidado, se volvió de cara a él.

Seguía dormido y su rostro decía que estaba en paz. Estaba aún más guapo que de costumbre.

Salma sonrió por primera vez en mucho tiempo. Aquel hombre era una caja de sorpresas y una bomba de relojería a partes iguales, pero a ella le había robado el corazón sin darse cuenta y en tiempo récord.

Sin querer darle muchas más vueltas a ese sentimiento que cada vez la invadía con más fuerza, intentó intuir lo que la rodeaba.

Recordaba una habitación blanca, grande y luminosa, pero ahora estaba oscura y sólo se distinguían algunos detalles por el resplandor que desprendía la tenue luz que Alex había dejado encendida en el baño.

Respiró profundamente para inhalar aquel olor a él que tanto le gustaba. Cerró los ojos para disfrutarlo con calma, aprovechando que no la veía.

Era una mezcla de frutas y madera, que, unida a su olor corporal, activaba todos sus sentidos. Iba a ser verdad eso de la supervivencia de la especie, y de que las mujeres siguen las feromonas como los osos la miel. Si a eso se le sumaba que el hombre era un adonis... no le importaba tener un empacho de miel.

Y pensar que cuando empezó a seguirlo y espiarlo para ver si le podía robar la información que necesitaba le pareció un engreído... ¡Nada más lejos de la realidad! Era cierto que era consciente de su potencial y que lo usaba en su provecho, pero fuera de su trabajo actual era diferente, aunque intentara aparentar lo contrario.

Seguía sin entender por qué se había convertido en un gigoló. No le entraba en la cabeza y cada vez sentía una necesidad más imperiosa de averiguar la respuesta, aunque no estaba segura de que le fuese a gustar.

Era de lo más extraño que se había encontrado en su vida. Por norma general, la gente como Alex, que se marchaba de las fuerzas especiales, trabajaban o creaban empresas de seguridad

privada y así continuaban usando sus conocimientos a menor escala, porque lo suyo era vocacional, igual que los agentes especiales... Los que no se aventuraban a tanto, intentaban acceder a los cuerpos de seguridad del Estado... Abrió los ojos, molesta por esos pensamientos que intentaba evitar.

—¿En qué pensabas?

Alex estaba observándola.

Al principio, intuyó que algo se estaba imaginando que le gustaba, porque sonreía, pero después cambió el semblante hasta adoptar una expresión de disgusto.

Salma se sobresaltó.

¿Le habría leído la mente? Esperaba que no, aunque se decía que los SEAL desarrollaban un séptimo sentido, porque el sexto, el de supervivencia, era innato en ellos. La leyenda sostenía que ese sentido extra casi les permitía averiguar qué les pasaba a otros por la mente, sobre todo en los interrogatorios. Esperaba que Alex no hubiese llegado a tanto, pero siendo como era uno de los mejores, no podía descartarlo.

—En el dolor de cabeza... que no me deja en paz. —salió por la tangente. Ella también estaba entrenada, aunque no al mismo nivel.

Alex se levantó inmediatamente de la cama, dejándola confusa. No quería que se marchara tan rápido.

Vio cómo desaparecía por la puerta del baño y regresaba en medio minuto, con un vaso de agua y algo en la mano.

—Tómate esto. Te ayudará.

Salma se incorporó, cogió una pequeña pastilla que él tenía en la mano y se la tomó con un sorbo de agua, como una niña obediente.

—¿Qué es lo que he tomado? —preguntó curiosa.

Otra leyenda decía que los militares de élite como él usaban medicamentos que el Ejército desarrollaba para su uso interno. Igual tenía suerte y se le escapaba algún detalle al respecto.

—Una aspirina —contestó con una media sonrisa traviesa—. Quédate en la cama. Enseguida vuelvo.

Le dio un beso en los labios, demasiado rápido para el gusto de Salma, y desapareció como una exhalación, esta vez por la puerta de la habitación.

Ni siquiera le había podido preguntar adónde iba.

Se acurrucó con la cabeza sobre la almohada de Alex y cerró los ojos, intentando olvidar su dolor de cabeza.

Allí se estaba muy a gusto y aquella «aspirina», que estaba segura de que no lo era, actuaba rápido.

Alex entró a la habitación llevando una bandeja llena de comida.

Traía dos cafés, leche caliente, tostadas, mantequilla, mermelada, pavo, jamón, queso, zumo de naranja... en fin, todo lo que pensaba que a Salma le podía apetecer.

Si tenía que tomar más medicación, debía tener el estómago lleno.

Dudó si despertarla, porque parecía dormida de nuevo. Pero llevaba demasiadas horas sin comer

y debía hacerlo para que el antídoto terminase de hacer su trabajo.

Dejó la bandeja sobre la mesilla de noche y, con dulzura, le acarició el pelo, desparramado sobre la almohada.

—Salma, despierta —susurró con voz calmada y sensual.

Ella abrió los ojos de inmediato y se volvió para mirarlo. Parecía preocupado otra vez.

—Tienes que comer —le dijo, acariciándole la mejilla, antes de apoyar la mano en el colchón y acercarse a sus labios para besarla. No aguantaba más sin hacerlo.

Salma recibió el beso, ahora más intenso y lento, como si fuesen vitaminas, pero de nuevo Alex se retiró demasiado pronto.

—Estoy bien. Me encuentro mucho mejor y puedo moverme. Mira.

Con un poco de comicidad, le sacó la lengua, guiñó un ojo, se incorporó en la cama y alargó los brazos hasta abrazarlo.

Ella sólo pretendía tranquilizarlo, pero mientras gesticulaba, la sábana que la cubría se le deslizó hasta la cintura, dejándola medio desnuda, apretada contra él.

Su instinto masculino le decía a Alex que hacer ciertas cosas aún no era recomendable para ella, pero sentir sus pechos desnudos contra su torso lo estaba matando, y luchar contra lo que aquella mujer le provocaba era cada vez más complicado, por no decir imposible.

Procurando no pasarse de la raya que él mismo se había trazado, le devolvió el abrazo, la besó en la sien y se zafó de ella casi sin mirarla.

—¿Te apetece tomar un café? —preguntó, acercándose a la bandeja.

Salma estaba confusa ante su actitud.

No había sido voluntario que la sábana se le bajara de esa forma, ni siquiera se acordaba de que no llevaba nada encima, y si alguien tenía la culpa de eso era él mismo, no ella... Lo recordaba mucho más receptivo a sus atenciones, o mejor dicho, a ella en general.

Intentando no darle más importancia de momento, asintió, incorporándose en la cama y sujetando la sábana con los brazos.

En silencio y no muy cómodos, ambos tomaron el café y, aunque Alex quería que comiese más, Salma sólo tomó un poco de zumo y una tostada.

—Debo irme —dijo ella, después de mucho silencio, intentando cubrirse todo lo posible con la tela mientras se disponía a levantarse. No quería que él volviese a reaccionar como antes. Le había dolido en el alma.

A él casi se le cayó la bandeja de las manos. ¿Adónde creía que iba? ¿Qué quería, que la matasen?

—No —replicó, más nervioso que en toda su vida. En su mente la veía muerta, con una bala entre ceja y ceja, y después de eso no podría curarla.

Salma percibió su tono seco y tajante y no le gustó. Ella era autosuficiente, sabía defenderse y, sobre todo, era libre.

—Tengo que ir a por mi hermano, Alex. —Endureció también la voz—. Te agradezco lo que has hecho por mí, tu hospitalidad y el desayuno, pero tengo que encontrar a Andrés antes de que lo maten.

Sin esperar respuesta y viendo a aquel coloso de pie ante ella con un cabreo de mil demonios,

cogió la sábana con fuerza y, de rodillas, consiguió llegar al borde del otro lado de la cama.

—¿Puedes devolverme mi ropa y mis armas? —le pidió, buscando alrededor ambas cosas sin suerte.

—No puedes irte —insistió Alex, sabiendo que ella era igual que él en muchos aspectos, incluido alguno en el que prefería no pensar, pero estaba loca si lo intentaba sola.

Si aquellos hombres tenían acceso al NB, es que se movían con gente muy poderosa. Ese veneno era un compuesto muy peligroso que pocos conocían y desde luego que muy pocas personas podían conseguir. Si habían vuelto a fabricarlo, no sabía con qué fin lo habían hecho, pero seguro que no era para nada bueno.

Salma lo observó unos segundos sopesando su respuesta y sobre todo a él.

—Puedo y tengo que hacerlo, Alex.

No esperó a que contestara, ni tampoco esa ropa que no llegaba. Miró hacia el vestidor y vio un montón de camisas colgadas en una barra de metal, perfectamente ordenadas por colores.

Fue hasta allí, escogió una color malva, la descolgó de la percha y la sábana que la cubría resbaló de su cuerpo hasta el suelo.

Sin dudar, sacudió la camisa y se la puso, aún de espaldas a él. Se dio la vuelta sin abrochársela, porque quería que la viera. No estaba segura de por qué no había querido mirarla un rato antes.

Fijó la mirada en sus ojos verdes, que, aun furiosos, la devoraban sin disimulo, y se abrochó todos los botones de la mitad de la prenda hacia abajo, sacó los brazos de las mangas, bajó la camisa hasta dejarla por encima de sus pechos, cruzó las mangas por la espalda y luego se las anudó por debajo del pecho, con lo que la prenda le quedó como si fuese un vestido.

Alex estaba tan impresionado por la actitud decidida de aquella mujer y por la forma en que se acababa de fabricar un vestido, que no sabía qué decir. Sólo estaba seguro de que no podía dejarla marchar.

—No puedes irte, nena —insistió en un tono más calmado.

Salma abrió la boca, decidida a seguir discutiendo, cuando vio una abertura en el suelo, debajo del mueble que había en el centro de la estancia. Únicamente era una rendija, pero allí abajo había algo.

Inmediatamente miró alrededor buscando una salida, armas con las que defenderse. Pensar que Alex la había vendido le daba ganas de vomitar.

Con rapidez, fue hasta donde le había visto coger unos bóxers horas antes. Eligió unos negros, se los puso sin perderlo de vista y se acercó a la abertura del suelo.

—¿Quién está ahí abajo y por qué, Alex? —preguntó, intentando cubrirse la espalda con los estantes. No tenía armas, él se las había quitado.

Alex la miró desconcertado. ¿A qué se refería?

—¡¿Qué?!

—Que me digas quién está debajo de este mueble y por qué.

Miró al suelo y entonces lo entendió.

—No hay nadie. Es un escondite para guardar armas y medicinas y están también las pantallas de las cámaras de vigilancia.

Salma escuchaba casi sin parpadear pendiente de todo lo que él decía y hacía.

Sin decir nada, hizo un gesto con la mano indicando que moviera el mueble para poder verlo con sus propios ojos.

Alex no lo dudó, se acercó hasta la abertura, tiró del mueble a un lado y dejó a la vista la escalera.

—Puedes bajar sin miedo, Salma. Aquí sólo estamos tú y yo.

Ella lo miró tranquila, pero se veía a la legua que únicamente creería en hechos, no en palabras. Era una agente del gobierno, no una mujer indefensa y asustada.

—Tú primero —le dijo.

Alex no iba a discutir. Era un lugar desconocido para ella y, después de lo que había pasado, era normal que no se fiara ni de su sombra. Aún no sabían quién la había envenenado. Podría haber sido él.

Salma lo siguió, rezando para que le hubiese dicho la verdad. No porque si la había traicionado no tuviera posibilidades de sobrevivir, que las tenía si no eran demasiados, sino porque creía en él.

Respiró aliviada cuando vio que, efectivamente, no había nadie más. Alex abrió todos los armarios y lo que Salma vio fue un arsenal con todo tipo de armas, equipo de asalto y medicinas, además de las cámaras de vigilancia de las que le había hablado.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —le preguntó, sin quitar ojo a la parte de fuera de la casa que reflejaban las cámaras y a la imagen de las habitaciones, que iba mostrando el programa cada cinco segundos.

—Casi dos días.

—¿Has tenido contacto con el exterior en este tiempo? ¿Te ha llamado alguien?

—No.

—¿Alguna... clienta?

Salma se volvió para verle la cara cuando terminó de preguntarle eso. Sólo quería saber si la había dejado sola.

—No a todo —contestó él, intentando comprenderla.

Con un suspiro, Salma sopesó lo que iba a preguntar. La forma en que Alex actuaba la llevaba a pensar que sabía lo que le habían suministrado. Había intervenido rápido y diligente, por eso estaba viva.

—Sabes lo que me dieron, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—¿Qué era?

—Una sustancia venenosa.

—¿No me vas a decir qué? —insistió, encarándose con él.

—Aún no.

—Sólo dime si tienes más antídoto.

Alex asintió dos veces, dejando clara su respuesta. Salma resopló sin saber qué hacer. No era normal que se quedara bloqueada, pero aún no había recuperado al cien por cien sus facultades.

Alex vio su debilidad y la aprovechó.

—Salma, no puedes irte. No sabemos quiénes son esos tipos ni qué quieren exactamente. —Se le acercó un poco—. Aún necesitas descansar y aquí estamos seguros —prosiguió, acercándose más. Ya casi podía abrazarla y ella no se había retirado—. Mañana por la mañana, podemos intentar trabajar juntos en esto y ver qué pasos debemos dar.

—¿Quieres ayudarme? —preguntó sorprendida.

Pensaba que se bajaría del tren en ese punto. Al fin y al cabo, estaba retirado.

Alex asintió, pasándole un brazo por la cintura. Ya la tenía.

—¿Por qué? —inquirió Salma, consciente de su proximidad y mirándolo fijamente.

—Supongo que prefiero estar cerca por si pasa algo parecido a lo del otro día. Podrías necesitarme otra vez.

Salma ladeó la cabeza mientras Alex la acercaba a su cuerpo.

—¿Por qué te prostituyes? —le preguntó a bocajarro, dejando a un lado sus averiguaciones sobre la sustancia que casi la mata. En algún momento se lo tendría que contar y saber que disponía del antídoto, era suficiente por ahora.

Alex no se esperaba esa pregunta. Sabía que tendría que contestarla en el futuro y que debería contarle su situación si seguían juntos, pero no tan pronto.

Ella no estaba segura de por qué lo había asaltado con eso, no era el momento, pero la curiosidad había podido con la razón. Aunque ya no formaba parte de las fuerzas especiales, tenía armas y se protegía, a la vez que se dedicaba a su trabajo con las mujeres. No entendía nada.

—Algún día te lo contaré —replicó, separándose de ella y comenzando a cerrar armarios.

—¿Por qué no hoy? No entiendo nada de esto, Alex —se sinceró, señalando a su alrededor.

Él dudó si hablarle de su huida forzosa de su división, del capitán Summers, de lo que pasó en Afganistán, pero seguía pensando que era pronto y aún no sabía nada de ella. No era seguro y menos siendo una agente en activo.

—Sólo te diré dos cosas. La primera, necesitaba dinero para mantener todo lo que ves y la segunda, sin esto estaría muerto. —Cerró el último armario y se acercó a ella más tranquilo—. Y tú también. No voy a decirte nada más. No puedo.

Salma estaba más confusa que antes de preguntar y deseaba acribillarlo a preguntas, pero al menos había dicho algo al respecto y confiaba en que sabría la verdad tarde o temprano.

—De acuerdo —cedió—, pero te miro, veo esto que hay aquí y eres tú. Lo que veo cuando estás con esas mujeres, no.

Alex nunca había sentido tantas ganas de sincerarse con alguien como le estaba sucediendo con Salma. Ella le entendía, se había dado cuenta de lo que le costaba no ser lo que era realmente.

Sin decir ni una palabra más, la rodeó por la cintura, la acercó a él y la besó, intentando decirle con ese beso lo agradecido que estaba porque ella hubiese descubierto su verdadero yo.

Fue intenso pero dulce, y con la adrenalina que aún circulaba por el organismo de Salma a dos mil por hora, comenzaba a hervirle la sangre. Su cuerpo reaccionaba con él mejor que el antídoto.

—Será mejor que subamos. Aquí empieza a hacer frío —sugirió Alex, tras deslizar la mano por la espalda de ella hasta su pierna, para que le rodeara la cadera, y notarla fría bajo la camisa.

Salma asintió temblando, pero no precisamente por la baja temperatura. No podía resistirse a las

caricias de aquel hombre y eso la desconcertaba. Con Jack o sus anteriores parejas o relaciones nunca le había pasado con esa intensidad.

¡¡¡Jack!!!

Alex notó los nervios que invadieron a Salma de repente. ¿Qué narices había pasado ahora?

—¿Estás bien? —intentó indagar, soltándola un poco.

—Jack.

A Alex le sentó como una patada en el hígado oír el nombre de aquel tipo, pero era normal que Salma preguntara por él.

—Jack, ¿qué? —No pudo evitar emplear un tono molesto.

—¿Lo viste antes de sacarme de allí? ¿Sabe dónde estamos? —Lo preguntaba pensando en lo preocupado que debía de estar si no era así.

—¿Crees que tuve tiempo de decirle algo? Casi te mueres en mis brazos, y eso que llegamos aquí en pocos minutos y que tenía la sustancia adecuada —medio gritó, porque lo ponía enfermo aquel tipo y, sobre todo, cómo la miraba—. Lo último que pensé fue en darle un informe detallado a tu amiguito.

Salma se mordió la lengua e intentó ponerse en su lugar. Debió de pasar miedo al verla tan mal. Era imposible que se entretuviera con Jack.

—De acuerdo, sólo era una pregunta —contestó conciliadora—.Quería saberlo para llamarlo y...

—¡¿Llamarlo?! ¿Por qué?

Salma respiró hondo e hizo acopio de una paciencia que no tenía. Jack la estaba cubriendo en el operativo y tenía derecho a saber que estaba sana y salva.

—Alex... Jack estaba allí y seguramente estará muy asustado buscándome. Al menos debe saber que estoy bien.

Él frunció más el cejo. No quería que aquel hombre la viera.

Salma lo intentó de nuevo:

—Nunca me ha abandonado, Alex, jamás, y hará lo que sea necesario para encontrarme... Lo que sea... —Se acercó de nuevo a él. Era su última baza, aunque no quería usar su sensualidad así—. Igual que harías tú.

Sabía que ella tenía razón. Eran hombres de honor que no abandonaban a un compañero en problemas, mucho menos si se trataba de una mujer importante para sus vidas. Intentó calmarse.

—De acuerdo, pero lo llamarás desde un teléfono seguro y bajo ningún concepto le dirás dónde estás.

Salma asintió sin querer enfadarlo más. Por otra parte, era imposible que le dijera nada de eso a Jack. Ni ella sabía dónde estaban escondidos.

13

Jack no había podido dormir desde que llegó a casa de Salma, lo había intentado sin conseguirlo. Ya estaba a punto de tirar la toalla, casi convencido de que estaba muerta. Eran demasiadas horas sin noticias, ni de ella ni de sus antiguos jefes.

Había vuelto a activarse en la agencia sin pensar en las consecuencias y ahora los jefazos exigían una reunión urgente con él para que explicara qué había hecho el último año y, sobre todo, para saber por qué preguntaba por un SEAL ilocalizable, del que habían desaparecido todos los informes, fotografías e historial de las misiones cumplidas.

Jack no había pensado en todo eso cuando llamó. Encontrar a Salma y por su seguridad era lo único que había tenido presente y quizás se había precipitado.

Aún quedaban horas para esa reunión. La había pospuesto porque primero quería encontrarla, o lo que quedara de ella...

Cuanto más tiempo estuviese perdida, menos posibilidades había.

Se había instalado en el despacho de la segunda planta, donde Salma tenía los ordenadores, y con todos los teléfonos a su alrededor.

Estaba tumbado en el sofá de piel que había en un extremo de la estancia, y donde tantas veces habían pasado tiempo haciendo algo más que hablar o descansar, cuando su móvil sonó.

—¿Sí? —contestó sobresaltado.

—Soy yo, Jack. Estoy bien.

No sabía si reír, llorar, gritar o tirarse al suelo de rodillas dándole gracias a Dios. Escuchar su voz era como oír música celestial.

—Dios mío, Salma... creía que estabas muerta.

No era una buena frase para empezar, decía demasiado de lo que aún sentía por ella, pero le había salido del corazón.

Salma guardó silencio. Lo conocía y sabía que estaría a punto de volverse loco tratando de localizarla o sacando información de debajo de las piedras si era necesario.

—Lo siento —balbuceó, intentando disculparse—. Me envenenaron... Me he despertado hace un rato.

Jack respiró aliviado tras el momentáneo *shock* inicial. Veneno... Bueno, al menos se recuperaba de lo que fuese que le habían dado. Eso era buena señal, pero...

—¿Dónde estás, cariño? —preguntó en tono dulce y sosegado, para que le respondiera, porque si estaba viva y bien, sólo podía estar con una persona: Alex.

—Estoy a salvo. No te preocupes —procuró zafarse ella de lo que Jack le preguntaba, aun a sabiendas de que era inútil.

—Salma... —siseó él, con los nervios a flor de piel. Llevaba dos días sin dormir y necesitaba

verla y abrazarla—. No te lo voy a preguntar dos veces. Dímelo.

Podía imaginárselo perfectamente, con los ojos inyectados en sangre y la vena del cuello marcándosele como si le fuera a explotar.

Estaba muy enfadado, aunque pretendiera disimular.

—Estoy en un lugar seguro con Alex. Jack, no puedo decirte más.

El agente estaba que se subía por las paredes. ¡¿Que no podía decirle más?! Eso sí que no.

—Vas a decírmelo. ¡Ahora! —exigió amenazante.

Salma miró a Alex, que estaba escuchando toda la conversación desde el manos libres del teléfono seguro de su despacho, en la planta baja. Al menos podía decirle que no habían salido de la ciudad, pero el militar negó con la cabeza, furioso. No quería a ese tipo cerca. No se fiaba de él en ningún sentido y, desde luego, no soportaba ese tono que usaba con ella.

—No me grites o cuelgo —lo amenazó Salma, saliendo del paso—. Sólo te he llamado para decirte que estoy bien, con Alex y en un lugar seguro. Si te necesitamos, te llamaré.

A Jack le empezó a hervir la sangre. ¡¿Cómo se atrevía?!

—¿Cómo que si me necesitáis me llamarás? —Intentó controlar su tono de voz para no gritar—. Ese tío no es de fiar. ¡No existe, Salma! Tienes que alejarte de él, ¿entiendes? Puede ser uno de ellos.

Alex frunció el cejo. Había estado buscando datos sobre él, era la única forma de que supiera que no había nada.

Aquel agente se estaba pasando de la raya y podía confundir a Salma. La cosa no pintaba bien.

—¿Qué quieres decir? —preguntó tranquila.

Ella sí sabía cosas de Alex. Lo había vigilado antes de contratarlo como acompañante. En ese momento le hizo un gesto tranquilizador.

—He llamado a la agencia, Sal, y me han dicho que no hay nada de ese tío. ¡Es un fantasma!

—Pues yo le veo muy real, Jack, y, desde luego, no está muerto —contestó ella, mirando al hombre que la observaba sentado en la mesa de su despacho, vestido sólo con un pantalón de lino negro y descalzo.

Jack golpeó el sofá con el puño. Salma estaba prendada de aquel tipo, no le hacía falta tenerla delante para verlo en sus ojos. Se estaba poniendo enfermo sólo de imaginarla con ese degenerado que vendía sus servicios sexuales.

—¿De verdad quieres estar con un tipo que se acuesta con mujeres por dinero? ¿A ti también te cobra?

Los nervios habían podido con él y, nada más soltar todo eso, se arrepintió, pero ya era demasiado tarde y sabía cómo se lo cobraría ella.

Salma cerró los ojos al escucharle. Jack la conocía perfectamente y sabía de sobra que nunca, jamás, pagaría a un hombre a cambio de sexo, y lo sabía porque no tenía carácter para algo así, por muy desesperada que pudiera estar. En esa ocasión había tenido que hacerlo por una causa mayor.

Le dolió en el alma, sobre todo porque Alex no se lo merecía. Estaba segura de que era un hombre excepcional que no quería venderse pero tenía que hacerlo. Había miles de mujeres en su misma situación cada día y con menos suerte.

—Sólo llamaba para decirte que estoy viva —repitió.

Jack oyó perfectamente el clic cuando cortó la comunicación y maldijo todo lo que se le ocurrió. Era un bocazas, uno muy grande, y ahora nunca averiguaría dónde estaba, a no ser que ella se lo quisiera decir. ¡Malditos celos!

Miró a su alrededor sin saber muy bien qué hacer.

Decidió que allí no pintaba nada. Antes de marcharse, mandó un mensaje a la agencia para concertar la cita que le pedían y también para ver si podía averiguar algo más.

Después de lo que había pasado, ésa iba a ser su única forma de obtener información.

Salma se quedó mirando el teléfono después de colgarle a Jack.

Entendía que estuviese nervioso por la situación, preocupado, pero que insinuase que Alex estaba con ella por interés económico era caer muy bajo y querer hacer mucho daño.

Cuando lo confundió con un ladrón en su casa, el corazón se le aceleró e incluso imágenes de muchos buenos momentos de ambos juntos pasaron por su mente, pero él se había marchado, la abandonó, y ahora no tenía ningún derecho a pedir nada. El problema era que a ella aún le dolía.

A Alex le habría gustado tener a aquel capullo delante para partirle la cara. Salma no necesitaba pagar a nadie para que estuviera con ella.

Era cierto que le había pagado, pero fue sólo para contactar con él y conseguir su objetivo relacionado con la misión.

Era obvio que ese comentario la había destrozado.

—¿Estás bien? —le preguntó, acercándose al sillón del ordenador, donde estaba sentada.

Salma asintió sin mirarlo. No podía.

Alex se arrodilló delante de ella y, con delicadeza, le quitó el teléfono de las manos, dejándolo sobre la mesa.

—Salma —dijo con un susurro, intentando que levantase la cabeza.

Estaba avergonzada. Le hubiese gustado que él no escuchara la conversación. Sintió el tacto de su mano en la mejilla y cómo le levantaba la cara para que lo mirase.

—Ese tío no sabe nada de nosotros y parece mentira que haya sido algo tuyo.

Tenía razón. Era como si no la conociera y eso que habían compartido más que trabajo y casa.

Se tragó las lágrimas. No quería llorar, no quería que Alex la viera débil, porque no quería que se aprovechara de ello en un futuro, como hacía Jack.

El sexo siempre había sido el punto débil entre los dos. A ella no se le daba bien tomar la iniciativa. Aun teniendo relaciones estables, maduras, apasionadas y placenteras, estaba convencida de que no era buena en la cama, porque se sentía cohibida por él. Ahora lo veía claro, después de sus encuentros con Alex.

Que Jack insinuara que tenía que pagar por sexo era el colmo.

—No te preocupes, estoy bien —mintió muy mal.

Él ladeó un poco la cabeza, se humedeció los labios y acercó su rostro al de ella.

—Haré como que me lo creo, pero sólo esta vez y porque quiero besarte, si no, me iría a buscar a ese gilipollas y le retorcería los huevos de tu parte.

Salma sonrió tímidamente. Alex era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo y saberlo en sólo dos días era todo un regalo. En cuarenta y ocho horas, él la conocía más que su ex en todo el tiempo que estuvieron juntos.

Por primera vez, agradeció en silencio que Jack hubiese desaparecido un año atrás.

Alex le devolvió una sonrisa juguetona y la besó despacio y sensual. Salma le devolvió el beso, sintiendo que una lágrima le resbalaba inevitablemente por la mejilla. Él notó la humedad en sus labios y, con cariño, se la secó sin decir nada. Salma era una mujer muy especial, que no había tenido la suerte de encontrar a un hombre que entendiera sus sentimientos, su sensibilidad y su sexualidad.

Tanto tiempo acostándose con diferentes mujeres, había hecho que las comprendiera mejor y, por desgracia, había demasiadas Salmas en el mundo con demasiados Jacks que no tenían ni idea de lo maravilloso de sus parejas, porque no sabían sacar lo mejor de ellas aunque tuviesen una vida sexual activa.

Sin dejar de besarla, se incorporó un poco para recostarla sobre el sillón y tener vía libre sobre su cuerpo.

El beso se tornó más duro. Alex la devoraba y a ella le encantaba esa sensación de seguridad que tenía entre sus brazos, de saber lo que podía hacer con ella, hasta dónde la haría llegar y cómo lograr que se sintiera bien con lo que estaban haciendo con total naturalidad. Sin exigencias, con calma y paciencia.

Sintió sus manos como fuego sobre sus muslos, cómo la acariciaba y cómo la desvestía lentamente, para jugar con ella. No podía dejar de mirarlo.

Con seguridad, Alex recorrió de nuevo el camino por sus piernas, incorporándose sobre las rodillas para mirarla a los ojos.

Deseo. Le deseaba tanto como él a ella y eso lo volvió loco.

Sonrió pícaro y, despacio, continuó su escalada.

—Abre las piernas, Salma.

Lo había dicho con sensualidad, pero era una orden.

Por un segundo, lo imaginó vestido con un equipo negro de asalto, armas incluidas, dando esa orden. Sin duda, Alex era ese hombre que había imaginado y al que admiraba en silencio desde hacía tiempo.

Obedeció de inmediato, incluso reprendiéndose a sí misma por parecer ansiosa, pero... no podía negarse a él.

Sintió sus dedos acariciando su sexo mientras la besaba. Salma gimió, temblando. Sólo tenía que rozarla y ya estaba preparada para él.

Alex deshizo el nudo de las mangas de la camisa debajo de su pecho y desabrochó los dos primeros botones. La prenda se deslizó por el cuerpo de Salma hasta quedar arrugada sobre sus caderas.

Apartó la boca, clavó la mirada en ella y le acarició un pezón. Salma aguantó la sensación apretando los labios y recostó la cabeza contra el sillón, arqueándose.

Sin decir nada, sólo observándola, Alex bajó la boca hasta el otro pezón y se lo succionó. Ella se

arqueó más, gimiendo.

Durante unos segundos continuó excitando su cuerpo, hasta que la sintió convulsionarse sobre la silla al alcanzar el orgasmo. Le encantaba hacerle sentir todo eso, porque después sería mucho más receptiva. Y él la quería así. Era más divertido para ambos.

Cuando la vio relajada, se levantó del suelo, se quitó el pantalón de lino que llevaba y tiró de ella para acercarla.

Se besaron con pasión, haciéndose el amor con la boca hasta que Alex sintió que su tiempo se acababa y aún quería jugar un poco más.

Se sentó en el sillón, con su miembro erguido por la excitación, tiró de la mano de Salma e hizo que se sentara a horcajadas sobre sus piernas.

—Todo tuyo —le ofreció, señalando su pene.

Ella sentía cómo su cuerpo gritaba que la penetrara. Sentía las contracciones del placer y pocas veces había estado tan excitada. Incluidos los dos encuentros sexuales anteriores con él.

Sin pensarlo más, se colocó sobre el glande de Alex y lo introdujo en su vagina. Comenzó a bajar muy despacio, dejando que entrara en ella, sintiendo cada milímetro.

Alex resopló por la sensación.

Ella continuó con el lento vaivén, dejando que entrara y saliera una y otra vez de su cuerpo. Alex le cogió las nalgas y la apretó contra él para ayudarla a llegar hasta el final. Gimió. Si repetía el movimiento una vez más, no estaba seguro de aguantar ni dos segundos.

Salma rotó las caderas, empalada en él y Alex jadeó. Aquella mujer lo volvía loco.

No podía dejarla seguir. Llevaba demasiado tiempo esperando estar así con ella, de hecho desde la fiesta, antes de que la envenenaran, y necesitaba tomar las riendas si no quería que acabara con él.

Sujetó a Salma con seguridad, se levantó del asiento, la hizo rodearle con las piernas la cintura y caminó el par de pasos escasos que lo separaban de la pared que había tras la mesa del despacho, donde la apoyó.

Salma lo miraba con el deseo reflejado en su rostro. Necesitaba que él se moviera ya.

—Agárrate a mi cuello con fuerza.

Asintió nerviosa. Alex sabía lo que hacía, estaba segura, pero ella no, y la incertidumbre la excitaba.

Alex sacó su pene, la besó en los labios y luego la embistió con fuerza.

Salma gritó, echando la cabeza hacia atrás por el placer que sintió al notarlo dentro hasta el fondo. Se apretó contra él impaciente. Quería más.

Como si le hubiese leído la mente, Alex comenzó a entrar y salir, penetrándola con fuerza. Había elegido esa postura contra la pared porque dudaba de si Salma la había probado alguna vez y era una de sus preferidas.

Ella respondió como él esperaba y, tras unas cuantas embestidas más, ambos llegaron al orgasmo agotados.

La sujetó con fuerza para que no se cayera y, despacio, se deslizó con ella hasta llegar al suelo. Tenían la respiración entrecortada y el corazón a mil por hora.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —le preguntó en cuanto recuperó un poco el aliento.

Salma negó con la cabeza antes de besarlo. Había sido... ¡Vaya!

—¿Te ha gustado?

Asintió con una sonrisa divertida. «Gustar» se quedaba corto para calificar lo que él le había hecho sentir.

—¿Lo habías probado antes?

Ella asintió y negó a la vez, dejándolo desconcertado.

—Sí, lo había probado, pero no fue tan intenso y placentero.

Sonrió comprendiendo, satisfecho de que a ella le hubiese gustado.

—¿Quieres probar más cosas?

Salma asintió riendo, abrazada a él.

Con Alex el sexo era increíble y... ¿por qué no disfrutar todo lo que pudiesen? Ya nada estaba en sus manos, había más jugadores de los que dependía su destino.

No sabían cuánto tiempo les quedaba por vivir.

14

Salma no podía dejar de pensar en la propuesta de Alex.

Eso de probar más cosas juntos, sexualmente hablando, sin aclarar todas las dudas que tenía respecto a él, quizá no fuera buena idea. Era muy probable que lo único que consiguiera fuese tener más incógnitas que resolver, pero perdérselo tampoco le apetecía absolutamente nada.

Quizá no contestara sus preguntas sobre por qué se dedicaba a complacer a mujeres, pero intentaría averiguar un poco más de su nueva vida si la búsqueda de Andrés se lo permitía.

Alex estaba preparando algo de pasta para almorzar, antes de ponerse a buscar información sobre la organización que tenía secuestrado al hermano de Salma.

Ella le había contado que lo tenían retenido para que ella robase la información que querían, pero él no estaba tan seguro. Por lo poco que había podido averiguar en varios artículos de prensa que leyó cuando la estaba buscando sin éxito, Andrés era químico y además uno que destacaba especialmente... Dado el veneno que habían utilizado, era probable que lo necesitasen para fabricarlo, aunque sólo era una sospecha y de momento se la había callado.

Se había negado a que lo ayudara en la cocina, así que ahora lo observaba trabajar sentada en un taburete alto, junto a la encimera de granito negro, frente a él.

Después de no haber comido casi nada en dos días, estaba hambrienta. La sesión de sexo también había colaborado.

Vio que aún tenía la piel de su ancha espalda mojada y el pelo brillante de la ducha. Era un hombre imponente.

—¿Te gusta la pasta a la carbonara? Es mi especialidad —dijo, volviéndose para observarla unos segundos. Llevaba una de sus camisetas y nada más y estaba preciosa.

—Me encanta —contestó, sonriéndole.

Parecía animado y tranquilo. Le había prohibido hablar sobre la misión hasta que comieran como es debido, así que se decidió a sacar el tema de su otro oficio a ver qué deparaba la conversación. Sentía demasiada curiosidad.

—Alex... —comenzó dudosa—, antes, cuando me has preguntado si quería probar más cosas sexuales contigo... —él se volvió a la velocidad del rayo, con una sonrisa de oreja a oreja. Al parecer estaba deseando escuchar lo que fuese que le quisiera decir—, ¿a qué te referías exactamente?

—A cosas que te apetezcan —respondió sin vacilar. Nunca haría nada que ella no quisiera.

La notaba nerviosa y, como ya la iba conociendo, estaba seguro de que algo le rondaba la cabeza.

Salma asintió, apretando los labios. Ahora no sabía cómo seguir.

—¿Las mujeres que te contratan te piden cosas... cosas raras? —Suspiró porque no había sonado muy bien y no sabía cómo explicarse. Él la ponía nerviosa—. No me malinterpretes, es sólo

curiosidad.

Cuando terminó de decir la última palabra, desvió la mirada hacia su mano, que no paraba de moverse convulsivamente sobre la encimera, como si hubiera algún defecto en la piedra que debiera pulir.

—¿Cosas raras? —repitió él, mirándola fijamente. No estaba seguro de por dónde iban los tiros y no quería meter la pata.

Salma suspiró otra vez. ¡Quién le mandaba sacar ese tema!

—Sí... no sé... jugar con cosas... o posturas concretas, o que te vistas de cierta forma... No sé, lo que se ve en las películas.

Alex reprimió una carcajada. ¡Lo que hacía el cine! Pero era cierto eso de que a veces la realidad supera a la ficción.

—Sí, hay mujeres que me piden alguna de esas cosas.

—Vale —susurró confusa y sin mirarlo. Tenía que seguir, él estaba esperando—. Y... ¿alguna vez has trabajado para un hombre?

Eso la tenía especialmente inquieta desde que descubrió a lo que se dedicaba. No lo había visto con ninguno en sus vigilancias, pero no quería decir que no lo hubiese hecho.

Alex comprendió lo importante que era para ella esa cuestión en concreto, así que apagó el fuego, retiró la olla con la pasta y se sentó en otro taburete, frente a frente.

—Nunca me he acostado con un hombre —comenzó a explicar con calma, mientras le hacía levantar la cara y mirarlo—. Salma, soy heterosexual, me gustan las mujeres y nunca me he acostado ni me acostaré con ningún hombre por dinero. Ése es uno de mis límites. Tampoco hago sado. —Ella asintió en señal de comprensión—. Sí, me han contratado hombres para que me acueste con sus parejas mientras ellos nos miran, o han contratado a otra mujer para ver cómo practicamos sexo los tres, pero sólo he estado con ellas, nunca con los hombres.

Salma asimilaba toda esa información que, sin percatarse, iba quitándole losas de la espalda. Alex le encantaba, pero tenía miedos que no podía evitar.

—Normalmente, me contratan mujeres de un estatus social alto, sobre todo para que las acompañe a fiestas, viajes, recepciones... La mayoría después desean sexo, pero otras sólo mi compañía.

Salma ni parpadeaba. Él se lo estaba contando sin necesidad de preguntar, cosa que la alivió momentáneamente.

—¿Y cómo calculas lo que deben pagarte? —preguntó más tranquila, aunque Alex estaba serio. No le gustaba hablar de aquello. Se dio cuenta y decidió zanjar el tema. Ya sabía algo más y seguro que habría otra ocasión para continuar—. No contestes a eso. Ha sido una salida de tono por mi parte, perdona.

Alex esbozó media sonrisa conciliadora.

—No, nena, tienes derecho a saber con quién te estás acostando, es sólo que esperaba que tuviésemos esta conversación dentro de más tiempo y en otras circunstancias... —Le acarició la mejilla antes de proseguir—: Por tu seguridad, no te puedo contar todo lo que quieres saber, ya sabes a qué me refiero, pero esta parte sí y quiero contestar. —Salma apretó los labios, nerviosa—.

Calculo lo que deben pagarme dependiendo de lo que quieran. Ir a una fiesta y quedarme a pasar la noche es distinto que irme de viaje una semana y estar a su disposición las veinticuatro horas del día. También depende del evento o si debo vestir de una determinada forma, como con un chaqué o un frac... todo eso puede incrementar el importe.

Salma estaba totalmente concentrada en lo que le contaba. Nunca se habría imaginado un trabajo así para su pareja, pero él era lo que era y no había más. Hasta ella le había pagado.

—Ya sabes lo que te pedí a ti. —Salma se sonrojó y bajó la vista. Alex le levantó la cara otra vez para que lo mirase a los ojos—. No te avergüences, estuvo muy bien y nos conocimos. —Ella sonrió, pensando que mentía sólo para que no se sintiera incómoda, pero que fue así como se conocieron era verdad—. Por un fin de semana a total disposición, puedo pedir mínimo diez mil euros.

Salma abrió mucho los ojos al oír eso. ¡¿Cómo no iba a dejar de ser un SEAL cobrando esa barbaridad?!

—Pe... pero no te contratan mucho para eso, ¿no? Ni para lo de los hombres que quieren ver cómo te acuestas con sus mujeres, ¿verdad?

Alex sabía que para ella todo eso era nuevo y que era una mujer clásica, pero empezar mintiendo no era bueno para ninguno de los dos.

—Más de lo que te imaginas para ambas cosas.

—No entiendo cómo una pareja puede compartir su intimidad con un desconocido, y menos pagando... No me entra en la cabeza —reflexionó en voz alta.

Alex se había dado perfecta cuenta de que Salma tenía muchos, muchísimos más límites que las mujeres con las que trabajaba o acostumbraba a estar, pero en el fondo le gustaba que ella fuese así. Si rompía alguna barrera, lo haría segura, porque lo haría con él.

—A veces lo necesitan para avivar la relación, o porque si no es así no saben tener sexo... Hay tantas maneras de amar como parejas existen, Salma, ninguna es mejor, ni peor. Todo es amor.

Se dio cuenta de que Alex tenía razón. Lo importante era amarse y luego cada pareja que pusiera sus reglas y sus límites.

—Tienes razón. Ellos se aman como saben y si están de acuerdo, nadie debe criticarlos.

Él asintió satisfecho. Había aprendido a no juzgar esas cosas, sólo acudía a la cita, hacía lo que tenía que hacer, cobraba y se marchaba. Aquélla no era su vida, únicamente su trabajo.

—Y... ¿disfrutas? ¿Te ha gustado alguna mujer que te haya contratado?

Esa pregunta era arriesgada, pero tenía que saberlo.

Alex la miró sopesando muy bien la respuesta. Era importante que ella no tuviese dudas al respecto.

—Nena... hay veces en las que, aunque la mente esté en otro lugar, el cuerpo manda y... sí, he disfrutado con algunas mujeres, pero no como para sobrepasar la barrera de que llegaran a gustarme.

Salma asintió sin mostrar ningún sentimiento. Esa explicación también podía incluirla a ella.

—Sólo una vez —continuó él, juguetón— me gustó tanto una mujer como para traerla aquí, a mi casa segura. Y ahora está sentada en mi cocina.

La sonrisa que le dedicó fue tan radiante, que Salma no supo cómo reaccionar. Solamente con

ella se había sentido atraído de verdad, o eso decía. Estaba contenta, pero no sabía cómo expresarlo, no se lo esperaba.

—Seguro que lo dices para que me sienta bien, tras haberte preguntado por asuntos tan personales —le contestó con una sonrisa triste—. Además, el hecho de que casi muriera envenenada ha tenido bastante que ver con estar aquí...

Alex le retiró un mechón de pelo de la cara con mucho cariño. Después de todo lo que acababa de contarle sobre su trabajo, era normal que tuviera dudas, pero no la engañaba.

—Mírame —pidió con voz dulce—. ¿Tengo cara de mentir?

Ella lo observó un instante y, sin dudarlo, negó con la cabeza. Estaba siendo sincero.

—Gracias —contestó él, acariciándole la mejilla con los nudillos—, no voy a mentirte en nada y espero que tú tampoco lo hagas. Mi vida depende de ti y la tuya de mí. No nos podemos permitir equivocarnos.

Tenía razón. Estaban solos en eso.

Alex quería ayudarla y cualquier descuido podía costarles la vida, a ellos, a su hermano o a Jack.

—Podrías haber sido estríper, ¿no crees? Así no tendrías que llevar una ficha de cada clienta para hacerlo bien.

Alex enarcó tanto las cejas que casi se le juntaron con el pelo. Salma cerró los ojos con fuerza al percatarse de que había hablado más de la cuenta, pero ya estaba hecho.

—Lo siento... Cuando saqué la información de tu móvil, copié todos los archivos y al buscar lo que necesitaba, yo...

—¿Lo leíste? —Ella asintió, mirándolo avergonzada—. ¿Leíste la tuya? ¿La buscaste?

Pensó decir que no, pero iba a quedar como la mentirosa mayor del reino, así que asintió de nuevo. Alex estaba muy serio.

—Era privado, Salma. Allí hay datos íntimos de personas importantes.

—Lo sé... ahora lo sé y lo siento mucho... —dijo suplicante, cogiendo la mano que momentos antes le acariciaba la piel. Era cierto que muchos nombres de aquellos archivos eran de gente conocida en diversos ámbitos—. No se lo he enseñado a nadie y tampoco lo cargué en el pendrive que se llevaron. Sólo les di tus contactos telefónicos de la agenda y algún archivo, pero eso no.

Alex ladeó la cabeza, achicando los ojos. En ese caso quizá no hubieran conseguido lo que querían. Cabía la posibilidad de que, sin saberlo, Salma no les hubiese facilitado la información que andaban buscando.

—¿Qué les diste exactamente?

—Sólo tu agenda telefónica y los archivos. Había unos encriptados que, al no saber lo que eran, los incluí, pero los datos de las mujeres que te contratan, los whatsapp y los SMS, no.

Alex no sabía cómo decirle que era muy probable que todo lo que había pasado, todos los riesgos que había corrido hasta casi morir no habían servido absolutamente de nada.

Clavó sus ojos verdes en los de ella y, tranquilo, modulando la voz lo más suavemente que pudo, dijo:

—Salma, creo que la información que les diste no es lo que quieren. Creo que...

—¿De qué estás hablando? —lo cortó extrañada—. Ellos dijeron que querían teléfonos y

direcciones.

—Aún no estoy seguro, pero cabe la posibilidad de que no fuese la agenda lo que necesitaban.

Salma se levantó del taburete y comenzó a dar vueltas por la cocina, intentando analizar fríamente el asunto, como si no fuese su hermano el que estaba en peligro. Pero no podía. Era incapaz.

—¿Qué cojones quieren entonces? ¡Les di lo que me pidieron! —siseó nerviosa.

Alex se quedó donde estaba. Si algo le habían enseñado los años en el Ejército era que cuando alguien se cabreaba, era mejor mantener cierta distancia de seguridad. Si se trataba de una mujer, había que ser más cauto aún.

—Los datos de las personas importantes están en el archivo de las mujeres. En la agenda, los nombres están en clave para que nadie pueda saber quién me llama. Si no les has dado el archivo de mis clientas, no tienen lo que buscan.

Salma lo miró estupefacta. ¡Casi se muere para nada!

—¿Dónde lo tienes, Salma? ¿Dónde está la copia que hiciste en el hotel?

De repente, Alex ya no se mostraba tan amigable y ambos se miraban como lo que eran, un militar y una agente del gobierno midiéndose el uno al otro.

—En mi casa. En un lugar seguro.

—¿Cómo de seguro? —preguntó, levantándose también del taburete. Dudaba que estuviera donde estuviese esa valiosa información lo fuera.

—Como tu búnker bajo el suelo —contestó ella sin amilanarse.

Alex esbozó una media sonrisa orgullosa. Salma era una caja de sorpresas.

—¿Tu amiguito Jack tiene llaves de tu casa? —Ella asintió, achicando los ojos. Sabía perfectamente adónde quería ir a parar—. Entonces no creo que sea tan seguro como mi búnker.

—He dicho que tiene llaves de mi casa, no que tenga acceso a mi escondrijo —aclaró, mientras lo seguía con la mirada. Caminaba a su alrededor como un depredador.

—¿Estás segura? —la picó un poco más.

Salma se carcajeó, mientras recogía la melena sobre un hombro y se humedecía los labios.

—Tanto, que me juego contigo lo que quieras —lo retó, rascándose suavemente la cadera, haciendo que el movimiento le dejara ver que no llevaba nada debajo de la camiseta.

A Alex los ojos se le fueron hacia allí sin poder evitarlo.

—Acepto —respondió. Sólo ver su cadera desnuda lo había excitado lo suficiente como para otro encuentro sexual. Pero Salma, que lo había hecho a propósito para tentarlo y llevarlo donde quería, se la retiró de un manotazo.

—Sois más simples que el mecanismo de un chupete —aseveró, alejándose y encendiendo de nuevo el fuego—. Termina de preparar la comida. Tenemos que ir a mi casa a recuperar esa información.

15

Convencer a Alex para salir de su escondite ultrasecretísimo fue una tarea muy difícil para Salma.

Él sabía que debían ir a su casa a buscar la información, pero consideraba que era demasiado pronto para ella. A veces sentía mareos y cansancio. Debía tener un par de días más de tranquilidad... o de lo que Alex llamaba tranquilidad, para recuperarse del todo.

Cada vez que Salma sacaba el tema e intentaba convencerlo de que su casa era segura y de que tenía allí armas y munición más que suficientes, recibía un «no» por respuesta. Era desesperante, porque ella se encontraba bien, exceptuando un par de leves mareos que le duraron medio segundo. Pero Alex se asustó de tal forma que ahora ni siquiera la rozaba, por si eso podía influir en su malestar.

Esa situación, unida al peligro que seguía corriendo su hermano, le estaba destrozando los nervios.

—¿Piensas estar así mucho tiempo? —preguntó a bocajarro, entrando en el cuarto de baño sin llamar, mientras él se duchaba.

Alex intentó no reírse por la pregunta, vuelto como estaba hacia la pared, pero sonrió travieso. Salma podía referirse a muchas cosas, aunque todas las que a él se le ocurrían eran más bien maliciosas. Sin embargo, mantener firme su postura de cero sexo le estaba costando Dios y ayuda.

—Sólo lo necesario —contestó, enjabonándose sin moverse de donde estaba. Si lo hacía, ella vería la verdad en su cuerpo.

—¿Lo necesario para quién? —insistió Salma, cabezota.

Si algo había aprendido en todo el tiempo que llevaba trabajando como agente especial del gobierno era que la vida es muy corta y que hay que aprovecharla al máximo. Ese día estaban vivos, el siguiente quizá también, pero podían morir en cualquier momento. Ahora que lo había encontrado, no iba a desperdiciar ni un segundo sin él.

—Para ti, preciosa. Necesitas recuperarte.

Cerró los ojos rezando para que ella dijese «De acuerdo, Alex. Tienes razón» y se marcharse.

—Sí, necesito recuperarme, pero me encuentro bien, y que me rechaces como si tuviese la peste, cuando hace tan sólo veinticuatro horas no nos separaban ni con agua caliente, no me ayuda.

Él suspiró. Aquella mujer lo sacaba de sus casillas y le desmontaba todos los esquemas mentales.

La situación era muy peligrosa y estaba convencido de que los acechaban. Además de por la salud de Salma, se había convencido de que la abstinencia era una solución para centrarse en lo que tenía que hacer. Debía estar en plenas facultades físicas y psíquicas para protegerse y protegerla.

Aquella mujer que aguardaba respuestas tras la mampara de la ducha no era como sus otras parejas. Ni como las mujeres para las que trabajaba dándoles placer, ni con las que quedaba en su tiempo libre y llegaban a su cama.

A Salma se la podía catalogar como «incómoda». No era conformista ni sumisa y no se callaba lo que pensaba. Tenía carácter y temperamento, como él intuyó cuando la conoció. Era apasionada, muy apasionada, y cuando se entregaba a alguien era con todas las consecuencias. Alex no quería hacerle daño, pero tenía que tener mucho cuidado porque, sin querer, a él también le estaba calando muy hondo.

—Lo siento —se disculpó, volviendo la cabeza para mirarla por primera vez desde que ella había entrado en el cuarto de baño.

Estaba sentada sobre la encimera del lavabo, con una camiseta blanca de tirantes de él, que ahora ella había convertido en vestido improvisado, con los hombros hundidos y mirándose los pies. Le dolió verla así. No era su intención.

—Salma —la llamó para que levantase la vista.

—¿Tú crees que mi hermano está vivo? —soltó inesperadamente lo que le rondaba la cabeza, mirándolo con tristeza.

Salma llevaba horas pensando que no. Si creían que estaba muerta y habían descubierto que la información que les había entregado no era la que necesitaban, lo más probable era que lo hubiesen matado, puesto que ya no podían presionarla para intentar otro intercambio.

Alex no sabía qué contestar. El cambio de conversación lo había dejado descolocado. Era una posibilidad al cincuenta por ciento, pero le preocupaba otra cosa, una intuición que tenía que investigar más y de la que no quería hablar con ella de momento. Andrés podía no ser un rehén, sino un colaborador. Si así era, iba a ser un palo muy gordo para Salma y debía estar lo más seguro posible antes de afirmarlo.

—Sí, lo creo —contestó escuetamente, sin apartar la vista de ella.

—¿De verdad, Alex? —preguntó con voz triste—. Dame tu palabra de oficial de los Navy SEAL... de que crees que está vivo. ¿Tú planificarías una intervención de recuperación de rehén en este caso?

Eso ya eran palabras mayores. ¿Salma le estaba pidiendo que planificara el rescate de un civil que probablemente se encontraba retenido en territorio hostil? Tenía que hablar con ella, contarle quién era y por qué se fue del Ejército. Pero si lo hacía, la expondría a un peligro más, algo que no deseaba hacer, y, sobre todo... la enfrentaría a un dilema respecto a su deber como agente del gobierno. Porque como tal no podía tener una relación con un fugado, y eso es lo que era Alex para algunas instancias, un fugado del Ejército en busca y captura, y, para los enemigos, un militar con precio puesto a su cabeza.

Giró sobre sus talones, abrió el grifo al máximo, se aclaró el jabón a toda velocidad y salió de la ducha, cogiendo la toalla que colgaba de la mampara, para enrollársela en la cintura.

En medio minuto estaba delante de ella. Le colocó las manos en las caderas y bajó la vista para mirarla a los ojos.

—Salma... presta atención a lo que voy a decirte. Tienes que escuchar muy atentamente y sin interrumpirme, por favor.

Ella lo miró entre la intriga y el miedo. Si realmente creía que su hermano estaba vivo, no entendía a qué venía tanto misterio.

—¿Qué pasa, Alex? ¿Estás enterado de algo que yo deba saber? —le preguntó, con la súplica en la mirada.

Estaba pasando uno de los peores momentos de su vida y conocerlo a él había supuesto un respiro. No quería que eso cambiara. No quería que volviesen las sospechas.

Alex cerró los ojos, se mordió el labio y pensó un segundo lo que iba a decir. No quería hacerle más daño del necesario.

—No, no llevaría a cabo un rescate de rehén. —Abrió los ojos para ver su rostro. Estaba claramente confusa. No esperaba esa respuesta—. Porque, punto uno: no sé a qué, ni a quiénes nos enfrentamos realmente, y punto dos: no puedo. Ya no soy oficial de los SEAL.

—Lo sé, sé que estás retirado, pero...

—Sin peros, Salma. Nadie puede saber quién soy ahora, ni siquiera tú deberías saber lo que era antes...

—¿Qué quieres decir? —Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Eso no había sonado muy bien.

Alex sopesó qué podía decir y qué no, pero la verdad era que, dijera lo que dijese, el mal estaría hecho.

Intentaría ser lo más escueto posible. Cuantos menos detalles, mejor para ella.

—¿Recuerdas la Operación Lanza de Neptuno?

Salma asintió despacio, incrédula por lo que acababa de oír. Se refería nada más y nada menos que a la misión para capturar a Bin Laden. Iba a abrir la boca para hablar, pero Alex la silenció con un dedo, a la vez que negaba con la cabeza para que no dijese nada aún.

—¿Sabes cuántos SEAL quedan vivos de los que intervinimos?

Ella emitió un grito ahogado. Le acababa de confesar que él era uno de ellos, aunque todos los que intervinieron en esa misión habían muerto en circunstancias sospechosas. Según la versión oficial, sólo habían sido accidentes, y en la agencia ella no había oído nada más al respecto, pero era demasiada casualidad que de todos los SEAL, justamente muriesen los que participaron en la captura del terrorista más buscado del mundo.

Sabía que Alex había sido importante en el Ejército, pero ¿tanto?

—Ninguno —susurró asustada.

—Exacto y así debe seguir siendo.

Así pues, Alex no se había retirado del Ejército, ni lo habían echado ni nada parecido. ¡Estaba muerto!

Él la observó con atención. Contaba con la sorpresa inicial y el consiguiente bloqueo momentáneo, pero Salma era muy inteligente y esperaba que atara cabos por sí misma. No quería hablar más del tema, era demasiado delicado... pero era consciente de que eso era una ingenuidad, porque ella querría saberlo todo.

Al cabo de unos segundos eternos durante los cuales Salma permaneció en silencio, pensativa, sin mirarlo a los ojos, levantó la vista para enfrentarse a él. Tenía que saber más.

—No puedes pedirme que no pregunte, Alex. ¿Se supone que... estás muerto?

Él hubiese apostado por que ella preguntaría primero por la misión y la muerte del hombre más buscado. Era una agente del gobierno y todo el mundo quería tener acceso a los archivos

clasificados, pero Salma era imprevisible.

—Sí y no. Hay gente que cree que sí, porque así debe ser, pero la versión oficial, en tu agencia y en el resto, es que estoy desaparecido. De ahí que tu amiguito Jack te dijese que soy un fantasma. Toda la información también ha desaparecido, para mi seguridad. Es como si nunca hubiese existido.

Salma soltó con fuerza todo el aire que tenía en los pulmones. Aquello era lo último que esperaba.

—¿Las agencias quieren eliminarte o se trata de algún enemigo? Es lo único que se me ocurre para que tengas que desaparecer.

—Sí, mi cabeza tiene precio, pero no para las agencias, o al menos no hasta ahora. Sé las suficientes cosas importantes como para que me quieran encontrar, pero de momento no para que me maten. Aunque para algunos soy un fugado, o me tienen como tal, y por tanto he cometido un delito.

—¿Sólo quedas tú vivo?

—Sí, soy el último.

Ella asintió, intentando mantener el tipo. Si terroristas internacionales o ejércitos yihadistas querían su cabeza, estaba en serio peligro. Los tentáculos de esos movimientos eran largos y peligrosos. Había células en todas partes.

Enseguida entendió el porqué de aquella casa, el armamento y su insistencia en la seguridad. La necesitaba para él mismo.

—¿Y... te llamas Alex de verdad?

No pudo evitar besarla. Estaba preocupada por si ése era su nombre real. ¡Increíble!

—Me llamo Alex Blake, aunque ahora soy Alex Summers —explicó, colocándole un mechón de pelo tras la oreja—. El capitán me puso su apellido en la documentación falsa que me entregó. Si fuese necesario, podría alegar parentesco.

Salma sabía que se refería a una detención, problemas económicos o muerte. Prefería no pensar en la última opción.

—Alex Blake... —susurró, dejando que el nombre repicase en su boca—. ¿Le disparaste tú? —Se decidió por la pregunta inevitable.

Él se apartó, disgustado. Había dejado claro que no debía preguntar ni querer saber más, pero Salma era prácticamente una igual y era normal su inquietud.

—Sí, pero mis disparos no fueron mortales —explicó, mientras se apartaba de ella para peinarse un poco con las manos y así ocultar su incomodidad al hablar de todo aquello.

—¿Querías matarle tú? —inquirió—. No contestes si no quieres.

Alex puso las manos a los lados del lavabo y se miró en el espejo. Salma estaba muy cerca en muchos aspectos y él nunca se había sincerado sobre ese tema con nadie. Fue muy duro capturar al terrorista. Mucho tiempo de trabajo e intervenciones fallidas, interrogatorios, planificación, ensayos, infiltraciones... Nadie le había preguntado sobre eso. Lo pensó un momento.

—Creo que sí —contestó, girando la cabeza para mirarla un segundo y luego volver a esconderse en el espejo—. Creo que todos queríamos matarle, y no me refiero sólo al equipo de la Operación, sino al mundo en general. Hizo mucho daño, cambió el orden mundial y aún no nos hemos recuperado. Hubo un antes y un después al 11S y que muriera era el principio del camino... Tardamos

demasiado en capturarlo, pero ya está hecho... Ya se ha hecho justicia.

—¿De verdad crees que así se hizo justicia? No me interpretes mal, me parece loable que la Operación se mantuviera hasta alcanzar el objetivo, costara lo que costase, pero no creo que se haya hecho ninguna justicia. Ninguna víctima va a volver porque le hayamos matado. Hay que llamar a las cosas por su nombre y eso fue venganza.

Alex se incorporó, acercándose a ella, y le rodeó la cintura con las manos. Había dado tantas vueltas a todo eso en su cabeza, que escucharlo por fin de los labios de otra persona lo reconfortó.

—Yo tampoco creo que se haya hecho justicia, pero era mi trabajo, mi equipo y mi misión. Tenía que hacerlo.

Salma le acarició la mejilla y los labios. Había tristeza en su voz. Como si antes de verse obligado a desaparecer algo lo hubiese defraudado en el Ejército.

—¿Si hubieras podido elegir, habrías ido?

—No lo sé —dijo con sinceridad—. La verdad es que no lo sé...

Lo besó antes de que todas esas emociones le arrasaran. Podía entender sus dudas, ella misma estaba empezando a dudar de su trabajo desde hacía algún tiempo. Alex la apartó unos segundos después, quería explicarse.

—Quiero que sepas que mi trabajo siempre ha sido lo primero, sin distracciones ni explicaciones. Hablar de esto abiertamente no es algo habitual en mí ni en mi vida... De hecho, nadie sabe lo que te acabo de contar y quiero que siga siendo así.

Enseguida se dio cuenta de que a ella esas últimas palabras la habían molestado. Estaba arrugando el cejo y separándose de él sutilmente, pero Alex quería dejarlo todo muy claro.

—Salma, por favor no me malinterpretes —dijo, acercándola de nuevo a él—. Sólo quiero que sepas que nunca he hablado con nadie de mis operativos, todo ha sido secreto y clasificado... Esto es extraño para mí. Eso es todo.

—No te preocupes. Así seguirá siendo —contestó ella, intentando zafarse.

—¿Adónde vas? —preguntó Alex, reteniéndola donde estaba y haciendo que abriese las piernas para meterse entre ellas. Al cambiar de sitio, presionó sin querer un mando a distancia que había sobre la encimera del lavabo y sonó música. *U Must Be*, de Gina Rene lo invadió todo con su ritmo sensual.

—A cualquier otra habitación donde no estés —ironizó Salma, empujándolo sin éxito.

—No quiero que te vayas... por favor —le susurró al oído, acariciándola con los labios al hablar—. He sido un gilipollas diciéndote algo así y pienso compensártelo... déjame compensártelo.

A ella se le erizó la piel. Era tan sensual cuando bajaba el tono de voz... pero iba a intentar resistirse aunque fuese un minuto.

—No —repuso con seguridad.

—Sí —susurró él de nuevo, deslizando las manos por debajo de la camiseta, sobre sus caderas.

El estremecimiento que la arrasó era puro fuego. La piel le comenzó a hormiguear, ardiendo de anticipación.

—He dicho que no —jadeó, negando así las palabras que acababa de pronunciar. Intentó no mirarlo, aunque él buscaba sus ojos todo el tiempo, mientras sus manos la acariciaban por debajo de

la pequeña camiseta.

Alex sonrió, pegado a su piel, y Salma lo notó a la perfección. Además, no era una sonrisa cualquiera, era la de malo canalla y eso sólo vaticinaba una cosa. Sexo.

Mientras, la canción hablaba de dos personas que se complementaban a la perfección haciendo que todo pareciera familiar a su alrededor, aunque se acababan de conocer. Hablaba de la búsqueda de alguien a quien amar, de encontrarlo, y ser la razón de vivir del uno para el otro.

Era como si estuviesen escuchando su historia...

Inevitablemente, tras las caricias y los besos, la toalla que rodeaba las caderas de Alex se deslizó al suelo, y segundos después... la camiseta de ella.

16

Jack entraba al garaje del edificio donde tendría lugar la reunión un poco preocupado. Por una parte, deseaba obtener información sobre aquel hombre que tenía abducida a la que hasta hacía escasos días era su chica, pero también estaba inquieto, porque indagar en la vida y logros de aquel fantasma podía significar poner a Salma en peligro.

Una barrera metálica le cortaba el paso a la entrada, como en cualquier otro parking. Cogió un ticket falso, que sólo servía para mantener las apariencias de cara a algún viandante que se fijara al pasar, y entró despacio.

Nada más avanzar un par de metros, giró a la derecha y quedó frente a una puerta metálica sin cerraduras. Era la entrada real al complejo de la agencia y sólo se podía traspasar si el conductor del vehículo estaba autorizado. Para ello, era necesario un doble control simultáneo. Debía validar su huella dactilar y su retina. Y Jack así hizo.

Tras unos segundos, la puerta se abrió de par en par, dejando que el Lotus Evora SR entrara con su típico ronroneo, silencioso para ser un deportivo de alta gama.

Desde la calle todo eso quedaba oculto. Los coches que se veían desde fuera eran reales, pero el parking no.

El edificio estaba en el corazón del centro financiero de Madrid y, aunque disponía de una entrada típica de un edificio de oficinas y tenía incluso un banco en una de las esquinas, en realidad era la sede de inteligencia gubernamental.

Jack aparcó en su plaza asignada, caminó los diez metros que lo separaban de otra puerta metálica, realizó su rutina de identificación otra vez y, tras el OK, entró al ascensor que lo llevaría a la planta nueve.

El ascensor paró y al salir vio que lo esperaban para acompañarlo a la reunión.

—Buenos días, señor Swan. Bienvenido —lo saludó una mujer de unos cuarenta años, con falda tubo negra, camisa rosa palo, taconazos y sonrisa perpetua—. Le esperan en la sala cinco. ¿Desea tomar un café o algún refresco?

Jack no contestó de inmediato. Se estaba fijando en que había un montón de personas asomadas a las puertas de los despachos.

No era de extrañar, el hijo pródigo había vuelto y muchos tenían curiosidad por ver si era cierto o sólo rumores. Algunos envidiosos también querían comprobar si había engordado como un tonel y se había echado a perder.

—Buenos días —saludó cortés al fin a la mujer—. Un café solo, doble y bien fuerte, gracias.

La secretaria sonrió y se fue a preparar lo que le había pedido.

Después de eso, no se quedó allí para ver cómo lo observaban. Caminó seguro de sí mismo, con su traje Armani negro, hasta llegar a la puerta que la mujer le había indicado.

Abrió sin pensarlo.

Tres hombres y una mujer estaban sentados a ambos lados de la mesa. Sólo habían dejado libre una silla en la presidencia: la suya.

Los conocía a todos de sobra. Sus jefes estaban allí, esperando que les explicase de una santa vez por qué había pedido información de aquel militar al que le habían perdido la pista hacía tiempo y que muchos daban por muerto.

Salma consiguió, no sin esfuerzo, que finalmente Alex cediera y se decidiera a salir del escondite e ir a su casa. Necesitaban la información que le había robado para cerciorarse de lo que realmente les había facilitado a los secuestradores.

—No me hace ninguna gracia salir de aquí —dijo él por enésima vez, mientras Salma se vestía con la única ropa que le valía: su vestido negro de fiesta.

—Pues tú dirás cómo conseguimos lo que necesitamos.

—Y menos con ese vestido —insistió Alex, señalándolo sin escucharla.

Salma resopló, mirándolo con cara de pocos amigos mientras se calzaba las sandalias de tacón, sentada en la cama.

—Ya hemos hablado de esto, Alex. No pienso ponerme esos pantalones de correr y una de tus camisetas —explicó, señalando con la barbilla unos pantalones de algodón largos y grises que había sobre la cama—. No me siento cómoda con eso y necesito tener movilidad por si algo sucediera. Prefiero mi ropa.

Estaba demasiado sexy con ese vestido y llamaría la atención sentada en su Ducati.

Había pensado mucho en el traslado y lo que tenía totalmente claro era que debían ir en moto y ocultarse bajo los cascos. Además, si tenían que huir, era mucho más rápido y práctico que ir en coche.

Resopló antes de contestar.

—Y yo te he explicado que vamos en moto y que quiero ser lo más discreto posible. No me hagas enfadar.

Salma lo miró, aburrida del tema. Ya había ido vestida así en moto otras veces, pero sola...

Deseando salir de allí de una vez y respirar aire fresco, se levantó como una exhalación, se acercó al vestidor y comenzó a buscar algo que ponerse.

—Que conste que lo hago porque quiero volver a ver el sol, el cielo azul y los colores de fuera —refunfuñó, revolviendo cajones y estantes.

—Es de noche —replicó él, divertido, viéndola rebuscar entre sus cosas.

—Pues la luna y las estrellas —repuso ella, dedicándole una mirada glacial.

Alex levantó las manos en señal de paz y la dejó hacer, sin quitarle los ojos de encima.

Después de un par de gruñidos más, la vio quitarse el precioso vestido, que esperaba volver a ver en otras circunstancias, y ponerse unos pantalones negros de lino, que se ajustó haciendo un nudo a la tela en una cadera, y después una camiseta de tirantes también negra, a la que le hizo otro nudo en la unión de los tirantes de la espalda, ajustando así el escote para ganar movilidad al máximo.

—Esto es lo más feo que he llevado en mi vida —dijo, mirándose en el espejo con los brazos en jarra.

—Sí que es feo —le dio Alex la razón, poniéndose las manos como escudo delante de la cara, para protegerse de un posible ataque al ver cómo se volvía hacia él—, pero sólo será un ratito, lo prometo.

Salma lo fulminó con la mirada unos segundos, pero descartó hacer nada más. Ya se estaba cansando. Necesitaba salir de allí y ponerse a trabajar.

—Con los zapatos no creo que haya nada que hacer, así que, ¿nos podemos ir?

Alex levantó un dedo indicándole que esperase y le tendió unas zapatillas Adidas negras de piel del número treinta y nueve. El de ella.

—¿Y esto? —preguntó extrañada.

—Una clienta —contestó él muy escueto. Pensaba que ese tema podía molestarla y no quería herirla.

—¿Este escondite lo conocen tus mujeres? ¿Las traes aquí? —inquirió incrédula.

Creía que aquella casa era su escondite ultrasecretísimo y que nadie lo conocía.

—¡Por Dios, Salma! ¿Cómo voy a traerlas aquí? ¡No! —respondió molesto. Pensaba que, a estas alturas, tendría claro ese punto—. Se las dejó en mi otra casa, la que utilizo para mi nueva vida, y como nunca más la he vuelto a ver, las traje aquí y las guardé en el trastero. He pensado que te vendrían bien, pero si no las quieres, me las llevaré otra vez.

Ella resopló, sin saber muy bien qué decir. Estaba un poco susceptible con su trabajo como acompañante y todo lo que rodeaba a éste, pero no pensaba que tanto.

—Perdona —se disculpó, cogiendo las zapatillas—. No tenía que haber dicho esa tontería.... Además, ¡a mí qué me importa! ¿Verdad?

Salió del vestidor para sentarse en la cama, calzarse y marcharse.

—Me gusta que te importe —contestó Alex, dándose la vuelta para ver cómo se las ponía—. No sé cómo lo has hecho, pero has conseguido que me guste que te importe.

Salma sonrió, levantando la vista. A ella también le gustaba eso.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Tenemos trabajo —lo animó, acercándose a él para besarlo.

—Tendrás frío —susurró Alex muy cerca.

—Te he cogido un jersey —dijo ella, rozándole los labios con los suyos, mientras levantaba una prenda de lana negra con cuello alto abotonado a un lado.

Él la cogió de la cintura, la acercó y la besó profundamente, como deseaba... como deseaban.

No estaba nada mal eso de trabajar en pareja.

Jack estaba frente a aquel comité, esperando obtener algo de información, pero según avanzaba el interrogatorio, le quedó claro que eso era lo único que no iba a conseguir.

Aquella gente sólo estaba interesada en obtener nuevos datos de aquel SEAL al que unos daban por muerto y otros por desaparecido. ¿Tan importante era aquel tipo? A ese paso no iba a haber

forma de averiguarlo.

—Señor Swan, por enésima vez, ¿dónde podemos localizar a Alex Blake? —insistía la mujer.

—Y yo por enésima vez les digo que no lo sé. Sólo tuve contacto con él en el club Moom, antes de que la agente Roma desapareciera. Yo estaba allí, cubriéndola. No sé nada más —respondió, elevando el tono de voz. Estaba harto de aquel interrogatorio con el que no iban a llegar a ningún sitio—. ¿Piensan ustedes facilitarme algo con lo que poder ayudarla, si aún sigue viva, o tengo que ir a buscar a otro lado? —añadió, ya receloso con la situación. No debía dar más detalles.

Los dos hombres y la mujer cruzaron una mirada. ¡Qué más quisieran ellos que tener algo más!

—Señor Swan... no tenemos nada. Nosotros no disponemos ni siquiera de lo que nos acaba de decir —dijo la mujer.

Jack clavó la mirada en ella. Ya se había cansado de aquel juego del que todos sabían las reglas menos él.

—Muchas gracias por su tiempo. Ahora debo irme —anunció, dando por concluida la reunión y levantándose sin más.

Su intuición le había hecho guardarse datos importantes sobre lo que pasó en el club y esa misma intuición ahora le decía que debía marcharse.

—No puede irse —repuso el hombre más joven—, aún debe explicarnos qué ha hecho durante el último año, dónde y con quién.

Jack lo miró de arriba abajo descaradamente antes de contestar.

—He sido un civil más, con una vida normal y aburrida que a ustedes no les importa. No tengo por qué dar ninguna explicación. —La mujer carraspeó y Jack la fulminó con la mirada. Y sin darles opción a decir nada más, añadió—: Gracias por su tiempo.

Salma iba a lomos de la Ducati 1199 Panigale Superleggera negra de Alex como si lo hubiese hecho toda la vida. Conducía como un piloto de Moto GP y ella lo estaba disfrutando agarrada a él, recostada sobre el cuero negro de su cazadora. Tenía que pedirle que se la dejara un rato cuando todo acabara, aunque no estaba segura de que accediera. Estaba convencida de que era de los que no dejaban la moto ni al mecánico del taller.

Cuando llegaron a casa de Salma, Alex no paró directamente en la puerta, sino que dio una vuelta por los alrededores para cerciorarse de que no hubiese nadie acechando o vigilando la casa.

Después de diez minutos de concienzuda revisión, Salma pudo presionar al fin el botón del mando a distancia de largo alcance que tenía en la mano, para que se abriese la puerta del garaje antes de que llegaran y así no tener que parar. Ya le había indicado a Alex por dónde debía entrar y, si lo hacía rápido, parecería que habían desaparecido por arte de magia.

En cuanto giró para tomar el camino de acceso a la cochera, Salma presionó el botón de cierre y la puerta metálica comenzó a bajar sin que aún la hubieran traspasado. Él maniobró a la perfección para que segundos después de cruzarla, se cerrara del todo detrás de ellos.

Alex se sorprendió al ver un Mini John Cooper Works Paceman negro, con el techo y los retrovisores rojos, aparcado en el garaje y, junto a él, una Ducati Diavel Dark también negra.

Aparcó en un hueco libre y apagó el contacto.

—¿Son tuyos? —preguntó, mientras se quitaba el casco.

Salma estaba esperando que le hiciese esa pregunta. Asintió a modo de respuesta, mientras se quitaba el casco con cuidado.

—Eres una caja de sorpresas, Salma Ruiz —murmuró Alex, mientras ella se apoyaba en él para bajarse de la moto.

—No sólo tú tienes juguetitos. A mí también me gustan —declaró insinuante, acercándose a su adorado coche, que la había sacado de más de un apuro.

—¿La moto también? —inquirió él, sólo por oírselo decir.

Salma sonrió, mirando su Ducati con anhelo. Hacía tiempo que no tenía oportunidad de montar un rato en ella.

—Claro —susurró, acariciando el carenado, sin mirarlo.

Alex dejó su casco sobre el asiento de la suya y se acercó. Aquella moto era perfecta para ella. Tamaño ideal para una mujer, ligera y muy manejable, mucho más que la suya.

—¿Me dejarás probar? —le planteó, acercándose por la espalda para rodearla con los brazos.

Salma se recostó sobre su fuerte hombro.

—Sólo si tú me dejas la tuya.

Alex arrugó la nariz en señal de rechazo y ella se carcajeó por el gesto. Su intuición no fallaba.

—Será mejor que vayamos a buscar lo que necesitamos —dijo, zanjando el tema, aunque pensaba insistir.

Se deshizo de su abrazo, le cogió la mano y tiró de él en dirección a la puerta que había en un lateral.

Entraron directamente a una cocina amplia, moderna y muy ordenada, toda decorada en blanco y negro.

—Estás en tu casa —comentó, mientras desactivaba la alarma y cerraba la puerta.

Lo rodeó para dejar las llaves y la pequeña mochila negra que él le había prestado para guardar el vestido y el resto de sus cosas encima de la isla central de mármol negro y luego, sin pausa, se dirigió a la otra puerta de la habitación y entró al salón. ¡Por fin en casa!

—En la nevera hay cerveza y refrescos o, si lo prefieres, te puedes preparar un café. Yo voy arriba a buscar lo que necesitamos.

Alex vio cómo se sentía más segura estando en su propio hábitat y la verdad era que la casa se veía muy bonita, y mucho más acogedora que la suya, pero lo de la seguridad... no era tan segura como ella creía. Una alarma en la puerta no era suficiente.

La siguió con la mirada mientras subía la escalera. Aun con aquella ropa tan grande que llevaba estaba sexy.

Incapaz de esperarla, subió también él a la planta superior.

Fue echando un vistazo a las habitaciones, pero al ser de noche no pudo ver gran cosa.

Sin dilación, se dirigió a la puerta donde había luz.

Era un despacho con ordenadores, teléfono y un sofá de cuero negro que parecía muy cómodo. Salma estaba sentada en un sillón de piel blanca, detrás del escritorio, mirando las pantallas con

mucho interés.

—¿Pasa algo? —preguntó Alex, inquieto por su expresión.

—Jack —susurró con incredulidad.

—¿Qué ha hecho ahora ese gilipollas? —inquirió, disgustado por que aquel tipo saliera a colación otra vez. Le estaba empezando a coger más que manía.

—Se ha identificado... —declaró Salma, levantando la vista de la pantalla para mirarlo—. Ha dado su código de identificación a la agencia... Ha vuelto...

Alex no estaba muy seguro de qué debía entender con eso, pero ella no lo decía como si fuese algo positivo, más bien parecía asustada.

—¿En qué nos afecta? —insistió él. No quería sorpresas ni información a medias. Si eran un equipo, lo eran para todo, lo bueno y lo malo.

—No estoy segura.

Estaba muy nerviosa y Alex sabía por qué. Si, para protegerla, Jack insistía en buscar datos sobre su pasado sin medir las consecuencias, podía dar más información sobre él de la recomendable y si esa información llegaba a oídos de quien no debía...

Esperaba que no hubiese ningún topo en la agencia, porque si lo había, como sospechaba desde hacía algún tiempo, irían a por él de inmediato.

17

Como Alex suponía, la información que Salma había llevado a la fiesta del Moom para realizar el intercambio no era lo que los secuestradores esperaban.

Si Andrés no formaba parte de la organización criminal y era un secuestro real, eso podía suponer su sentencia de muerte. Si era miembro de aquel grupo, como él sospechaba, estaría en peligro y arrastraría a Salma en el camino.

Se mirara por donde se mirase, la situación cada vez era más complicada... y aún no había sido sincero con ella sobre lo que pensaba al respecto. El tiempo se acababa y tarde o temprano iba a tener que contarle parte de la información clasificada que tenía.

Tampoco podían olvidarse de Jack y sus misteriosas intenciones... Después de descubrir que se había identificado ante la agencia, Salma estaba inquieta y, para qué negarlo, él también.

La posibilidad de estar expuesto de nuevo era igual que ponerle el cañón de un arma en la sien.

Si alguien se iba de la lengua y, aunque no tuviese pruebas, contaba que estaba vivo, o que podría estarlo, las células yihadistas que nunca habían dejado de buscarlo irían a por él... Ya lo habían intentado en un par de ocasiones sin suerte antes de que desapareciera, pero la suerte se acaba. Él lo supo bien cuando veintidós de sus compañeros de la Operación Lanza de Neptuno o Gerónimo, como se denominó también, usando el apodo que le pusieron al terrorista, murieron en un helicóptero Chinook en el que iban a un operativo en Afganistán con otras nueve personas. Alex se libró porque el capitán Summers lo sacó de la lista en el último momento para dirigir otra misión.

Debía ayudar a Salma rápido y, si las cosas se ponían feas, desaparecer y alejarse. Cada segundo podría ser un paso más hacia la muerte y ella no se merecía ese final. Salma debía vivir.

Nunca se perdonaría que le pasara algo por su culpa, por un descuido o por exponerla demasiado.

No se olvidaba de su profesión y era consciente de lo preparada que estaba para enfrentarse a situaciones arriesgadas. Él pertenecía a la élite del Ejército y ella a la de la seguridad nacional de su país, pero cuando se añaden sentimientos profundos por ambas partes cada minuto, era difícil pensar en ella como una igual. Debía asumirlo rápido. El peligro acechaba cerca.

Mientras ella se cambiaba de ropa y preparaba algo de comer, Alex estuvo un rato estudiando en el ordenador la base de datos que Salma le robó y llegó a la conclusión de que los contactos de las mujeres poderosas con las que trabajaba era lo único que podía interesar a los secuestradores. Pero ¿para qué?

¿Querían introducir el NB en España para su uso comercial como droga de diseño? ¿Querían esos contactos para abrir otros mercados, como el de armamento? ¿Querían extorsionar a esas personas para financiar sus acciones criminales o a alguna organización, a terroristas? Su experiencia le decía que algo de todo eso había. Ya lo había visto otras veces.

Si algo tenía claro era que el poder de los maridos o exmaridos de aquellas mujeres era muy grande y apetitoso. Ministros, presidentes de multinacionales, altos cargos de diferentes ámbitos... Incluso ellas mismas tenían en algunos casos cargos similares y ese poder...

—¿Has encontrado algo? —preguntó Salma, acercándose con el pelo mojado de la ducha, ataviada con unas mallas, una camiseta larga y descalza.

—Nada en concreto, pero creo que es esto lo que buscan —contestó, señalando con un dedo el ordenador mientras la miraba a ella con atención.

Estaba preciosa sin maquillaje y con su propia ropa. Y el aplomo con que hablaba de su trabajo lo dejaba sin palabras.

—Entonces tendremos que estudiar bien cada contacto. Quiénes son, trabajos, acciones de Bolsa o empresas, maridos, lazos familiares de poder, posesiones... cualquier cosa que nos haga sospechar.

Alex no decía nada, dejó que ella sugiriese qué camino tomar. La forma de actuar de cada uno era diferente. Él solía pensar en la acción y Salma, como buena agente de inteligencia, en la estrategia. Formaban un buen tándem.

—Estoy de acuerdo, pero aún hay una cosa que no entiendo...

Salma se sentó en otra silla junto a él, esperando que se lo explicase, pero la expresión que vio en su cara no le gustó. Le ocultaba algo importante.

—¿Qué pasa, Alex?

Él meditó qué información quería contar. Para hablarle de sus sospechas sobre Andrés era pronto, pero para decirle qué creía que le habían suministrado para matarla, era el momento.

Acercó más la silla.

—Salma, en la discoteca intentaron matarte con una dosis letal de NB. Es un compuesto muy difícil de conseguir. Su nombre completo es Night Blue, Noche Azul, y es muy versátil, pero para conseguir que lo sea, o al menos así era hace años, se necesita un tratamiento químico especial mediante el cual, dependiendo de la dosis y de con qué producto se mezcle, su uso y efecto son diferentes. No sé si la finalidad, el desarrollo y los efectos de la sustancia actual son iguales, pero la base química es la misma.

Ella no dijo nada, limitándose a escucharlo atentamente. Sabía de sobra que habían intentado matarla, pero lo que ahora la preocupaba era lo que Alex había dicho del tratamiento químico. Andrés era uno de los químicos más brillantes del momento... ¿Lo habrían secuestrado para algo más que para obtener la información?

—Si querían matarte —continuó Alex—, no entiendo para qué te citaron en una discoteca. Podrían haber quedado contigo en cualquier sitio menos concurrido y hubiese sido más fácil. Sin testigos.

—¿Crees que hay algo en ese lugar que debamos investigar? —lo atajó, intentando no pensar demasiado en otras posibilidades de por qué la citaron allí, como que sería difícil reconocer a quienes formaban parte de la organización entre el gentío, o que su hermano estuviese implicado.

—No lo sé —contestó sincero. Notaba su tristeza al asimilar la nueva información. Le cogió la mano—. Es posible, pero no sé si merecerá la pena volver.

Salma sabía que no le estaba contando todo lo que pensaba. Ella tampoco estaba siendo sincera

con él y si no lo eran, sus vidas podían correr peligro. Debía dejar los sentimientos a un lado y tratar la misión como tal, no como algo personal.

Se levantó de la silla con decisión, se acercó a una de las estanterías del despacho y cogió un álbum negro, con una foto en la portada. Él la observó en silencio y esperó.

Con calma, Salma colocó el álbum en la mesa y Alex pudo ver que la foto era de ella con un hombre de edad similar, ataviado con la toga típica de la graduación universitaria en Estados Unidos.

—Esto es información personal, pero creo que es importante... No sabemos hasta dónde puede ser real que mi hermano esté secuestrado.

Alex tragó, incapaz de contradecir lo que ella acababa de decir. Su silencio lo delató y Salma cerró los ojos unos segundos, mientras cogía aire antes de hablar.

—Andrés es uno de los químicos más importantes de España. Ha desarrollado proyectos internacionales y ha participado en ponencias y conferencias por todo el mundo. —Mientras hablaba, pasaba hojas del álbum, que contenía recortes de periódico, revistas, fotos familiares y cartas escritas a mano, que Alex entendió que eran la única forma en que los dos hermanos se habían podido comunicar durante mucho tiempo, debido al trabajo de ella—. Se doctoró summa cum laude en la Universidad de Princeton, en tu país...

—Tiene que ser una persona muy inteligente, Salma. Estarás muy orgullosa de él —intentó ser conciliador.

Debía de ser horrible que alguien tan capaz y cualificado se hubiese unido a una banda de criminales, justo contra lo que ella luchaba cada día.

—Lo estoy —confirmó con una media sonrisa triste, pasando la mano por la foto de ambos en los imponentes jardines de la universidad, el día que Andrés se doctoró—, pero ahora no sé cómo sentirme, si él ha usado todo lo que sabe para fabricar esa droga...

Alex actuó con rapidez. Le quitó el álbum de las manos, se las cogió entre las suyas y le habló con dulzura. Él no tenía hermanos de sangre, su única familia había sido su abuela, sólo tenía a sus hermanos militares. Entró muy joven al servicio de su país, en cuanto lo admitieron con dieciocho años, tras fallecer ella.

—Salma, sólo son suposiciones y sabes que nosotros trabajamos con pruebas. —Sonrió para darle ánimos—. Vamos a buscarlas y luego pensaremos lo demás.

Ella asintió, intentando esconder las lágrimas que brotaban de sus ojos por la tristeza que le provocaba pensar que realmente encontraran aquellas pruebas y confirmasen sus sospechas.

—Es posible que la discoteca tenga algo que ver o puede que no, pero si quieres podemos empezar por ahí —dijo él, tomando la iniciativa—. También debemos analizar a cada una de mis clientas y ver cuáles son las que más posibilidades tienen de ser coaccionadas o involucradas.

—De acuerdo —contestó Salma suspirando. Y luego se levantó, dispuesta a comenzar a resolver aquel misterio—. Madrid es una ciudad muy activa los jueves por la noche. La sala estará abierta.

Jack llegó destrozado de la reunión, a su ático medio abandonado en el centro de la ciudad.

Era una casa de paso, ya que, hasta hacía un año, había vivido en el chalet de Salma. Después se

marchó del país hasta ahora, cuando había regresado.

Cuando comenzaron la relación, él vivía allí, con todas las comodidades que su elevado sueldo le proporcionaban. No le costó dar el paso de irse a vivir con ella. Se enamoró de aquella mujer tan valiente que le asignaron como compañera en contra de su voluntad. Su inteligencia y eficacia durante las cuarenta y ocho horas que duró la intervención en la que se conocieron, en París, lo cautivó.

Acudieron a buscar información de una red yihadista dedicada a formar aspirantes a combatientes para la milicia de insurgentes en Iraq y Afganistán. Desde el 11S eran habituales estos operativos conjuntos entre equipos de Norteamérica, el país natal de él, y Europa, para intentar dar caza a los terroristas culpables del desorden mundial.

Fue una época difícil, en la que ambos aprendieron a sobrevivir a su trabajo y a su relación.

Estar en constante peligro de muerte hacía que la adrenalina siempre estuviese en un punto álgido, lo que convertía su convivencia en una montaña rusa y su relación en muy apasionada.

No saber si habría un mañana, les provocaba una necesidad de tenerse el uno al otro cuando no estaban trabajando que llegó al punto de volverse enfermiza.

Cuando los SEAL americanos encontraron a Osama Bin Laden y lo mataron, fue como si un globo que durante diez años se había ido inflando con rabia, sangre y venganza explotara, arrasando con todos los que de algún modo habían estado implicados en aquella misión de una u otra forma, incluidos ellos dos.

La noche en que el terrorista más buscado del mundo murió, Salma y él estaban a pocos kilómetros de allí, colaborando con el equipo que finalmente intervino, aunque aquellos militares no lo sabían.

Debían vigilar a varios objetivos o, como las fuerzas especiales los llamaban, puntos calientes.

Estuvieron a punto de morir y saber que ella no tenía ninguna intención de abandonar su trabajo después de aquella misión, como él le había pedido, lo hizo entrar en una vorágine de sentimientos que no supo controlar.

No era la primera vez que Salma había estado al borde de la muerte, pero Jack ya no podía más. El estrés laboral habitual, más la tensión por el afán de sobreprotección que día a día crecía en él respecto a ella y no podía confesar, lo estaba matando, así que decidió marcharse y alejarse de todo lo que amaba antes de que aquello acabara con él.

La decisión no era la más acertada y, desde luego, tampoco la más valiente de su vida, pero era lo que necesitaba. Había ido contra su instinto, que le decía que no debía mezclar el trabajo con las relaciones personales, y había tenido que pagar las consecuencias.

Ver al regresar cómo Salma había cambiado sus sentimientos hacia él y que había otro hombre a su lado que comprendía su trabajo e incluso lo compartía, como había hecho él tiempo atrás, había acabado con todas sus esperanzas de recuperarla, porque ella ya lo había echado de su vida definitivamente.

Frustrado y enfadado, se quitó la corbata y la chaqueta con furia. No sabía dónde estaba Salma, sólo con quién y no le hacía ninguna gracia.

Si aquel militar pensaba que él se iba a rendir tan fácilmente y dejarla en sus manos sin plantarle

batalla, estaba muy equivocado.

Volvería al Moom esa noche para intentar encontrar pistas sobre el paradero de Andrés y la organización que lo tenía secuestrado.

Debía buscar indicios, averiguar si alguien había visto algo... No iba a dejar de buscarla.

Salma se arregló a conciencia.

Debían entrar allí, investigar y salir sin llamar la atención. En realidad, lo que venía haciendo desde hacía diez años, sólo que con otro compañero... uno que de nuevo la atraía sentimentalmente, aunque de forma diferente a Jack.

Ese otro hombre le estaba calando hondo.

Con Jack fue fácil conciliar la relación laboral con la sentimental, sin embargo, con Alex intuía que no lo iba a ser tanto. Los militares tenían esa parte machista de sobreprotección que ella no había soportado nunca y él se la había mostrado ligeramente esos días.

Tendría que esperar acontecimientos y, llegado el caso, plantarse, como tantas otras veces había hecho en su carrera profesional.

Pero si dejaba aparte todo lo que se les había venido encima en poco tiempo y se centraba sólo en él como hombre, se le erizaba el vello, un escalofrío de anticipación la embargaba y el estómago le daba un vuelco sin poder evitarlo.

Estaba enamorada... Y mucho...

Un mes atrás, cuando lo vio por primera vez, sentado en la terraza de una cafetería a plena luz del día, con una cazadora de cuero negra, gafas de sol y su media sonrisa ladeada mientras hablaba por teléfono con una de sus clientas, ya había sentido la atracción. Él la miró un par de segundos, se fijó en aquella mujer atractiva que esperaba al otro lado de la calle a que el semáforo cambiara de color, incluso le sonrió, y Salma sintió cómo el corazón se le aceleraba... Pero él pagó, se levantó de la silla y se marchó.

¿Si le contaba que lo vigilaba y lo que pasó aquel día, la recordaría? Estaba segura casi al cien por cien de que no, sólo había sido una más... Nunca se lo contaría.

Intentando centrarse en lo que debía hacer, se puso unos pantalones de vestir cortos negros, una camiseta color cobre con trazos metalizados envejecidos y unas sandalias abotinadas en el mismo tono, con aplicaciones de cristal y un poco de plataforma, lo que las hacía muy cómodas.

Debía aparentar que acudía a divertirse y bailar, tenía que vestirse por tanto como si fuese a salir con unas amigas a pasarlo bien, pero sin olvidar que en cualquier momento podía suceder algo que la llevase a una situación comprometida y tuviese que correr, defenderse o algo peor.

Se maquilló y peinó mientras Alex regresaba de comprarse ropa y preparó un pequeño bolso con un kit de supervivencia, como hacía siempre.

—¡Guau! —exclamó él desde la puerta de la habitación, con unas bolsas de lona negra en las manos—. Estás impresionante.

Salma se volvió para mirarlo, mientras se lamía los labios. No lo esperaba, no había oído la puerta, ni a él subir la escalera... Era muy bueno en su trabajo y no había olvidado cómo hacerlo.

—Si no quieres que me dé un infarto o, peor, que te pegue un tiro, avisa que llegas la próxima vez —lo reprendió sin acercarse.

Alex sonrió. Sabía lo silencioso que era cuando estaba concentrado. Algunos compañeros lo llamaban «Fantasma» o «*Ghost*», en inglés, en las misiones por ese motivo, aunque en su equipo todos lo eran. No se había dado cuenta de que había entrado en la casa con ese sigilo. La tensión acumulada comenzaba a hacer mella en él y hacía resurgir sus antiguas costumbres, ligeramente olvidadas por la seguridad que le había dado el anonimato.

—Perdona, no era mi intención —se disculpó, acercándose a ella. Dejó las bolsas sobre la cama y la cogió por la cintura—. Estás preciosa. ¿Vas a salir? —bromeó divertido.

Salma sonrió, agarrándole suavemente por el hombro para acercarlo más.

—Sí. ¿Me acompañas?

Alex la besó ligeramente en los labios y se apartó con suavidad.

—Dame diez minutos y nos vamos —contestó, caminando hacia el baño.

Tras una ducha rápida y vestirse con unos pantalones vaqueros, camisa blanca, botas con cordones, flexibles, pero elegantes, afeitarse y echarse su perfume, estaba impresionante.

Se acercó a Salma, muy seguro de lo que le provocaba. Notó cómo ella se inquietaba, anticipándose en su mente a lo que él le pudiera hacer, mirándolo con una sutil huella de deseo en sus ojos. La atrajo hacia sí, apretándola contra él, y la besó con delicadeza sin olvidar la pasión que arrastra el deseo.

—Debemos marcharnos —murmuró, tras apartarse con delicadeza—. Tenemos trabajo.

Salma asintió tranquila.

Cuando todo terminase, le pediría una oportunidad real de estar juntos. Por mucho que quisiera, no iba a poder olvidarlo sin intentarlo.

Alex miró la cama y vio las armas que le había preparado. Dos pistolas automáticas, dos silenciadores y cargadores, que él fue colocando entre sus ropas y calzado, además de un sistema nuevo de escucha para estar comunicados constantemente.

—Con esto será suficiente —afirmó ella, cogiendo uno de los auriculares para ponérselo en la oreja—. No podemos llamar la atención, Alex, debemos ser sutiles y discretos.

Él asintió, de acuerdo. Aquello no era el Ejército, donde todo era más rudo, aunque igual de cuidadoso cuando se requería.

Se colocó el otro auricular que Salma le ofrecía y, al recordar la conversación que hacía días había mantenido con ella, preguntó:

—Me dijiste que Roma es tu nombre en clave, ¿es el que usas en las misiones?

Salma asintió. Roma era otra mujer, una peligrosa, calculadora y letal a la que él no conocía aún, sólo unos ligeros trazos. ¿Le gustaría? Estaba claro que en breve iba a comprobarlo.

—Entonces, ¿hoy debo llamarte Roma? —inquirió entre la seriedad que el momento requería y el juego seductor que inevitablemente mantenían siempre los dos.

—Debes, Axel —contestó, siguiendo su juego y llamándolo por su nombre de gigoló—. ¿O prefieres otro nombre? ¿Tienes alguno en clave?

Alex sonrió.

—Ése está bien por ahora —respondió, sin querer usar aún el que de verdad lo identificaba militarmente; no estaba seguro de hacerlo. Además, en la discoteca lo habían visto otras veces y lo conocían como Axel. Era mejor así—. A no ser que quieras llamarme «Fantasma», «Bravo Uno» o algo similar, delante del resto de gente del club.

Salma se rio con él. El mote «Fantasma» era muy apropiado. Lo había comprobado hacía escasos minutos, pero lo emplearían en otra ocasión si era necesario.

—Debemos irnos. Cuanto antes sepamos la verdad, mejor —dijo, ansiosa por saber qué pasaba realmente con su hermano, pero temerosa de descubrir una realidad que no quería conocer.

—Todo va a salir bien, no te preocupes —la animó Alex, entregándole un bolso pequeño.

Ella se lo colgó del hombro, lo abrió y vio que contenía una pequeña bolsa térmica con un par de jeringas llenas del líquido amarillo que había hecho que sobreviviera al NB. Levantó la vista, inquieta. Era posible que los volviesen a envenenar y Alex lo tenía igual de claro que ella. Aquella tarde había ido a su casa segura, no de compras.

—Esta vez no dejaré que te pase nada —dijo—. Yo te protegeré.

Esta última frase la pronunció acercándose de nuevo para estrecharla entre sus brazos y que sintiera esa protección.

No estaba dispuesto a pasar otra vez por lo mismo de hacía unas noches.

—Lo sé, y yo a ti —contestó Salma muy cerca de sus labios, para que sintiera el calor unos segundos y la ansiedad de juntar sus bocas—. Es lo único de lo que estoy segura —confesó, para finalmente besarlo con pasión.

A partir de aquel momento, cualquier beso podía ser el último.

18

La velocidad y la discreción de la moto les daba mayor seguridad que los coches.

Era importante que nadie los viera hasta que estuviesen dentro del club, donde se mezclarían con la gente. Entrarían por separado e intentarían averiguar todo lo posible sobre Andrés y la organización que lo tenía secuestrado, o bien sobre la situación real, que ambos sospechaban que podía ser otra.

Si pasada una hora su plan no daba resultado, escenificarían un típico encuentro de chico conoce a chica, se gustan y se hacen compañía tomando una copa.

Alex se sentía muy bien en la moto con Salma recostada contra su espalda, agarrada a su cintura.

Hacía tanto tiempo que no estaba con una mujer que lo atrajese de verdad, que a veces no estaba seguro de si lo que hacía o decía era adecuado. Salma no era una mujer corriente, era especial, con más cosas en común con él de las que en un principio había pensado o deseado para su pareja, algo con lo que no contaba y que lo volvía loco en todos los sentidos.

Todo ese cúmulo de sentimientos lo estaba desestabilizando, pero debía concentrarse en lo que iban a hacer esa noche. Era importante que se tomara aquello como cualquier otra intervención, porque aquella gente era peligrosa de verdad.

Salma estaba totalmente centrada en obtener información válida para localizar a su hermano. Ir a buscarla con Alex y tenerlo a su lado para ayudarla y protegerla era más de lo que había imaginado. Con su colaboración, estaba convencida de que darían con lo que necesitaban. Ahora sólo faltaba que fuese consciente de que ella no era un florero, ni una condecoración para exhibir mientras él hacía el trabajo sucio. Allí las manos se las iban a manchar los dos.

Alex paró la moto en una de las calles aledañas a la sala. Para actuar como tenían programado, no podía haber testigos de que llegaban en el mismo vehículo.

—Recuerda que no me conoces y, haga lo que haga, no te involucres —le ordenó Salma, retomando su actitud como agente—. No olvides quién soy y qué sé hacer.

Él observó cómo se quitaba el casco mientras hablaba, se lo devolvía, se peinaba con los dedos la larga melena, sacaba un brillo labial, se lo aplicaba y le guiñaba un ojo.

—Yo también tengo armas y sé usarlas —continuó ella, mientras cerraba el bolso tras guardar el pintalabios.

Se quitó la cazadora de cuero negra ajustada, y se la dio para que la guardase; debajo llevaba una ligera chaqueta negra de gasa semitransparente.

—Imposible olvidarlo y tampoco dónde las llevas —replicó él, recordando de nuevo el episodio en los aseos del local al que regresaban, donde descubrió que era agente del gobierno.

Salma sonrió, mientras miraba a ambos lados de la calle para cerciorarse de que no había nadie.

Estaba desierta.

Con rapidez, le levantó la visera del casco y lo besó.

—Te llevo conmigo —le dijo señalando el anillo de cristales donde tenía oculto el micrófono.

Alex se tocó un botón de la camisa, donde habían instalado otro para que pudiese escucharlo. Salma asintió y se alejó con paso decidido, doblando la esquina en dirección al club.

—Espero que no se te acerquen muchos moscones, Roma, porque llevo las armas cargadas y listas para disparar —bromeó Alex, mientras se bajaba la visera del casco y arrancaba la moto para aparcarla lo más cerca posible de la entrada principal.

Salma rio al oírlo alto y claro por el intercomunicador.

La voz de Jack era sensual, pero la de Alex era... casi erótica. Esa cadencia grave y firme que tanto la impactó el día que lo llamó por teléfono para contratarlo, seguía causando un efecto en ella que debía controlar.

—Tranquilo, sé defenderme.

Alex paró la moto a escasos metros de la entrada del local, para verla entrar.

Empezaba el espectáculo, y aquél era uno al que él no estaba acostumbrado, pero que sería muy interesante.

Cuando todo acabase, ¿quién sabía? Quizá pudiera ser uno de los nuevos agentes de inteligencia y dejar el Ejército definitivamente... Todo era posible.

Salma entró en el club con paso firme y tranquilo.

La música invadía el espacio y el ritmo hacía que inevitablemente tuviese que llevarlo con la cabeza y el cuerpo.

Si había algo que siempre era importante en su vida era la música. La acompañaba en todas las facetas de su vida, incluidos los momentos más complicados de su profesión.

A esa hora temprana en que las melodías solían ser más tranquilas, sonaba *Waves*, de Mr. Probz. La conocía y la tarareó sin vergüenza.

Caminó hacia la barra de la pista y pensó qué tomar. No estaba dispuesta a exponerse a que la envenenaran tan rápido, por tanto, eligió una cerveza Heineken, que abrieron delante de ella. Era lo más seguro, por si lo volvían a intentar de otra forma.

—Buena elección. Chica lista —oyó en su oído, un comentario únicamente para ella.

Sonrió al pensar que eso significaba que Alex estaba dentro y la observaba.

Sin esfuerzo, evitó mirar a su alrededor para buscarlo. No era la primera vez que actuaba así en un operativo. La experiencia era un grado y ella tenía un largo recorrido en aquella profesión, aunque ganas no le faltaron sólo por el placer de mirarlo unos instantes.

La música cambió de nuevo y se oyeron los primeros acordes de *Liar Liar*, de Cris Cab y Pharrell Williams. Una canción nueva que a Salma le encantaba, porque iba mucho con ella... Hablaba de mentiras... Mentirosa...

—*Liar, Liar... She's on fire!... She's waiting there... Around the corner... Just a little air... And she'll jump on ya'!* —oyó por el auricular. Alex estaba cantándole el estribillo de la canción con total descaro, mientras ella seguía el ritmo con un pie, apoyada en la barra.

Ahora sí se volvió para buscarlo y decirle con la mirada que sí, era cierto, era una mentirosa, pero sólo por su trabajo. Y ésa no era Salma, esa mujer sin escrúpulos y cruel era Roma.

Lo vio al otro lado de la barra. Tenía otra cerveza en la mano y la miraba como un león a punto de saltar sobre su presa.

—*Just when she thought I was sleeping... And I could not believe... The things that I had seen!* —cantó tranquila, mirándolo fijamente unos segundos, recordando la noche que compartió cama con él para robarle.

Alex sonrió al captar el mensaje.

Debían empezar a trabajar.

Tras tomarse la bebida entre canción y canción, viendo cómo se llenaba la pista de baile y el resto del club, decidieron ir a los servicios para explorar el pasillo donde Salma casi se muere.

Aún estaba todo demasiado tranquilo para actuar. Si intentaban moverse por las zonas por donde no debían estar los clientes, llamarían demasiado la atención.

Con el mismo disimulo e indiferencia mutua que habían demostrado para acudir allí, regresaron a la barra.

Cuando llegaron, comenzaba a estar concurrida y no podían colocarse donde estaban antes; por tanto, decidieron quedarse más cerca el uno del otro, pero sin entablar conversación.

De nuevo pidieron cerveza y mientras Alex miraba al camarero que atendía a Salma y al frontal de espejos de la barra, que le ofrecía una vista panorámica de lo que había a su espalda, ella se volvió hacia la pista para ver bien qué sucedía.

Tras un par de canciones que a Salma no le gustaban mucho, cambiaron al DJ y comenzó a sonar *Running*, de Jessie Ware, con Disclosure.

Fue como si le pusieran pilas y la música la invadiera. Llevaba escuchando esa canción un año y la ponía siempre que estaba nerviosa antes de una intervención. Su ritmo de baile sexy, junto con la voz de Jessie Ware, eran sin duda de sus favoritos.

Como si estuviese en su casa con la música a todo volumen, comenzó a cantar y bailar como los demás allí congregados.

Alex no fue el único que observó su transformación, cómo se movía de forma sensual a la vez que cantaba... Por mucho que supiese que estaba representando un papel, aquella mujer que bailaba al son de la música, disfrutando del momento y olvidando sus problemas durante unos minutos, era Salma, su Salma, y no Roma.

Habían quedado en que no se relacionarían, que él no se acercaría a ella, al menos al principio, pero ver la cara de los hombres que comenzaban a revolotear a su alrededor, tanteándola, lo estaba empezando a poner enfermo.

Alex estaba prácticamente pegado a ella, sus cuerpos se rozaban con el movimiento que imponía la música, aunque no podían tocarse como deseaban. Esa situación lo estaba matando lentamente.

Se irguió, colocándose detrás de ella. Su perfume le llegaba perfectamente en cada movimiento.

—Si no dejas de bailar así, será difícil controlar a las fieras, incluyéndome a mí en la jauría.

Salma sonrió. Alex estaba a su espalda y, con tanta gente como había invadido la pista al escuchar el cambio de música, quedaba prácticamente pegada a él. Sentía su aliento en la nuca, el

calor que desprendía su cuerpo y el del suyo propio al tenerlo tan cerca.

Con un movimiento lento y sensual, Salma se quitó la ligera chaqueta que llevaba, la ató al bolso y continuó bailando, dejando ver aún más su cuerpo.

Durante todos esos años, su físico la había ayudado mucho en su trabajo y ese día no iba a ser menos. Alex debía de entenderlo, puesto que en la actualidad se ganaba la vida haciendo algo parecido, aunque ella sólo lo usaba como gancho si era necesario.

Varios hombres se le acercaron intentando bailar con ella, a lo que Alex no supo cómo reaccionar.... O sí, pero tuvo que reprimir las ganas que tenía de estamparlos contra la barra a todos ellos.

Salma se volvió en su dirección en varias ocasiones para mirarle de soslayo, con el único objetivo de calmarlo; debían pasar por dos clientes más de la discoteca disfrutando de la noche, pero sabía que no iba a poder frenarlo demasiado tiempo.

Intentando que se centrase en otra cosa, susurró, acercándose la mano a la cara con disimulo:

—¿Has visto algo, Axel? ¿Alguna pista?

En cuanto oyó su nombre en clave, la miró agradecido. Realmente necesitaba centrarse.

—Negativo. ¿Y tú?

—No.

—Iré a echar un vistazo por ahí, ¿estarás bien?

Salma asintió siguiendo el ritmo de la música, sin parar de bailar. Se sintió extrañamente sola cuando él se fue, aunque seguía escuchándole.

—No vayas al punto caliente sin mí —le recordó, refiriéndose al pasillo de los aseos. Era una zona conflictiva, que tratarían mejor juntos cuando todo lo demás estuviese analizado y valorado—. Yo estaré por aquí, buscando un hilo del que tirar. No tardes.

Alex ya no contestó. Estaba oculto entre las sombras proyectadas por las tenues luces de los reservados que rodeaban la pista. En realidad no pretendía ir a ningún sitio, sólo vigilar a más distancia los movimientos de Salma y de todo el que se le aproximaba.

Cuando estaba cerca de ella, su instinto de protección se hacía presente hasta el punto de llegar a ser peligroso para el operativo. Desde allí todo iría mejor.

Salma continuaba bailando al ritmo de la música house y disco que el DJ pinchaba sin descanso, disimulando su escrutinio exhaustivo de todo cuanto la rodeaba. Nada a su alrededor era sospechoso y a la vez lo era todo.

Allí la habían envenenado y casi asesinado, sólo que ese día la esperaban, llamaron a su móvil y seguramente triangularon su posición exacta dentro del local al contestar ella las llamadas y leer sus mensajes.

Ese día en cambio no llevaba ese teléfono. Alex y ella usaban dispositivos nuevos para evitar que estuvieran contaminados. De hecho, aquellos asesinos aún no sabían siquiera que estaba viva y él no creía que fuesen capaces de reconocerla entre tanta gente.

Un hombre con signos de embriaguez se acercó e intentó propasarse, tocándola y bailando demasiado cerca.

—Tan sexy como siempre —susurró una voz a su espalda.

A Salma el estómago le dio un vuelco.

¡Jack!

Sin poderlo evitar, buscó a Alex con la mirada. Sabía que no le gustaba su ex, se veía a la legua, y a Jack él tampoco. Salma no quería problemas ni enfrentamientos allí.

El borracho que la acosaba se alejó en cuanto vio aparecer a aquel hombre que parecía conocerla. Jack lo agradeció.

—¡¿Qué haces aquí?! —le preguntó asustada, acercándose a su oído para hacerse oír sobre la música, pero disimulando de cara a la gente que los rodeaba.

No quería involucrarlo en nada más. Él ya estaba fuera de ese juego y que se hubiese activado de nuevo como agente la tenía alerta y muy preocupada.

—¡¿Qué hace él aquí?! —oyó con claridad en su oído, casi al mismo tiempo que ella se lo preguntaba a Jack—. ¡No lo quiero cerca de ti!

Salma se sentía mal. Ya sabía que Alex no quería a Jack pululando a su alrededor. No se fiaba de él, no le caía bien, y la verdad era que verlo aparecer de repente entre aquella multitud resultaba más que sospechoso.

—Sólo he venido a echar un vistazo. Necesitaba comprobar que no había pasado nada por alto —explicó él, estrechándola entre sus brazos aprovechando la cercanía—. Estás preciosa. No esperaba encontrarte —añadió ilusionado, con un tono de sinceridad en sus palabras. Estaba claro que no se había percatado de la presencia de Alex—. ¿Estás bien? ¿Te encuentras bien, mi vida?

Salma no sabía qué decir. Hacía mucho tiempo que no le hablaba así, y tener delante al hombre del que había estado enamorada durante años, comportándose como al principio de su relación, como si nada hubiese cambiado, era desconcertante.

—Estoy bien —contestó, bloqueada por la situación, aunque procuró ocultarlo.

—Y está protegida —dijo la voz de Alex detrás de Salma.

Esa misma escena ya la habían vivido noches atrás, sólo que ahora era más intensa. Se retaban con la mirada. Se estaban enfrentando por ella sin hablar.

Jack la estrechó más fuerte entre sus brazos, haciéndole saber al militar que él también tenía algo que decir antes de que se la llevase. Iba a luchar por ella hasta que Salma dijese basta.

—Por favor, calmaos. No podemos llamar la atención —les rogó con tranquilidad, aunque la realidad era que no la sentía.

Ellos dos no se movieron.

—Necesito que os tranquilicéis. Jack, estoy bien, márchate y déjanos trabajar. Te llamaré. Y Alex —continuó decidida, mientras se deshacía del abrazo del agente y se acercaba a él—, ven a bailar conmigo. Esta canción me gusta mucho —le pidió, sin mirar más a Jack, tirando de su mano y alejándose. Desde ese mismo instante, dejarían de ir cada uno por su lado y trabajarían juntos.

Sonaba *I wanna feel*, de Secondcity, y era cierto que a Salma le gustaba especialmente. Así que, sin darle tiempo para pensar más, arrastró a Alex entre los bailarines que llenaban la pista, hasta el otro lado, y cuando creyó que estaba en el sitio correcto, se acercó a él, le cogió la cara con las manos, se puso de puntillas y lo besó.

Él reaccionó de inmediato. En cuanto el cuerpo de ella rozó el suyo y sus labios lo tomaron con

la pasión que acostumbraba, supo que todo estaba bien.

La adrenalina acumulada, junto con la aparición de aquel tipo, lo estaba llevando al máximo de su resistencia.

Hacía mucho que no estaba en situaciones límite y debía acostumbrarse rápido. Con Salma aquello no se iba a terminar pronto y, además de la situación, estaban los sentimientos que tenía hacia ella, y que cada minuto que pasaba se incrementaban.

La cogió por la cintura con gesto posesivo, la apretó contra él y le devolvió el beso incluso con cierta rudeza.

Ella se apartó, sorprendida por aquellas formas. Alex no era así, era delicado y cuidadoso. Lo miró intensamente a sólo unos milímetros de su cara, le susurró que no debía preocuparse por Jack y tomó sus labios de nuevo.

Él le devolvió el beso más calmado, con sus atenciones de siempre, y también más sensual, como a Salma le gustaba.

—Lo siento —se disculpó tras unos minutos—, pero me pone enfermo. Ver cómo te trata y te habla... No lo soporto.

Ella sonrió.

Jack no la trataba mal, nunca lo había hecho, simplemente lo hacía igual que él... Eso era lo que lo ponía enfermo.

—Estás perdonado. Baila conmigo —le pidió.

Alex no se podía negar a esa petición y bailó con ella esa canción y la siguiente, hasta que, con una señal, se pusieron de acuerdo en que había llegado el momento de regresar al lugar que habían estado evitando toda la noche y comprobar qué se escondía detrás de aquella puerta.

Mientras tanto, Jack estaba muy seguro de lo que no iba a hacer: perder de nuevo de vista a Salma.

Reprimiendo la rabia, se escondió en las sombras de la zona de atrás de la pista, observando la escena.

Estaba muy enamorada de aquel tipo, lo veía en su rostro y en sus gestos. No sabía si alguna vez lo había estado tanto de él... No la recordaba tan dispuesta...

Lamentó no haber aprovechado el tiempo cuando podía... Había tenido más del que se merecía.

19

El club estaba lleno.

Ya eran las dos de la madrugada y cada recodo del local estaba abarrotado.

Así era Madrid de noche. Pura vida.

Salma iba agarrada de la mano de Alex, caminando entre la gente en dirección al sitio que debían inspeccionar.

Habría preferido ir sola. Una mujer siempre tiene más excusas en caso de que la descubran, gustase o no, era así, pero Alex se negó en redondo.

Aunque llevaban suficiente antídoto para el NB, Alex no estaba dispuesto a pasar otra vez por aquel calvario que había supuesto prácticamente revivirla.

El estresante camino hasta encontrarla tirada en el suelo no fue nada comparado con el agónico trayecto en coche hasta su casa y la posterior carrera por su vida para inyectarle el antídoto de la única forma viable ante la gravedad, directamente en el corazón.

Un minuto más y la hubiese tenido que enterrar.

El estrecho pasillo estaba abarrotado de personas que aguardaban para poder entrar en los aseos. Había gente bailando, bebiendo, hablando, cantando, riendo... todos ajenos a ellos dos y sus intenciones.

Estaba claro por qué los secuestradores habían optado por un sitio como ése. La muerte de Salma se hubiese considerado consecuencia de una sobredosis de una nueva droga de diseño sin más y quedaría olvidada sin investigar. Ni siquiera sus jefes y su equipo en la agencia sabían que estaba intentando resolver un problema personal, ni qué estaba pasando, por tanto, nunca descubrirían la trama que había detrás de su muerte.

Alex apartó esos pensamientos de su cabeza. Lo estaba torturando recordar su rostro mientras la vida se le escapaba y en ese momento necesitaba estar fresco y alerta.

Con cautela, echó la mano derecha hacia la espalda y rozó con los dedos la culata de una de las pistolas automáticas que escondía bajo la cazadora de cuero, que por eso mismo no había podido quitarse en toda la noche.

Estaba acostumbrado a las altas temperaturas del desierto de África o del golfo Pérsico, llevando encima una media de veinte a veinticinco kilos de equipo de asalto repartido por su cuerpo. Una prenda de más en el confort de una discoteca no suponía demasiado esfuerzo.

Saber que el arma estaba en su sitio, cargada, sin seguro y dispuesta por si la necesitaba, le daba una seguridad que hacía tiempo que no necesitaba. Estar en primera línea de fuego otra vez lo inquietaba un poco.

Salma caminaba tranquila, con su bolso en bandolera, con la cremallera abierta, preparada para sacar el arma si era necesario.

Ambos se miraron unos segundos antes de llegar a la puerta del almacén de donde Salma vio salir a la gente que se llevaba a su hermano, días atrás.

—Es aquí —musitó, acercándose a él, simulando que coqueteaba.

Alex tiró de ella para que cayera sobre su cuerpo, estrechándola entre sus brazos a la vez que se apoyaba en la pared, pegado al pomo de la puerta.

Salma sintió cómo caía contra él y se dejó llevar.

—Intenta abrirla —le susurró Alex al oído, muy cerca de su piel.

Ella sintió que se le aceleraba el corazón. Con cuidado por si no estaba atrancada, giró el pomo a ambos lados...

Nada. Estaba cerrada.

Como si intentara alejarse de él para no dejar que la besara, se separó un poco y, con rapidez, sacó del bolso un estuche pequeño de maquillaje. Lo abrió, cogió un par de pequeñas ganzúas y lo guardó de nuevo.

Alex entendió perfectamente lo que intentaba y, sin necesidad de decir nada más, tiró de nuevo de ella para que se acercara más y accediera así a la cerradura.

—Mujer precavida vale por dos —susurró juguetón.

Admiraba la preparación que le veía en cada intervención. Era muy meticulosa, igual que él, y eso lo volvía loco.

Salma sonrió muy cerca de su boca, casi besándolo, mientras intentaba abrir la cerradura con las herramientas.

Alex era demasiado corpulento para ella y no llegaba bien con ambas manos, como necesitaba. Que le acariciase el cuello y la espalda para que nadie sospechase de lo que estaban haciendo en realidad, tampoco ayudaba mucho.

—Ponme contra la pared —le dijo, sosteniéndole la mirada. Alex enarcó las cejas, asombrado por la orden. Salma se percató de por dónde había ido su mente y, riendo en silencio, lo intentó de nuevo—: Cambia la posición conmigo y concéntrate.

Él la besó sin avisar, como llevaba rato deseando. Aquello era más divertido que las misiones militares a las que estaba acostumbrado, aunque sabía bien que era única y exclusivamente por la compañera que le había tocado en suerte.

Salma se perdió en aquel beso y se dejó llevar, hasta que se dio cuenta de que Alex no se lo devolvía. Vio que la miraba intensamente y sonreía contra su boca.

—Concéntrate —le recordó, imitándola, consciente del efecto que causaba en ella cuando estaban tan cerca.

Salma respiró hondo, expulsó el aire y, tras cerrar los ojos unos segundos, cambió su semblante con una habilidad que lo dejó estupefacto. Ahora no era ella, era la otra... Roma... la mujer fría y calculadora que él no había visto hasta entonces.

—Sólo tardaré unos segundos. Es una cerradura sencilla —aseguró, poniéndose manos a la obra.

Dicho y hecho. La cerradura hizo clic y, por la sonrisa de satisfacción que le dedicó, Alex supo que lo había conseguido.

—Increíble —susurró, sorprendido por su rapidez.

Salma no prestó atención a los halagos, estaba acostumbrada a recibirlos cuando los hombres de su ámbito laboral descubrían que era buena en su trabajo, en realidad muy buena; se había ganado a pulso su estatus dentro de la agencia. Se limitó a mirarlo tranquila, le guiñó un ojo y abrió el pomo sin apartar la mirada de sus ojos verdes.

—Vía libre —dijo, mientras se volvía y miraba por la rendija que había abierto.

—Está vacío —anunció Alex, aunque ella veía lo mismo que él—, pero debemos entrar y cerciorarnos de que no hay nada.

Salma asintió, se colocó frente a él, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

Alex notó que aquel beso era muy diferente a los que estaba acostumbrado. Sólo era trabajo, totalmente impersonal, frío, sin ningún sentimiento. Alguien se acercaba y ella sólo había disimulado.

La observó desde su privilegiada posición, de espaldas al pasillo. Ella tampoco había cerrado los ojos, que tenía muy abiertos, vigilantes, alerta, esperando la oportunidad.

Lo miró un microsegundo y Alex entendió perfectamente que había llegado el momento.

Sin hablar, Salma se deslizó por la puerta entornada al interior del almacén, mientras sacaba su arma del bolso y la preparaba para utilizarla en caso necesario.

No sabían qué se podían encontrar allí.

Alex esperó a que ella hubiese entrado, miró a su alrededor, se cercioró de que nadie lo observaba y, con sigilo, entró también en la habitación, cerrando la puerta con cuidado tras él, mientras empuñaba una de las pistolas que llevaba metidas en la cinturilla de su pantalón vaquero.

Estaban dentro.

Jack observaba cómo la pareja se acercaba a la zona en la que encontró los restos del bolso de lentejuelas de Salma.

Sabía que regresarían a la puerta que había frente a ese lugar.

Los vio colocarse donde pensaba. Para el resto de la gente de su alrededor eran una pareja con ganas de jugar en la oscuridad, pero a él no lo engañaban. Salma estaba intentando abrir la puerta, como tantas veces había hecho con él.

El militar era más corpulento y le iba a resultar más difícil, pero como intuía, intercambiaron el sitio y en segundos había cumplido su objetivo.

—Eres la mejor —susurró a la nada, simplemente porque necesitaba decirlo.

Siempre lo había hipnotizado verla trabajar. Su elegancia y sutileza hacían de ella una mujer letal, porque no parecía que fuese capaz de hacer lo que él sabía que podía hacer.

Cuando estuvo seguro de que nadie los había visto atravesar aquella puerta y que ellos a él tampoco, se acercó tranquilamente hacia allá. Ahora sólo quedaba decidir si entraba con ellos y se arriesgaba a que los cogiesen a todos, o se esperaba fuera y los cubría, aunque no se lo hubiesen pedido.

Quería entrar, pero sabía que era más útil e inteligente esperar.

Frustrado, se alejó de la puerta para no llamar la atención.

Alex y Salma descubrieron que aquella habitación era sólo un almacén medio vacío.

Al fondo había algunas estanterías llenas de botellas de licor caro, material de mantenimiento y poco más.

—¿No te parece un poco extraño que no haya nada? —preguntó él—. En un local como éste, con el volumen de copas que deben de vender cada noche... Aquí hay gato encerrado.

Salma asintió. Estaba pensando exactamente lo mismo. La lógica decía que aquel lugar debía estar lleno de botellas de alcohol, refrescos y cerveza, pero no era así.

Sacó una pequeña linterna del bolso, la colocó sobre la pistola que empuñaba por lo que pudiese pasar, y apuntó al frente. Allí debía de haber algo más, o el sitio tenía otro uso que no dilucidaba.

Registró estantería tras estantería, mientras Alex cubría la puerta por si alguien decidía entrar. Sólo descubrió una botella de un producto químico industrial de los que se usan para cortar la cocaína antes de venderla en dosis.

Miró alrededor, buscando más botellas como ésa o de productos que a simple vista parecieran de limpieza.

—¿Qué buscas? —susurró Alex, al darse cuenta de que ella había visto algo.

—Productos químicos.

Él asintió y, sin perder de vista la entrada, comenzó a registrar también todo lo que estaba cerca de su posición.

Salma vio un par de botellas más, pero no las suficientes como para pensar que aquello fuera un laboratorio. Más bien parecía que se les hubiesen olvidado allí.

—Benzocaína —dijo Alex, tras probar con la punta de la lengua un poco de polvo blanco que había en un bote parecido a los de medicamentos—. Aquí cocinan droga, o al menos lo hacían.

Salma asintió. «Cocinar droga» significaba mezclarla o cortarla con otros productos, entre ellos medicamentos como la benzocaína, o bien con harina, talco, lactosa, anfetaminas y cosas parecidas, para sacar el mayor beneficio posible. Un kilo de droga pura se podía multiplicar de forma escandalosa con ese método y si el «cocinero» lograba no bajar la calidad de la misma con esta técnica, el negocio estaba asegurado, porque los adictos acudirían como moscas a por su dosis a ese proveedor.

Ese lugar se había usado como almacén del material necesario para abastecer al menos una de esas «cocinas», o puede que varias.

La teoría de que su hermano estuviese colaborando voluntariamente o no con aquella organización, aportando sus conocimientos químicos como sospechaban, empezaba a ser una firme probabilidad.

—Aquí no hay nada más —confirmó Salma, revisando el último estante.

—Por esta zona tampoco.

Se miraron pensativos. Si estaban usando el club como almacén, seguro que los dueños, o al menos alguien que trabajara allí, estaban al tanto de lo que se guardaba en el lugar y del trasiego de mercancía.

Debían averiguar más.

Salma se guardó la pistola en la parte trasera de la cinturilla del pantalón, la linterna en el bolsillo delantero y sacó su móvil de última generación.

Con rapidez, se acercó hasta Alex mientras tecleaba el nombre de la discoteca en Google.

Enseguida aparecieron un montón de instantáneas del local, en las que se podían ver fiestas, famosos, cómo era por dentro... Sin detenerse a mirar las fotos, entró en la web y estudió la información de contacto y propiedad.

Los nombres no le sonaban de nada clandestino e ilegal, pero eso no quería decir que no fueran delincuentes. Podían ser una tapadera.

—Debemos averiguar más —le dijo a Alex, mientras pensaba que de momento estaban en un callejón sin salida—. Hay que cotejar estos nombres con las bases de datos de la agencia. Lo haremos desde el ordenador de casa.

Alex levantó la vista del teléfono. Si ella se conectaba a la central, tendría que dar muchas explicaciones y al final acabarían encontrándolo.

Negó con la cabeza. No quería dejarla sola, pero tampoco quería jugarse la vida.

—Buscaremos la información de otra forma, antes de acudir a tus jefes —planteó decidido—. Yo también tengo contactos y son más seguros.

Salma asintió conforme. La seguridad de Alex era importante. Tenían demasiados frentes que cubrir, por tanto, debían ir con calma y ser muy cuidadosos en sus movimientos.

—Salgamos de aquí antes de que nos descubran. Volveremos si es necesario, pero por hoy ya no podemos hacer más.

Alex se acercó a la puerta, cubriendo a Salma con su cuerpo. Si al salir los estaban esperando, él sería su escudo.

Ella lo dejó defenderla. Era militar, sabía lo que hacía y, si había lucha, estaría preparado para casi cualquier cosa. Así era el entrenamiento SEAL.

Cuando se cercioró de que nada ni nadie los amenazaba al otro lado, tras asomarse a la rendija que había abierto en la puerta, guardó el arma en su lugar, justo antes de deslizarse fuera.

Alex tiró de la puerta, mientras Salma sacaba las ganzúas para dejarla cerrada, tal cual la habían encontrado. Era importante que nadie se diese cuenta de que habían entrado. En unos segundos estaba hecho y se alejaban de la mano, como habían llegado, en dirección a la pista de baile.

En cuanto estuvieron fuera y llegaron al gentío, empezó a sonar *Aaliyah*, de Katy B, Jessie Ware y Geeneus, una canción que Salma reconoció al instante y comenzó a cantar.

Alex sonrió al ver como su Salma había vuelto y Roma había desaparecido, al menos de momento.

—A bailar —la animó, tirando de ella hacia el centro de la pista.

Ella lo miró, feliz de que al menos aquella noche acabara con un buen recuerdo. Estaba harta de tensiones, miedos, adrenalina... Por un rato quería comportarse como si de verdad hubiese ido allí a pasárselo bien.

—Creo que voy a cambiar el Ejército por esto. Es mucho más divertido —comentó Alex, sin perder el ritmo.

—Mucho mejor que el desierto, ¿verdad? —le siguió el juego Salma.

—Sin duda —aseguró él, riendo, mientras se acercaba a ella—. Y mucho, mucho, mucho mejor que estar con una mujer diferente cada noche —terminó de decir, con una intensa mirada sobre ella, con los labios prácticamente pegados a los suyos.

Salma se quedó de piedra ante la confesión.

Desde hacía tiempo tenía claro que no podría estar con un hombre que no entendiera su trabajo. Le gustaba lo que hacía, le gustaba ser agente y, aunque en los últimos tiempos sospechaba que algo no iba bien en la agencia, no lo pensaba dejar. No tenía ninguna razón para hacerlo.

Que Alex confesara que no le importaría compartirlo con ella, era importante, pero que la antepusiese al trabajo que le daba de comer y pagaba las facturas, era más de lo que esperaba.

—No sabes lo feliz que me hace saberlo.

Sin decir nada más, Alex la besó apretándola contra él, arrollando su boca, mordiéndole los labios y devastando sus sentidos.

El cuerpo de Salma reaccionaba a él al instante y eso ni todas las armas, drogas, venenos, secuestros o amenazas lo iban a cambiar.

Jack observaba cómo la mujer a la que había amado sobre todas las cosas ya no era suya.

Aquel tipo que la sostenía entre sus brazos era el único que a ella le importaba ahora. Ilusión, felicidad, alegría, belleza, todo eso había sido capaz de dárselo aquel militar en sólo unos días, algo que a él le había costado mucho al principio, porque Salma no quería relaciones serias.

La rabia lo estaba matando. Y mucho más cuando las sospechas sobre el SEAL continuaban sin ser confirmadas o negadas.

Apretó los puños al ver cómo Salma le devolvía el beso, ciega de pasión y deseo. ¿Por qué le quería y a él no?

Debía contarle por qué la dejó un año atrás, ser sincero con ella o perdería toda oportunidad de recuperarla. Aquel tipo ganaba terreno a pasos agigantados.

En ese momento, *Perfect Lady*, de Made to Move, una canción deep house que siempre le recordaba a ella, comenzó a sonar como si el DJ se estuviese riendo de él.

A Salma le gustaba especialmente, como toda la música que había sonado aquella noche, y Jack disfrutaba viendo cómo la cantaba y bailaba, pero en cuanto Alex se interponía en su visión, la rabia le podía.

Una mujer rubia, alta e impresionante se le acercó coqueta.

—Hola, ¿me invitas a una copa? —le preguntó seductora.

Jack estuvo a punto de decirle que no, pero luego lo pensó mejor. A Salma no la iba a conseguir aquella noche, estaba demasiado ocupada con su SEAL. ¿Por qué no disfrutar con otra?

—A todas las que quieras, preciosa —contestó sensual.

20

Las noticias que Salma y Alex estaban viendo en el televisor de la cocina no eran nada alentadoras.

Parecía que las células yihadistas estuviesen por toda Europa y no descansaban en su búsqueda de aspirantes a combatientes entre los fanáticos religiosos.

Los últimos conflictos en Iraq y Afganistán requerían más insurgentes que removieran el avispero sobre el terreno, y en Occidente, donde todo era más calmado y seguro para ellos, se dedicaban a formar a esos hombres que después salían en las noticias ejecutando o atentando contra todos los que no estaban de acuerdo con sus ideas.

—¿En qué piensas? —preguntó Salma, cogiéndole la mano que tenía libre. En la otra sostenía una taza de café caliente.

Alex no podía apartar la mirada de aquellos hombres de uniforme en tonos tierra, con casco antibalas equipado con la última generación de gafas de visión nocturna. El suyo era exactamente igual y tenía otro en el sótano de su casa.

—¿Ves a esos militares al fondo, con un casco del que salen cuatro tubos como unos prismáticos? —Salma asintió—. Son SEAL del DEVGRU, la unidad de operaciones especiales antiterroristas y de contrainteligencia. La mía.

A ella no le extrañó que perteneciera a esa unidad que era la élite de la élite.

Notó un deje de anhelo en su voz. Costaba mucho llegar a esa división para luego tener que abandonarlo todo de la noche a la mañana sólo por haber cumplido una orden. Porque eso fue lo que hizo al participar en la misión más importante de los últimos tiempos, cumplir la orden de matar al terrorista más buscado, y después tuvo que huir para salvar su vida por acatarla.

Salma se levantó de la silla y fue hacia él. Necesitaba su cercanía.

—¿Por qué lleva cuatro tubos? —lo animó a que siguiese contándole cosas sobre su vida. El Ejército era la única que había conocido desde que llegó a la mayoría de edad.

Alex sonrió al ver que se interesaba también por él, por su persona, por su trabajo, que no todo era atracción física.

La sentó sobre sus piernas, sosteniéndola entre sus brazos.

—Permiten una visión nocturna periférica mejor que la que se tenía con los antiguos de sólo dos tubos. Además, llevan un foco muy potente y la luz estroboscópica infrarroja, que es vital cuando estamos jugando con helicópteros u otros activos aéreos.

—¿Jugando? —preguntó ella enarcando las cejas, mientras cogía una fresa de un bol que había sobre la mesa y le daba un mordisco.

—Sí, jugando. Tú también lo haces, y llevas juguetes interesantes.

Salma rio divertida.

—Mis juguetes son mucho más discretos. Sistemas de escucha, armas pequeñas... En inteligencia

todo es más sutil.

Alex le pellizcó la cintura, haciendo que se removiera en sus brazos.

—Es cierto... Nosotros combatimos en primera línea y allí nada es sutil.

Salma asimiló lo que le acababa de decir. Ambos estaban en continuo peligro, con sus vidas en riesgo, pero ella casi siempre estaba en la sombra, oculta con su falsa identidad y él, en cambio, rifle en mano, disparando en toda esa locura que llamaban guerra.

Callaron y miraron de nuevo las imágenes de la televisión. Un grupo de hombres jóvenes salía del portal de una vivienda en Madrid, esposados, mientras una leyenda al pie decía que la policía había detenido a nueve personas en la capital durante una operación contra una red que captaba yihadistas.

El cerebro de Salma comenzó a trabajar a mil por hora, inspirada por lo que veía.

—¿Crees que los que me encargaron robarte la información saben quién eres en realidad?

Alex tardó un momento en responder. Era una probabilidad que le rondaba la cabeza y no sabía cómo confirmar.

—Es posible, pero no lo sé.

—Si lo supieran... ¿cómo crees que lo habrían averiguado?

Él la miró fijamente mientras ella seguía contemplando la pantalla, concentrada, mirando las imágenes de Iraq y Siria, donde los amigos de los hombres detenidos ejecutaban sin ningún remordimiento de un tiro en la cabeza a un grupo de personas arrodilladas, con las manos en la nuca.

Alex observó la imagen con más atención, consciente de que era nueva y no una de las que coleccionaba en sus recuerdos y pesadillas. Tras unos segundos, volvió a mirar a Salma.

—¿Qué piensas? —le preguntó, dando vueltas a una idea de la que quería hablarle, pero después de que ella dijese algo. Prefería esperar.

—Creo que están relacionados —contestó Salma, clavando su mirada en los ojos verdes que tanta paz le daban, aunque ahora se debatían en plena tormenta. Cogió aire y acarició su atractivo y cuidado rostro—. Creo que los yihadistas que te quieren asesinar y la organización que tiene a mi hermano trabajan juntos o tienen alguna relación. Hace tiempo que manejo expedientes donde se relaciona a la Yihad con actividades delictivas comunes, como secuestros, tráfico de estupefacientes y otras similares para financiarse. Es una probabilidad que en esta ocasión también lo hagan.

Alex había desechado esa idea en un par de ocasiones por lo absurda que le parecía. Aquellos seguidores extremos de la religión islámica no iban a mezclarse con narcotraficantes. Pero al parecer todo había cambiado en ese tiempo de retiro obligado suyo.

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho llegar a esa idea? —inquirió nervioso. Las cosas iban a peor.

—Si desde hace dos años estás oculto bajo una falsa identidad, no hay archivos ni fotos ni información sobre ti que te vincule al Ejército. Para la mayoría del mundo estás muerto y nadie de tu nueva vida conoce tu pasado excepto yo y el capitán Summers. ¿Por qué iban a pedirle a una agente de inteligencia que te robase unos datos que tienes en el móvil y que podrían obtener sustrayéndotelo en un descuido? —Alex también lo había pensado. Ella lo supo en cuanto la miró tras su pregunta—. Lo sabes, ¿verdad? —Él asintió, abatido. Si esa teoría era cierta, su tiempo se acababa—. Lo siento, pero creo que me han usado para obtener más información de la que yo pensaba y así dársela a ellos

—añadió, refiriéndose a los yihadistas—. Hay algo en común entre ambas organizaciones, pero no sé qué.

—Debemos averiguarlo —cortó Alex sus pesquisas, decidido.

—Desde aquí no puedo... Necesito entrar en los ordenadores de la agencia y comprobar quiénes tienen alguna relación con el Moom —explicó.

Alex la empujó ligeramente para que se bajase de sus piernas, mientras negaba con la cabeza.

De ninguna manera iba a contarle nada a la agencia sobre el tema que los ocupaba. Si había que averiguar algo, lo harían a su manera, en su casa, con sus ordenadores seguros, y, en todo caso, llamarían al capitán Summers.

Así se lo explicó a Salma, mientras caminaba de un lado a otro de la cocina como un león enjaulado.

En todo el tiempo que había vivido bajo su falsa identidad, llevando una vida que le pagaba las facturas pero que no era la que había elegido, nunca se había sentido tan agobiado. Necesitaba recuperar su vida de antes, sus armas, el control sobre lo que era, porque, ahora que todo estaba sujeto con pinzas, no veía otro camino.

—¿Crees que será suficiente? ¿Tu capitán nos podrá dar la información que necesitamos?

—Eso espero —respondió intranquilo.

El capitán haría todo lo que estuviese en su mano para ayudarlo, pero no sabía hasta dónde podría llegar. Ojalá fuese muy lejos.

—¿Cuándo nos ponemos en marcha? —preguntó ella, nerviosa por lo que podría suceder a partir de entonces.

Lo que sabían hasta ese momento, que no era mucho, para ser sinceros, iba a salir de aquellas cuatro paredes y eso era muy peligroso. Si alguien que no debía accedía a la información, estaban muertos.

—Hoy la ciudad está muy revuelta con las detenciones —dijo, señalando la televisión, donde continuaban informando sobre aquellos hombres y de más detenidos en otros barrios—. Será mejor que recojas lo que necesites y volvamos a mi casa. Es más segura y nadie sabrá dónde estamos, incluido tu amigo Jack. No podemos fiarnos de nadie y él puede ser un estorbo si se presenta aquí de nuevo.

Alex no era tonto y sabía que ella no quería irse de su propia zona segura, su casa, donde conocía cada detalle y podía actuar con los ojos cerrados si algo sucedía. Intuía que el tema de Jack en esos momentos era secundario, aunque era obvio que no lo iba a olvidar y apartar de su vida tan fácilmente.

Con paso lento, se acercó a Salma, le cogió la cintura con las manos y la acercó a él para darle un dulce beso en los labios.

—Sé que quieres estar aquí, pero esta casa no tiene todo lo que necesitamos para actuar contra esa gente, ni siquiera para protegernos nosotros mismos.

Salma arrugó la frente, nada conforme con esa apreciación. Su casa era segura, aunque no un búnker, como a él le gustaba que fuese la suya. Ni siquiera sabía cómo era realmente el exterior a la luz del día.

—No pongas esa cara —continuó Alex—. Es cierto. Podría entrar aquí en medio segundo y no te daría tiempo a reaccionar.

—¡No exageres! Es segura. Nunca he necesitado que lo fuera más de lo que lo es ahora. Jamás han intentado asaltarla.

Él esbozó una media sonrisa, pretendiendo apaciguar la situación. Antes allí vivían dos agentes y por tanto se sentían seguros cuidando el uno del otro, pero ya no era suficiente.

Salma llevaba dos vidas separadas, una en misiones lejanas, que, por norma general, desarrollaba en la retaguardia con astucia, sin estar en primera línea, como sucedía en el caso de Alex, y otra plácida y de total normalidad en su barrio de toda la vida.

—La situación ha cambiado —aseveró él, bajando el tono de voz sólo un poco, lo suficiente para que ella notara que no iba a cambiar de opinión al respecto—. Estamos en peligro, es posible que tengamos que enfrentarnos con alguien más de una vez y necesito que estemos preparados para ello, sobre todo tú... Debemos disponer del material adecuado... los vehículos —Le acarició la cara. Salma lo miraba con dureza, estaba enfadada—. Sé que estás preparada para lo que sea, que eres muy buena, lo he visto, pero necesito más de lo que aquí podemos encontrar. Dejaremos esta casa cerrada, pero con tu moto dispuesta, armamento preparado, la conexión al ordenador abierta para poder acceder por control remoto si lo necesitamos, y todo lo que creamos que pueda sernos útil.

Salma tragó saliva y suavizó el semblante. Él tenía razón, la tenía desde que había empezado toda esa locura. Estaba en manos del mejor SEAL vivo hasta la fecha y debía dejar que tomara las riendas en ese momento.

—Volveremos si es necesario. Por favor, confía en mí —insistió Alex.

Salma confiaba en él, estaba segura a su lado, sabía que no dejaría que le pasara nada, o al menos que lo evitaría por todos medios posibles y, sobre todo, que estaba dispuesto a salvarle la vida aun a costa de la suya.

—¿Sabes cuál es nuestra filosofía? —preguntó, refiriéndose a los SEAL, mientras deslizaba una mano hacia arriba, hasta sujetarle la nuca con mimo. Salma asintió.

—El único día fácil fue el de ayer —pronunciaron al unísono.

—Eso es, veo que nos conoces —dijo él, contento—. No lo olvides, porque a partir de hoy es muy posible que para nosotros sea así. Necesito que lo asumas y que estés preparada.

—Lo estoy —contestó Salma.

—Lo sé —afirmó orgulloso—. No tengo ninguna duda.

Y, sin más palabras, acercó sus labios y, como si fuese una mariposa, acarició los suyos aspirando el aroma que tanto le gustaba, el de ella.

¡Ojalá todas las misiones de su vida hubiesen sido así! Aunque, para ser sinceros, dudaba si hubiese sido capaz de llevarlas a cabo de esta forma años atrás, cuando no tenía tanta templanza y experiencia.

—Estoy preparada —susurró Salma en su boca, con los ojos cerrados, dejándose arrastrar por las sensaciones que le producía el suave roce de sus labios.

Alex esbozó una sonrisa diabólica ante esa respuesta. Estaba preparada, sí, pero para algo más que para buscar a su hermano, desmantelar la red que lo tenía secuestrado, defenderse de los

yihadistas y averiguar el nexo de unión entre ambas organizaciones. En ese momento estaba preparada para él, para besarlo, acariciarlo, hacerle el amor y todo lo que sus cuerpos desearan.

Con lentitud, acercó los labios a su boca y Salma por fin lo pudo besar. Primero suave y tranquilo, poco a poco más impaciente, hasta que su atracción mutua comenzó a tomar las riendas, sus respiraciones se agitaron y sus manos invadieron el cuerpo del otro, tocándose, acercándose, tentándose.

Alex sostuvo a Salma entre sus brazos y la levantó lo justo para sentarla en la mesa de la cocina. Ella sólo llevaba un ligero camisón de algodón morado y... al parecer, nada más, o eso era lo que le decían sus manos al acariciar sus muslos y llegar hasta las caderas.

Aunque no quería pensar en nada que no fuese lo que tenía delante, Alex no podía quitarse de la cabeza las imágenes que había visto en la televisión sobre las ejecuciones. Había visto tantas en su vida que no era justo.

—¿Estás bien? —le preguntó Salma, centrándolo en lo que tenía entre manos: ella.

—Sí —aseguró, devorando su boca con desesperación, arrasándola con su deseo.

Al cabo de unos segundos, se apartó para contemplarla. Era preciosa y, como mínimo, le deseaba. No estaba seguro de si le querría, era un hombre complicado, con una vida mucho más difícil de lo que ella merecía, pero la atracción existía y no iba a desaprovechar ni un minuto. Podrían no quedarle muchos.

—Dime qué quieres de mí. Dime qué necesitas —le pidió, aunque ya la conocía lo suficiente como para anticiparse a sus deseos—. Puedes pedirme todo lo que quieras.

Salma lo miró esbozando media sonrisa. La palabra clave de aquella frase era «todo», pero era pronto para lanzarse tan decidida.

Deseaba a Alex con todas sus fuerzas, pero ya habían jugado suficiente. Ahora necesitaba solucionar su problema, necesitaba encontrar a su hermano y que todo acabara, para poder retomar las riendas de sus sentimientos e intentarlo con aquel hombre al que sorprendentemente cada día se sentía más unida.

No quería rechazarlo, no era su intención, pero en ese momento su mente estaba en otro lado, pensando en otras cosas, aunque su cuerpo reaccionara a él.

Alex también tenía la mente trabajando a mil por hora en todo lo que estaba sucediendo, Salma lo notaba y no necesitaba que le demostrase nada más.

Con delicadeza, besó sus labios, le acarició el mentón y lo miró a los ojos antes de hablar.

—Sólo necesito solucionar este secuestro y que mi vida vuelva a la normalidad. Hasta que eso suceda, todo será complicado, enrevesado y confuso. Cuando todo acabe, hablaremos de deseos.

Alex comprendía a la perfección cada palabra. No estaban hablando de un rehén cualquiera, la implicación personal desgastaba mucho, tanto física como psicológicamente, y ella lo estaba llevando muy bien.

Además, su relación iba hacia delante, complicándolo todo un poco más. Sabría esperar, o al menos lo intentaría.

21

El camino desde casa de Salma hasta el búnker de Alex, nombre con el que ella había bautizado aquel lugar misterioso que él cuidaba con tanto celo, fue tranquilo.

Él trazó un plan guía para poder usar la casa de ella como segundo refugio en caso de que fuese necesario. El apartamento donde él residía habitualmente quedaba descartado. Ni siquiera les serviría si en algún momento no tenían dónde ir. Podría estar vigilado y el armamento disponible era mínimo. Apenas un par de pistolas y algún cargador.

Antes de abandonar el chalet, Salma le enseñó los zulos secretos. Alex se sorprendió, nunca hubiese dicho que detrás de las paredes de los armarios había todo aquello.

Salma había reformado la casa antes de empezar su relación con Jack y había pedido vestidores en todas las habitaciones. Después añadió las puertas para construir el doble fondo. Nunca se lo había contado a Jack... quizá nunca se sintió lo bastante segura de él para hacerlo.

El material de que disponía no estaba mal. No era comparable a lo que Alex tenía, pero suficiente para protegerse. Pistolas, algún rifle con mira telescópica y visión nocturna, muchas balas, cuchillos, chaleco antibalas, alguna arma automática con gran capacidad de carga, pasaportes y tarjetas de crédito con identidades falsas, un equipo de falsificación, mucho dinero en efectivo en diferentes monedas, bolsas de lona negra para transportar equipo, ropa negra de asalto y botas altas. También linternas, gafas de visión nocturna, un ordenador portátil, equipos de escucha, móviles...

Salma tenía algunas de esas cosas repartidas por la casa y ocultas en otros lugares, como los botes de comida, por si lo necesitaba con rapidez, pero el verdadero arsenal estaba tras aquellos armarios, lugar perfecto para ocultarse y armarse sin ser vista.

Cada nuevo detalle que descubría, hacía que se enamorase más de aquella mujer.

Tal como Alex había pensado, dejaron el ordenador de su despacho conectado, para poder usarlo por control remoto si era preciso y la moto de Salma con gasolina, dispuesta en el garaje. Si necesitaban rearmarse, ocultarse, protegerse y luego salir, lo tendrían todo preparado.

El trayecto a la casa segura lo hicieron por separado. Alex en la moto, totalmente oculto bajo el casco, y Salma en el Mini Cooper, un coche manejable y de pequeñas proporciones, donde cargaron material del que Alex carecía y la maleta de Salma.

Ambos esperaban que todo se resolviera en poco tiempo y poder rescatar a Andrés con vida de su cautiverio, pero había demasiados frentes abiertos que lo complicaban todo cada vez más.

Salma seguía de cerca a Alex, que, paciente, contenía su Ducati. El Mini era un coche muy maniobrable, que ella conducía con una pericia que él admiró, pero aun así nunca podría igualar a una moto.

Cuando entró en la urbanización donde estaba la casa, no le extrañó ver que era de lujo y estaba en las afueras. Perfecta para que no llamara la atención ni con sus excentricidades en seguridad ni

con el poco uso que le daba. Parecía que allí no viviera nadie, las calles estaban desiertas, pero Salma estaba segura de que sí había gente. Daba miedo.

La puerta de acero de la verja, alta y opaca comenzó a abrirse al fondo de la calle y ella supo que se dirigían allí. Habían pasado por delante dos veces antes y habían visto que nadie los seguía. Iban a entrar ya.

Alex aceleró y entró. Pero antes de que Salma pudiese entrar también, vio que la puerta se cerraba demasiado deprisa para sus cálculos, casi dejándola fuera. Observó cómo ella aceleraba, derrapando lo justo para que la puerta no rozase la parte trasera del automóvil. Alex sonrió al verlo. Salma le guiñó un ojo, a la vez que enderezaba el coche para aparcarlo correctamente, preparado para salir si era necesario.

Alex se quitó el casco, divertido.

—Perdona, estoy acostumbrado a venir solo y he calculado mal —se disculpó, mientras dejaba el casco sobre la moto e iba a buscarla.

Salma esbozó una sonrisa traviesa. No estaba tan segura de eso.

—Yo creo que querías ponerme a prueba y te ha salido el tiro por la culata —replicó, mientras se bajaba del coche y lo cerraba.

Alex se pasó la mano por la cabeza y se la rascó.

—Me has pillado —confesó con gracia—. Espero que te lo compense saber que me has dejado con la boca abierta.

Era cierto. En un hombre, todas esas habilidades era habituales, pero en una mujer, por desgracia, era algo extraordinario.

Ella sonrió en respuesta.

Una vez que sacaron todo lo que habían guardado en el maletero, Salma se fijó en la casa. Era preciosa, muy moderna, de construcción reciente, cinco o seis años como mucho.

Consistía en cubos superpuestos, con paredes de hormigón y cristal.

Había visto casas parecidas, con las paredes transparentes o casi, dejando ver el interior, pero Alex no se podía permitir algo así, de modo que habían conjugado muy bien el cristal con el hormigón, permitiendo que entrase mucha luz y a la vez no estando expuesto.

Esos cristales eran lo que quedaba cubierto con planchas de acero cuando él activaba el cierre automático por las noches, convirtiendo la casa en un búnker, pero no en un búnker oscuro y gris. Por la parte interior, las planchas tenían paisajes, lugares emblemáticos del mundo, o bien colores, con unos focos que las iluminaban sutilmente, creando un ambiente muy original.

Alex era consciente de la necesidad de seguridad, pero ésta no tenía por qué estar reñida con el buen gusto, la originalidad y el confort.

Era un hombre práctico que no olvidaba los detalles, quizá para diferenciar sus dos vidas. La militar era demasiado dura para que, cuando regresaba a la normalidad, algo se la recordara, dejando aparte el armamento y la seguridad, inevitablemente imprescindibles.

Accedieron por la puerta del garaje en lugar de la principal. Allí dentro estaba el Maserati negro que él usaba habitualmente.

—Deja las bolsas sobre la mesa —le dijo a Salma, señalando una larga superficie al fondo de la

estancia, sobre la que colgaban herramientas de todo tipo y había cajas con pequeñas piezas, como clavos, arandelas, tornillos o tuercas.

Salma dejó las bolsas de lona en el lugar indicado, mientras él hacía lo propio con las suyas, descolgaba unas llaves de un lateral casi oculto y abría la puerta del Maserati.

—Haré sitio para el resto de los vehículos. Es mejor que nadie sepa que estamos aquí.

—Estoy de acuerdo —afirmó Salma, saliendo al exterior para entrar en su Mini y colocarlo en cuanto él maniobrara—. Si tenemos que irnos o hay un atentado, es más seguro salir con los vehículos desde dentro.

Alex la miró con seriedad. Ella pensaba muy deprisa y eso era vital.

Salma se dio cuenta de su actitud preocupada.

—Tranquilo, marine, no es la primera vez que atentan contra mí o mi equipo. Sé cómo actuar contra células yihadistas.

Él entró en el coche sin decir nada más. Estaba muy contento de que se valiera por sí misma y no tener que estar ocupándose de su seguridad continuamente, pero eso no apartaba el miedo a que le hicieran daño.

Encendió el motor, aceleró con suavidad y, con una tranquilidad que no sentía, colocó el vehículo con el morro hacia la salida, dispuesto para arrancar sin maniobrar. Salma colocó el Mini al lado opuesto del garaje, en la misma posición, y, finalmente, Alex aparcó la Ducati en medio de ambos, con dos cascos sobre ella.

Con unas garrafas de gasolina que sacó de un armario, llenaron los depósitos de todos los vehículos. Si necesitaban huir, el transporte estaría preparado.

Sin perder un minuto, entraron en la casa y se dirigieron al despacho de Alex, donde guardaron el material junto al que ya tenían.

Salma conectó su portátil en la mesa de trabajo y accedió por control remoto al de su casa.

—¿Qué haces? —preguntó Alex, al ver que entraba en su PC.

—He dejado instalada la webcam. No suelo hacerlo, no me gusta usarla, pero principalmente porque no quiero que me pase esto.

Vio cómo manipulaba un programa que daba acceso a su ordenador, conectaba la cámara y enfocaba el despacho que acababan de abandonar hacía un rato.

—¿Puedes ver tu casa a través de la webcam? —preguntó asombrado por ese descubrimiento.

—Sí. De hecho, hay gente que lo hace para espiar a mujeres, ver qué hay en las casas para posteriormente robar y cosas similares.

—Por eso dices que no te gusta usarla ni dejarla instalada.

—Sí. Esto me da más miedo que enfrentarme a un par de tipos o que me acechen en un callejón. En esos casos sé qué hacer, estoy entrenada, pero contra un ciberespía... No sabría qué sabe de mí, si conoce mis miedos o mis debilidades, que en la intimidad de tu casa puedes sacar a pasear sin problemas, incluso pueden escuchar conversaciones telefónicas... ver relaciones entre personas... Todo.

Alex no solía usar las cámaras de sus ordenadores. Antes de desaparecer no disponía de ella y después no debía ser visto y por ello no participaba en redes sociales, ni blogs, ni webs, sólo usaba

su correo electrónico y el teléfono móvil.

Después de lo que Salma le acababa de contar, también le provocaba un escalofrío en la espalda. La tecnología era una herramienta básica para moverse en el siglo veintiuno, pero si caía en manos erróneas, se convertía en un arma muy poderosa.

—Es aterrador... ¿Esto lo sabe la gente?

—Algunas personas sí y las desmontan de sus ordenadores cuando terminan de trabajar con ellas o, si son portátiles, cierran la tapa después de cada uso para evitarlo, pero la mayoría de la población lo desconoce, por tanto, hay millones de víctimas potenciales para los hackers... —explicó, levantándose para dejar que se sentara él y viese las imágenes—. Los delitos informáticos y cibernéticos se multiplican al mismo ritmo que avanza la tecnología. A veces incluso se adelantan. Es increíble pero cierto.

Alex miró a la mujer que con tanta destreza había hackeado su propio ordenador.

—¿También os dedicáis a estos delitos? —preguntó asombrado.

—Cada vez más. Un ordenador puede ser un arma igual de peligrosa que un misil, una bomba o una ametralladora. Ejecutan programas previamente diseñados para manejar esas armas o activarlas. —Se apoyó en la mesa, de espaldas al ordenador, mirándolo de frente para observar su rostro mientras ella le contaba parte de su trabajo, pegada a sus piernas—. Vosotros empleáis drones para obtener imágenes de lugares calientes, que utilizaréis posteriormente para atacar el blanco. Y esos drones son robots, es decir, ordenadores que vuelan y que son dirigidos por otros, incluso pueden estar armados si la operación lo requiere, y atacar directamente el objetivo si se le dan unas coordenadas vía informática.

Alex asintió. La tecnología militar estaba muy avanzada y se arriesgaban menos vidas usándola.

—Esto es lo mismo... —prosiguió Salma—. Nos tenemos que reciclar y actualizar constantemente para poder desarrollar nuestro trabajo.

—Nosotros también. Continuamente. La tecnología militar está más avanzada aún que la civil.

—Lo sé. Nos llega también. No somos civiles, pero tampoco militares.

Ambos sonrieron.

En cada conversación sobre sus profesiones descubrían que tenían más en común y eso mantenía la curiosidad sobre el otro.

—¿Sois como James Bond? —Alex puso un poco de humor. Estaba deseando preguntárselo desde que descubrió a qué se dedicaba—. ¿Tienes los tres ceros y un número?

Salma se carcajeó. Era la primera vez que se lo preguntaba alguien que no fuese Andrés. Fue lo primero que dijo su hermano cuando ella le contó que había superado todas las pruebas, tanto físicas, como psíquicas y de inteligencia, que exigían para entrar en la agencia.

—Vamos, en serio, ¿eres un cero algo o no? Nunca se lo he preguntado a los agentes que alguna vez han coincidido conmigo en un operativo. No solemos llevarnos muy bien por aquello de que cada uno hacemos las cosas de una manera y tenemos disciplinas diferentes.

—Menos mal que no lo has hecho —contestó, muerta de risa.

Alex tiró de ella mientras se reía, haciéndola caer sobre sus piernas a horcajadas.

—Ya veo... Pero ¿me lo vas a contar o no?

Aguantando la risa un poco, lo miró divertida antes de contestar:

—No tenemos ceros, Alex. Además, James trabaja para el MI6 con sus protocolos particulares —añadió, como si conociera a James Bond de toda la vida y fuera su amigo—. Nosotros sólo tenemos un código de identificación, que damos junto con nuestro nombre en clave. Todo muy sencillito.

—Sí, muy sencillito —se burló Alex—. ¿Y cuál es ese código?

—Mike, dos, Alfa, cinco, tres, Bravo. Nombre clave: Roma.

Él sintió un escalofrío al escucharla. Estaba acostumbrado a ese alfabeto en su medio, pero oírselo a ella... En su boca había sonado inesperadamente sexy.

—Repítelo —exigió excitado.

—Mike, dos, Alfa, cinco, tres, Bravo. Nombre en clave: Roma —dijo Salma de nuevo, consciente del efecto que había causado en él.

—No quiero imaginarme al radio-operador que te escuche.

—Nunca lo he dicho en un tono tan distendido. Normalmente, cuando me tengo que identificar estoy en peligro.

Eso ya no le gustó tanto, pero así eran sus trabajos. Siempre al límite.

Le acarició la cintura, presionándola ligeramente contra su entrepierna. En la postura en la que estaba, ella debía de notar desde hacía rato su erección y cómo crecía por debajo de sus vaqueros.

—¿Tú no tienes una clave? ¿O la tenías? —intentó averiguar, notando en efecto su excitación.

—Romeo, uno, Delta, Sierra —contestó decidido, sin apartar su sensual mirada de ella.

—¿Romeo? —preguntó Salma, enarcando las cejas totalmente de acuerdo con ese nombre—. Desde luego, es el más acertado que te podían dar.

Alex sonrió, divertido por el comentario. Cuando el capitán se lo asignó no le hizo gracia. Las mofas entre sus compañeros, que ya lo apodaban «El guapo», iban a ser aún más sonadas, y así fue. Desde entonces, pasó a ser «Romeo, *el Guapo*». Pero se acostumbró, igual que los demás se acostumbraron a los suyos, hasta el punto de que, en plena lucha por la vida, les servían para identificarse sin que los enemigos los reconocieran por sus verdaderos nombres.

—El capitán Summers es muy inteligente.

—Estoy de acuerdo —susurró Salma, sintiendo cómo la erección de Alex crecía a pasos agigantados, mientras le sacaba la camiseta de tirantes por la cabeza y lo dejaba disfrutar de su cuerpo.

Se recostó sobre él para besarlo. Estuvieron unos minutos besándose y disfrutando de las previas caricias mutuas, antes de pasar a la siguiente fase sin ninguna prisa, hasta que Alex vio un movimiento extraño en la pantalla del ordenador.

Apartó a Salma con delicadeza y esperó para cerciorarse de lo que veía.

No había duda, alguien había entrado en la casa y no podía ser peor noticia... era Jack.

—¿Pasa algo? —preguntó ella, intentando volverse para ver qué miraba.

—Nada. Todo está bien —respondió tranquilo, callando lo que acaba de ver.

Se acercó a sus labios y le dio un ardiente beso lleno de pasión, pero también de rabia. No quería mentirle a Salma, pero no se fiaba de aquel hombre que entraba y salía de su vida y de su casa a su

antojo. Esperaría para ver qué sucedía, antes de tomar una decisión al respecto.

Alex sospechaba de ese tipo desde que lo vio por primera vez en el club Moom. Pero no sólo era él, también desconfiaba de Andrés, y esa parte le preocupaba más... era su hermano y el asunto era mucho más delicado.

A una pareja la puedes echar de tu vida, de tu casa, de tu mente, de tu deseo, sólo tienes que decidirlo, pero a un hermano... a tu sangre... Esperaba que Salma no tuviese que hacerlo, o algo mucho peor.

Y ya puestos... él tampoco.

Salma se apartó un momento para mirarlo a los ojos. Él estaba muy lejos de allí, pensando en otra cosa. Lo notaba en la forma en que la besaba, mucho más fría.

Alex se dio cuenta enseguida de que ella estaba preocupada, había notado su ausencia mental, aunque seguía acariciándola.

—¿Estás bien? —preguntó, insegura de si hacía lo correcto.

Quizá él no la desease como creía, o no tanto como antes. Se apartó con cuidado, comenzando a bajarse de sus piernas.

Alex se recompuso inmediatamente. La deseaba, y mucho, y no iba a permitir que el resto de los hombres que la rodeaban, y dudaba mucho que la quisieran, si la traicionaban como intuía que hacían, le impidieran tratarla como se merecía.

—¿Adónde vas? —inquirió, arrastrándola de nuevo sobre él.

Salma no sabía cómo reaccionar. El cuerpo y los gestos de Alex le decían que la deseaba, desde luego lo notaba entre sus piernas, pero hacía un minuto no estaba allí.

Se quedó en silencio, esperando.

Él intuyó sus dudas y, con rapidez, tomó las riendas de la situación. Con una lenta caricia en la cintura de aquel cuerpo que a sus ojos era perfecto, llegó hasta el botón del pantalón y, despacio, se lo desabrochó, sin apartar la mirada de sus ojos castaños, de larguísimas pestañas.

—No creo que pueda llegar al jacuzzi de mi habitación, como tenía pensado, pero te prometo que después te enseñaré un sitio aún mejor.

Tras esa garantía, Salma sonrió. Hasta entonces había cumplido todas sus promesas.

Sin dejarle hablar más, lo besó... lo besó con premura, con tal deseo que él la arrasó con sus manos, que, impacientes, buscaban la teclas correctas para que sucumbiera a él una vez más.

En el chalet de Salma, una luz en su despacho proclamaba a gritos que allí había alguien: Jack.

Éste sabía que si ella estaba con el SEAL estaría a salvo, eso no lo dudaba, pero ¿por cuánto tiempo hasta que alguien lo descubriera? Ése era el problema.

La casa le decía que habían estado allí. Salma seguía unas rutinas que se repetían cíclicamente cada vez que abandonaba su hogar para ir a una misión y lo que ahora veía Jack no se correspondía con ninguna de ellas.

Salma había estado allí con el militar y lo habían dejado todo preparado por si tenían que volver; incluso la moto estaba lista, con el depósito lleno y un par de cascos de visera tintada.

Estaba harto de dar palos de ciego y no obtener información de las fuentes que debían dársela, como la agencia, a la que sólo había conseguido poner en alerta, porque lo que se dice proporcionarle información, nada.

Decidió que se instalaría allí.

Aquella casa era segura, la conocía a la perfección, y era la única forma de encontrarlos cuando regresaran.

Con decisión, abrió la maleta con sus cosas y lo colocó todo en lo que hasta hacía un año también era su armario.

No sólo los iba a esperar, también intentaría recabar información en los ordenadores de Salma con los pocos datos de que disponía, y acudiría asimismo al apartamento que Andrés poseía en Madrid. Normalmente vivía en Estados Unidos, pero regresaba temporadas para estar cerca de su hermana, si el trabajo se lo permitía. Sólo se tenían el uno al otro.

Quizá allí encontrara algún indicio que le permitiese tirar del hilo y dar con alguna pista fiable, al menos sobre sus secuestradores, y, sobre todo, que lo ayudara a desentrañar un poco toda la trama.

Eso sí, de lo único que estaba seguro era de que no la iba a abandonar. Aquel militar sin nombre no le inspiraba confianza, aunque a Salma, sin duda, toda la del mundo.

Lo mejor sería descansar y esperar. Casi estaba anocheciendo y, después de no haber dormido el día anterior, entre la vigilancia y la rubia de la discoteca, lo necesitaba.

Como acostumbraba a hacer cuando vivía allí, se quitó la ropa, caminó desnudo hasta el baño, con el mando a distancia conectó el sistema de sonido instalado en el techo, seleccionó la música que le gustaba y se metió en la ducha para despejarse un poco.

De pizarra negra, con aquella cascada de agua cayendo sobre su cuerpo resentido por la falta de descanso, era el mejor lugar del mundo para él en ese momento.

Dejó que la fuerza del agua golpeara su espalda musculosa y con más cicatrices de las imaginables, relajándole mientras sonaba *It's On Again*, de Alicia Keys y Kendrick Lamar. Una canción acertada. Hablaba de la lucha del bien y del mal, aunque la que lo hizo reaccionar fue la que sonó después. *Each Day Gets Better*, de John Legend. Solía escucharla cuando estaban juntos... A veces se la cantaba y ella sonreía... algunas veces la cantaba con él... la bailaban muy cerca el uno del otro...

I'll write a song
I've thought about it for far too long
But I've never had someone to sing about
Until I met her...

Voy a escribir una canción
Llevo pensando en ello mucho tiempo
Pero nunca había tenido a nadie sobre quien cantar
Hasta que la conocí...

Por más que pensaba que había sido un gilipollas al dejarla sola y marcharse, ya no tenía solución, y aquella canción sólo le recordaba todo lo que había perdido.

Nunca querría a una mujer tanto como quería a Salma. Podía sentir atracción, deseo por otras, pero amor como lo experimentaba con ella, no.

Si pudiera volver atrás lo haría, no decidiría lo que decidió, no se iría como se fue y ella continuaría a su lado...

I just had to write a song about her
Tell her I don't want to live without her
Tell her I would build my world around her
Deeper and deeper, sweeter and sweeter
I'll never leave her alone.

Sólo tenía que escribir una canción sobre ella
Decirle que no quiero vivir sin ella
Decirle que quiero construir mi mundo alrededor de ella
Cada vez más profundo, más y más dulce
Nunca la dejaré sola.

—Demasiado tarde para esta parte —se recriminó en voz alta, al escuchar la última frase.

Cansado de dar vueltas a algo que no tenía solución, se frotó el cuerpo, enfadado, se aclaró con rapidez y salió de la ducha.

Estaba empezando a recordar momentos mucho mejores debajo de aquella cascada en su compañía y no quería hacerse más daño.

Casi sin secarse, se puso unos pantalones de algodón blancos y fue a prepararse algo de cena. Estaba hambriento y eso era algo que podía solucionar en apenas unos minutos sin tener que romperse la cabeza. Para lo demás... tendría que esperar.

22

Para Salma, el tiempo que pasaba con Alex fuera de la tensión de las circunstancias que los rodeaban era como vitaminas. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto en compañía de otra persona.

Tenían muchas cosas en común, aparte de lo profesional. Les gustaba la misma música, el cine, incluso libros. Un SEAL leyendo en su camastro en una base a saber dónde, no era algo que Salma imaginase, pero Alex leía. Decía que lo relajaba y lo ayudaba a evadirse de lo que debía hacer. Si no controlaba la tensión que ocasionaban las misiones de alguna manera, le podía jugar malas pasadas.

Había compañeros que se concentraban en los quehaceres diarios hora a hora para soportar el estrés; otros en llegar a la siguiente comida; él, cuando no estaba entrenando o estudiando para la misión, intentaba leer y evadirse con las historias que contaban los libros, con la única condición de que no fuesen bélicos: ya tenía suficiente con las guerras que libraba cada día. Estar esperando que llegara el OK para actuar, muchas veces era más insoportable que la misión en sí.

Para Salma era diferente. Cuando la llamaban, todo estaba estudiado, trazado y pensado. Ella tenía que ejecutar una misión ya en marcha, por lo que sólo debía gestionar el estrés que vivía mientras la realizaba, aunque a veces las cosas se complicaban y nada de lo planeado era viable. Ésas eran las que más le gustaban, cuando tenía que forzar la máquina al máximo.

—¿Aquello fue así? —le preguntó ahora, recostada sobre su torso, con la sábana arrugada alrededor del cuerpo.

Se refería a cómo se llevó a cabo la misión más importante para él, la que decidió el camino que tomaría su vida y su posible sentencia de muerte.

—Sí —contestó Alex, mirando el techo con un brazo flexionado bajo la cabeza y la otra mano acariciando los oscuros mechones de Salma que caían sobre el cuerpo de él.

Tenía pocas ganas de recordar, pero era inevitable que ella quisiera saber más de él. Era recíproco.

—Sé que tardaron mucho en autorizar el operativo y que tuvisteis que convencer al gobierno de que se podía hacer. ¿Es verdad que, con las imágenes del satélite, construisteis una edificación igual a la casa donde Bin Laden estaba oculto, para estudiar y entrenar cómo acceder sin fallar?

Alex sonrió, cerrando los ojos para dar gracias al cielo. Hablar con ella de todo aquello libremente era un regalo. Salma sabía muchas cosas, entre otras, el tipo de entrenamiento que realizaban para no oxidarse o para preparar una misión concreta, y eso significaba que no tenía que contarlo todo desde el principio, ni siquiera estar pendiente de la información que le daba. Además, a eso había que sumarle que a curiosa no la ganaba nadie. ¡Alex no podía ser más feliz!

—Afirmativo —respondió, como lo haría en el Ejército.

—¿Cuánto tiempo? —continuó ella.

—Mucho... muchas semanas...

Salma giró sobre sí misma para mirarlo a los ojos. No estaba segura de si el tono usado era por el cansancio o porque no quería hablar más del tema.

Alex la miró con una media sonrisa alentadora. No pretendía hacerla sentir mal por preguntar, era sólo que no estaba acostumbrado a contestar todas aquellas preguntas abiertamente, con alguien que no fuese un compañero o un superior.

—No tienes que contármelo si no quieres. Es solamente curiosidad —le explicó, sin bajar la mirada.

—No me molestan tus preguntas, pero necesito pensar las respuestas, porque no he hablado de esto con nadie fuera del Ejército.

Salma asintió, comprendiendo, y decidió cambiar de tema. Poco a poco, Alex se iba abriendo y contando cosas sobre su vida militar y su pasado. Confiaba en ella y eso le bastaba.

—Y... —Alex esbozó una media sonrisa sin siquiera saber la pregunta que iba a hacerle. Su sed de saber era infinita y él ya lo tenía asumido—. ¿Dónde está ese sitio aún mejor que el jacuzzi de tu cuarto de baño gigante, que me ibas a enseñar?

Él se carcajeó. No esperaba que la conversación cambiara tan radicalmente y menos por ese camino. Después de su último encuentro, pensó que ella querría parar, pero se equivocaba.

—¿Quieres saberlo ya? —preguntó, sólo para asegurarse.

Salma asintió traviesa. Esos momentos tan íntimos no iban a durar mucho tiempo si las cosas seguían empeorando y quería aprovecharlos todos.

Tras ponerse un camisón para sentirse más segura, salieron de la habitación.

Alex echó a andar por el pasillo de la primera planta, girando la cabeza cada pocos pasos para cerciorarse de que lo seguía. Estaba preciosa sin maquillaje, risueña y con aquel precioso camisón azul noche que no tardaría en quitarle.

Bajó deprisa la escalera y la esperó al pie. Le tendió una mano para que se la tomara y, con gracia, tiró de ella haciendo que cayera sobre él, cogiéndola en brazos.

—Vamos, lentorra, te va a encantar —susurró, acercando la nariz a su pelo y aspirando el olor que más le gustaba en el mundo desde que la había conocido.

Caminó decidido, bordeando la planta baja por el interior, atravesó el salón y siguió hasta una puerta, al final de un corredor.

Con cuidado, la dejó en el suelo frente a él, le apartó el pelo, acariciándole las mejillas al hacerlo, le dio un sutil beso en los labios y, cuando se apartó, dijo:

—Bienvenida a mi lugar favorito.

Tras aquella puerta había una espectacular piscina climatizada, iluminada con luz tenue, y unas tumbonas de madera oscura con cojines blancos sobre ellas. El agua estaba tan limpia que las luces de su interior casi deslumbraban y, donde parecía que se acababa, había una gran cristalera que dejaba ver el exterior, con la otra mitad de la piscina igual de grande.

—Es impresionante —susurró Salma—. Ahora entiendo por qué es tu lugar favorito.

—Puedes pasar fuera buceando por debajo del cristal y nadar hasta la cascada.

Salma no se había fijado, pero al otro extremo de la piscina, fuera, en el jardín, había una construcción de piedras que formaba una cascada y, justo pegado al cristal, un jacuzzi para dos personas a cada lado.

Alex se percató de que eso era justo lo que estaba mirando Salma y explicó:

—En invierno subo la temperatura del agua y se puede ver nevar a través del cristal o, si lo prefieres, puedes ir al jacuzzi exterior para sentir los copos de nieve, con el cuerpo caliente dentro del agua. O si el cielo está raso, ver las estrellas.

Ella suspiró, imaginándose las escenas. Cualquiera sería espectacular.

Alex tiró suavemente de su mano hasta llegar al borde del agua. El líquido templado que cubría el borde sin ningún escalón les mojó los pies. Sólo había una escalera, sumergida en el extremo más próximo a la entrada y que ocupaba la esquina contraria a la que se encontraban.

Verla sonreír al notar el líquido sobre su piel era cuanto podía pedir. Aquel lugar lo había construido únicamente para él, pensando que el agua era uno de sus métodos antiestrés y que pasaría nadando mucho tiempo. Y así fue. Incluso mientras tuvo cerrada la casa porque no podía hacer frente a los gastos que suponía vivir allí, la piscina estaba siempre a punto. Necesitaba ir de vez en cuando a nadar.

Estar allí con una mujer, y no con una cualquiera, sino con aquella que suponía un cambio real en su vida por primera vez, era un logro inesperado que deseaba disfrutar.

Le apretó la mano dulcemente, la miró un segundo, le dio un suave beso en los labios y se lanzó de cabeza al agua sin apenas salpicar.

Salma observó su perfecto cuerpo desnudo nadar con elegancia y una técnica impecable. ¿Había algo que aquel militar no supiera hacer?

Alex llegó al final de la piscina interior, buceó por debajo del cristal, salió un metro más allá y continuó nadando hasta desaparecer detrás de la cascada. ¿Detrás de aquella cortina de agua había más?

Cuando estaba a punto de lanzarse tras él, vio que regresaba y decidió esperar. Las vistas eran estupendas.

Al llegar a sus pies, Alex se incorporó, levantó la cabeza y la miró. Ella era una tentación continua a la que no se podía resistir.

Apoyó las manos en el borde de la piscina, se impulsó y salió del agua, quedando junto a Salma. Mientras lo hacía, fue repasando su cuerpo con la mirada y ella sintió el fuego por donde sus ojos pasaban. Sin tocarla, ordenó:

—No te muevas, tardo un minuto.

Salma asintió sin hablar. Esperaría ese minuto, porque sabía que merecería la pena. Alex siempre superaba sus expectativas.

La música invadió la estancia. Ella observó su alrededor y vio que todo el techo estaba rodeado de pequeños altavoces blancos.

Oyó el ruido de una puerta abrirse a su espalda y se volvió. Alex llevaba dos copas y una botella de vino blanco muy frío, metido en una cubitera que había llenado de hielo previamente. La noche que caía en el exterior prometía. Ojalá no fuera la última que estaban vivos.

Con una sonrisa traviesa, él pasó de largo el lugar donde estaba Salma y dejó el vino junto al jacuzzi interior, pegado al cristal.

Luego, con paso lento, avanzó en dirección a ella, haciendo que el corazón se le acelerara.

Sin decir una palabra, se acercó a su espalda, quedándose allí unos segundos muy quieto, escuchando la música de fondo y la respiración de ambos, que comenzaba a ser un tanto jadeante. Estaban excitados, nerviosos y llenos de deseo.

—El agua está muy buena —le susurró al oído, haciendo que ella inclinase un poco el cuello instintivamente, para darle acceso a su cuerpo si así lo deseaba, pero Alex no se movió ni la tocó.

El ritmo de una vieja conocida canción sonó para ellos: *U Must Be*, de Gina Rene.

—Pero esto te estorba —añadió Alex tras unos segundos que a Salma le parecieron eternos, antes de tocar el borde de la tela del camisón que rozaba sus muslos.

Ante el contacto, sintió una sacudida de deseo y placer que la hizo gemir. Se mordió los labios para no hacer ningún ruido más. Él la conocía, sabía qué hacer, y se deseaban mutuamente.

—Quítamelo —pidió en voz baja, intentando ocultar su nerviosismo.

Alex sonrió pícaro, mientras sujetaba el borde de la tela y comenzaba a subir la seda por sus muslos, las caderas, el costado... Todo muy, muy despacio, haciéndola estremecer con el tacto de la tela sobre su piel.

Cuando llegó a la altura de los senos, abrió más las manos para abarcar el borde de los mismos y abrasarlos bajos sus palmas al cubrirlos con ellas, deteniéndose unos segundos que fueron suficientes para hacer que Salma se apoyara en su pecho y gimiera como él quería.

Sin necesidad de que Alex le dijese nada, subió los brazos para que él pudiese sacar la prenda y dejarla desnuda. Después los bajó sin volverse. Podía sentir su respiración acelerada y su erección palpitante rozándola.

Lo miró. La deseaba como nunca nadie lo había hecho, Salma lo sabía, podía verlo, sentirlo, olerlo... Acercó su boca para besarlo.

No sabía cómo llamar a lo que sucedía entre ellos —«simbiosis», «conexión», «atracción»—, sólo sabía que se sentía segura, feliz... completa... No lo había experimentado antes... creía que sí, pero se equivocaba. Estaba asustada, mucho, pero Alex no debía saberlo. No debía saber que tenía miedo a enamorarse otra vez de la persona errónea, a pasarlo mal, a la pena que la asolaría de nuevo.

Intentando controlar ese miedo, le dio un dulce beso en los labios y, antes de que él pudiese reaccionar, se apartó, le guiñó un ojo y se lanzó al agua con destreza.

Alex entrecerró los ojos, contemplando cómo buceaba y, travieso, se alejó del borde.

Las luces se apagaron de repente y tanto el agua como el exterior quedaron sumidos en la oscuridad.

Salma se asustó. ¿Los habían encontrado?

Nerviosa, emergió para nadar hasta el borde y buscarlo. Si era así, debían vestirse rápidamente y llegar al despacho lo antes posible para armarse.

Pero no pudo hacer nada de lo que su mente, acostumbrada a situaciones límite, le ordenaba. Unas manos tocaron su piel y supo que todo estaba bien.

Su corazón, antes desbocado por la adrenalina del peligro, ahora latía con fuerza al sentir el calor que aquel hombre desprendía aun dentro del agua y, por supuesto, por la anticipación de lo que iba a pasar.

Como si la música también se hubiese puesto de acuerdo, *Rendezvous*, de Craig David comenzó a sonar.

Alex estaba ante ella, lo sentía sin verlo con claridad. Sus ojos debían acostumbrarse a la oscuridad.

La luna proyectaba destellos sobre el agua, ahora negra, y se reflejaban en aquella estancia, en las copas, en la cubitera, en la botella de vino, en la pared de cristal... en sus ojos verdes llenos de deseo, que la observaban mientras apretaba la mandíbula, nervioso, en señal de autocontrol, como Salma ya había observado otras veces.

Mucho más tranquila, le sostuvo la mirada durante unos minutos, mientras buscaba sus manos bajo el agua, entrelazando sus dedos con los de él, jugando con ellas.

Sus ojos se habían adaptado a la oscuridad, pero no era por eso por lo que lo veía... él tenía una luz especial para ella, algo inexplicable que sentía desde el primer día que lo vio, parapetada tras sus gafas de sol, con la cámara de fotos y oculta en el coche... Como si él fuera su faro en el mar... la pieza que faltaba en el puzle de su vida y, al formar parte de ésta, todo estuviese completo... Era una sensación indescriptible que la aterrorizaba, pero que a la vez la hacía dichosa y feliz.

—Todo lo que desees —susurró Alex con voz ronca, repitiendo aquel gesto que hacía que se le marcaran los músculos de la mandíbula al apretar los dientes.

Salma le pasó el dedo por la mejilla, intentando infundirle calma. Él era todo lo que deseaba, no había más. Ni la casa, ni la piscina, ni el vino... nada... solo él. Donde fuera, cuando fuera y como fuera... él.

—¿Aún no te has dado cuenta de que ya tengo todo lo que deseo? —preguntó, sin apartar sus ojos castaños de los verdes que se la comían.

—Siempre hay más. Nunca es suficiente —contestó él en tono seductor, aunque estaba molesto por sus palabras.

Lo que Alex le acababa de decir era una gran verdad que ella había vivido en el pasado y también recientemente. Ahora, con la experiencia adquirida, sabía que la única forma era atacar la evidencia.

—Para mí sí. Ya no quiero nada más.

La música cambió y Adele comenzó a cantar *One and Only*, como si el destino les pusiera banda sonora a lo que entre palabras y gestos se estaban diciendo.

You've been on my mind
I grow fonder every day
Lose myself in time
Just thinking of your face.

God only knows

Why it's taken me so long
To let my doubts go
You're the only one that I wanted.

Has estado en mi mente,
Cada día te tengo más cariño
Pierdo el tiempo
Simplemente pensando en tu rostro.

Sólo Dios sabe
Por qué me está llevando tanto tiempo
Dejar atrás mis dudas.
Tú eres al único al que quiero.

Alex pensó que el corazón le explotaría al escucharla.

Tanto tiempo pensando que acabaría solo, que nunca encontraría una mujer que lo llenara tanto como para querer compartirlo todo con ella, lo que tenía y, lo más importante, lo que sentía...

Con una tranquilidad y un control de su cuerpo excitado que no sabía de dónde habían salido, rodeó la cintura de Salma con las manos, la pegó a él y, sin apartar la mirada, comenzó a bailar con ella dentro del agua, siguiendo el compás de la canción.

Salma lo siguió, disfrutando de cada roce, de cada caricia, de su mirada, su deseo contenido... de él.

Sin vergüenza ninguna, comenzó a susurrar la letra. Las palabras de Adele eran perfectas y, por suerte, la naturaleza le había dado una bonita voz para no desentonar.

Esperaba que después de que todo aquello pasara, que estuvieran a salvo, que sus vidas regresaran a la normalidad, él quisiera darle esa oportunidad.

Alex sentía cada palabra, cada caricia, aguantándose para no besarla, porque deseaba escuchar cómo le decía que lo quería para ella, cómo le pedía ser su única mujer en el mundo. Lo que Salma no sabía era que ya no habría otra, no podría, no lo soportaría...

Ella había dado sentido a una vida que ya estaba demasiado desestructurada. Necesitaba tener un ancla en la realidad, redescubrirse, recuperar al auténtico Alex. Él no era el hombre que había sobrevivido los últimos años oculto a la fuerza, ése se lo había inventado como protección contra los demás, pero también contra sí mismo. Necesitaba bloquear sus miedos, sus pensamientos respecto a lo que había sucedido en el Ejército como nunca antes lo había hecho, pero con ella no podía ser quien no era, ni siquiera para salvaguardar su vida, esa a la que habían puesto un precio que únicamente podría pagar con su muerte.

—Eres la única para mí —susurró, rozándole la boca con los labios—, ya no podría haber otra, Salma. Sólo tú sabes quién soy y no me refiero a mi identidad, me refiero al hombre.

Ella contuvo la respiración. No pensaba que fuera a aceptar tan pronto...

—Nunca he dicho esto antes —continuó Alex—, pero a ti no te lo puedo ocultar... me estaría

engañando a mí mismo. —Le sostuvo la cara entre las manos, deteniendo el baile y quedándose quieto ante ella—. Te amo y estoy seguro de ello. He querido a otras mujeres, pero no he estado enamorado, ahora lo sé. Tú has hecho que vuelva a quererme a mí mismo, que vuelva a ser quien era, a creer en mí, en mis aptitudes, que vuelva a tener honor. ¿Cómo podría no amarte? —Le secó las lágrimas con los dedos. Estaba muy emocionada y, para qué negarlo, él también—. Ya no concibo mi vida sin ti. Podría vivirla solo, pero no sería plena... Te necesito para ser lo mejor que puedo ser...

Salma no necesitaba escuchar más. Con el «Eres única para mí» tenía suficiente.

Sin esperar a ver si él quería seguir hablando, acercó los labios a los suyos y, con un par de lágrimas recorriendo sus mejillas, lo besó.

Intuía que era el hombre de su vida desde antes de intercambiar siquiera una palabra. Ahora tampoco las necesitaba. Alex se lo daba todo con sus actos, con sus detalles, sus travesuras y picardías; con su protección, sus sonrisas...

Incapaz de contenerse ni un minuto más, él le devolvió el beso con pasión y premura. El control tenía un límite, hasta para un SEAL.

Impaciente, le levantó las piernas para que le rodeara la cintura. Estaba muy excitado y entre las caricias y el movimiento del agua, iba a explotar.

La llevó hasta el jacuzzi, subió unos peldaños que había bajo el agua y entró con ella en la pequeña media luna donde había dispuesto el vino y las copas.

Con cuidado de no hacerle daño, se sentó en uno de los asientos del jacuzzi, la puso sobre él a horcajadas y el deseo que sentían desde hacía bastante rato hizo el resto, dejando que Alex entrara en Salma sin impedimentos.

—Te amo —susurró ella, abrazándolo con fuerza.

—Te amo —contestó Alex, decidido a vivir por fin.

23

Jack llevaba horas intentando encontrar algo sobre el misterioso militar en las hemerotecas virtuales, oculto en casa de Salma. Buscaba algo que cuadrase con la descripción del hombre que tenía a su mujer oculta en un lugar indeterminado y, sobre todo, abducida con sus juegos sexuales de gigoló de tres al cuarto.

Se ponía enfermo cada vez que los imaginaba juntos, pero sobre todo no entendía cómo ella, con su fuerte personalidad e instinto de supervivencia, se había dejado seducir por un hombre así.

Ellos se habían entendido como pareja en todos los ámbitos. El sexo siempre había sido bueno y lo enfurecía que estuviese cegada por aquel tipo. ¿O para ella no había sido así?

Veinte horas delante del ordenador sin conseguir una mierda lo tenían muy cabreado y debía hacer algo. No podía esperar a que Salma apareciese o llamase.

Consciente de que era una locura y posiblemente el mayor error que iba a cometer, decidió ir al apartamento de Andrés en el centro de Madrid. Era su residencia habitual cuando éste estaba en la ciudad.

No podía ser tan arriesgado estando en plena Milla de Oro, la zona más selecta y segura de la capital.

Después de una ducha reparadora y de tomarse un par de pastillas para aplacar la migraña, se puso un elegante traje negro sin corbata, camisa clara y gafas de sol. Llevaba además un par de armas ocultas bajo la chaqueta, en la cinturilla del pantalón, y otra en la pistolera, debajo de la axila, su móvil y todo el coraje que la rabia del momento le daba.

Si Andrés estaba allí, actuaría como si fuese a una visita de cortesía. Le diría que pasaba a saludar, tras regresar a la ciudad después de mucho tiempo ausente. Ya lo había visitado en otras ocasiones y su presencia no levantaría sospechas.

Tras realizar un último barrido de las noticias en el ordenador, sin éxito, cogió lápiz y papel, escribió una nota con rapidez, la dejó sobre el escritorio y se marchó.

Iría en taxi. Salma había dejado su moto preparada y, aunque estuvo tentado de llevársela, finalmente no lo hizo.

Salma estaba sumida en una nube de deliciosas sensaciones. Recordaría esa noche el resto de su vida. El hombre que estaba de pie delante de ella, mojado por el agua de la ducha y que la miraba con deseo, era el único al que podía amar.

Jack siempre sería importante en su vida, y muy especial, pero no lo había amado con la misma intensidad y ya no podría hacerlo nunca. La atracción y el cariño siempre estarían ahí, pero no el amor.

Alex no contaba con encontrar una mujer que entendiera de verdad sus vidas, la pasada y la presente. Eran complicadas y difíciles de llevar, pero con Salma todo era fácil; ella las conocía ambas y él no tenía que darle explicaciones a medias, ni engañarla. Si días atrás le hubiesen dicho que una mujer así existía, no lo habría creído.

Sin ganas de salir de la ducha y sí de obtener mucho más de ella, la atrajo hacia sí entre sonrisas y arrumacos, la alzó sujetándola por las nalgas y la penetró sin apenas esfuerzo.

—Tienes que dejar de hacer esto —susurró Salma con la respiración entrecortada, agarrada con fuerza a su cuello. Sentía cómo despertaba el orgasmo en cada rincón de su cuerpo.

—Pídemelo —ordenó travieso.

Ella cerró los ojos ante la nueva embestida, que la hizo temblar de pies a cabeza, y apoyó la frente contra la suya, mientras apretaba los labios. ¿Cómo iba a pedirle que parara? No podía, pero debían centrarse en la misión. Allí estaban a salvo, se habían organizado y, después de esas horas de paréntesis en las que habían disfrutado el uno del otro, tenían que ponerse ya a trabajar. Todo estaba aún por hacer.

—No puedo —confesó, con un gemido que lo excitó sobremanera.

Alex sabía que aquel encierro no podía ser eterno. Debían comenzar a encarar los frentes que tenían abiertos, pero se estaba tan bien allí... así... Él mejor que nadie sabía lo que les esperaba cuando todo estallase.

Cuando sintió cómo temblaba entre sus brazos, se dejó ir también llegando al orgasmo.

La respiración entrecortada de ambos mientras se besaban tras otro encuentro sublime invadía el espacio. Alex la miró a los ojos, dejando que saliese de él con cuidado y bajándola hasta el suelo.

—Lo siento —se disculpó. Su deseo de ella era infinito y lo sobrepasaba. Debía controlarse más.

Salma sonrió. No tenía que disculparse por proporcionarle el mejor sexo que había tenido en su vida, pero tenían cosas que solucionar.

—No —susurró, acariciándole la cara—. No es eso, es sólo que...

—Tenemos que trabajar, lo sé —terminó la frase por ella—, pero... no prometo que no vuelva a pasar.

Salma sonrió, mordiéndose el labio inferior. Esperaba que no lo prometiese.

Después de vestirse y desayunar, fueron al despacho de Alex. En cuanto Salma encendió el ordenador, vio a Jack sentado ante su PC.

—Dios mío —musitó al ver su cara de enfado—. ¿Desde cuándo lleva ahí? ¿Qué hace en mi casa?

Alex sabía perfectamente a quién se estaba refiriendo e, incapaz de mentirle, contestó:

—Desde anoche.

—¿Por qué no me lo dijiste? No me puedo creer que te callases algo así —le recriminó, intentando mantener la calma con dificultad y convencerse de que había una gran razón lógica para ello sin conseguirlo.

—Porque no soporto a ese tío. No me fio de él y lo quiero muy lejos de ti.

Ambos se sostuvieron la mirada unos segundos sin hablar. El sentimiento era recíproco entre ambos hombres.

—Lo sé y debes confiar más en mí. Hemos tenido una noche muy especial, pero esto es mucho más importante que tú y que yo. La vida de mi hermano, y seguramente la de muchas personas más, está en juego —concluyó, mirando a la pantalla y viendo cómo Jack desaparecía.

Alex comprendía y compartía cada una de sus palabras, pero no cambiaría por nada las horas que habían pasado en aquella casa sin pensar en secuestros, grupos terroristas, ni en el dichoso Jack. Era lo único que tendrían para agarrarse a la realidad cuando el baile comenzara y, al menos él, lo necesitaba para mantenerse cuerdo y vivo.

—No era tu hermano el que estaba en esa pantalla anoche, si hubiese sido él, no dudes que te habría avisado al instante, pero era Jack y no es la primera vez que entra en tu casa como si fuese suya. —Su tono era severo. Estaba cansado de la actitud de aquel agente de pacotilla, que husmeaba en todo lo que tenía que ver con Salma. No lo soportaba—. Él no es importante, ¿o sí?

Ella lo miró con dureza. ¿Por qué preguntaba esa estupidez? ¿Qué parte de «Te amo» no le había quedado clara?

—No, no lo es para lo que concierne a nuestra relación, sí para lo que concierne a mi trabajo. Era mi compañero. Y desde luego que sí si tiene algo que ver con el secuestro de mi hermano.

Alex suspiró con rabia. Tenía razón. Tendría que tragar con Jack sin remedio.

—¿Y se puede saber qué ha ido a hacer a tu casa?

—Supongo que a buscarme... —contestó ella, observando la pantalla. Jack no estaba.

—¿Nos pondrá en peligro? —insistió él con las preguntas incómodas.

Salma levantó la vista. No sabía qué haría Jack, ni qué pasaría llegado el momento de la verdad, pero esperaba que los ayudase y los tres salieran indemnes.

—No. Confío en él. Lo conozco.

Alex asintió resignado. Lo dicho, no iba a tener más remedio que transigir.

—Más nos vale —sentenció, sentándose ante uno de los ordenadores.

Debían buscar información sobre el club Moom, sus propietarios o personas influyentes que acudieran allí con asiduidad.

—Si le llamo y le digo que estoy bien, que estoy contigo...

No continuó. La mirada glacial de Alex le dijo suficiente. Suspirando resignada, se volvió de nuevo a su ordenador.

Aquella situación no se podría dilatar mucho en el tiempo. Sólo complicaría más los problemas que ya tenían. No iba a ser fácil para ninguno de los tres, pero debían llegar a un equilibrio o se pondrían todos ellos en peligro sin querer.

Intentando cambiar de tema, se acercó a él sin perder de vista la pantalla de su portátil y se interesó por lo que hacía. Alex le explicó que buscaba información sobre el club y la gente que lo frecuentaba.

—¿Habías ido allí más veces antes de la noche en que nos encontramos? —le preguntó Salma, con una repentina idea en la cabeza.

—Sí. Es uno de los locales de moda de la ciudad, con los reservados más discretos. Muchas de las mujeres que solicitan mi compañía van allí asiduamente justo por esa intimidad y...

Alex se interrumpió sin terminar la frase. Habían sido varias las que lo habían llevado allí y,

casualmente, las de más poder, bien por sus trabajos o por su matrimonio.

Era posible que ya lo hubiesen descubierto antes de que Salma apareciese en su vida, aunque prefería pensar que su tapadera continuaba siendo segura, por el bien de los dos.

—Tenemos que cotejar lo que encontremos sobre el Moom con mi archivo de clientas. Tengo una corazonada.

Ella asintió, buscando en su ordenador los archivos que le robó la noche que se conocieron, sin perder de vista la visión de su casa, en una pequeña ventana que dejó abierta en un lateral de la pantalla. En un momento dado, le mostró el portátil a Alex.

En cuanto éste lo miró, apretó los dientes, negando con la cabeza. Jack aparecía de nuevo en la imagen.

—Sólo está preocupado por mí, Alex —lo defendió ella—. Durante mucho tiempo hemos trabajado juntos y era quien me protegía...

Él no la miraba. Cansada de su dura actitud, Salma le colocó el portátil al lado y se levantó de la silla en silencio, dispuesta a salir de aquel despacho para que se enfrentara solo a la situación. Ya tenía bastante con lidiar con sus sentimientos como para mediar en nada más.

Alex la miró mientras salía por la puerta. Tenía que dominar los celos, lo sabía, pero no era sólo eso, por primera vez en su vida no era capaz de tener el control total de la situación.

Con rapidez, instaló un programa de cotejo de datos e incluyó lo que había encontrado sobre la discoteca junto a sus archivos de contactos. En cuanto el ordenador comenzó a trabajar cruzando las informaciones, se levantó de la silla y salió del despacho para ir a buscar a Salma. Ya tenía suficiente presión, no necesitaba más.

Estaba en el baño de su habitación, con la puerta cerrada.

—¿Salma? —llamó, tocando con los nudillos e intentando abrir. Había echado el pestillo—. Por favor, abre la puerta.

—Estoy bien, enseguida bajo —mintió.

Alex iba a insistir, pero sabía que no conseguiría nada. Con tranquilidad, se sentó en la cama frente a la puerta, aguardando. Era la única forma de ver su rostro sin ninguna máscara.

Salma estaba sentada en el suelo junto al jacuzzi, intentando templar los nervios, sorprendida por su silencio. Parecía que le había hecho caso y se había marchado.

Cada día era más patente que Alex no quería ni oír hablar de Jack, ni siquiera pronunciar su nombre, y era lógico, totalmente comprensible. Pero con Jack Salma sólo tenía complicidad, la que daba el tiempo. Alex debía confiar en ella y entender que Jack podía ser un gran aliado para solucionar sus problemas y sobre todo una ayuda extra que necesitaban, nada más.

No hacía falta que le dijeran dónde estaban, pero tenía que saber que ella estaba bien y cómo actuar, o se metería en un lío y, por ende, los metería también a ellos.

Más tranquila, se secó las lágrimas que habían resbalado por sus mejillas debido a la presión y el estrés, algo normal, que se acentuaba más cuando los sentimientos andaban de por medio. No quería que Alex lo malinterpretara.

Se miró en el espejo, se arregló un poco el ligero maquillaje que se había aplicado por la mañana y salió. Estaba esperando sentado en la cama.

Alex distinguió enseguida las marcas rojas de la cara que Salma había intentado ocultar y sobre todo los ojos ligeramente humedecidos e hinchados.

No quería eso... no quería que sufriera por sus actos...

Como un resorte, se levantó del colchón acercándose a ella en un segundo.

—Perdóname —se disculpó, rozándole con la yema de los dedos los párpados y las mejillas—. No puedo evitar lo que siento y no estoy acostumbrado a gestionar trabajo y sentimientos a la vez. No volverá a suceder.

—Tenemos que aprender a separar el trabajo de lo nuestro, eso es todo.

—¿Así lo hacías con Jack? —preguntó curioso, intentando que viera que estaba dispuesto a empezar a colaborar desde ese mismo instante.

Salma sonrió, rozándole los labios con los suyos. Con Alex todo era diferente de con Jack. Todo.

—Él fue compañero antes que pareja, aprendimos primero a ser un equipo, operativo tras operativo, y después nos enamoramos... Contigo todo está sucediendo muy deprisa, es como una montaña rusa y debemos aprender sobre la marcha. —Alex asintió apoyando su frente en la de ella —. Tienes que pensar en Jack como otro efectivo más para nuestra causa, nada más. Confía en mí.

Alex cerró los ojos intentando pensar así, pero no era cierto. Aquel hombre quería a la misma mujer que él y no estaba seguro de que ella no sintiera nada.

—¿Aún le quieres? Sé sincera.

Salma no podía mentir. No se lo merecía.

—Te amo a ti —contestó con seguridad—, pero le quise mucho... No sé si este tiempo ha sido suficiente para decir que le he olvidado... Lo siento... Él siempre será alguien especial para mí, contigo o sin ti... siempre... y supongo que yo para él...

Alex suspiró. Debía pensar que le quería a él y no a su ex, debía concentrarse en esa parte y nada más.

—Tengo que hablar con Jack, Alex. Tiene que saber que estoy bien. —Lo miró fijamente para leer su mirada y cómo le sentaban sus palabras—. Imagina que es al revés, imagina que estoy con él en un lugar indeterminado y tú desconoces si estoy herida o muerta...

El estómago se le revolvió nada más pensar lo que ella le decía. No podría soportarlo, se volvería loco y podría cometer alguna torpeza.

De nuevo tenía razón... Cada día odiaba más a aquel idiota.

—Llámale, pero no le digas dónde estamos, Salma. Esta casa es la única segura que tenemos. Si la descubren, estamos muertos.

Ella era consciente de todo eso y no iba a poner en peligro sus vidas sin saber de qué lado estaba Jack.

—Lo sé, no te preocupes. No correremos riesgos innecesarios. Nunca le diremos dónde nos escondemos.

Alex asintió con una media sonrisa. Era muy buena en su trabajo, no debía olvidarlo.

Con delicadeza, la sujetó por las caderas y la besó con pasión, con toda la pasión que los celos le proporcionaban. Salma gimió, apretándose contra él, le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso con el mismo deseo, hasta que recuperó la cordura a tiempo.

—Luego —susurró contra sus labios—. Ahora debemos trabajar.

Jack caminaba por Carabanchel, el barrio de Salma, en dirección a la avenida principal. Los chalets estaban en calles muy tranquilas de poco tránsito, el silencio sólo roto por la cercanía de un colegio.

Su móvil vibró en su bolsillo, el número era desconocido. Frunció el cejo y decidió no contestar. Estaba ocupado y no quería distracciones.

A los pocos segundos, el móvil vibró de nuevo y, tras comprobar que era el mismo número, contestó:

—¿Sí?

—Jack, soy Salma. Tenemos que hablar.

24

Jack se paró en seco tras escuchar la voz de Salma por el móvil. Por fin daba señales de vida y parecía que iba a contarle qué estaba pasando.

Debía asegurarse de que nadie escuchaba e interceptaba la conversación. Estaba convencido de que la agencia lo seguía desde el mismo momento en que salió de la oficina, tras la reunión con sus mandos. Demasiadas preguntas sin contestar, así que era muy probable que tuviese el teléfono intervenido.

—Estoy en casa y tengo invitados —contestó, siguiendo un código usado entre ellos cuando las comunicaciones no eran seguras o estaban en terreno hostil—. Dame cinco minutos.

Jack colgó de inmediato. A quien estuviese al acecho no le había dado tiempo a descifrar nada y ahora debía actuar rápido para desaparecer hacia un lugar seguro.

Conocía perfectamente el barrio y sabía adónde debía ir. Con tranquilidad, se dirigió de nuevo a la vía principal, pero en lugar de coger un taxi, continuó caminando calle abajo. Debía entrar en la estación de metro de Urgel, que había a pocos metros, e intentar perderlos, así se tendrían que acercar para seguir la comunicación y, si lo hacían, él lo sabría.

Salma miró preocupada a Alex, que escuchaba la conversación a través de otro teléfono y esperaba una explicación a esa frase sin sentido, aunque intuía por dónde podían ir los tiros.

—Le están siguiendo —le aclaró ella.

—¿Quiénes? —preguntó preocupado.

—No lo sé... espero que sean de la agencia; es lo menos malo que le puede pasar. Si son los narcotraficantes que tienen a mi hermano o los yihadistas, está perdido —dijo preocupada—. Pon el cronómetro. Cinco minutos y llamo de nuevo. Los despistará.

Alex obedeció de inmediato. No era bueno lo que Salma insinuaba, ninguna de las tres opciones lo era para Jack, y tampoco para él.

En cuanto el tiempo comenzó a pasar, vio cómo Salma salía corriendo de la habitación.

—Cuando queden treinta segundos, grita —le pidió en la puerta.

Él no entendía nada, pero continuó vigilando el reloj. El tiempo parecía no pasar lo bastante rápido cuando la situación era de extrema gravedad, así había sido siempre y eso no iba a cambiar. En todos sus años de trabajo en el Ejército, había aprendido a gestionar la espera lo mejor posible, pero siempre era difícil.

El sonido que hacía Salma trasteando en la planta de arriba y por la casa lo hizo entretenerse un poco. Justo cuando iba a gritar que quedaban treinta segundos, ella apareció por la puerta. Llevaba una cazadora negra de cuero ajustada, botas altas, una mochila, el pelo recogido en la nuca de manera informal y también algo de ropa para él.

—Vístete —le ordenó, dándole lo que llevaba en la mano— y saca armas.

Alex la miró sin entender nada. ¿Iban a intervenir? ¿Por qué? ¿Para qué? Si ni siquiera sabían dónde estaba Jack ni adónde se dirigía. Igual iba a hacer la compra tranquilamente al supermercado y no había por qué alarmarse.

Salma fijó la vista en el cronómetro. Quedaban veinte segundos.

—Si quieres venir conmigo, vístete. No te lo repetiré más —insistió, con el teléfono en la mano, dispuesta a pulsar el botón de rellamada cinco segundos antes de que fuese el tiempo acordado.

—¿Ir adónde? —preguntó enfadado. No le gustaba esa actitud y menos sin tener conocimiento de ninguna situación que requiriera tanta prisa.

Salma vio que sólo quedaban ocho segundos. Lo miró con seriedad y, al tiempo en que le daba al botón, contestó:

—A ayudar a Jack.

Alex comenzó a negar con la cabeza, ¿se había vuelto loca?

Salma asintió sin hablar. Ya daba tono de llamada y esperaba que contestara al segundo o tercer toque. Así fue.

—¿Roma? —contestó Jack al otro lado.

—Hugo, situación y posición —pidió, llamándolo por su nombre en clave, concentrada en la conversación.

—En movimiento en el suburbano. Línea cinco. Comunicación segura por ahora. Dos invitados se han quedado en el andén, pero imagino que vendrán más en las próximas estaciones. Me bajaré dentro de dos y cambiaré de dirección para volver al punto inicial.

—¿Sabemos quiénes son? —preguntó. Era una información vital para Alex.

—Creo que son amigos, pero no lo podría confirmar al cien por cien —respondió Jack al fondo del último vagón, sin perder de vista el pasillo central, el cristal que mostraba el vagón siguiente y en esa dirección hasta donde alcanzaba la vista. Nadie venía a por él de momento. Esperaba tener razón y que fueran compañeros. Si eran enemigos, estaba jodido.

—Ok. Vamos para allá —le informó Salma muy segura.

—Negativo. Saldré al exterior a coger un taxi. Me dirigía a la casa del rehén a investigar un poco. Creo que puede ser una pista o al menos hay que descartarla. Seguid con lo vuestro. Os llamaré.

Salma negó con la cabeza, resoplando. El piso de su hermano era un punto caliente de difícil acceso y que no debían tocar si no era estrictamente necesario. Esa casa estaba muy vigilada y no debían dejarse ver. Ella lo sabía porque lo había intentado.

—¡No! —dijo exaltada—. ¡Es una locura! Tenemos que planearlo mejor.

Darle opciones y posibles actuaciones futuras siempre había funcionado para convencerlo. Esperaba que hoy también.

—No hay tiempo, nena.

—Sí lo hay. Somos tres, vamos a hacerlo bien. Alex nos ayudará y podemos...

Éste negó con la cabeza. Salma, al verle, frunció el cejo. ¿No los iba a ayudar? Eso era caer muy bajo. Estaba a punto de recriminarle su actitud, cuando se percató de que a lo que se refería era a la comunicación. Jack había colgado.

—¡Será gilipollas! —le gritó al teléfono, mirando la pantalla.

—Veo que no te hace ni puto caso. Espero que no seas su superior, porque si fuera un subordinado mío, yo...

—¡Deja el discursito para otro momento! —le gritó también a él—. Tenemos el mismo rango, imbécil, y nosotros trabajamos en equipo, pensamos juntos y decidimos juntos.

—Ya lo veo. Lo bordáis —se guaseó.

Salma cogió aire antes de continuar. No necesitaba aquella absurda discusión. Decidida, se situó frente a él y replicó con furia:

—Así es, por eso sigo viva. Y ahora, marine de pacotilla, SEAL de las pelotas, si quieres venir, ¡vístete! ¿Entendido? Tengo un compañero al que cubrir.

Alex disfrutó de cada segundo de su enfado, de aquella fuerza que cada día lo tenía más enganchado y, desde luego, le había hecho dar el paso de arriesgar su apacible y buena vida oculto. Pero tenía razón, había un compañero al que cubrir y él del tema entendía mucho. Los compañeros son más que eso, son familia y dan su vida por ti sin pestañear.

Sin mediar palabra, se volvió para que ella no viese la media sonrisa que se dibujó en su boca ante su actitud, abrió armarios sacando armas cortas y de fácil camuflaje en sus ropas, cargadores, un sistema pequeño de escucha, un par de iPads y otro móvil más para él, pues ella llevaría el que era su única conexión con Jack. Cogió también una bolsa de lona negra, donde metió un par de rifles con sus miras telescópicas y sus silenciadores.

—¿Crees que necesitaremos eso? —inquirió Salma, señalando esas últimas armas.

—No lo sé, pero soy francotirador y si te tengo que cubrir, prefiero llevar uno de éstos. Te aseguro que seguirás viva.

—¿Y Jack? —preguntó tranquila. Sólo quería devolverle la jugada de antes.

—Lo pensaré. Si se porta bien, tiene muchas posibilidades.

Salma sonrió, negando con la cabeza mientras se colocaba un arma en el bolsillo de la cazadora, un cargador en el otro y un par de pistolas más con seis cargadores en la mochila.

—Me vais a volver loca. Lo sé... Queréis que me internen en algún manicomio tipo *Alguien voló sobre el nido del cuco*, pero no lo conseguiréis, ¡ni hablar! —contestó, jugando con él mientras se aseguraba de que el móvil tenía carga suficiente.

—Espero que no. Esos sitios no son nada sexys.

—Exacto, son horribles... Espero que os apiadéis de mí y al menos me llevéis a un spa reparador. Eso estaría muy bien —continuó bromeando. Cogió unas gafas de sol y unos guantes de cuero negro que había sacado de la mochila.

—Toma. —Alex le ofreció un estuche. Salma lo miró frunciendo el cejo y después a él—. Están programadas para detectar armamento, puedes conectarte a internet por voz a tu teléfono... lo que necesites.

Ella abrió la caja y su sorpresa fue mayúscula. Lo que había en el estuche era algo parecido a unas Google Glass, pero su diseño era diferente, más discretas y desarrolladas.

—¿Tecnología militar? —preguntó poniéndose las gafas en lugar de las que llevaba.

—De última generación. El capitán me mantiene discretamente al tanto, aunque no podamos

relacionarnos.

Alex dejó que jugase un poco con ellas, comunicándolas con su teléfono y la tablet. Así estaría conectada a la red más cómodamente, ya que esos aparatos lo estaban con su ordenador principal.

—Veo que te gusta mi regalo —susurró cerca de sus labios. Sabía que le encantaría.

—Mucho. Gracias —respondió sonriente, dándole un rápido beso. Había usado unas en un operativo anterior, pero éstas tenían un software mucho más avanzado.

Con decisión, se dirigió al garaje. No se podían demorar más.

Si algo tenía claro era que ella iría en su Mini Cooper. Alex, ni idea. Él había acudido por antídoto a la nevera del zulo de debajo del vestidor. Ninguno de los dos estaba dispuesto a pasar otra vez por la agonía que provocaba el veneno.

Cuando regresó, Salma ya había guardado sus cosas en el suelo del asiento del copiloto, una pistola a mano en la guantera y otra bajo la mochila, que había dejado sobre el asiento.

Alex hizo un gesto de conformidad y señaló el Maserati. ¿Estaba loco? Ese coche llamaba demasiado la atención.

—No creo que sea buena idea —comentó, antes de que desapareciera en su interior—. Demasiado llamativo.

Él asintió seguro.

—De eso se trata y también de velocidad.

Salma negó con la cabeza. No estaba conforme con la decisión, aunque estaba de acuerdo en la segunda parte.

Alex se acercó a la ventanilla, donde ella le sostenía la mirada, se apoyó en el borde de la puerta libre después de que Salma bajase el cristal y metió la cabeza dentro. Estaba muy guapa enfadada y tan segura de lo que hacía. Necesitaba besarla.

—Sé por qué no quieres que lleve ese coche, pero si necesitamos una distracción para que Jack huya o tú salgas viva, es el vehículo adecuado. ¿Entendido? No admito más sermones.

Tras sus palabras, no la dejó tiempo para reaccionar. Se inclinó hacia ella y le dio un dulce beso en los labios.

Alex fue el que lo interrumpió, alejándose sonriente. Recogió la bolsa de lona del suelo, la guardó en los asientos traseros del coche, se montó, se puso las gafas, arrancó y, presionando un mando a distancia que tenía en el coche, abrió la puerta.

Ambos se miraron unos segundos. Él sonrió, aceleró y salió al exterior. Salma presionó el lateral de sus gafas haciendo que se oscurecieran las lentes y lo siguió cautelosa. Estaban en marcha y debían llegar antes que Jack.

Éste llegó al centro según lo previsto.

El viaje había sido algo movido, pero en cuanto cogió un taxi en la avenida, nada más salir de la estación de metro, todo fue como la seda.

Aquella parte de Madrid estaba como siempre, llena de gente caminando por sus aceras, con bolsas de las firmas más prestigiosas y caras del mundo, con sus elegantes trajes, zapatos y vestidos. Mujeres llevando miles de euros en sus cuerpos sin importarles cuánto en realidad.

Era una de las zonas más selectas de la ciudad, donde era mejor no llamar la atención, y por ello

Jack se había puesto un buen traje y unos buenos zapatos.

Caminó con seguridad los escasos metros que lo separaban de la entrada al edificio donde estaba el apartamento de Andrés, mirando con discreción a su alrededor. Sólo llevaba una pistola, la reglamentaria, oculta bajo la axila, totalmente discreta con la chaqueta abrochada y su única protección. Había pensado no llevarla, pero era de locos ir desarmado.

En cuanto entró al lujoso edificio, en plena calle Serrano, el portero le preguntó amablemente adónde se dirigía y quién era. Jack se lo dijo. Sabía que el hombre iría a comprobar si era uno de los que figuraban en la lista que Andrés le había dado, de los que podrían acceder a su apartamento sin avisar de su llegada. Jack era una de las dos personas con las que su excuñado tenía esa deferencia. La otra era Salma.

—Puede subir, señor.

Él intentó ocultar su asombro. Si le dejaba pasar quería decir que Andrés estaba en su casa, de lo contrario, le habría informado de su ausencia y se habría ofrecido a darle un mensaje de su parte.

La noticia lo había impactado e incluso, durante un par de segundos, pensó en llamar a Salma y avisarla, pero no debía hacerlo. No era seguro que Andrés estuviese realmente en su casa y, sabiendo cómo era ella, en breve estaría fuera del edificio, vigilando la entrada. Si no lo estaba haciendo ya. Salma no conocía la palabra «no» cuando de algo laboral se trataba.

Pulsó el botón del ascensor y esperó que bajase. Los pisos no eran excesivamente altos por aquella zona y el recorrido era corto.

En cuanto entró en él y se volvió para mirar el vestíbulo de entrada, atento a que no sucediera nada raro, vislumbró un Mini Cooper pasar lentamente.

Sonrió. Salma nunca lo dejaría a su suerte, aunque ese militar se hubiese cruzado en su camino.

La certeza de que al menos ella lo cubría, cambiaba las cosas. Tenía una protección exterior con la que antes no contaba y debía trazar un plan, aunque hubiese preferido hacer aquello en solitario.

Sacó el móvil del bolsillo y abrió el WhatsApp. Debía enviarle un mensaje. Posiblemente lo que estaba a punto de hacer era un suicidio y Salma debía saber que su hermano estaba allí arriba, aunque no sabía en qué situación... Ojalá fuese un rehén. Ella no se merecía que la hubiese traicionado, le quería sobre todas las cosas y hasta hacía pocos días parecía recíproco.

Al menos, si Jack moría, sería llevando a cabo un acto de valor por la persona que más se lo merecía de todas con las que había trabajado, independientemente de su relación personal.

Tecleó con velocidad:

El trofeo está en el estante. Intentaré averiguar cómo llevarlo de vuelta a casa. Si en veinte minutos no lo he conseguido, sube a recogerme...

No olvides que te quiero... nunca he dejado de hacerlo...

En cuanto presionó el botón de Enviar, cerró los ojos unos segundos. Sólo quería recordar su sonrisa, su aroma, el sonido de su risa, su mirada cuando le deseaba y sus besos cuando le demostraba cuánto.

Si debía morir, al menos habría rememorado todos esos recuerdos... Si ese día debía morir, lo

haría en paz y lo haría por lo más importante... Salma.

25

Salma y Alex habían llegado al centro de Madrid sin problemas en el tiempo estimado. Las doce del mediodía no era una hora demasiado problemática.

El edificio en el que vivía Andrés estaba situado en plena calle Serrano, una de las más comerciales de la ciudad. No disponía de una seguridad rigurosa, la zona ya tenía mucha por el tipo de comercio de lujo que abundaba por allí y durante el día sólo había un portero con órdenes expresas respecto a las visitas. Obviamente no era un búnker como el de Alex, pero sí había más vigilancia que en cualquier vivienda al uso.

Al pasar lentamente por la puerta para comprobar que todo estaba en calma, vio cómo Jack entraba en el ascensor. A los pocos segundos, su móvil vibró. Simplemente pronunciando la orden Leer mensaje, pudo hacerlo a través de sus gafas.

Un cúmulo de sentimientos y sensaciones sacudió a Salma al ver lo que Jack había escrito. Su hermano estaba allí. Podía entrar y ver qué sucedía en un minuto, salvarlo, rescatarlo... o detenerlo...

La última posibilidad le daba mucho miedo, pero era su trabajo y no podía mirar hacia otro lado porque no fuese un desconocido.

Durante toda su carrera profesional, tras arrestar a cada una de las personas que figuraban en sus informes, Salma se preguntaba qué pensaría la familia de los detenidos, si dejarían de quererlos al enterarse de lo que habían hecho, algunos matar a personas... qué les tendría que recorrer el cuerpo al darse cuenta de la cruda realidad...

Ahora era ella la que no estaba segura de su propio hermano y probablemente se podría contestar todas esas dudas. Esperaba de corazón no tener que hacerlo. Andrés era lo único que le quedaba en la vida...

Cerró los ojos unos segundos para centrarse. La música que siempre la acompañaba en su coche cambió radicalmente y *Karma*, de Kill Them With a Toaster, el grupo nuevo de rock madrileño aún desconocido, que había descubierto por casualidad en internet, invadió el coche haciéndola reaccionar.

... In time we all will pay for our sins
You cannot live like there's no consequences...

... Con el tiempo todos pagaremos por nuestros pecados
No se puede vivir como si no hubiese consecuencias...

Los sentimientos eran un lastre que sólo podía llevarla por un camino, el de la inseguridad que conduce a la muerte. Como decía la canción, al final todos pagarían de una forma u otra las

consecuencias de sus actos. Ella ahora no era Salma Ruiz, hermana, amante, amiga... no podía, ahora debía ser la agente especial de inteligencia Roma, y cuanto antes cambiara el chip, mejor para todos. Cada uno había apostado por su suerte, era hora de ver quién ganaba.

Con decisión apagó el motor del coche y con él la música, conectó el sistema de escucha y se lo colocó en el oído, el GPS del móvil, el del anillo que llevaba y el del coche. A partir de aquel momento cualquier cosa era posible y había que estar prevenidos. Una vez que comprobó que todo estaba dispuesto, habló con suavidad a la nada:

—Romeo —lo llamó con una media sonrisa traviesa. Desde ese mismo instante ya no sería nunca más Axel. Ese seudónimo le recordaba a otras mujeres de las que no quería ni oír hablar. Romeo era mucho mejor y, además, su nombre en clave como SEAL, su verdadero oficio... su verdadera vocación, su verdad... su vida. Punto—. Tengo mensaje de Hugo. En la casa hay invitados. Debemos estar alerta. Si en veinte minutos no ha regresado, comienza la fiesta.

Alex, aparcado un par de coches por detrás de ella, sonrió al escuchar cómo lo había llamado. Definitivamente, ese nombre le gustaba más que el anterior y no le importaba que se hubiese tomado esa libertad. No le hizo tanta gracia escuchar las noticias que venían a continuación. Si Andrés estaba en aquella casa, eso sólo suponía problemas.

Tanto si estaba implicado con los narcotraficantes como si era un rehén, Jack estaba en un peligro extremo, que, sin ningún tipo de sistema de escucha ni protección, podía suponerle la muerte.

—Roma, debemos intervenir inmediatamente. No es seguro.

Salma lo sabía, lo sabía de sobra, pero ¿qué iban a hacer? No tenían ninguna posibilidad actuando a ciegas... Pensó rápido.

—Espera un momento. Voy a intentar acceder a su teléfono móvil desde el iPad. Entraré en el sistema operativo de su cámara, igual que hice en mi casa, para ver si puedo saber algo a través de ella.

—Pero... ¿eso se puede hacer? —preguntó él, escéptico.

—Dame unos minutos. Voy a averiguarlo, al fin y al cabo es como un ordenador —contestó, ya enfrascada en su tablet, trabajando con el programa con el que había conseguido acceder a sus propia webcam.

Alex estaba impaciente, aunque no lo demostraba.

—Roma —la llamó, pensando que no iba a funcionar—, si tiene la lente de la cámara sobre una mesa o en el bolsillo, no podrás ver nada. Si no lo avisas no servirá.

—Lo sé —convino, mientras accedía al terminal—, pero ya estoy dentro. Espera.

Sin más explicación, cogió su móvil y, con pericia, le mandó un mensaje a Jack.

No tapes la lente de la cámara o no haremos buenas fotos. Sonríe! Todo irá bien. Estoy contigo.

En cuanto pulsó el botón de Enviar, cerró los ojos esperando que aún estuviera a tiempo de poder contactar con él. Iba a ser complicado mantener el móvil todo el tiempo enfocando de frente. Llevarlo continuamente en la mano resultaría extraño y Andrés podía sospechar. Tendría que buscar otro método...

A los pocos segundos, la pantalla del iPad se iluminó dejando ver un pasillo no muy largo. Era el que daba al apartamento de Andrés. ¡Lo había conseguido!

—Romeo, estamos dentro. Conecto tu móvil a mi enlace.

Alex estaba mirando hacia los pisos más altos del edificio, intentando averiguar cuál sería el de Andrés, cuando oyó la noticia. ¡Era increíble! Instintivamente, miró hacia al coche donde, un poco más allá, estaba Salma y, con una sonrisa de admiración, dijo:

—¿Haces magia, Roma? Porque empiezas a asustarme.

Oír su risa con aquella intimidad que les daba el sistema de escucha era una sensación increíble que, desde luego, para él sí era mágica. Cada día se enamoraba más de ella, porque cada día lo sorprendía con todo lo que era, como mujer y como profesional.

—De momento no, pero dame tiempo.

Alex observó en la pantalla de su móvil, cómo ella accedía a su sistema operativo por control remoto, le colocaba un acceso directo en el escritorio principal y le ordenaba:

—Pincha el nuevo icono.

Él lo hizo automáticamente, la pantalla se quedó en negro y, de repente, en dos segundos, apareció en ella una panorámica completa de un pasillo largo y bien iluminado.

—Alucinante.

Sonrió sin apartar la vista de las imágenes que llegaban, mientras, con una sola pulsación en la patilla de las gafas, pasó a verlas a través de la lente, para así continuar la vigilancia. Era muy importante estar al tanto de cada uno de los movimientos de Jack, para intervenir en cuanto fuera necesario.

Salma y él vigilaban las imágenes. Ahora Jack estaba ante la puerta del apartamento de Andrés. A ella los nervios la estaban devorando. Por un lado quería que su hermano estuviese allí, vivo, sano... pero por otro... No quería ni pensar las demás posibilidades.

—Alex, prométeme otra cosa...

Él frunció el cejo. El tono de su voz delataba que era algo relevante. Guardó silencio, expectante.

—Cuando sea necesario que intervengamos... —Salma cogió aire. No estaba muy segura de cómo se iba a tomar lo que iba a decir, pero debía hacerlo antes de que todo comenzara—, deja que yo haga mi trabajo. Soy buena y sé cómo hacerlo. No cuides de mí como si fuera de cristal...

Alex levantó la mirada al techo del coche un segundo y cerró los puños, intentando no pensar en lo que se les venía encima. Debía gestionar la presión como si fuera cualquier otro operativo. Debía trabajar con Salma como con cualquiera de sus hermanos, pero la teoría era algo muy bonito, que la realidad cambiaba radicalmente.

—Necesito que confíes en mí —insistió ella—, en mi potencial, en mis capacidades y que no pierdas la concentración por protegerme. Esto va a ser muy complicado si la cosa se pone fea y necesito saber que estás centrado en tu parte y me dejas a mí la mía. ¿Lo harás?... Dime que sí, sin excusas, por favor...

Salma no pudo continuar, porque la voz se quebró al llegar a la última frase. Ambos eran conscientes de los riesgos de su profesión, y de que cualquier día podía ser el último... Estaban al servicio de sus países sin reservas. Alex tragó el nudo que se le había hecho en la garganta. Era

incapaz de pensar en ella como una fuerza operativa más. Incapaz...

—¿Alex? —preguntó.

Necesitaba esa respuesta que no llegaba. Sin mirarlo a los ojos había sido más fácil pedírselo, pero mucho más difícil asumir que podía mentirle o no contestar.

—Lo intentaré —fue todo lo que pudo decir.

Salma sabía que ese compromiso ya era mucho para él, era consciente de ello desde que supo quién era realmente... Si decía que lo intentaría, le creía.

Se secó una lágrima mientras veía cómo la puerta del apartamento se abría y aparecía su hermano, que miraba a Jack con cara sorprendida.

—Alerta —avisó Alex, centrando su mente en lo que habían ido a hacer allí. Un solo fallo y estarían los tres muertos.

—Lo veo —contestó Salma con un hilo de voz.

—Tranquila. Está bien, ¿lo ves? Está vivo, preciosa —la alentó, deseando saltar por encima de los dos coches que los separaban e ir junto a ella, acompañarla en aquel momento tan duro, pero no podía ser...

Un reflejo en el edificio le hizo levantar la vista instintivamente. Había sido algo metálico en lo que daba el sol. Había alguien cerca de uno de los grandes ventanales del ático.

Ya habían hablado de cómo era la casa de Andrés. Ahora, con la gafas, podía trazar un plano en 3D si lo deseaba, aun a distancia. Era una de las cosas que se podían hacer con aquella versión de gafas inteligentes desarrollada para el Ejército. Sin dudar, se conectó a ese programa y en segundos pudo visualizar un plano detallado de la casa desde todos los ángulos posibles. Era un ático espectacular, dividido en dos plantas, con piscina en la azotea.

Con la mira telescópica del rifle usada como catalejo, observó bien la parte alta del edificio. Ese resplandor venía del salón principal y podía haber sido un arma.

Salma, mientras tanto, observaba cómo Jack tomaba asiento en un sofá junto a Andrés, mientras otras personas pululaban cerca. Había como siete u ocho hombres, que ella pudiera ver.

—¿Reconoces a alguno de los que están ahí? —le preguntó a Alex, concentrada.

Éste estaba grabando las imágenes que le llegaban, para intentar identificarlas con un programa de reconocimiento facial. A bote pronto no distinguía a nadie familiar, pero estaba retirado y era posible que los jugadores hubiesen cambiado.

—A simple vista no. Aunque parecen occidentales. Ninguno me parece árabe o con posibilidad de serlo —respondió, atento a cada imagen.

—No te fíes, las cosas han cambiado bastante. Es habitual convertir a occidentales, incluso a mujeres, mandarlos a campos de adiestramiento en Siria o Afganistán y luego encargarles misiones.

Alex se sintió un poco anticuado en sus conocimientos. Había seguido las noticias con atención todos aquellos años y conocía los cambios acontecidos, pero ella tenía razón. Todo cambiaba muy rápido y no se podían fiar de nadie.

—De acuerdo —respondió—. Aguantaremos en los vehículos todo lo que podamos. Llegado el caso, evacuarás a Jack y a Andrés en el tuyo, yo os cubriré. Ya sabes, velocidad —añadió con una media sonrisa astuta—. Dejarás el «paquete» en un sitio seguro y regresarás al punto de encuentro.

—Entendido —contestó tranquila. Ya lo tenían hablado. Llevaría a Jack a uno de sus pisos francos y se reunirían en casa de Alex.

—Si tenemos que intervenir en el edificio, intentaremos que sea desde aquí, sin abandonar los vehículos. Bajo ningún concepto saldremos de los coches. ¿Me copias?

—Ajá —convino, nada convencida.

Haría lo que tuviera que hacer. Era la vida de su hermano lo que estaba en juego.

—No te he oído —insistió él, para forzar una respuesta clara.

Iba a ser difícil retenerla, pero era lo que había que hacer, y estaba convencido de que su instinto de supervivencia también se lo gritaba a Salma.

—Entendido —dijo a regañadientes. Llegado el momento, ya decidiría cómo actuar. Igual que había hecho durante todos sus años de servicio.

Jack estaba incómodo ante tantos objetivos.

No le sonaba ningún rostro de haberlo visto en fotos de archivo, en las noticias o a través de los informadores, que, aunque retirado ese último año, no habían dejado de hacerle llegar novedades.

No tenían armas a la vista, pero sabía que estaban por todas partes. Esa gente no se levantaba de la cama sin su pistola. Su vida dependía de ello. En las bajas esferas, o matas o te matan, no había más ley una vez llegado a los extremos en los que se movían esas redes.

Esperaba que Alex y Salma estuvieran tomando nota de todo lo que allí había y, sobre todo, de lo bien y tranquilo que se veía a Andrés.

Si algo era aquel hombre, desde luego no era un rehén.

—¡Qué sorpresa! Jack, no te esperaba por aquí, te hacía en Bora Bora como poco. Ya sé que dejaste a mi hermana más tirada que una colilla para tomarte un año sabático, y que abandonaste tu... *trabajo* —dijo, recalcando la palabra. Jack no estaba seguro de que lo demás no supieran a qué se dedicaba—. ¿Has vuelto para retomar tu vida de antes? —preguntó finalmente Andrés.

—Por lo pronto he vuelto a la ciudad, lo demás ya se verá —contestó él con una sonrisa tranquila, mientras uno de los individuos le tendía una copa con un poco de vino tinto.

Rápidamente, Jack recordó lo que le había pasado a Salma en el club con algún compuesto que supuestamente Andrés desarrollaba y, aunque fingió darle un sorbo, no dejó que el líquido llegase a su boca. Toda precaución era poca.

—Bueno, bueno... Ya has visto a mi hermanita, ¿no?

Esa afirmación lo puso sobre aviso. Si Andrés sabía que Salma y él se habían visto, tenía conocimiento de muchas cosas para ser un rehén.

Definitivamente, manejaba información y quizá incluso formaba parte de aquella organización. En ese momento, la vida de Jack dependía de lo que dijese o no. Lo tenía en sus manos.

Debía avisar a Salma, pero ¿cómo?

26

Salma observaba reír a su hermano, intentando no dejarse llevar por los sentimientos. Ni por los buenos ni por los malos.

Por mucho que quisiera a Andrés, la situación proclamaba a la legua su implicación directa en aquella trama. Si fuera un rehén no estaría rodeado de seguridad mientras actuaba como el rey del mambo. Ojalá tuviese sonido para poder escuchar qué le estaba diciendo a Jack...

Las lágrimas habían brotado de sus ojos sin control a medida que asumía que tendría que ir a por él... que aquel hombre ya no era su adorado hermano de sonrisa eterna, estudiante brillante, gran persona y con una vida sana... Algo se tenía que haber roto dentro de él para que hiciera algo así, para que formara parte de una organización que se dedicaba a fabricar droga, venderla y a saber qué más.

—Salma —susurró Alex, saltándose el protocolo. Pero no podía llamarla de otra forma cuando la estaba oyendo llorar en silencio por aquel puñetero audífono que lo amplificaba todo. Le estaba partiendo el corazón.

—Dime, Romeo, ¿alguna novedad? —preguntó ella muy profesional, intentando ocultar su dolor—. ¿Ves algo desde tu posición?

Alex tragó, aguardando unos segundos para pensar qué contestarle. Ella sabía que no la había llamado por la vigilancia.

—Salma, aún no sabemos lo que está pasando en realidad. No tires la toalla... Cree en él, por favor.

Ella cerró los ojos y apretó un puño contra su boca, ahogando su impotencia. No veía muchas posibilidades, por no decir ninguna, de que la situación fuese otra, pero ellos trabajaban con pruebas y aún no tenían ninguna firme de las implicaciones de Andrés.

—Continuaremos trabajando en su secuestro como hasta ahora —prosiguió él— y no cambiaremos de operativo hasta que tengamos la certeza de que está involucrado.

—Gracias —musitó con la voz rota. No podía decir más.

—Y ahora, tranquila. Vamos a darle una vuelta a todo esto juntos, ¿vale? Necesito que pienses conmigo en lo que estamos viendo —le pidió, centrándola de nuevo en las imágenes—. Tenemos al menos a diez hombres ahí arriba. Andrés, Jack y otros ocho por el salón. Están en la planta baja y en la estancia principal... ¿puede que tuvieran una reunión y se la hayamos jodido?

—Es posible —contestó ella, regresando a la acción—. Son todos occidentales...

—¿Distribuidores? ¿Puntos de venta? Ayúdame, Roma, estoy desentrenado.

—Lo haces muy bien. Sigue —lo animó.

—Mira al tipo del traje gris claro. Me suena de las fotos que vimos del Moom en internet.

Salma se fijó en el hombre. Podía ser, pero las imágenes no eran nítidas y era difícil reconocer a

nadie en ellas.

—Le prestaré atención y veré si consigo confirmarlo con este equipo tan mínimo que nos hemos traído —respondió resignada. Necesitaba algo más que una tablet para tanto trabajo. Sacó su móvil de última generación y comenzó a buscar en internet lo que necesitaba—. Mierda, Romeo, el próximo día quiero dos portátiles por lo menos.

—Si me hubieses avisado de que eras una pirata informática, te habría traído una tienda entera.

Salma cotejaba fotos de los clientes del Moom sin parar, mientras él vigilaba las imágenes que llegaban del interior del apartamento. El tipo que había señalado Alex le sonaba y no sabía de qué... Era apuesto, alto, muy guapo y con sonrisa de anuncio, aunque no se distinguía bien su rostro en las fotos, lo intuía por su porte. Aclaró la imagen todo lo que pudo y lo miró mejor, intentando ver más de lo que la calidad de la foto le mostraba, con todos los sentidos puestos en ello.

No había sido en España...

Dios mío... en Rusia... Salma casi muere en aquella misión. Aquel tipo... Él... Alex no estaba preparado para saberlo, debía contarle la versión resumida y simplificar los datos a lo básico y principal.

Su último pensamiento antes de comenzar a hablar fue para Jack. Su compañero reconocería al ruso en cualquier parte del mundo. Se lo hizo pasar muy mal sin saberlo durante aquel trabajo, cuando ellos ya eran una pareja consolidada... Joder, qué pequeño era el mundo... Con la de delincuentes y cabronazos que había a los que dar caza, tenía que ser justo él... Un hombre que escondía más de lo que Alex y Jack debían saber.

—Es Grisha, *el Vigilante*. Tiene nacionalidad rusa y es muy peligroso.

—¿Quién? —preguntó Alex, descolocado.

—El tipo del traje gris —contestó ella de la forma más impersonal posible, enviándole una foto para que la viese a través de las lentes—. Se llama Grisha Romanov y hace honor al significado del nombre, que en su idioma significa «vigilante». Lo investigué hace tres años, lo seguí durante una semana entera. Es muy escurridizo. Salvé la misión infiltrándome... pero escapó.

—¿Por qué el Vigilante? —preguntó Alex, sorprendido de cómo se estaba complicando la trama.

—En Rusia hay un grupo de mafias muy activas, que trafican con armamento, y Grisha es el vigilante de una de ellas. Su labor es comprobar que nadie de la organización esté corrupto, en caso de ser así, lo elimina. También se encarga de que las transacciones se hagan con los protocolos adecuados para no ser detectadas. Protege muy bien los intereses de sus jefes. Está muy bien considerado dentro de su círculo.

—¿Se llama Romanov de verdad? —inquirió curioso.

—Eso dicen, pero nunca lo he podido confirmar. Creo que utiliza ese apellido para ocultar el verdadero y así proteger a su familia. No está casado ni tiene hijos, que él sepa, pero sospecho que sus padres o algún hermano o hermana llevan una vida legal y tranquila. Por eso usa un apellido tan popular, aunque es algo que tampoco he podido comprobar... No me permitieron seguir buscando datos, una vez alcancé el objetivo fijado.

Alex sabía a qué se refería perfectamente. Ellos se limitaban a cumplir órdenes, aunque ella tenía más posibilidades de investigar por su cuenta que él.

—¿Estaba Jack en aquella misión? —No le hacía gracia preguntar eso, pero necesitaba saberlo.

—Sí, claro. Él me cubrió la mayor parte del tiempo.

—¿La mayor parte? ¿Qué hay de la parte que queda? —inquirió, molesto con esa contestación. Se suponía que, siendo su compañero, no debía dejarla sola nunca. Eso era lo que significa cubrir a alguien.

—Bueno... surgieron problemas y yo perdí comunicación con mi equipo durante dos días. Son cosas que pasan y para las que estoy preparada. Todo se solucionó y regresamos vivos —resumió sin muchos detalles, aunque si aquel delincuente también estaba implicado en la misión, iba a tener que contárselo tarde o temprano.

Alex no quería escuchar más. Sólo imaginarla sola, sin protección, ante un tipo como el tal Grisha Romanov, le ponía los pelos de punta. Guardó silencio, mientras Salma continuaba con su investigación.

—Romeo, tienes razón. Ese tipo ha estado en el Moom. En internet figura como Gabriel Chejov, empresario ruso inversor del local.

Alex dejó a un lado su malestar por lo que Salma le había contado.

—¿Por qué le investigaste hace tres años? —Quizás la información antigua les diera una pista.

—Tráfico de armamento —contestó, sin quitar ojo de las imágenes que continuaban llegando desde el móvil de Jack. Por suerte, éste había encontrado una buena forma de mantener la lente de la cámara enfocada al frente y seguían recibiéndolas sin problemas. Grisha no había cambiado nada... —. En un primer momento, pensamos que era para su grupo, pero sólo ejerció de intermediario. Conseguí que abortaran el intercambio, aunque nunca supe con quién iba a hacerse. Sólo que eran árabes y...

Salma guardó silencio unos segundos tras pronunciar esas últimas palabras, mientras sentía cómo las ideas iban encajando dentro de su cabeza. El puzle aún no estaba completo, pero habían avanzado mucho sin sospecharlo.

—¿Roma? —llamó Alex, preocupado.

—Creo que ya sé cómo lo hacen —murmuró ella, aún terminando de procesar los datos—. Creo... creo que, según lo que recuerdo y lo que sabemos ahora, es posible que los rusos tengan negocios de armamento con los yihadistas y a la vez con la organización que retiene a mi hermano por la droga. Conociendo su avaricia y proceder, me juego lo que quieras a que lo que sacan con la distribución o el transporte del NB lo invierten en armas, de las que obtienen mucho más vendiéndolas en Oriente Medio. Seguramente el doble o el triple.

—Sí, es muy posible, pero... ¿para qué querían que me robases el archivo de mis contactos? Ese cabo sigue suelto, aunque espero atarlo en cuanto lleguemos a casa y vea al resultado del cruce de datos que he dejado haciéndose.

—No lo sé. Yo también espero esos resultados, pero lo que sí sé es que todos estos tipos que rodean a mi hermano y a Jack son de la seguridad de Grisha, y ten por seguro que serán tan sanguinarios como él o más.

Alex se revolvió incómodo en el asiento de su Maserati. Demasiados enemigos sólo para ellos tres.

—¿Si te viera te reconocería? ¿Tuviste contacto directo con Romanov en la misión? —No estaba seguro de querer saberlo. Ser una agente especial infiltrada implicaba hacer lo que fuese necesario cuando fuese necesario, en todos los ámbitos imaginables...

Ella sabía a qué se refería perfectamente y no quería ocultarle ningún dato al hombre que en esos momentos era todo lo que deseaba en todos los aspectos. Él debía acostumbrarse, aunque no estuviera preparado...

—Sí, lo tuve, aunque para aquella misión yo era pelirroja y con ojos verdes. Le encantan las pelirrojas —explicó por encima, pero era suficiente para que la imaginación de él volara un poco. Sin embargo, no necesitaba de detalles que sólo les harían daño.

Alex apretó la mandíbula repetidas veces antes de continuar hablando. Esa parte de su profesión no la asimilaba bien. Salma esperaba tranquila. Era consciente de lo que acababa de decir y, lo quisiera él o no, era trabajo.

—¿Algo más que sea relevante para lo que nos incumbe ahora mismo? —Intentó seguir Alex con normalidad.

—Es muy meticuloso. Siempre lleva dos armas automáticas bajo la chaqueta en una pistolera doble y otra pequeña oculta en la pierna derecha. Es muy certero lanzando cuchillos y, por su envergadura, un buen luchador cuerpo a cuerpo. Es muy peligroso aunque aparente ser un simple hombre de negocios apuesto y con mucho dinero —se limitó a decir.

—Te copio —confirmó Alex, sin quitarle ojo a la pantalla.

El tipo se había colocado justo detrás de Andrés y podía verlo con claridad.

—Romeo, todo su séquito son exmiembros del antiguo KGB o exagentes del FSB, el Servicio Federal de Seguridad de la Federación Rusa, incluso mercenarios del Ejército checheno. Son unos bestias, aunque suele llevar consigo a los que parecen más elegantes, para que aparenten ser sus ayudantes o asesores, cuando va a reuniones fuera de su campo de acción habitual en Moscú. No hay que fiarse.

—Entonces, acataremos el plan inicial. No saldremos de los vehículos bajo ningún concepto, ¿entendido? Ninguno y... Sabes que esto es demasiado para nosotros solos sin apoyo, ¿verdad?

Claro que lo sabía. Desde hacía días, pero sin tener conocimiento pleno de a qué se enfrentaban no quería informar de lo que estaba pasando. Si notificaba la situación de la forma equivocada, su hermano podía morir y ella no iba a consentirlo.

—Sí, pero aún no. Tengo que averiguar antes de qué lado está Andrés.

Alex lo entendía. Era muy duro ver a alguien a quien quieres en el lado contrario. Ojalá no fuese así...

—De acuerdo, pero en cuanto los pongamos a salvo, llamaré al capitán Summers. Debe saber en qué estamos metidos. Él nos ayudará.

—¿Es seguro? —preguntó, dudosa de contarle nada a nadie mientras fuera posible enfrentarse solos a la situación.

—Es más seguro que la agencia de inteligencia. El capitán jamás me ha traicionado. Siempre ha velado por mi seguridad y, ahora más que nunca, debo exponerme lo menos posible.

—Si tú te fías de él, yo también, pero... por favor, espera un poco más.

Alex respondió afirmativamente con tono seguro, pero en realidad no lo estaba tanto. La situación era muy complicada y peligrosa. Debían informar a alguien por encima de ellos lo antes posible o morirían todos a manos de aquella panda de asesinos. Las dudas que invadían a Salma tenían que desaparecer urgentemente.

Jack supo que Andrés no se fiaba de él en cuanto vio su sonrisa falsa al abrirle la puerta.

Era recíproco. Su excuñado tampoco le inspiraba confianza y menos viendo los hombres que había dentro de la casa. ¿Qué hacían todos esos tipos allí? ¿Quiénes eran?

Con discreción, observó a cada uno de ellos. Eran ocho, pero siete parecían sicarios del octavo. Un hombre alto, moreno y elegante, que miraba por la ventana dándole la espalda.

Su olfato de años de servicio le decía que había estropeado o al menos interrumpido algo importante. Seguramente una reunión de negocios.

Como si nada, continuó con la charla más o menos tranquila que mantenía con Andrés, sobre por qué dejó a su hermana, aunque sin dar muchos detalles.

Ese tema de conversación le venía bien. Era previsible y podía ocupar la mayor parte de su mente en vigilar a los tipos que lo rodeaban.

—Bueno, ¿y qué tal te va la vida? ¿Has venido a visitar a tu hermana, alguna ponencia, negocios...?

Andrés le sostuvo la mirada unos segundos. Jack no tenía por qué saber nada de la situación si no había visto a su hermana, pero la había visto y, con seguridad, sus informadores lo habían mantenido al tanto de su secuestro, aunque se hubiese retirado de su vida profesional. Había salido en la prensa internacional y, durante días, se habló de él en las noticias.

—¿Tú qué crees? —lo retó, antes de dar un trago a su copa de vino.

—No lo sé. Con la vida tan ajetreada que llevas... —contestó Jack, mirando de soslayo al hombre de la ventana y su séquito.

No podía perderlo de vista ni un segundo. Su instinto le decía que no debía.

—Sólo he venido a dar una vuelta por la ciudad con unos amigos.

—Ya veo —susurró Jack, mirando alrededor, mientras el tipo del traje gris de la ventana se volvía para encararlo por primera vez.

En cuanto vio la cara de aquel hombre, Jack supo quién era. Grisha Romanov, un sanguinario mafioso con piel de cordero y planta de modelo de pasarela. Había pertenecido al FSB, algo así como la CIA rusa.

Apretó la mandíbula al recordar cómo, años atrás, Salma se infiltró entre sus mujeres para abortar una gran operación de tráfico de armamento que casi le cuesta la vida.

La eligieron porque era el tipo de mujer que al delincuente le encantaba... El estómago se le revolvió al recordarlo.

Se tuvo que teñir de pelirrojo su precioso pelo negro y, hasta un año después, cuando se lo cortó, no consiguió que volviera a su color... No le hizo daño porque se encaprichó de ella. Si llega a ser una más de su numeroso harén, habría muerto.

Ella nunca le contó lo que pasó en las cuarenta y ocho horas que perdieron el contacto... Era trabajo, cumplía órdenes. Salma lo llevaba bien; él, con el tiempo, lo asimilaba cada vez peor.

Ojalá Romanov no la reconociera, pero una mujer que deja huella, la deja para siempre... A él en cambio nunca lo vio. Siempre estuvo en la sombra, protegiéndola... hasta que la perdió.

—Gabriel —llamó Andrés a aquel hombre, sacando a Jack de sus pensamientos.

Éste sabía que se refería a Grisha, aunque hubiese usado otro nombre. Era uno de sus últimos alias, según sus informadores. Gabriel Chejov.

El ruso se acercó a él con paso lento, pero decidido y elegante. Lo miró un segundo y tendió la mano hacia Jack

—Gabriel Chejov —se presentó.

—Jack Swan —hizo él lo propio, usando su nombre real.

Delante de Andrés no se podía esconder bajo un nombre en clave. Jack tuvo claro lo que debía hacer en cuanto su mirada se cruzó con la del mafioso: Grisha Romanov debía morir si quería que Salma sobreviviera a aquella misión suicida en la que estaban metidos.

Esa vez no la iba a dejar sola ni un segundo. Ella no podría esquivar a aquel tipo dos veces...

Pero Jack se encargaría de que estuviera a salvo. Lo demás no importaba. Ni siquiera su propia vida...

Se lo debía.

27

Salma no pudo ver la cara de Jack cuando Andrés le presentó a Grisha, pero no hacía falta...

Cuando regresó de aquella misión, fue la primera vez que él le dijo un «Te quiero» desde lo más profundo de su corazón. Las cuarenta y ocho horas en las que pensó que había muerto, habían sido las peores de su vida... Cuando la estrechó entre sus brazos en el avión militar que los trasladó hasta Madrid, Jack se lo confesó entre lágrimas.

Le explicó que pensar que se traería su cuerpo en una bolsa de plástico hizo que sus sentimientos dieran un vuelco. Entonces se dio cuenta de que estaba enamorado. Ese último año de ausencia, ella lo había recordado muchas veces, sólo que por su parte había sufrido el proceso inverso. Se había desenamorado a la fuerza y ahora había encontrado a otro hombre con quien ser feliz.

En el coche, frente a la puerta del edificio donde Jack tenía la reunión con su hermano, Salma se mantenía alerta a la espera de tener que intervenir. Dos vehículos más atrás, Alex dividía sus energías entre pensar qué había pasado en Rusia entre Salma y aquel asesino y centrarse en la vigilancia de todo lo que los rodeaba.

La situación sería muy difícil de salvar si finalmente aquellos tipos movían ficha, y los nervios estaban a flor de piel, aunque, como buenos profesionales, los templaran a conciencia.

—Ya han pasado veinte minutos, Roma. ¿Qué hacemos? —preguntó Alex, para recordarle lo que Jack había dicho en el mensaje que envió a su móvil antes de entrar.

Ella ya se había dado cuenta de que llevaba allí arriba casi media hora, pero sin sonido, sólo con las imágenes que llegaban desde el móvil de Jack, no podían averiguar qué estaba pasando. Aparentemente todo estaba tranquilo y aunque la charla entre su hermano y Jack ya no era tal, puesto que Grisha se había unido a ellos, la situación se había vuelto imprevisible.

La frialdad del rostro de su hermano, sus gestos impersonales y su mirada dura, dejaban a Salma confusa. Nunca había visto esa actitud en él... Además, Andrés conocía perfectamente su trabajo en la agencia de inteligencia. Como hermano, estaba autorizado a saberlo, al igual que los padres, caso que no era el de ella, puesto que eran huérfanos. A las parejas sólo se les podía comunicar una vez casados. Lo de Jack era una excepción, pues formaba parte de su equipo, y Alex lo supo antes de comenzar la relación, arrastrado por las circunstancias.

Su hermano averiguó que Jack también era agente, durante una misión en Grecia en la que la hirieron y lo vio en el hospital informando a un mando superior de lo que había sucedido.

A Salma eso le daba pavor. En esos precisos momentos, si Andrés decía o hacía algo que pusiera alerta a Grisha, Jack estaría muerto. Esperaba que, estuviera en el lado que estuviese, su hermano recordara que los unía el parentesco, que habían sido cuñados, y al menos lo dejara salir de allí.

—Nada, sólo esperar. No debemos delatarnos mientras todo esté tranquilo.

Cuando Alex fue a contestar un OK de conformidad, vieron cómo alguien cacheaba a Jack. La

imagen se movió mientras le revisaban bajo la ropa y la lente se volvió negra unos segundos que a Salma se le hicieron eternos. Por fin de nuevo vieron la habitación, sólo que ahora la imagen era del techo.

—Roma —la llamó Alex—, no salgas. Recuerda el plan.

Pero Salma ya no estaba escuchando. Había cogido todas las armas que había dejado esparcidas por el coche, les había quitado los seguros y estaba abriendo la puerta.

—¡Lo has prometido! —gruñó Alex por el intercomunicador.

Ella se bajó del vehículo, se volvió en dirección a él, lo miró sólo un segundo y echó a andar hacia la puerta del edificio.

—Escúchame, por favor. Vamos a pensar, nena —rogaba Alex, sin obtener respuesta. Ella ya estaba entrando—. Regresa...

El portero del edificio la reconoció en cuanto la vio, la saludó cortés y, sin retenerla, la dejó pasar hasta el ascensor.

—Por favor, no avise a mi hermano, quiero darle una sorpresa —le pidió al hombre con picardía, a lo que éste asintió complaciente.

En cuanto entró en el ascensor, cogió la pistola que llevaba en el bolsillo de la cazadora y cerró los ojos para concentrarse. Necesitaba templar los nervios, apartar los sentimientos y hacer su trabajo como si allí dentro no estuviesen dos de los hombres más importantes de su vida: su hermano y su expareja. El problema estaba en la respiración acelerada de su presente que percibía en su oído, dentro de ella... Alex.

—Tranquilízate y escúchame —le pidió Salma en un susurro, quitando el tintado de la lente de las gafas para ver con claridad—. Te quiero, pero es mi hermano... Jack está también ahí dentro y no puedo dejar que lo maten... Él nunca me ha abandonado en una misión... Alex, te quiero, pero... —cerró los ojos más fuerte, apretando los labios para apaciguar su rabia— es mi trabajo.

Él lo sabía. Desde el primer momento supo que no se iba a quedar quieta en el coche si debían intervenir, pero verla en acción, actuando con tanta decisión y profesionalidad, aun sabiendo que se metía en una ratonera, lo superaba.

—Alex —lo llamó. Su respiración sonaba más calmada, aunque no lo estaba—. Necesito que me cubras, que me cuentes qué ves desde fuera, si la salida está libre, si...

—Mientras yo viva, estarás protegida —sentenció él, sin dejar que acabara, con uno de los rifles de precisión montado y preparado sobre el suelo del asiento del copiloto—. Desde aquí cubro las salidas, algunas ventanas, parte del ático... Sería mejor tener una posición elevada, pero...

—Gracias —susurró ella, con un dolor oprimiéndole el pecho. Estaba llegando a la cuarta planta.

Alex resopló, intentando expulsar de alguna forma los nervios que se lo comían, mientras bajaba ligeramente la ventanilla del asiento del conductor, antes de pasarse a los asientos traseros. Debía encontrar una buena posición para apoyar el arma y disparar sin llamar la atención.

El timbre del ascensor que anunciaba la llegada a destino aceleró el corazón de ambos. El tiempo se acababa y no sabían si volverían a verse.

—Salma —susurró Alex con un nudo en la garganta—, vive para mí. No dejes que te maten... —Ella cerró los ojos un segundo antes de salir al pasillo que la llevaría a la puerta de la vivienda. No

podía hablar. La emoción se había instalado en su garganta y las lágrimas brotaban de sus ojos, resbalando por sus mejillas—. Te quiero... te quiero por encima de todo y te necesito. No me dejes solo, no lo soportaría.

—Te lo prometo —respondió, con un hilo de voz, mientras se secaba las lágrimas y avanzaba por el pasillo. Programó las gafas en modo defensa, para que la avisaran de amenazas, armas y todo lo necesario para protegerse.

Alex apretó la mandíbula, impotente. Ojalá esa promesa dependiera de ella al cien por cien...

—Hoy no vamos a morir —sentenció ella frente a la puerta, abriendo y cerrando los dedos que sostenían el arma que escondía a la espalda—. No me da la gana.

Él sonrió. Lo había dicho con tal convencimiento que la creyó. Era una mujer con recursos, inteligente, astuta y resolutiva. Sabría cómo actuar allí arriba. Confiaba en ella.

—A mí tampoco —replicó, apoyando su decisión—. Estoy listo —añadió, volviendo a la concentración—. Desde aquí fuera no veo nada extraño. En las imágenes que me llegan de Jack todo parece tranquilo, a pesar de lo que hemos visto... Creo que deberías esperar fuera si la situación no es hostil.

La información de Alex era positiva y la propuesta acertada. Con calma, se retiró a un lado de la puerta, apoyando la espalda en la pared para mantener una posición segura con el oído aguzado. Dentro se oían murmullos.

—Estoy alerta y prevenida.

Para Alex, esa afirmación fue como un soplo de aire fresco, aunque la tensión iba a continuar.

Durante un par de minutos todo estuvo tranquilo, hasta que el sonido de un disparo con silenciador los alertó a ambos.

—¿Lo has oído? —preguntó él, buscando en las imágenes, en la programación de las gafas y a través del visor del rifle.

—Sí —susurró Salma, amartillando el arma, lista para intervenir mientras llegaban a sus oídos más silbidos característicos de los disparos con silenciador—. Hay un tiroteo. Voy a entrar.

El corazón de Alex se paró en el momento en que ella pronunció las palabras que jamás hubiese querido escuchar.

Cualquier cosa que pudiera decir para intentar que no pegara dos tiros a aquella cerradura y evitar que entrara sería inútil, así que hizo lo único que podía hacer.

—Ten cuidado —le dijo, mirando por el visor de precisión, buscando un blanco en el apartamento.

Lo encontró, la lente le marcó un objetivo y por la mira vio a un hombre empuñando un arma. Disparó sin pensar nada más que en la vida que pendía de un hilo allí arriba y que era la única que le importaba, la de ella.

—Tú también —le pidió Salma, mientras disparaba a la puerta y le pegaba una patada para acceder a la vivienda.

En cuanto se abrió, una ráfaga de disparos se dirigió hacia ella. Por suerte no acertaron en el blanco.

Con la calma relativa que le daba la protección de la pared del pasillo, se situó de tal forma que

pudiese controlar el interior desde la imagen que veía reflejada en el espejo del recibidor.

Lo primero que distinguió fueron las armas que le marcaba el programa de defensa de sus gafas, con lo que tenía la ventaja de saber de dónde venían las amenazas. En un lado del salón estaba Jack, con una rodilla en el suelo, cubriéndose con el sofá y disparando al frente, donde Andrés, junto con Grisha y cuatro sicarios más, le disparaban a su vez. Uno de los otros yacía en mitad del salón, mientras que los dos restantes estaban junto a las ventanas, caídos boca abajo. Alex estaba haciendo muy bien su trabajo.

—¿Por qué has tardado tanto? ¡Te he dicho veinte minutos! —gritó Jack, disparando por un lateral del sofá sus dos últimas balas.

—Te estaba dando un poco de margen. No quería agobiarte —le contestó ella, deslizando una de sus pistolas por el suelo hacia él, en el tono distendido con que solían trabajar antaño.

Jack sonrió. No era la primera vez que se veían en una situación parecida y la complicidad se notaba.

—Muchas gracias. Muy amable por tu parte —replicó, afinando el tiro y haciendo que otro de aquellos tipos cayera, quedando sobre el respaldo de otro sofá, hacia delante, mientras el que había junto a Andrés caía también por un disparo de ella.

Salma asintió, incapaz de decir nada más. Grisha tenía a su hermano junto a él, pero no parecía retenerlo contra su voluntad, más bien lo estaba protegiendo.

Andrés miró fijamente la puerta tras la que estaba escondida, consciente de que era ella. Salma tuvo un atisbo de lo que su hermano había sido en el pasado al ver la vergüenza en sus ojos, pero sólo fue eso... unos segundos... Ya no era Andrés... Lo había perdido ¿por dinero? La rabia la invadió, pero ahora no podía dejarse llevar por los sentimientos. Estaban en peligro de muerte.

—Alex —lo llamó a través del intercomunicador—, Jack está bien. Andrés está con ellos. Quedan el ruso, mi hermano y tres más. ¿Me copias?

—Te copio —respondió él, apuntando con sumo cuidado antes de ejecutar otro disparo—. ¿Estás bien?

—Sí —le mintió.

—Vuelve conmigo —ordenó. Él sabía bien lo que suponía perder la concentración o enfrentarte a alguien a quien quieres... La incapacidad que genera y la sangre fría necesaria para continuar—. Coge a Jack y sal de ahí. Te espero aquí abajo.

Salma sabía que tenía razón. Lo mejor era abandonar el apartamento y trazar un plan conjunto entre los tres, pero no podía creer que todo acabara así. Andrés era una buena persona, con una vida lo suficientemente interesante y ocupada como para que se hubiese ido hacia el lado equivocado.

—¡Sal! —gritó Jack, resguardándose de una ráfaga de balas—. Dile a Rambo que nos largamos. Aquí no tenemos nada más que hacer —añadió.

Salma lo miró fijamente. ¿Cómo que no? ¡Su hermano estaba allí! Tenía que hablar con él... ¡convencerle! ¡¡¡Hacer algo!!! No se podía marchar como si dejase atrás a cualquiera. Era su vida...

—Ya no es él —articuló Jack mirando el espejo, para que ella pudiese leer sus labios.

Salma negó con la cabeza, incapaz de dar un paso hacia la puerta.

—Nena —oyó la voz de Alex en su oído—, sal de ahí antes de que el ruso te reconozca. Dile a

Jack que o te saca ya o le partiré la cara en cuanto lo tenga delante.

Que Grisha la reconociera sólo podía empeorar más las cosas, pero le dolía tener que marcharse sin resolver nada.

—Vamos a intentar llegar a la puerta. Bajaremos por la escalera. No podemos esperar el ascensor. Cuando estemos en el vestíbulo te avisaré para que nos cubras hasta el coche.

—Hecho —afirmó él, contento con la decisión.

Salma se asomó un par de segundos para cerciorarse de la posición de su compañero. Tenía que cubrirlo para que llegara hasta ella. Sacó otra arma de la cinturilla del pantalón y lo avisó.

—Jack, ¡ahora!

El agente salió de su escondite mientras ella, arrodillada, disparaba con ambas pistolas, haciendo que otro sicario cayera fulminado.

Jack corrió, disparando con agilidad hasta que llegó a escasos pasos de ella y cayó al suelo.

—¡Jack! —chilló Salma, tirando el cargador vacío y sacando otro del pantalón vaquero—. No te levantes —le ordenó, mientras seguía disparando con rabia.

—¿Qué ha pasado? ¡Háblame! —vociferó Alex, nervioso. No veía nada en las imágenes que llegaban y tampoco por los ventanales.

—Han herido a Jack. Está en el suelo a un metro de mí —explicó acelerada—. Dame un minuto.

Alex tomó aire, intentando calmarse. No tenían un minuto. En un minuto se les acabaría la munición, pero, por otra parte, su única oportunidad consistía en que él cubriera su huida y, por tanto, no podía moverse del coche. Salma tenía que sacar a Jack inmediatamente... o dejarle.

—No hay un minuto. Tienes que salir ya —susurró despacio, para que Salma lo asimilara.

No contestó. Alex sólo quería protegerla, y se lo agradecía, pero allí mandaba ella y decidiría cómo actuar sobre la marcha, como había hecho siempre. No iba a dejar a su compañero.

—Jack —insistió, observando cómo el sicario que quedaba junto a Grisha y Andrés escuchaba lo que su jefe le decía mientras los disparos cesaban—. ¡Levántate! ¡Ayúdame a sacarte de aquí!

El esbirro apoyó el arma sobre un mueble y el láser rojo se deslizó por el cuerpo de Jack. Lo iba a rematar en el suelo y por la espalda, sin ni siquiera acercarse, como un cobarde.

Salma gritó a Jack otra vez mientras apuntaba a aquel tipo. Era él o Jack y ese día su compañero no iba a morir. Con rapidez, afinó la puntería, mientras veía cómo aquel hombre jugaba a decidir dónde prefería disparar. Ella ajustó el ángulo y apretó el gatillo, observando la cara de su hermano. Parecía que la situación no le gustaba, pero tampoco había intervenido para interrumpir la ejecución. No podía entenderlo...

Con rabia, había disparado tres tiros en rápida sucesión. Dos habían impactado en el pecho del sicario y el último en su cabeza. Andrés la observó impertérrito, pero con un brillo emocionado y triste en los ojos. El ruso tiraba de él para llevárselo de allí. Se habían quedado solos, aunque ya se oían pasos que venían en su apoyo. Salma aún tenía tiempo de ayudar a Jack.

Tragó saliva, avanzó las tres zancadas que la separaban de él y lo arrastró hasta la puerta, donde lo ayudó a incorporarse apoyándose en ella.

—Jack, hay que correr. Necesito que corras conmigo —suplicó, con la respiración acelerada y el corazón disparado, llegando a la altura del ascensor y el comienzo de la escalera. No los iban a dejar

escapar tan fácilmente.

Él no contestó, sólo asintió dolorido, mientras se apretaba el costado con la mano para taponar la hemorragia.

—¡Salma! —gritó Alex muy nervioso.

—Salimos, por el ascensor —le contestó ella, oyendo cómo éste se abría a su lado.

El portero apareció tras la puerta y, en cuanto vio el arma que Salma portaba en la mano y la sangre de Jack, se quedó congelado en el interior del habitáculo.

—¡Rápido! ¡Cierre las puertas y pulse planta baja! —ordenó la agente, apoyando a Jack contra la pared.

El hombre obedeció, con el rostro desencajado de miedo.

—En cuanto lleguemos, corra a la calle, aléjese del edificio y avise a la policía. Ha habido un tiroteo en el ático.

Aterrado, el portero asintió, evitando sostenerle la mirada.

—Romeo, no dispares al hombre de uniforme que saldrá primero. Es el portero de la finca —informó Salma—. Sólo una planta más y estaremos abajo.

—Recibido —confirmó Alex, respirando un poco al saber que en breve estarían fuera.

Un timbre anunció la llegada a la planta baja, las puertas comenzaron a abrirse y, por suerte, aún no había nadie abajo esperándolos.

—¡Corra! —ordenó Salma, cargando a Jack contra su cuerpo.

—Pero usted necesita ayuda —replicó el hombre, intentando socorrer al herido.

—Corra, por favor, estamos bien —insistió ella, apuntando a la escalera, para disparar al primer sospechoso que apareciera por allí.

El portero salió despavorido a la calle. Alex lo vio mientras permanecía a la espera de que Salma apareciese por fin en su punto de mira. Cubrirla a ciegas había sido un infierno, pero a partir de que entrara en su campo de visión, estaría a salvo.

—Vamos, nena, quiero verte —la animó a que se diese prisa.

—Y yo a ti —contestó ella, tirando de Jack.

En cuanto sobrepasó la escalera, apretó la mandíbula y, con decisión, tiró del herido para salir a la calle. Esos tres o cuatro metros que estaría a ciegas, sin nadie que le cubriera las espaldas, eran peligrosos.

—Casi estamos —susurró, animando a Jack y afianzándolo contra su cuerpo. Estaba pálido y el dolor le coartaba los movimientos y la fuerza—. Coop y yo te llevaremos a casa.

A él le hubiese encantado sonreír al oír el mote con el que ella llamaba a su coche, pero agotado, sólo apretó la mano contra su cuerpo en señal de que lo había entendido e hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban para colaborar.

—Ahí estás, preciosa —exclamó Alex, al ver que entraban por fin en su campo de visión.

Agotada de tirar de Jack, Salma contestó:

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso.

En cuanto pisaron la calle, ella observó la situación. El coche de Alex y el cañón del rifle los distinguía a la perfección. Mucha gente llenaba la avenida, había coches circulando y su Mini Cooper

frente a ella, al otro lado de la calzada. Volvió la cabeza hacia la izquierda, en la dirección por la que el portero del edificio había salido corriendo. Pudo verlo alejándose calle abajo, como le había ordenado. Al menos aquel buen hombre había salido vivo. Aún tenían que conseguirlo ellos.

—Vamos nena, ven hacia mí.

—Nada me apetece más en este momento —respondió, mirando el coche negro donde él estaba —, pero tenemos un plan y lo seguiremos.

—No —ordenó serio—, Jack está herido. Debemos dejarlo en algún lugar para que sea atendido y continuar sin él.

Si lo dejaban en un hospital sin protección, estaría muerto antes de veinticuatro horas... Debía llevarlo a uno de los pisos francos, curarlo y cuidarle hasta que pudiera valerse por sí mismo.

—Lo siento —se disculpó, mirando a ambos lados de la calle para cruzar hacia el coche y por fin poder huir. Los viandantes los miraban y se oían voces a su espalda. Sus enemigos estaban saliendo del edificio—, pero no voy a dejar que lo maten.

Alex gruñó, sin importarle que escuchase su enfado. Él tampoco podía dejar que ella desapareciese por tiempo indefinido. Había prometido no perderla de vista.

—Nos lo llevamos —cedió, viendo que era la única posibilidad de que transigiera.

El tipo ruso salía del edificio con otro hombre a su lado al que no reconoció como Andrés. Hablaba por un teléfono móvil y, aun teniendo a Salma a tiro, no disparó entre la multitud. Buscaba con la mirada algo más a los lados de la calle.

Ella esbozó una sonrisa triste. Tenía claro que no iba a dejar que Jack muriese, pero también que no iba a exponer a Alex.

—Seguiremos el plan inicial. Te prometo que todo irá bien. Espérame en el búnker. Pronto volveré.

Alex no quería replicar, debía confiar en ella... Sin embargo, tampoco quería que se marchase, aunque era consciente de que era lo mejor para mantenerse vivos los tres y poder continuar con la misión.

El chirriar de las ruedas de un coche que se acercaba muy rápido hacia ellos no le dejó contestar. Salma también lo había oído y estaba intentando llegar inmediatamente al suyo.

Alex levantó el rifle, apuntó al sicario que acompañaba al ruso y disparó antes de que él lo hiciese contra Salma.

—Sal de aquí y vuelve pronto a mí —rogó, observando cómo tiraba a Jack literalmente en el asiento trasero de su Mini y Grisha abría la puerta del coche que había llegado a toda velocidad.

Salma entró en su vehículo, lo arrancó y, con una certera maniobra, lo sacó de la plaza de aparcamiento, mezclándose con el tráfico, mientras se oían disparos en su dirección sin llegar a impactar.

Alex tiró el rifle sobre los asientos, sacó una de sus pistolas y, con rapidez, se sentó tras el volante. Debía despistar a aquellos tipos si quería que la huida de su chica fuera un éxito.

Dejó el arma entre sus piernas, arrancó el coche y salió disparado detrás del vehículo que la perseguía.

—No tengo otro sitio mejor adonde ir. Mi vida está contigo, no lo olvides —oyó que ella le

contestaba, antes de perder la comunicación.

28

—Jack, háblame —pidió Salma al hombre que yacía en los asientos traseros de su coche, hecho un ovillo.

Él lo intentaba con todas sus fuerzas, pero algo no iba bien. ¿Tan grave era la herida? No se lo había parecido al recibir el impacto, pero ¡cómo dolía la condenada!

Ella miró por el espejo retrovisor esperando una respuesta, sin dejar de mirar la calle. Un coche negro con cristales tintados los seguía desde que se habían ido del apartamento de Andrés y no era el Maserati de Alex.

—¡¡¡Jack!!! —exigió, dando un volantazo para intentar despistar a sus perseguidores, pero no era capaz, seguían tras ellos—. ¡Vamos! ¡¡¡Reacciona!!! Necesito que me digas un lugar seguro donde llevarte y curarte esa herida.

Él se movió ligeramente, pero lo suficiente para que ella lo percibiera. Salma por fin respiró.

—El piso del centro al que nunca te llevé. ¿Lo recuerdas? —susurró jadeante—. ¡Joder, cómo duele!

Salma sonrió al oírlo despotricar. Eso significaba que estaba despierto y alerta, aunque la herida parecía fea. No podía saber cuánto sin ver el alcance del disparo.

Sabía a qué sitio se refería. Un piso cerca de Gran Vía, su verdadera casa y a la que, en efecto, nunca la llevó... Ella conocía su existencia y su ubicación, pero nunca había traspasado el umbral de aquella puerta. Quizá no tenían la relación perfecta y de confianza que creían...

—De acuerdo. No te muevas y presiona la herida —dijo, mientras se agachaba bajo su asiento sin quitar la vista de la calle y sacaba una bolsa de lona roja con una cruz blanca. Atenta al tráfico que los rodeaba y a las posibles amenazas que las gafas de tecnología militar le indicaban, así como las posibles vías de escape, le tendió el pequeño botiquín—. Aquí hay vendas, gasas y antiséptico. Haz lo que puedas hasta que lleguemos.

Los perseguidores les pisaban los talones y ella tenía bastante con llevar el volante.

Jack se incorporó un poco para confirmar que los seguían mientras Salma se saltaba un semáforo en rojo en plena calle Goya. Ese simple hecho era suficiente para que la policía se uniera a la fiesta, y no necesitaba más invitados.

—¿Y tu Rambo? ¿No se supone que nos cubre? —dijo jocoso, abriendo la bolsa de material médico.

Salma lo miró gélida por el espejo retrovisor. La situación no estaba para bromas y ella no pensaba pasarle ni una.

—Dile a ese gilipollas que «tu Rambo» va detrás y que, cuando lo tenga delante, le partirá la cara —ordenó Alex.

Ella sonrió al escuchar esas palabras por el intercomunicador en su oído. Las comunicaciones

funcionaban de nuevo y eso quería decir que él estaba cerca.

—No te preocupes, lo haré yo misma en cuanto tenga un minuto libre.

Jack entendió enseguida que el militar los seguía. Quizá no estaba todo perdido.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó presionando la herida.

—Despistarlos. No podemos llevarlos hasta tu casa segura. Nos matarán.

Todos los conductores eran auténticos acróbatas al volante. Su pericia extrema evitó provocar algún accidente en pleno centro de Madrid. Por suerte no era hora punta, algunas calles estaban cortadas por algún evento y la fluidez del tráfico jugaba a su favor.

A la altura de la plaza de Cibeles otro coche se situó de repente a su altura con el copiloto apuntando el arma a su cabeza. Ella reaccionó rápido y, casi sin pensarlo, miró por el retrovisor, comprobó que el coche que venía detrás estaba lo bastante lejos y, justo antes de que aquel tipo apretase el gatillo, frenó en seco, desapareciendo de su alcance para colocarse detrás.

—Alex, hay otro coche.

—Lo veo. Estoy llegando —contestó él—. ¿Estás bien?

Varios tiros sobre ellos hicieron que Jack se resguardara sentándose en el suelo del coche. Un impacto en la carrocería del Mini Cooper rebotó en su interior haciendo que los cristales saltasen por los aires, mientras la última canción que había escuchado comenzase a sonar por sí sola. La música de Kill Them With a Toaster los envolvió.

No estaban heridos, sólo algún rasguño debido a los cristales.

—Nena, dame un arma —pidió Jack agarrándose con fuerza el costado herido. que no paraba de sangrar.

—Deja de decir estupideces. Mantente agachado y con la boca cerrada, ¿entendido?

Alex sonrió al oír su determinación, pero Jack tenía razón: toda ayuda era poca.

Salma no dudó de su siguiente paso, dado que sus vidas dependían de ello.

Se colocó a la altura del conductor, apuntó y, tras tres certeros disparos, el tipo cayó sobre el volante, haciendo que el copiloto dejase su arma para controlar el coche.

Salma se colocó el arma entre las piernas, cogió el volante con las dos manos y aceleró. Cuando llegó al final del paseo del Prado, giró bruscamente sin trazar la glorieta de Atocha y subió de nuevo en dirección al paseo de la Castellana. Quería despistarlos entrando por alguna calle secundaria. Si no funcionaba, tendría que intentar huir por alguna autopista.

Dos coches más se unieron a la persecución y en la plaza de Neptuno, otro más se atravesó ante el vacío en la calzada debido al cierre al tráfico de la misma, dejándoles muy poco tiempo de reacción.

Sin dudar, frenó en seco, conectó la pantalla de la cámara trasera del coche, arrancó de nuevo y condujo marcha atrás.

—Estoy llegando, aguanta —dijo Alex, acelerando por el carril lateral, esquivando coches que intentaban huir. Quería eliminar esa amenaza con su fusil de precisión y necesitaba acercarse más.

Salma no podía esperar. Tenía que salir de allí.

—Quédate agachado, Jack —le pidió. Ambos mantenían el cuerpo por debajo de las ventanillas, haciendo lo posible por evitar que los alcanzaran.

Tras unos metros conduciendo marcha atrás y esquivando balas, Salma dio un volantazo realizando un trompo, se incorporó y, sacando el arma por la ventanilla, disparó contra los hombres que habían salido del coche para apuntar con mayor precisión. Abatió a tres. Quedaban dos.

Durante la maniobra había visto a Alex apostarse con su rifle unos metros a la derecha. Les cubría la huida. Con un único movimiento y dos disparos, había eliminado a los hombres que quedaban.

Otro vehículo se había acercado. Movió el arma sutilmente y abatió a otros tres.

—Salma, sal de aquí —ordenó mientras cargaba el arma con las balas que llevaba sujetas al brazo. Las sirenas de la policía ya se oían con claridad. Estaban cerca.

—Tú también —contestó colocando un cargador nuevo en la pistola—. No puede cogerte la policía.

—Estaré bien. Saca a Jack de aquí y no tardes en volver. Te estaré esperando. No te olvides de mí.

Ella echó la vista hacia los asientos de atrás. La tapicería estaba manchada de sangre y Jack, muy pálido. Salma volvió la cabeza en dirección a Alex y, con un nudo en la garganta, dio un golpe rabioso en el volante. No podía elegir.

—Vete —rogó Alex, escuchando su respiración acelerada y entrecortada—. Soy un SEAL, ¿recuerdas? Cuerpos especiales y todo ese rollo. No se me ha olvidado cómo cubrirme las espaldas. Él te necesita más que yo.

—Pero yo no... —contestó Salma, arrancando el coche con las lágrimas recorriendo sus mejillas.

Cuando estuvo segura, giró el volante y atravesó el paseo de la Castellana perdiéndose en el tráfico, mientras la canción que había estado sonando acababa con unas frases, presagio de lo que estaba por venir...

... our world needs a brighter future.
We have to fight for ourselves.

... nuestro mundo necesita un futuro mejor.
Tenemos que luchar por nosotros mismos.

Alex vio que cuatro hombres avanzaban hacia él. La policía nacional también se acercaba y debía marcharse. Con rapidez, recogió el rifle, le puso el seguro, lo tiró al suelo del coche y arrancó, saliendo de la zona del conflicto y conduciendo en dirección contraria a ella.

—¿Salma? —la llamó, intentando contactar, pero no hubo respuesta. Estaban demasiado lejos el uno del otro.

Alex llegó inquieto a su casa.

Dejar marchar a Salma, aun sabiendo que era lo que debía hacer, había sido más duro de lo que quería aparentar.

Él no estaba entrenado para dejar en peligro a nadie, nunca se abandonaba a un compañero y mucho menos a una mujer. Si además se trataba de la que más le había importado en su vida, la situación era insoportable, psicológicamente hablando.

Era consciente de sus habilidades, no olvidaba que era una agente del gobierno, pero aun así...

Agotado, aparcó el coche en el garaje, se bajó y, sin ganas, recogió las armas, las revisó y las dejó de nuevo preparadas en su bolsa de lona negra, a falta sólo de coger más munición. Debía estar listo para actuar en cualquier momento. Habían dicho que ella volvería en cuanto fuera posible, pero con tantos enemigos pisándoles los talones, todo era una incógnita.

Limpió concienzudamente el interior del coche, ocultó los impactos de bala con una masilla especial, tapando cada agujero, los pulió, los pintó y, tras una hora de trabajo, el Maserati quedó como nuevo. No debía llamar la atención.

Estaba deseando meterse debajo del chorro de agua de la ducha para relajar sus músculos agarrotados por la tensión, pero antes debía hacer una llamada importante, una que había estado posponiendo desde que conoció a Salma y se enteró de cuál era su trabajo, pero ya no podía aplazarlo más.

Se encaminó con paso firme a su despacho, tomó asiento a la mesa de trabajo y marcó un número de teléfono que sólo estaba anotado en su memoria.

Tras cuatro tonos de llamada, alguien descolgó. Con calma, Alex esperó instrucciones.

—Identificación —pidieron al otro lado de la línea.

—Romeo, uno, Delta, Sierra.

Silencio y, tras unos segundos:

—Repita identificación.

—Romeo, uno, Delta, Sierra.

De nuevo silencio, esta vez más largo.

—Esa identificación corresponde a un KIA. Nombre, rango, unidad, identificación y situación —exigieron, tras comprobar que Alex figuraba en los informes militares como *Kill in Action*, muerto en combate.

—Alex Blake, teniente al mando del Equipo Seis de los DEVGRU Navy SEAL. Romeo, uno, Delta, Sierra —comunicó, sintiendo cómo cada palabra calaba en su piel, en su alma, cómo de nuevo volvía a ser él, cómo, aun con el grave peligro que corría, retomaba su vida.

—¿Situación? —repitieron, al ver que no contestaba la pregunta.

—Hostil.

29

Salma tenía experiencia en heridas similares a la de Jack, pero ahora existía un factor diferente que lo trastocaba todo, la traía de cabeza y mermaba su concentración... Alex.

No saber qué había sido de él, si estaba herido... No quería ni pensarlo.

Tampoco podía quitarse de la cabeza la imagen de su hermano mirándola durante el tiroteo, con qué sangre fría había dejado que aquel sicario jugara con la mira telescópica antes de dispararle a Jack, sin hacer nada. ¿Qué clase de persona puede cambiar así de la noche a la mañana? Estaba bloqueada y confusa.

—Salma —la llamó Jack, al notarla ausente, mientras lo sostenía con fuerza contra la pared del ascensor.

Ella lo miró un segundo antes de retomar conciencia de dónde estaban.

—Perdona. ¿Estás bien?

Jack asintió con la cabeza, agarrándose a ella. Hacía rato que el dolor se había atenuado. Probablemente se había acostumbrado a él.

—¿Adónde te llevo? —preguntó Salma inspeccionando su alrededor, una vez entraron al piso. Era un loft amplio y muy bien cuidado.

—Al dormitorio —contestó él, señalando una puerta que salía de aquel gran salón.

Sin pararse a mirar nada más, Salma tiró de él hasta llegar cerca de la cama.

—Aguanta aquí un minuto y dime dónde están las sábanas y toallas.

Jack señaló una cómoda, ella la abrió y cubrió el colchón con la ropa limpia antes de ayudarlo a tumbarse.

—¿Y el botiquín?

Él señaló un armario grande que se veía a través de la puerta entornada del baño.

Tras coger todo lo que necesitaba para sacarle la bala y curarlo, Salma regresó a su lado. Estaba demasiado pálido y callado. El dolor debía de ser intenso, porque normalmente despotricaba como una fiera. El silencio no era buena señal.

—Tengo que quitarte la ropa —anunció, despojándose de la cazadora de cuero. La tiró a una esquina de la habitación sin miramientos, así como la mochila en la que llevaba todo su armamento.

—Joder, he deseado escuchar eso muchas veces este último año y lo tienes que decir cuando no puedo ni parpadear.

Salma esbozó una sonrisa cariñosa. Se sentó en la cama, lo incorporó con cuidado, comprobó que no tenía fiebre y comenzó a desvestirlo. Hacía mucho que no estaban en una situación tan íntima.

El dolor tiene memoria y Salma también había recibido heridas de bala que automáticamente recordó, pero no era sólo eso... Le gustase o no, quería a Jack. No de la misma manera en que amaba a Alex, pero algo de lo que había sentido por él aún quedaba. Le desabotonó la camisa, mientras Jack

se seguía presionando el costado ensangrentado.

Durante unos segundos, sus miradas se cruzaron y los recuerdos de todo lo que habían pasado juntos durante años los invadieron.

Era un hombre imponente, muy guapo, con un cuerpo atlético, atractivo, sexy... A cualquier mujer la atraería y a ella siempre le había parecido muy sensual, un macho alfa en toda regla. Cuando estaba con él, se sentía nerviosa como si fuese la primera cita. Curiosamente, con Alex le sucedía lo mismo... ¿Se podía querer a dos personas a la vez? No estaba segura... Ella sentía algo por ambos de distinta forma...

Intentando centrarse, se agachó para observar la herida.

—No parece que haya tocado nada importante. Voy a comprobar si la bala ha salido.

Con decisión, le abrió el botón del pantalón, le bajó la cremallera y levantó la tela para comprobar el alcance del daño. Por suerte, el proyectil parecía haber salido, aunque sangraba mucho.

—Debo desinfectarla bien y coserla —explicó, rozando suavemente con los dedos la piel quemada de alrededor, haciendo que Jack se enderezase un poco más por el contacto.

Salma retiró la mano de inmediato, temiendo haberle hecho daño.

—Estoy bien, no me duele... —dijo él, buscando su mirada—, sólo ha sido tu piel rozando la mía.

Ella cogió aire, negándose a sentir de nuevo lo que Jack quería. Sabía el efecto que causaba en ella y lo utilizaría. Tenía difícil recuperarla, pero lo iba a intentar.

—Voy a buscar anestesia local en el botiquín —anunció, ignorando sus palabras.

Antes de que pudiese levantarse de la cama, la retuvo, cogiéndola por la cintura. Sin pensar en las consecuencias, acercó su boca y la besó.

Salma se apartó de inmediato. No tenía ningún derecho a robarle un beso, ni veinte. Se fue, la dejó y ahora que había conseguido salir de su tristeza... No quería sentir nada parecido nunca más y Alex... Alex no se lo merecía.

Jack mantuvo la mirada fija en su rostro sin intentarlo de nuevo, pero tampoco se apartó ni la soltó. Desde el momento en que se conocieron, supo el efecto que causaba en ella y ahora podía ver cómo luchaba por no sentirlo, pero hay cosas que no se pueden evitar.

—Sólo quiero un beso —susurró, cerca de sus labios, quemándole la piel.

Salma lo miró con dureza antes de contestar:

—Los tuviste. Eran tuyos..., pero te fuiste.

Sacó fuerzas de su corazón para pronunciar esas palabras. No había podido decírselas antes y le dolían en el alma... No quería llorar.

—Pero he vuelto. Estoy aquí.

Salma cerró los ojos un segundo. Necesitaba no mirarlo, no verlo, no sentirlo, no percibir su esencia varonil que antaño la había vuelto loca. Aun herido y en tan lamentable estado, era todo lo que había deseado durante mucho tiempo.

—Es demasiado tarde, Jack... —respondió con un hilo de voz, intentando levantarse para escapar.

—No lo creo —insistió él, tirando de ella y llegando hasta su boca de nuevo.

Esta vez Salma no se apartó. Dejó que la besara.

Con una lágrima resbalando por su mejilla, le devolvió el beso. Le había querido tanto...

Tras unos segundos, escapó de su abrazo y, sin decir nada, fue hasta el cuarto de baño y buscó la anestesia local. Debía serenarse, apartar de su mente lo que había sucedido. Recordó lo que Alex le contó sobre cómo se enfrentaban algunos de sus hombres al estrés antes de salir a un operativo y se centró en su objetivo inmediato: curarlo.

Cuando se volvió, supo que la había estado observando cada segundo, buscando una señal que le dijera si aún podría quererle. Centrada en la cura, se acercó a la cama, cogió un poco de anestesia con una jeringa y la aplicó alrededor de la herida con cuidado.

Él no intentó nada más, se limitó a quedarse quieto y en silencio.

Durante unos minutos, Salma preparó el material necesario, esperando a que la anestesia hiciese su efecto.

Después de unos interminables minutos, en los que ella se dedicó a curarlo y coserle la herida con cuidado, Jack la observó recoger y acomodarlo en la cama, esperando que le dijera algo, pero sus palabras no llegaban.

—Gracias —rompió él el interminable silencio.

—Debes descansar. Te traeré agua para que tomes el antibiótico y los calmantes —contestó Salma, lo más profesional que pudo.

Jack asintió dolorido. Salma salió al pasillo, abandonando la habitación. Ansiaba unos minutos alejada de él para pensar y relajarse. Debía marcharse de allí lo antes posible, no quería caer en dudas y recuerdos que sólo le harían daño. Había decidido darse una oportunidad con Alex y no quería estropearlo.

Esperaba poder abandonar aquella casa al cabo de un día, como mucho dos, y que en ese tiempo él no se lo pusiera demasiado difícil. Quería que Jack le contase qué había averiguado sobre su hermano, por qué estaba Grisha en su casa y qué había sucedido allí arriba, pero aquél no era el momento.

Más tranquila, se encaminó a la habitación con el vaso de agua en la mano. Las ideas las tenía muy claras, ahora sólo le faltaba esquivar las intenciones de Jack.

Alex esperaba la confirmación positiva a su identificación junto al teléfono.

En cuanto indicó los datos completos que le solicitaban y comprobaron que no era ninguna broma, alguien dijo:

—Alex, ¿cómo estás, hijo? ¿Qué ha pasado? —preguntó el capitán Summers al otro lado.

Él se emocionó al oír la voz del hombre que le había salvado la vida. Todos esos años escondido los había pasado solo, sin nadie de su anterior vida, privándose de la compañía y la cercanía de los que habían formado parte de ella desde que entró en el Ejército. Su familia, sus hermanos... aquel hombre siempre había sido como el padre que nunca tuvo, aunque por edad no era posible.

—Capitán —se dirigió a él con el rigor militar, aunque las palabras de su superior habían sido

claramente de aprecio y cariño—, necesito ayuda. Creo que me han descubierto y... estamos metidos en un buen lío.

—¿Estamos? —preguntó el hombre.

Alex respiró hondo antes de contestar. Sabía que no le iba a gustar lo que tenía que contar.

Tras un resumen extenso, obviando la parte personal, esperó unos segundos para que el capitán asumiera la información. Aún no disponía de todos los datos y ellos estaban acostumbrados a trabajar de otra forma... Necesitaba tiempo y logística, pero eso significaba salir de debajo de las piedras y que el mundo viese que estaba vivo.

—Sabes lo que supone activarte de nuevo, ¿verdad? Morirás, Alex. Te encontrarán y te matarán —intentó disuadirlo.

—Lo sé y lo asumo. Esto es mucho más importante que mi vida. —Guardó silencio unos segundos, pensando lo que quería decir—. Si esos dos grupos obtienen sus objetivos como tienen previsto, la alerta terrorista mundial volverá a ser máxima, dispondrán de medios para arrasar lo que les dé la gana y la droga se extenderá como la pólvora, provocando una nueva oleada de muertes, delincuencia y sabotajes para la que no se está preparado. —Tomó aire un segundo, dejando que su capitán asimilara la situación—. Sé que usted ha intentado por todos los medios proteger mi vida y durante mucho tiempo lo ha conseguido, regalándome todos estos años que los demás no tuvieron la oportunidad de disfrutar. Y se lo agradezco en el alma, porque me ha permitido vivir una experiencia personal que no pensé tener jamás, pero llegados a este punto, mi deber es proteger la vida civil, proteger mi país y poner todos los medios a mi alcance para preservar el bienestar y confort de los ciudadanos. Hice un juramento, señor, y debo cumplirlo.

Durante unos segundos, la línea permaneció muda. Era difícil mantener aquella conversación por teléfono, igual que tomar la decisión de contarle la situación a su superior, o separarse de Salma, pero si querían que el mundo tuviese una oportunidad de paz, era la única forma y debía hacerlo inmediatamente.

—De acuerdo —decidió el capitán—, si es lo que deseas, no puedo impedirlo, aunque quiero que sepas que me hubiese gustado que no volvieras nunca a esta vida, pero entiendo tu decisión. Eres un hombre de honor, Alex, uno de los más íntegros que he conocido nunca, incluso cuando eras mucho más joven, y por eso sólo puedo decirte una cosa... bienvenido a casa.

30

Salma vigilaba el intranquilo sueño de Jack ya entrada la madrugada. Inevitablemente, la fiebre había hecho su aparición, truncando sus planes y retrasando su regreso con Alex. Esperaba que desapareciera rápido, porque nadie los podía ayudar. Ir a un hospital no era seguro y contar con la agencia tampoco.

El piso era un cómodo y amplio apartamento que ella nunca había visto antes. Sabía de su existencia, pero Jack nunca la había llevado allí. Nunca supo por qué... aunque ya no importaba.

Tocó su piel para comprobar lo caliente que estaba. Parecía más tranquilo y la temperatura había bajado. Respiró aliviada.

Se acercó al gran ventanal de la habitación para sentarse en un sofá de lectura. Necesitaba cerrar los ojos un momento y aclararse la cabeza. Debía ordenar sus pensamientos y asimilar todo lo que había pasado o se volvería loca.

Lo que más daño le hacía era ver a su hermano mezclado en la delincuencia y el narcotráfico. ¿Cuándo había pasado eso? ¿Cómo? Sentía rabia, pero hacia sí misma... No se había dado cuenta de nada... ¿Qué se le había pasado por la cabeza a Andrés para hacer algo así? Conocía su trabajo, podían encargarle eliminarlo...

No entendía nada. Su hermano tenía una vida organizada, desahogada económicamente y lo bastante interesante como para no tener que buscar nuevos alicientes. Esperaba poder solucionarlo sin hacerle daño.

Y luego estaba Grisha para poner la guinda del pastel... Si no tenía bastante con Andrés, su pareja y su ex, aparecía el ruso...

Era lo primero que le preguntaría Jack en cuanto estuviese en unas mínimas condiciones. Nunca olvidó esas cuarenta y ocho horas en que ella desapareció con aquel asesino. Intentó mil veces que se lo contara, incluso pasados los meses, pero era alto secreto. Sólo una persona más sabía lo que sucedió en aquellos dos días, su superior al mando, y así debía seguir siendo.

Cuando todo pasó, Jack comprendió la situación y la consintió, sólo con verla sana y salva tenía suficiente, pero el tiempo pasó, él se volvió celoso y se ponía nervioso al escuchar el nombre del ruso en cualquier ámbito. Salía de vez en cuando en la prensa o en televisión, con alguna mujer impresionante, debido a su atractivo físico y sus negocios tapadera.

No estaba segura de si la recordaría. Desde luego, en la intervención de ese día, ella se había guardado mucho de que no pudiera hacerlo.

Lo bueno del asunto era que las sospechas sobre la implicación de Jack se habían disipado como la niebla. Con sus actos se había ganado su confianza y esperaba que ahora no la traicionara, o sería más duro que su abandono de un año atrás. Nunca podría perdonárselo.

Pero su conversación sobre lo que pasó seguía pendiente. Por qué se esfumó sin explicaciones,

sin darle la oportunidad de saber, de preguntar, de luchar... Aunque Salma lo tenía asumido y superado, se merecía unas cuantas respuestas.

Y por último estaba Alex... el militar al que contrató como acompañante por una noche para robarle y había puesto su vida patas arriba.

Pensaba que ya había experimentado el amor en su máxima expresión, disfrutado del sexo, amado tanto que dolía, pero no... sólo era un ensayo general para lo que estaba por venir... Alex.

Era increíble cómo habían conectado, cuánto la conocía en tan poco tiempo, cómo la entendía y sabía lo que necesitaba. Era casi abrumador y le daba un poco de miedo que fuese tan perfecto para ella.

Necesitaba que él sobreviviera a todo aquello, porque, si no era así, sería culpa suya. Ella lo había puesto en el punto de mira de uno de los grupos terroristas más peligrosos y sanguinarios del mundo, los seguidores y, ahora, gracias a la actuación de los SEAL años atrás, los vengadores de Bin Laden.

Alex Blake era uno de los miembros de las fuerzas especiales más condecorado y mejor formado que existía, junto a unos pocos privilegiados más. Era teniente del equipo mejor capacitado del Ejército en contrainteligencia terrorista, el grupo secreto al que llamaban «el equipo silencioso» y había estado trabajando de gigoló a tiempo parcial para subsistir... ¿El mundo estaba loco? ¿Uno de los hombres más importantes para mantener nuestra vida tal como la conocemos se había dedicado a prostituirse durante los últimos años, ocultándose, para que un puñado de radicales islámicos no lo matase por haber eliminado a su cabecilla? ¿Ésa era la seguridad que se brindaba a los hombres de honor que velaban por la nuestra? Salma se limpió las lágrimas.

Siempre había admirado al militar que destacó en aquella operación desde el minuto uno en que se fraguó, Alex. Lo que no se imaginaba era que se enamoraría de él.

Cogió aire y se masajeó el cuello, eliminando un poco la tensión. Lo echaba de menos y la falta de noticias era aterradora y exasperante, aunque necesaria para sobrevivir.

Un gemido la sacó de sus pensamientos. Jack intentaba incorporarse.

Con rapidez, se acercó hasta él. Estaba despierto y, en cuanto la vio a su lado, frunció el cejo, descontento.

—Debes descansar —la regañó, al ver que seguía con la misma ropa, los mismos rasguños y la misma sangre pegada a su cuerpo que cuando se durmió.

—Lo haré. Lo prometo —contestó ella, ausente. Su cabeza no paraba de trabajar.

Se acercó a él para comprobar de nuevo la temperatura y revisarle los vendajes. Todo estaba bien. Miró el reloj comprobando las horas que habían transcurrido desde la última dosis de calmantes y antibiótico; le dio de nuevo uno de éstos, aún era pronto para el resto. Jack se tomó la pastilla sin rechistar, era una vieja conocida.

En cuanto a Salma, no le preocupaba su actitud, sabía perfectamente cómo funcionaba cuando estaban operativos. Era un ciclón imposible de parar hasta que llegaba a una solución con datos, protocolos y conocimientos del caso en concreto. Pero no siempre estaba en su mano encontrarla, aunque ella no quisiera asumirlo.

De momento sólo podían esconderse, descansar y curarse. En cuanto pasasen unas horas más y

estuviesen en condiciones de continuar, lo harían.

—No, nena. Ahora —le ordenó en tono suave, mientras se incorporaba un poco, recostándose en el cabecero de la cama.

—Deja de moverte o tendré que volver a coserte la herida —lo reprendió con gesto molesto, revisando otra vez que todo estuviese bien bajo el vendaje.

Jack alargó el brazo contrario a la herida hasta el rostro de ella y, tras tomarlo con su mano, la obligó a mirarlo, mientras le acariciaba la mejilla.

—Tienes que descansar o no podrás con todo esto —insistió, intentando hacer que entrara en razón, como siempre... como antes...—. Dúchate, cámbiate de ropa, ven a que te cure y después dormiremos.

¿Cuántas veces le había oído decir esa frase? Infinitas, tantas como misiones o preocupaciones hubiese tenido mientras estuvieron juntos. Jack siempre le dejaba su espacio para reflexionar hasta que creía que era suficiente y entonces la obligaba a descansar.

—Estoy bien —contestó, apartando la vista e intentando escaparse de él, pero Jack no lo permitió.

—Sé que lo estás, pero será mucho mejor si haces lo que te pido.

Sabiendo que no iba a dejarla en paz hasta que cediera, suspiró asintiendo sin más palabras. Él, contento con la decisión, esbozó una media sonrisa, dejando que se levantara de la cama.

—Coge lo que necesites del armario. Todo es masculino, pero eso nunca ha sido problema para ti.

Salma fue la que sonrió ahora. Siempre se las había apañado muy bien y no pudo evitar recordar la cara de sorpresa de Alex al ver lo que era capaz de hacer con una camisa, cuando convirtió una de las suyas en un vestido. Sin decir nada, cogió uno de sus bóxers y una camiseta y se encerró en el baño.

Durante más de media hora, se dedicó a lavar su ropa. La sangre de Jack lo había impregnado todo y la necesitaba limpia para salir de allí.

Restregó durante mucho rato, hasta eliminar casi todo el líquido rojo que había absorbido la tela, concentrada sólo en lavar, lavar y lavar para evadirse, pero era difícil.

Cansada y con las manos doloridas, se metió bajo el chorro de la gran ducha de mármol negro.

Agradeció el agua que caía por su dolorido cuerpo. Llevaba muchas horas sin dormir y en tensión. Lo necesitaba, pero también resolver la situación.

Después de relajarse con la ducha, curarse las heridas superficiales de la cara y vestirse, salió a la habitación esperando que Jack estuviese dormido, pero no era así. Se oía música suave al otro lado de la estancia. Era una de sus costumbres tras la locura a la que se enfrentaban día a día. Y allí estaba una vez más...

Sus miradas se cruzaron en cuanto se descubrieron y los sentimientos sacudieron a Salma, empujados por los recuerdos. Él siempre la esperaba, la tomaba entre sus brazos, se tumbaban juntos y calmaba su ansiedad acurrucada contra su cuerpo, con sus manos, con sus besos, hasta que su excitación pedía más o hasta que el cansancio los acunaba y se dormían.

—Ven —pidió Jack con tono dulce, señalando el lado vacío de la cama.

Estaba confusa... Le había echado tanto de menos que pensó que no podría superarlo, que nunca más sabría dormir sin él... Ahora, al tenerlo delante, se bloqueó.

—Tienes que dormir —insistió él, reprimiendo las ganas de levantarse y abrazarla como necesitaba, pero no quería asustarla y que se alejara.

Salma bordeó la cama hasta el otro lado y se tumbó mirando el techo, sin acercarse a Jack. En cuanto notó la comodidad del colchón y sus músculos pudieron estirarse como debían, cerró los ojos, cogiendo aire para disfrutar de esa sensación. Estaba tan tan cansada...

Él la contempló durante todo el proceso a la tenue luz de la lámpara de lectura, que era la única luz encendida de la casa.

Salma nunca había pasado por nada tan duro como la situación actual con su hermano, ni siquiera cuando se quedaron huérfanos o cuando Jack la abandonó. Ver lo único que te queda en el lado equivocado era desgarrador.

En cuanto descansaran un poco hablarían de lo que había sucedido en el ático de Andrés, aunque Jack hubiese deseado no tener que contarle nunca algo así.

—Descansa, princesa —susurró, deslizándose para tumbarse de nuevo en la cama y estar más cerca de ella.

Salma abrió los ojos y volvió ligeramente la cabeza para mirarlo. Sólo necesitaba saber una cosa para poder hacer lo que le pedía. Tan sólo una...

—¿Nos vas a traicionar? —preguntó, decidida refiriéndose a ella y Alex. Necesitaba escuchar su respuesta.

A Jack le dolió, le partió el corazón que le preguntase algo así, pero lo entendía. Él habría hecho lo mismo. ¿De quién podía fiarse Salma? Hasta su propio hermano se había pasado al enemigo.

—Nunca —respondió, emocionado por la tristeza que le embargaba. Antes confiaba ciegamente en él...

La tranquilidad que sintió al escuchar esas palabras hizo que la fatiga la envolviera y los ojos le pesaran.

—Gracias —contestó, acurrucándose de lado hacia él.

Jack adoptó la misma postura con cuidado, y quedaron el uno frente al otro.

—Te echo de menos —confesó triste.

—Yo también —convino Salma, sincera.

—Estoy aquí —se entregó Jack sin miedo.

—Yo... ya no —susurró ella, con un nudo en la garganta, mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

—Nunca dejé de quererte, sólo necesitaba alejarme de todo lo que tenía que ver con el trabajo y tú formabas parte de ello... Intenté quedarme, pero en aquel entonces era lo mejor.

Salma le entendía. Era muy difícil conciliar su trabajo con una relación de pareja, que además llevaban a cuestas las veinticuatro horas. Pero que no le hubiese dado ninguna explicación fue lo más doloroso, porque creyó que se había buscado otra relación, que ella había hecho algo mal, que no la quería y no le había dado la oportunidad de arreglarlo...

—Podías habérmelo contado...

—Podía, pero no supe cómo y decidí irme.

—Todo acto tiene su consecuencia, Jack, y marcharte hizo que me planteara muchas cosas que daba por sentadas, como la sinceridad entre nosotros. Mi castillo de cristal se desmoronó en un segundo y durante mucho tiempo pensé que la culpa era mía...

A pesar de la herida, Jack se movió con rapidez para acercarse a ella hasta quedar pegados el uno al otro. ¿Cómo pudo permitir que pensase todo eso? Había tanta pena y dolor en su voz...

—Lo siento, lo siento mucho —se disculpó, acariciándole las mejillas heridas, mientras pegaba la frente a la suya—. Nunca fue mi intención que te sintieras así, la culpa no era tuya, fue mía. Durante un tiempo supe gestionar los celos y los sentimientos que tenía mientras trabajábamos, pero a raíz de tu desaparición con Romanov fue a peor y no saber qué pasó durante aquellas horas en las que pensé que te perdía no ayudó. Al contrario, empeoró la situación, minando cada día un poco más mi ánimo, hasta que sobrepasé el límite y, como un cobarde, hui. Hui de ti, del trabajo, de la ciudad...

Sin apartarse, pero tampoco moverse, Salma lo escuchaba con el corazón acelerado. Siempre tuvo la intuición de que aquellas cuarenta y ocho horas en Rusia tuvieron mucho que ver con la decisión de Jack, pero no lo había sabido con exactitud hasta ese momento y, como había previsto, Grisha había aparecido en la conversación. Encontrárselo en el ático de Andrés de forma tan inesperada había sido un golpe brutal para él.

—No puedo hablar sobre eso... —tuvo que contestar, como lo había hecho mil veces antes.

Jack esbozó una sonrisa triste, mientras se apartaba ligeramente para poder verla mejor. Siempre que le decía esa frase, había una pincelada de tristeza en la voz, por eso él había aguantado tanto junto a ella. Sabía que le dolía no poder ayudarlo, pero todo tenía un límite.

—Llevo todos estos años vigilándole, Salma. Día y noche pensando sólo en protegerte.

Ella se sorprendió. Desconocía ese hecho, pero ahora entendía mucho más su ansia de saber y su animadversión hacia el ruso.

—¿Qué?

—Sé muchas cosas de Grisha Romanov, nena, pero no para qué te quiso con él durante dos días.

Salma suspiró, estaba atada de pies y manos, no podía contarle nada. Debía confiar en ella.

—Jack... sé que pensaste que había muerto y que lo pasaste mal, pero conoces nuestro trabajo y sabes que si algo se clasifica como alto secreto no puede ser desvelado...

—Sólo quiero saber si tuviste algo más que palabras con él —se sinceró por fin. Nunca se lo había preguntado directamente, pero ahora lo necesitaba, porque si la perdía para siempre, no quería quedarse con aquella duda.

Salma intentó comprenderlo. Durante mucho tiempo le había negado que hubiese tenido cualquier relación afectuosa con Grisha, pero no era verdad, tuvo una relación sexual con él... No creía que Jack lo entendiese sin saber todo lo demás, por tanto, ¿para qué hacerle más daño si era algo evitable?

—No —continuó con la mentira.

Él asintió, expulsando el aire retenido en sus pulmones. La creería, siempre mientras no tuviera pruebas fehacientes de lo contrario, pero en el fondo de su corazón algo le decía que le mentía.

—Está bien, te creo —mintió—. Mañana seguiremos, ahora debes descansar.

—Tú también —contestó ella, fijándose en sus ojeras.

Jack se movió ligeramente, rozándose la herida sin querer, haciendo que le doliese más que en otras ocasiones. Los calmantes estaban dejando de hacer efecto y emitió un siseo que alertó a Salma.

—Debes tomar la medicación —dijo ella, levantándose de la cama para traerle el cóctel de calmantes que necesitaba. La herida era limpia y se le curaría rápido, pero habían pasado pocas horas.

Le tendió un combinado especial de calmantes que le quitarían el dolor. En cualquier momento se podía desatar de nuevo el infierno y debía estar al máximo de sus posibilidades. Jack se lo tomó de buen grado, actuaban rápido.

Gravity de Sara Bareilles comenzó a sonar. La conocía... Era muy triste porque habla de algo parecido a lo que le pasaba a ella con Jack. Cuando entraba en su campo de atracción perdía el norte ocultando todo lo demás... debía parar, debía alejarse o su relación acabaría siendo tóxica.

Le devolvió el vaso de agua, esperando que lo dejase sobre la mesilla para aprovechar el retroceso. Cuando lo hizo, sus bocas quedaron muy cerca y, sin darle tiempo a reaccionar, le pasó un brazo por la cintura y la atrajo hacia él, atrapando su boca.

Salma sintió una corriente que la sacudió entera, activando su cuerpo ante sus besos y atenciones, como tiempo atrás. Nunca había dejado de quererla y esa confesión, junto a la de que la había protegido de Grisha, había hecho que el odio desapareciera...

Incapaz de negarse al hombre que la había hecho feliz durante tanto tiempo, le devolvió el beso, dejando que su boca la devorase, su lengua acariciase la suya y sus manos la presionaran contra él, sintiendo sus pechos contra su torso y cómo le quemaba la piel allí donde sus dedos la acariciaban.

Recordaron sus besos, pero también se mostraron los presentes, los que habían aprendido sus bocas en ese tiempo sin verse, aunque sin perder su personalidad. Jack arrollador, Salma delicada y cuidadosa, hasta que sus cuerpos se excitaron pidiendo más a pesar de su estado.

Jack no iba a desaprovechar la oportunidad, aun en aquellas mermadas condiciones. Obviando el dolor, se incorporó, sentándose en la cama con ella pegada a su cuerpo, elevándola lo suficiente para que pasase una pierna por encima de sus caderas y quedara a horcajadas sobre él.

En cuanto notó su miembro erecto bajo su piel, Salma no quiso pensar, sólo sentir. Necesitaba aclarar muchas cosas en su vida para poder continuar con el camino despejado. Ésa era una de ellas.

Jadeante por las sensaciones, lo miró, sin apartar la boca de la suya. Su mirada era como si nunca hubiese pasado nada, como si volvieran a cualquiera de sus maravillosos encuentros sexuales de tiempo atrás. Apasionada.

—Jack —jadeó su nombre mientras él hacía que se apretara con fuerza contra su pene para excitarla más.

No habló, devoró de nuevo su boca, mientras deslizaba las manos por debajo de la camiseta hasta aquellos pechos turgentes que tanto deseaba.

Intentando respirar y tomar conciencia de la situación, Salma apartó la boca de la suya. ¿Qué estaba haciendo? Quería a Alex.

—Te quiero —confesó Jack, pillándola desprevenida, mientras desgarraba los bóxers para poder entrar en ella.

Salma no pudo contestar, tampoco se podía apartar de él. Ya no había marcha atrás. Con cuidado de no hacerle daño, se colocó sobre su miembro, dejando que se deslizase en su interior poco a poco, sintiendo cada milímetro. Pero ya no era como antes... Sí, estaba excitaba, pero con Alex sentía el triple que con Jack.

Aquel encuentro inevitable había sido la prueba de que sus sentimientos habían cambiado de dueño. Nunca pensó volver a acostarse con él, pero inconscientemente, necesitaba averiguar que lo que le pasaba con Alex, aquel sentimiento tan profundo y aquel deseo, eran reales.

La llevó al orgasmo tocándola en los puntos que conocía para que lo acompañase, pero... nunca más. Jack siempre sería un hombre importante en su vida, pero no el que la viviera con ella. Ese momento tan especial, lleno de recuerdos, había sido su despedida.

Con lágrimas en los ojos y sintiendo aún su erección en su interior, Salma cogió su rostro entre las manos para recordar con cariño cómo era después de amarla. Esperaba que encontrara a una mujer que lo hiciese tan feliz o incluso más que ella. Se lo merecía. Era un buen hombre que había tomado una decisión egoísta para superar sus miedos, pero en el camino arrolló la vida de la persona que más le quería y ahora, aunque deseara recuperar el tiempo perdido y amarla sobre todas las cosas, era demasiado tarde.

—No hace falta que lo digas... lo sé... —susurró Jack contra sus labios, antes de darle un beso en la boca.

—Lo siento —contestó Salma con un hilo de voz.

—¿Te hace reír? —preguntó refiriéndose a Alex, retirando el pelo de su rostro mojado por las lágrimas.

Salma asintió sonriendo. Él sabía que ésa era su terapia para todas las miserias que veía día a día en su trabajo y estar con una persona que no le suscitaba sonrisas no era para ella.

—Te quiere, he visto cómo te mira, cómo te protege, cómo te habla, pero... ¿sabrá cuidarte? ¿Sabrá...?

Ella le puso un dedo en los labios para que no continuara. Jack había sido una excelente pareja en el pasado, pero lo que estaba por venir no era de su incumbencia.

—Jack, eres una persona importante en mi vida y me gustaría que lo siguieses siendo, pero no te entrometas... Nunca te gustó que lo hiciesen con nuestra relación. Respeta a Alex.

Él asintió, acariciando tiernamente su rostro mientras escuchaba los primeros acordes de *When I Was Your Man* de Bruno Mars de fondo. El destino muchas veces nos pone señales en el camino para que nos creamos lo que vemos y ésta, sin duda, era una de ellas.

Sin más palabras, sólo escuchando la canción emocionados porque resumía su relación en unos minutos, Salma ayudó a Jack a salir de ella y desapareció dentro del cuarto de baño.

Sabía que estaba llorando, conocía cómo sentía y lo había pasado muy mal. Debía dejarla marchar, y él, una vez solucionaran todo el lío en el que estaban metidos, se alejaría, pediría un destino en el exterior y evitaría el contacto físico entre ellos mientras le doliera.

Alex era un buen tipo. La cuidaría bien, le daría lo que necesitaba y sería el centro de su vida. Lo había visto, aunque nunca se lo reconocería a la cara.

Por fin Salma podría ser plenamente feliz.

31

Alex llevaba veinticuatro horas sin dormir. Salma era su principal preocupación, pero saber que estaba de nuevo operativo lo mantenía alerta. El capitán Summers también creía que todo era una trama tejida durante mucho tiempo y planeada al detalle. Había cabos sueltos, pero con tiempo y su ayuda, lo conseguirían. Ya estaban trabajando en ello.

Esperaba ansioso que Salma regresara y contárselo. Era importante y deseaba compartirlo, aunque suponía exponerse a pecho descubierto a la red yihadista que durante tantos años lo había buscado y de la que había logrado escapar.

Ahora sabía, por su capitán, que en dos ocasiones lo cercaron los servicios de inteligencia de Al Qaeda, pero por suerte fueron interceptados, evitando que lo descubrieran.

Durante todo ese tiempo, el capitán y algunos de sus hombres a los que comandó cuando estaba operativo en el Equipo Seis, le habían cubierto las espaldas actuando contra las órdenes de instancias superiores y, gracias a eso y el sumo cuidado que él había puesto en protegerse, había conseguido llegar hasta allí. Sólo esos elegidos sabían cuál era su paradero y nunca lo habían delatado.

Estaba emocionado por la protección clandestina que le habían brindado aun a riesgo de ser expulsados de la unidad o incluso verse sometidos a un consejo de guerra.

Era consciente de que Jack estaba herido y de que era pronto para que ella regresara, aún podían pasar días, pero necesitaba oír su voz, saber que estaba bien y, hasta que lo hiciera, no iba a poder respirar tranquilo.

Sabía exactamente la ubicación de su coche e incluso de ella misma. Si se movía un milímetro, la pantalla del ordenador se lo chivaba al instante, porque no había desactivado los GPS que llevaba encima. Pero él no podía ir allí, era un suicidio para los tres. Estando recluidos en lugares desconocidos para el enemigo no los encontrarían y podrían trabajar para desmantelar las organizaciones. Además... no estaba seguro de lo que se podía encontrar en aquella casa.

Se fiaba de los sentimientos de Salma, sabía que no le había mentido sobre lo que sentía por él, pero todo había sucedido demasiado rápido. Hasta que lo conoció a él no comenzó a olvidar de verdad a Jack. Por suerte o por desgracia, su trabajo como *escort* le había hecho desarrollar un instinto que se lo decía.

Y ahora ese tipo había regresado de pronto, frenando la superación personal con la que Salma batallaba para olvidarle. No dudaba que Jack intentaría recuperarla si las fuerzas se lo permitían. Él en su lugar haría exactamente lo mismo...

Sin embargo, sería Salma quien tomara la decisión, siempre eran ellas las que elegían, aunque los hombres se empeñaran en pensar lo contrario. Poco podía hacer él ya y presentarse en aquella casa avasallando sólo conseguiría que la balanza se inclinase a favor del contrincante.

Para empezar, debía confiar en ella como profesional. Habían trazado un plan y saltárselo a la torera transmitiría desconfianza hacia su profesionalidad, nada más lejos de la realidad. La admiraba, aunque le costaba verla en situaciones de riesgo. Tendría que acostumbrarse.

También debía confiar en ella como pareja. Su relación había empezado por el final, pero la atracción estuvo ahí desde el mismo instante en que se cruzaron sus miradas y después encajaron, se gustaron más allá del sexo y comenzaron a conocerse.

Salma haría lo que debía hacer y esperaba que se lo contara aunque doliera. Él había recuperado a sus «hermanos», su vida real, y deseaba compartirlo con ella, pero si finalmente había elegido a Jack... se apartaría, se marcharía a la base y la dejaría tranquila, aun siendo una de las decisiones más dolorosas de su vida.

Cansado, se levantó del sillón de delante del ordenador, en el despacho. Cogió la tablet y el móvil y se marchó a su dormitorio mientras abría la aplicación con la que veía la posición GPS de Salma. Era lo único que podía hacer, vigilar que ese punto rojo no se desvaneciera y dormir si la inquietud se lo permitía.

Salma había conseguido descansar un par de horas a duras penas. Su encuentro sexual con Jack le estaba pasando factura. Sólo pensaba en Alex... Ella nunca había querido serle infiel, nunca, pero necesitaba despedirse de Jack... Era importante que pasara esa página de su vida, lo supo en cuanto la besó. Ahora debía asumir las consecuencias de sus actos y contarle a Alex la verdad, si es que quería una relación sincera desde el principio. Era lo correcto.

Todo lo que vivió con él en la piscina de su impresionante refugio, lo que se dijeron y lo que hicieron, le había dejado claro que querían estar juntos. Esperaba que continuara siendo así.

Harta de dar vueltas sobre el tema y de no moverse para no despertar a Jack, se levantó sigilosa de la cama, se puso la camiseta que había sobrevivido a su encuentro sexual, cogió su móvil y salió de la habitación.

En otro momento hubiese husmeado en cada rincón de la casa, curioseando, pero ahora era lo último que le apetecía. Su única misión a la vista era encontrar la cafetera.

En cuanto la descubrió sobre la impoluta encimera de piedra roja, se lanzó sobre ella. Necesitaba cafeína, mucha, urgentemente.

Ya con su café doble en la mano y unas cuantas galletas de chocolate que encontró en uno de los numerosos muebles, sólo podía pensar en llamarle... Necesitaba escuchar su voz, saber que estaba bien, que estaba vivo...

Pero tras unos segundos desechó la idea. Podían interceptar la comunicación y lo sabrían todo. Tenía que ceñirse al plan.

Enfadada por el cansancio y las decisiones que tomaba, aunque fuesen por su bien, encendió el televisor de plasma que había colgado en la pared, frente a una mesita para dos, donde se sentó junto a un gran ventanal que daba a la calle. Buscó el canal de noticias internacionales y lo dejó de fondo, como tenía por costumbre. Era importante averiguar qué se decía del tiroteo en el ático de Andrés.

Hablaban de una catástrofe natural en Estados Unidos, una tormenta. Aprovechó para buscar un

ordenador. Encontró un portátil encima de la mesa del salón y lo llevó a la mesita donde se había preparado el desayuno, organizando un pequeño cuartel general. Conectó el móvil para recargar la batería, convenciéndose de nuevo de que sólo lo había cogido para eso y nada más, pero en realidad quería saber si había algún mensaje, alguna llamada, alguna señal de Alex...

No había nada.

Cogiendo aire para intentar aplacar los nervios, lo dejó sobre la mesa y buscó la información que necesitaba en los periódicos. Todos los titulares decían lo mismo: «Ajuste de cuentas se salda con numerosos muertos en un ático en la Milla de Oro de Madrid».

Salma entró en varios de esos reportajes y vio que las noticias hacían referencia a un desacuerdo entre bandas de narcotraficantes, que había acabado con la masacre que conocía perfectamente. No había datos identificativos de los muertos y tampoco de los posibles implicados, ni siquiera el de su hermano como dueño del apartamento. Alguien había limpiado los datos sobre la propiedad del piso.

Buscó en las imágenes. No encontrar nada era positivo, sus caras no habían sido mostradas en público, pero no tuvo suerte con los vídeos. Un usuario anónimo había colgado en YouTube la secuencia de la persecución en el paseo de la Castellana y otra donde ella realizó el trompo con el coche, disparando.

No eran de muy buena calidad y no se identificaba a nadie, pero sí las matrículas de su Mini Cooper. Debía cambiarlas antes de marcharse de casa de Jack. La policía tendría orden de búsqueda y captura del vehículo y su conductor.

Era peligroso que esas imágenes estuviesen activas. En unos minutos eliminó los vídeos de la red; eso les daría algo de tiempo, pero pronto los volverían a subir.

Media hora después, seguía sin encontrar nada nuevo. En todos los medios la noticia era la misma. Por de pronto podía estar tranquila.

Otra vez miró el móvil.

Nada.

Lo cogió, decidida a no aguantar ni un minuto más y marcar.

—No es buena idea —oyó a Jack en la puerta.

Salma resopló, levantando la mirada con furia. ¿Por qué no se había quedado en la cama cinco minutos más?

Jack caminó hasta ella con normalidad. La herida debía de estar cicatrizando bien y con la dosis de calmantes que tomaba no le dolería demasiado. Sólo llevaba unos pantalones cómodos para dormir y se apreciaban las gasas del vendaje. Estaban limpias y, tras cambiarlas después de su encuentro, no había sangrado más.

Sin esperar a que tomase asiento, Salma se levantó a prepararle un café. Tenerlo tan cerca aún la ponía nerviosa.

—¿Qué tal estás? ¿Tienes fiebre? ¿Te duele? —preguntó sin volverse. En ese momento sólo quería mirar la cafetera.

—Bien y no a lo demás —contestó él, sentándose en la silla libre, sin dejar de observarla.

—Perfecto —murmuró, ansiosa por salir de allí. Ése era el camino.

Jack sabía perfectamente que estaba pensando en Alex, en cómo se lo diría; porque ella se lo

contaría todo, era así, no iba a ocultárselo. Lo que la consumía era la incertidumbre...

Ante todo era su mejor amiga y como tal iba a hablarle. No quería que cometiera un grave error.

—Salma, no se lo cuentes —le aconsejó sincero—. Deja de atormentarte por haberte acostado conmigo. Pasó y no va a volver a suceder. Él no tiene por qué saberlo.

Ella se volvió indignada, pero no por sus palabras, sino por ser tan transparente para él.

—Demasiado tiempo juntos, cariño —se disculpó sincero, al ver su gesto.

—No voy a mentirle a Alex —zanjó el tema, antes de que fuese a más.

—No es mentir, es omitir partes de la verdad.

—Tampoco voy a omitir partes de la verdad —contestó, negando con la cabeza y acercándose con el café.

Jack hizo el mismo movimiento de negación, chascando además la lengua. Era cabezota como ella sola.

—Salma, le harás daño y, según le pilles, te perdonará o no. ¿De verdad quieres arriesgarte? —Se acercó a ella, inclinándose sobre la mesa—. Ya has elegido. Él es el afortunado. Omite cómo has llegado a esa conclusión. Hazme caso.

—No puedo...

—Entonces reza. Es como yo y no lo asumirá. Lo sabes.

Estaba casi segura de ello, pero no era como Jack, era mucho más comprensivo y empático que él. Confiaba en que lo entendería aunque le costase.

—Lo hará. Lo siento, pero él es mucho mejor que tú.

A Jack esa apreciación le dolió sólo en parte. Si Salma hablaba así de Alex significaba que estaba en el camino hacia la felicidad y, aunque ahora le hacía daño escucharlo, en el fondo se alegraba.

—Eso espero —respondió, dando un sorbo al café, bajo la atenta mirada de ella.

En un intento de cambiar de tema, miró a su alrededor. Salma no había cambiado absolutamente nada, seguía con su costumbre de tener vigilado el mundo entero.

—¿Hay algo sobre nosotros? —preguntó, señalando el ordenador y la televisión, mientras tiraba con cuidado del vendaje, para ver cómo estaba la herida.

—Se habla del tiroteo, pero han limpiado la escena. He tenido que eliminar un par de vídeos de YouTube de la persecución, pero estoy segura de que volverán a subirlos.

Jack miró el trabajo que Salma había hecho con su herida y la verdad es que siempre era de primera.

—Tendrías que haber sido médico, nena.

Salma cerró los ojos, negando de nuevo con la cabeza. Era cierto que se le daban bien las curas de emergencia, pero ser médico era otra cosa y ella ya tenía una carrera profesional que le encantaba.

—Tendría que haber sido muchas cosas, pero decidí ser agente del gobierno y amo mi profesión —contestó, mientras recogía la mesa. Quería salir de allí en cuanto fuera posible y no iba a demorarse ni un minuto—. Si estás en condiciones de quedarte solo, voy a preparar mis cosas. Tengo que volver con Alex.

Jack sabía que ese momento llegaría, pero esperaba que aún tardase al menos un día...

—¿Es seguro? —preguntó preocupado.

El trayecto lo haría sola y lo ponía nervioso que la interceptaran por el camino. En los operativos había otros agentes que los cubrían, pero ahora estaban solos. No había nadie más.

—Creo que sí. He estado comprobando las cámaras de vigilancia que tienes instaladas y no parece que haya ningún coche apostado fuera, ni nadie extraño por los alrededores. Aun así, no iré directa para asegurarme, y antes camuflaré las marcas de los disparos y cambiaré las matrículas.

Él asintió con el cejo fruncido. Ahora sólo eran compañeros y no debía intervenir más de lo necesario si no quería que lo mandase a la mierda.

—Aún tenemos cosas que hablar. —Hizo un último intento de que ella se quedara un poco más. Ya casi estaba saliendo por la puerta de la cocina para ponerse manos a la obra—. No te he contado lo que hablé con Andrés y Romanov en el ático y es importante.

—Lo sé. No me iré sin la información.

Salma sabía que ante todo debía hacer su trabajo. Era primordial para la seguridad de muchas personas.

Resignado mientras la veía desaparecer por la puerta, tomó asiento donde ella había estado trabajando, con el fin de controlar los vídeos de los que le había hablado y borrarlos en cuanto aparecieran.

Pasado un buen rato, estaban de nuevo online.

No pudo evitar echarles un vistazo.

Era impresionante ver a Salma en acción. Simplemente le encantaba y en esa ocasión, herido como estaba, no había podido disfrutarlo.

Verla realizar las maniobras que había hecho conduciendo, sin rozar ningún coche, sin herir a ningún civil, y conseguir sacarlo vivo de la encerrona en la que estaban, hablaba por sí solo de la categoría de Salma como agente. Era de los mejores.

Esa vez, sin la colaboración de Alex lo hubiesen tenido muy difícil, pero el militar había realizado un trabajo impecable. Iban a formar un gran equipo si se decidían a trabajar juntos, y no les faltarían propuestas de instancias militares o gubernamentales.

Sintió un aguijonazo de envidia. Ese lugar antes era suyo.

Jack era un buen agente, pero ella era mucho mejor y se negó muchas veces a cambiar de equipo, de compañero o de destino por él.

Esperaba que todos salieran vivos de aquello y por fin se reconociera el trabajo de Salma como correspondía.

—¿Preparado? —le preguntó, apoyada en el marco de la puerta.

Llevaba un buen rato observándolo mirar los vídeos. Siempre había dicho que la admiraba, pero nunca le había creído. Ahora había visto su rostro contemplando su trabajo y... no la había engañado. Deseaba que Alex sintiera lo mismo en vez de miedo. Ése era el único escollo en su relación y debía superarlo o sus vidas correrían peligro.

Jack levantó la vista. Se había puesto la ropa del día anterior... en cuanto le contara lo que había averiguado, se marcharía. Esperaba que volvieran a encontrarse. Eso querría decir que estaban

vivos.

Alex se despertó inquieto. Estaba solo... Salma no había regresado.

Miró el reloj despertador. Las diez de la mañana. Al menos había conseguido dormir seis horas seguidas con el par de somníferos de los que usaba en el Ejército la noche antes de entrar en acción. Algo es algo.

Enseguida miró el teléfono móvil. Ninguna llamada.

Desbloqueó la tablet. El punto rojo del GPS de Salma continuaba en el mismo sitio... ¿Tan mal estaba Jack? Esperaba que no. Le iban a necesitar.

Ofuscado, se levantó de la cama.

Cada minuto que pasaba sin saber nada de ella era un minuto de vida que le quitaba. Si las cosas estaban mal, debía llamarle... pero si no lo hacía quería decir que todo estaba controlado. Pero entonces... ¿por qué no estaba segura bajo el techo de su búnker? ¿Por qué no volvía? Era desesperante dar vueltas a las mismas preguntas un minuto tras otro... ¡Inaguantable! ¿Cómo lo había logrado Jack?

Ahí tenía la prueba de por qué él se había dedicado a esa sección del Ejército: no trabajaba con mujeres y mucho menos con una con la que mantuviera una relación. No lo soportaba.

Tras darse una ducha rápida, se puso unos vaqueros, una camiseta de manga corta negra y unas deportivas. Quería estar preparado por si debía salir corriendo de allí, huyendo o a buscarla. Si su teléfono sonaba, no podía perder ni un segundo, porque ese segundo podía decidir la vida de alguien y no quería que esa persona fuese Salma.

Intentando aplacar los nervios, bajó a prepararse algo para desayunar y mientras lo hacía conectó el iPod y los altavoces que había sobre la encimera. *Do or Die*, de Thirty Seconds to Mars inundó la cocina. Siempre le había gustado esa canción. Se imaginaba a sus hermanos SEAL escuchándola antes de salir de misión. Tenían la costumbre de poner música mientras se preparaban para entrar en acción y esa canción era perfecta.

Ahora tenía un significado más especial aún... casi todos sus compañeros habían muerto y sólo el tiempo diría si él se reuniría con ellos pronto...

Do or a die
And the story goes.

Vida o muerte
Y la historia continúa.

Así iba a ser.

Todo acabaría en algún momento, que no andaba lejano y, desde luego, iba a ser a vida o muerte.

32

Sentados en el sofá del salón con un nuevo café, Jack dudaba sobre cómo encarar el asunto. Sabía que lo que tenía que decir a Salma no le iba a gustar, pero conociéndola, lo mejor era que fuese rápido y sin rodeos.

—Salma, Andrés está totalmente metido en la organización.

Esas palabras que esperaba escuchar con la confirmación de sus sospechas cayeron sobre ella como un jarro de agua fría.

—¿Cómo estás tan seguro? —le preguntó, intentando buscar un resquicio de esperanza.

Jack entendió la pregunta. Se resistiría hasta el último segundo a creer que Andrés era un delincuente. Era su hermano y teniendo ella esa vena tan marcada de honor y legalidad, no entendía que él hubiese escogido el camino contrario.

—Lo siento, el Andrés que yo conocía no es el mismo tipo que estaba sentado en aquel salón.

Salma enarcó las cejas sin saber muy bien qué quería decir. Eso no era una razón suficiente para pensar que ahora era un enemigo.

Jack buscó otra forma de explicarlo para hacerle el menor daño posible.

—Nena, creo que es cierto que le secuestraron y lo del rescate, pero algo le hizo cambiar y quedarse con ellos —explicó, sin apartar la mirada de la suya. Era muy duro para ella y quería que sintiera su apoyo incondicional.

Salma no estaba satisfecha con esa explicación. Quería saber qué había causado ese desastre, pero Jack no había podido llegar a tanto. Andrés estaba custodiado por Grisha y sus hombres. No podía hablar abiertamente con él sin destapar su identidad.

—¿Qué te dijo? —exigió nerviosa.

—Que estaba con unos amigos de visita. Le pregunté si te había avisado y eludió la pregunta; sin embargo, sabía perfectamente que tú y yo nos habíamos visto... Te tienen vigilada y si tenía acceso a esa información sólo puede significar que está dentro de la organización.

Salma analizó cada palabra y enseguida llegó a una conclusión.

—Tengo que avisar a Alex. Si me han vigilado, también lo han visto a él y, si como creo, los rusos son los suministradores de armamento de los yihadistas, ya sabrán que no está muerto —reflexionó en voz alta, levantándose del asiento.

Ahora lo más importante era mantener a Alex a salvo. Andrés ya no tenía la exclusividad de la prioridad.

—No tiene por qué. Tú y yo nos vimos a solas un par de veces antes de que te encontraras con él...

—Él también estaba cuando intentaron matarme, ¿recuerdas? —replicó, recordándole el episodio del club—. Además, sabemos que han utilizado el club como almacén o incluso como laboratorio.

Jack sabía poco sobre aquel día.

—¿Qué recuerdas? ¿Viste algo?

Salma cerró los ojos antes de hablar.

—Andrés estaba allí —contestó con un hilo de voz por la decepción—. Creía que habían sido imaginaciones mías en el delirio de la muerte, pero con lo que acabas de contar y sabiendo que aquel almacén era uno de los lugares donde trataban la droga, no tengo dudas de que era él.

En cuanto terminó de pronunciar la última palabra, las lágrimas anegaron sus ojos al enfrentarse a la realidad... Su hermano había permitido que le inyectaran una dosis letal de NB... ¿Cómo había podido?

Jack ató cabos y llegó a la misma conclusión que ella. Andrés estaba tan metido en la organización, tan cegado por el dinero, la ambición o las promesas, que ya nada le importaba, ni siquiera su hermana.

Habían tenido una buena relación. Como hermana mayor, Salma lo cuidó cuando se quedaron huérfanos, pero Jack siempre había tenido la intuición de que no le sentó bien que ella se uniera a la agencia. Eso significó un alejamiento entre ambos. Cuando la ficharon, Salma estaba terminando la doble licenciatura como ingeniera en informática y en telecomunicaciones. Le esperaba un futuro brillante, con un montón de propuestas sobre la mesa para desarrollar proyectos militares y civiles, pero decidió unirse a ellos, dejando a Andrés mucho tiempo solo y aislado, sin poder contactar con ella debido a las intervenciones que llevaban a cabo.

Pero tenía que haber algo más... Todo eso no era suficiente para cambiar de vida de forma radical y mucho menos cuando las cosas le iban bien, ganaba dinero, su trabajo se reconocía mundialmente y no le falta de nada. Ojalá lo averiguaran, sería lo único que daría a Salma un respiro. Necesitaba un porqué.

—No lo sabemos. No adelantemos acontecimientos. —Intentó posponer lo inevitable, mientras se acercaba a su lado para abrazarla. Ella aceptó.

Durante unos segundos permanecieron abrazados, asimilando la situación. Tarde o temprano tendrían que enfrentarse a Andrés y eso iba a ser lo más duro y difícil de sus carreras como agentes.

—Creo que Grisha sólo le vigila —continuó Jack.

Aunque ella no preguntara, la presencia del ruso era muy importante y a tener en cuenta, ya que sus escoltas del antiguo FSB y mercenarios del antiguo ejército checheno eran letales.

—Pero no entiendo la relación entre ellos —prosiguió—. ¿Qué es eso que dijiste que habías pensado sobre el vínculo que mantienen los diferentes grupos?

Salma se activó de inmediato. Cada día estaba más convencida de que la situación era como intuyó y así se lo explicó.

—Como rescate a cambio de Andrés me pidieron un archivo que Alex lleva en su móvil. Yo pensé que era información clasificada, pero lo que querían era la agenda de contactos, los nombres de las mujeres. —Jack enarcó las cejas, sorprendido. Si hubiese tenido que seleccionar información, desde luego no hubiese escogido la agenda de sus clientas, igual que le sucedió a ella—. Yo sabía que antes de ser gigoló había pertenecido a las fuerzas especiales, tuve acceso a información clasificada antes de que los documentos sobre Al Qaeda se elevaran a alto secreto, lo que no sabía

era que es un miembro importante del DEGVRU... —Jack hizo un gesto de no entender a qué se refería—. Jack, Alex es un miembro del Equipo Seis SEAL.

La cara de él fue todo un poema. Sabía que era militar y uno de los que entran en acción, pensaba que era un marine bien cualificado o un Delta Force, pero que perteneciera a ese equipo SEAL quería decir que era la élite de la élite y que manejaba información privilegiada, y también que se habría ganado muchos enemigos.

—¡Vaya! Al final sí que va a ser Rambo —se guaseó, intentando que ella sonriera y, aunque muy tímidamente, lo consiguió.

—Por eso pensaba que la información que buscaban tenía que ver con el Ejército, pero aún no sabemos para qué la quieren. Con la implicación de Grisha, puede ser para buscar rutas de entrada y salida para el tinglado que tienen montado, ése es otro de sus trabajos dentro de la mafia, pero no lo sé seguro.

—¿Y cuál es ese tinglado?

—Según la información que tenemos, creo que la organización que tiene a Andrés está usando sus conocimientos químicos para fabricar grandes cantidades de NB, un antiguo veneno que parece que se está volviendo a fabricar para utilizarlo como droga de diseño, pero para ello necesitaban financiación, cosa que los árabes tienen. El problema es que ellos no pueden mover el dinero libremente, necesitan de terceros para invertir y así autofinanciarse con las ganancias para comprar armamento y desarrollar las bombas que utilizan. Ahí es donde entran los narcotraficantes. Pagaron la elaboración de la droga a cambio de que les compraran las armas con los beneficios.

—¿Y qué pinta Romanov en esto? —Salma debía omitir la información clasificada, pero sus pesquisas sí se las podía contar.

—Es posible que estén interesados en la droga y quieran invertir en el negocio, por eso han enviado a su perro guardián. Él se encargará de que nadie los engañe o intente sacar tajada. Además, creemos que Grisha es socio de la discoteca donde se mueve todo, por tanto también puede que simplemente les esté dando asilo en la ciudad a cambio de un porcentaje.

A Jack aún le quedaba una pregunta por hacer. Salma había empezado contándole cosas de Alex para después eludir el tema, pero no lo iba a permitir. Había esperado esa explicación durante días, le había costado activarse de nuevo como agente y un careo con la plana mayor de la agencia.

—¿Quién es Alex? —preguntó a bocajarro—. ¿Quién es ese SEAL tan importante?

Ella dudó, pero si Jack estaba con ellos, también debía velar por él.

—Es Alex Blake, teniente al mando del Equipo Seis, que encabezó la Operación Lanza de Neptuno... ya sabes, en la que se dio muerte al terrorista más buscado de todos los tiempos, Osama Bin Laden. Fue uno de los que le disparó y por eso es buscado por sus seguidores. De los hombres que llevaron a cabo la misión, sólo queda él con vida y no pararán hasta verlo muerto.

Jack no podía creer lo que oía.

¡¿El hombre más buscado por amigos y enemigos era el Alex de Salma?! Cerró los ojos, con el cerebro a mil por hora. Ahora lo entendía todo. Que nadie supiera nada de él, los archivos vacíos, ocultarse tan celosamente, la profesión discreta que había elegido para subsistir, la curiosidad de Salma por él...

A ella siempre le había gustado ese tipo. Cada vez que escuchaba una conexión de radio de los marines, era capaz de distinguirlo entre un infierno de disparos. Ya le quería sin siquiera conocerlo. ¿Cómo? Ni idea, ¡ojalá lo supiera! Era una atracción que él ejercía sobre ella más allá de lo explicable y contra la que ni Jack ni nadie podía luchar.

Dicen que cada uno tenemos una media naranja esperándonos en algún lugar y que si tenemos la suerte de encontrarla seremos realmente felices y completos, pues bien, la de Salma era ese SEAL, sólo que ella nunca lo dijo en voz alta, ni tampoco confesó que se sintiera atraída, pero a Jack no se le escapó ese detalle.

Salma nunca pensó verse con él cara a cara, aunque sus vidas laborales tuviesen mucho que ver. Pero trabajaban para instancias distintas de países distintos y era complicado; sin embargo, había sucedido de forma inesperada.

—Pensaba que todos habían muerto a manos de los Vengadores de Bin Laden —comentó, refiriéndose al grupo que se dedicaba a exterminar a los soldados que mataron a su líder.

Salma aguantó la respiración unos segundos, recordando el duro momento en que creyó que había muerto, cuando abatieron el helicóptero con la mayoría de ellos en Afganistán.

—Él no.

—Tu Rambo tiene mucha suerte, pequeña, y no sólo por seguir con vida —dijo, al ver cómo sus ojos brillantes le decían lo que guardaba para Alex, toda la pasión, el amor, la admiración... todo lo que alguna vez fue para él, pero no lo supo valorar.

—Debo volver con Alex. Tiene que saber todo esto y debemos pensar cómo vamos a actuar. Son demasiados enemigos para controlar entre los tres —comentó incluyéndolo en la acción, mientras se levantaba, lista para irse. Jack no podía permanecer al margen por más tiempo, le necesitaban. Sonrió.

—¿No te quedas a comer? —intentó a la desesperada.

Una vez que ella saliera por aquella puerta, el uno por ciento de posibilidades que tenía de hacerla cambiar de opinión desaparecería para siempre.

Salma apretó los labios, negando con la cabeza. Jack Swan nunca se iba a rendir. Se acercó, sosteniéndole la mirada. Él la entendió a la perfección e, inevitablemente, cedió. Otro hombre había ocupado su sitio.

—Descansaré al máximo para recuperarme hasta que decidáis qué hacemos. Permaneceré oculto, esperando vuestra llamada.

Salma asintió con una media sonrisa. Por fin habían llegado a un consenso con el que vivir los tres.

—Cuídate —se despidió, dándole un sutil y breve beso en los labios, pero suficiente para hacerlo suspirar.

Ella sonrió con cariño, se dio media vuelta, cogió sus cosas y se encaminó al garaje privado para cambiar las placas de matrícula antes de salir. Nadie debía identificar el vehículo.

Jack la vio desaparecer por la puerta con un nudo en la garganta. Ahora era de verdad, Salma se marchaba con aquel tipo y no había vuelta atrás.

En silencio, admiró su efectividad viéndola a través de las cámaras de seguridad; cómo

comprobaba si estaban secas la masa y la pintura de la reparación de los disparos, cómo cambiaba luego las matrículas y montaba en el vehículo.

Era dulce y letal a partes iguales...

Nunca dejaría de amarla, siempre quedaría parte de ella en su corazón.

Eligió una cámara frente al coche y agrandó la imagen. Salma tenía un pequeño mando a distancia en la mano con el que estaba eligiendo una canción en su equipo de sonido y, si Jack no se equivocaba, sería algo con muuuucha marcha.

Vio que comenzaba a moverse y conectó los altavoces para saber qué música había escogido. No se había equivocado. *The Light*, un tema de Jamie Lewis y Michelle Weeks, sonaba como si de la mejor fiesta de Ibiza se tratara. Así era Salma.

Levantó los brazos, siguiendo el ritmo con la cabeza y los hombros, mientras miraba hacia la cámara que intuía que Jack habría pinchado para verla marchar, sonrió, le lanzó un beso y con el pulgar hacia arriba le indicó que abriera la puerta.

Sonriendo a la pantalla del ordenador, Jack activó la puerta del garaje

—Adiós, nena —susurró, agradecido por haberla visto feliz de verdad antes de desaparecer de su casa y de su vida.

33

El camino de vuelta fue tranquilo, aunque Salma no dejó de vigilar a su alrededor. Cualquier detalle que pasara por alto podía costarles la vida a los tres.

Estaba acostumbrada a situaciones de peligro, se exponía a ellas continuamente y el miedo a morir o ser atrapada lo llevaba bien. Había temporadas en que la ansiedad al pensar en ello era más elevada, pero se podía decir que entraba dentro de los baremos normales.

Pero ahora la situación era diferente. No se trataba sólo de su vida, ni siquiera de la suya y la de Jack, como antes... en aquel trayecto se jugaba también la de Alex.

Estuvo una hora dando vueltas por Madrid, salió a la autopista un par de veces y, cuando se cercioró al noventa y nueve por ciento de que nadie la seguía, se encaminó a casa de él.

Los nervios comenzaron en el momento exacto en que tomó esa decisión.

No sabía lo que se iba a encontrar. No sabía nada de Alex desde que se separaron, obligados por la situación tras el tiroteo... Además debía contarle lo que había pasado con Jack. No iba a mentirle, por mucho que su ex así se lo recomendara.

La música había cambiado y ahora sonaba una versión lenta y acústica de *Running*, de Jessie Ware, de la que normalmente disfrutaba en su versión más bailable, como hizo el día que regresó a la discoteca junto a Alex.

... I'm lost again, it's happening
When you're around I just go weak
All I wanna know, is it mutual
Then I never want to leave
Then I'm ready to run, ready to fall
Think I'm ready to lose it all...

Keep me running, you keep me running...
... You keep me...

... Estoy perdida de nuevo, está pasando
Cuando estás cerca me siento débil
Todo lo que quiero saber es mutuo
Entonces nunca me quiero ir
Entonces estoy lista para correr, lista para caer
Pienso que estoy lista para perderlo todo...

Mantenme corriendo, tú mantenme corriendo...
... Tú mantenme...

Ya estaba dentro de la urbanización, muy cerca de la casa donde Alex esperaba, pero tuvo que parar. La letra de la canción con su ritmo lento permitía escuchar cada estrofa con calma.

Salma también se sentía débil con él... también estaba lista para cualquier cosa con el SEAL que, tras aquella puerta metálica, sólo era un hombre que sabía cómo tratarla, amarla, que quería compartirlo todo con ella y no se merecía lo que le tenía que confesar...

... Ohh, would you pull me close so nobody knows we're there
No one can find us.

... Ohh, me tendrías cerca para que nadie supiera dónde estoy
Nadie pueda encontrarnos.

Los nervios que sentía al pensar que Alex no la perdonara hicieron que algunas lágrimas cayeran descontroladas.

Esperó unos minutos para serenarse e intentar llegar con otro estado de ánimo. Él no podía verla así.

Alex no hacía más que mirar el reloj. Las horas pasaban sin tener noticias de Salma y estaba a punto de cometer una locura, aunque el GPS mostraba que no se había movido.

Era la hora de comer, pero no tenía hambre. Los nervios se la habían quitado y si seguía así le daría un ataque.

Desesperado, salió del despacho directo a la piscina. Necesitaba calmar su ansiedad, no podía enfrentarse de esa forma a la situación, nunca lo había afectado tanto. Tenía que controlar el estrés y tranquilizarse.

En cuanto llegó, se desvistió por completo, cogió su teléfono sumergible, se lo acopló con una cinta de neopreno al brazo, conectó unos auriculares, activó la música y se lanzó al agua. Nadar siempre lo había ayudado con los estados de ánimo y sobre todo a pensar con claridad. Esperaba que en esa ocasión lo relajase lo suficiente hasta que ella regresara.

A Salma le costó recuperar el control, pero lo consiguió. Debía enfrentarse a las consecuencias de sus actos, como siempre había hecho, aunque con Alex significara mucho más que eso. Era su futuro, el único que deseaba si salía con vida de aquello.

Observando su alrededor, se cercioró de que no había ningún coche nuevo aparcado, dio un par de vueltas por varias calles para comprobar que nadie la seguía y, tras ver que todo estaba tranquilo, activó el mando a distancia que abría la gran puerta metálica que la llevaría hasta él.

Con impaciencia, aparcó junto al Maserati, esperando que él entrase por la puerta del garaje como un ciclón para ver que estaba bien y entera, pero no sucedió. Las puertas no se abrieron.

Con cautela, se bajó de coche, se colgó la mochila a la espalda, cargó la pistola que llevaba en la cinturilla del pantalón y la mantuvo oculta detrás, con el brazo que la empuñaba doblado.

Las cosas estaban muy alteradas y todo podía suceder, incluso que hubiesen entrado en el búnker. No se iba a arriesgar.

Entró en la casa avanzando con sigilo. No había ruidos, ni voces, estaba sumida en un silencio aterrador que le ponía los pelos de punta. Alex había estado allí, su coche estaba en el garaje... ¿Lo habían secuestrado? No se veían signos de violencia... ¿Lo habrían envenenado?

Tragó saliva y aceleró el paso hasta la escalera que llevaba a los dormitorios. Tenía que subir a la habitación y comprobar que no estaba allí. El corazón se le aceleró al límite cuando abrió la puerta de un empujón. La cama estaba vacía. Con rapidez, se aproximó al mueble del vestidor y comprobó que no había sido abierto.

Se agachó, presionó la pequeña palanca y abrió el acceso al sótano secreto. Alex tenía allí pantallas con las cámaras de seguridad de toda la casa. Comprobaría las habitaciones de un solo vistazo sin correr riesgos. Podía haber alguien que se hubiese escondido al oír llegar su coche.

Respiró tranquila al ver movimiento en el agua de la piscina. Alex estaba nadando y llevaba puestos unos auriculares. Era normal que no hubiese corrido a recibirla, no había oído que llegaba.

Era un hombre espectacular. Se quedó embobada observando sus perfectos movimientos, brazada tras brazada, sólo por si la echaba de su vida tras confesar y nunca más podía mirarlo.

Resignada, fue a buscarlo. Estaba desando verlo y que la rodeara con sus brazos protectores, abrazándola muuuuuucho rato... Esperaba que así fuera y que no dejara de hacerlo nunca.

Alex nadaba más relajado después de una hora de ejercicio. Al principio lo hizo con la furia que la situación le provocaba, al compás de la música que lo acompañaba.

Ahora, más tranquilo, escuchando *Because of You* de Ne-yo, disfrutaba del ejercicio, mientras sonreía por la canción.

Salma era su adicción... sólo podía pensar en que estuviera junto a él.

Un movimiento cercano lo hizo incorporarse de golpe. A pesar de lo concentrado que estaba en cada brazada, no había dejado de vigilar su alrededor. Allí había alguien más.

Cuando la vio, todo él se desarmó.

Estaba preciosa de pie al borde de la piscina, abriéndose la cazadora de cuero sin quitarle la vista de encima. Parecía tener algunas pequeñas heridas en la cara...

Sin esperar ni un segundo, nadó con fuerza hasta llegar donde ella lo esperaba y de un solo impulso salió de piscina, chorreando agua.

A Salma no le dio tiempo a reaccionar, se la comía entera con la mirada y ahora con la boca. La besaba con la desesperación que había sentido esperándola.

Abrumada por lo que transmitía con su pasión, apartó de su mente lo que le debía confesar. Alex la reclamaba y no se iba a negar.

—Llegas tarde —le reprochó, separándose lo justo de su boca para quitarle la camiseta y acariciarle las heridas.

—Lo siento. He venido en cuanto...

Pero no la dejó seguir, no quería saber qué había pasado en todo ese tiempo, aún no. Ahora la quería a ella, su cuerpo, su pasión, su amor... solos los dos, sin Ejército, sin Jack, sin enemigos ni bombas ni terroristas... sólo ellos dos.

Con un beso, ahogó las palabras que pugnaban por salir de su boca, para hacer que únicamente emitiera gemidos y jadeos al paso de sus manos por su cuerpo.

—Te necesito —susurró contra sus labios, con una mirada intensa.

—Me tienes —contestó sincera, porque era verdad. Ella sólo sería de él, ya no podía serlo de nadie más.

Alex esbozó una sonrisa de lobo feroz que no le pasó desapercibida a Salma. En ese tiempo separados, ella había solucionado una parte de su pasado. Quizá no de la mejor forma, pero ya estaba hecho. Y al parecer, él también había pensado en ellos y estaba decidido a seguir adelante.

Con cuidado, llevó a Salma a una de las tumbonas, la tendió sobre ella, le quitó la ropa que le quedaba y, durante casi una hora, se amaron como ambos deseaban.

Tras un buen rato sin hablar, sólo mirándose el uno al otro, Alex supo que algo no iba bien. Habían hecho el amor, sí, y Salma no había dado muestras de no desearlo, sino todo lo contrario, pero estaba cambiada... Para ser sincero, lo que veía en ella era más seguridad, más autoestima, pero algo la mantenía intranquila.

Dudaba si preguntar o esperar a que se lo contara. Necesitaba tener clara y en calma esa parcela de su vida, porque el resto estaba patas arriba.

—¿Cómo está Jack? ¿Qué tal la herida? —preguntó, interesándose por su enemigo más inofensivo. Ése no le dispararía, o eso esperaba.

Salma lo miró nerviosa. Era una pregunta normal dadas las circunstancias, pero ella no había reaccionado bien.

—Bien. La herida no había tocado ningún órgano y pude curársela en su casa segura. Lo estabilicé sin problemas.

—Vaya... ¿también eres médico? —preguntó, asombrado por su nueva habilidad.

—No —contestó con una media sonrisa.

—Empiezas a asustarme, Salma —confesó, divertido ante tantas cualidades como iba descubriendo.

—No te asustes, sólo soy buena enfermera si lo que tengo delante no es complicado —le explicó, sosteniéndole la mirada—. Con material médico es posible hacer muchas cosas. Nosotros, por norma, tenemos en nuestras casas y los pisos francos material de ese tipo para tratar heridas de bala, pero si el herido ha recibido varias o es una herida crítica, no hay mucho que hacer.

Alex asintió,. No olvidaba cómo había conducido entre los vehículos del centro de Madrid, evitando colisionar con ellos para no poner en peligro a nadie... Había esquivado disparos e incluso realizado maniobras de evasión propias de película. Era muy buena en su trabajo y la acrobacia final antes de huir con Jack lo dejó asombrado. Era mucho mejor que él, sabía hacer cosas que no se

imaginó en aquel aseo del club, cuando le confesó que era agente.

Al verlo concentrado en sus pensamientos, Salma le preguntó:

—¿Alguna novedad por aquí?

Él esbozó una media sonrisa que ella interpretó como un sí, pero la respuesta no fue la esperada.

—Dímelo tú.

Salma aguantó la respiración un par de segundos, intentando encontrar las palabras correctas. Pero ¿qué palabras había que no hiciesen daño para lo que tenía que decir?

Alex le dedicó una mirada intensa aunque tranquila. Ella tenía miedo, se lo decían sus ojos y él no quería que le tuviese miedo jamás. Era libre, podía hacer, decir o ir donde quisiera, porque la quería así, totalmente independiente para que fuese feliz.

—Puedes contarme lo que sea, Salma. Intentaré entenderlo lo mejor posible, no tengas miedo.

Al oír sus palabras de ánimo, cogió aire, cerró los ojos un segundo y se decidió a hablar.

—Quiero que sepas primero lo más importante —comenzó por su conclusión final, pero debía saberla para que estuviese seguro de lo que sentía a pesar de todo lo demás—: te amo, Alex, y quiero intentarlo contigo cuando todo esto termine, si es que sobrevivimos... cuando podamos llevar una vida normal.

—Normal, normal...

Salma sonrió, mordiéndose el labio inferior ante esa apreciación. Era cierto que sus vidas no eran las de cualquier persona con un trabajo corriente de nueve a cinco, pero al menos, cuando aquel infierno en el que estaban metidos se acabara, podrían tener cierto orden en su peculiar día a día.

—Normal para nosotros —aclaró, poniéndose seria de nuevo.

Él decidió no interrumpirla más. Intentaba destensar la cuerda, pero enseguida entendió que ella necesitaba formalidad. La alentó a seguir.

—Alex, yo...

Él había tratado de no pensar en una posibilidad que le taladraba la mente desde que ella se fue con su ex, pero viendo la tristeza con que lo miraba y cómo buscaba palabras que no encontraba, supo lo que le intentaba decir.

—Te has acostado con él —continuó la frase que ella había sido incapaz de terminar, con cada palabra desgarrándole el alma y sintiendo el dolor en lo más profundo.

Salma no pudo contestar, las lágrimas anegaron sus ojos al ver la decepción en su mirada. La garganta le dolía por el nudo que formaban las palabras de disculpa que se le agolpaban en ella, incapaces de salir.

Alex intentó comprender por qué lo había hecho, mientras esperaba que le diese una explicación, pero ésta no llegaba. La rabia lo estaba consumiendo por dentro, aunque no quería demostrarlo. En ese momento estaba hundida emocionalmente y no quería aumentar su pesar.

Salma se enjugó las lágrimas y, llena de angustia por la sensación de pérdida que le transmitían los ojos del hombre al que amaba por encima de todas las cosas, se esforzó en hablar. Tenía que hacerlo. Alex se lo merecía.

—Sí —confirmó con un hilo de voz. Respiró un par de veces ante la paciencia infinita de él y continuó—: Sucedió... Desde que regresó, Jack ha intentado por todos los medios reconquistarme y

yo lo he esquivado una y otra vez, pero anoche... algo pasó... La situación tan familiar, la cercanía, los recuerdos, no lo sé... —Bajó la mirada, incapaz de encontrar una excusa que fuese coherente, porque era imposible—. No es ningún consuelo, pero quiero que sepas que lo de anoche me sirvió para confirmar que te amo, Alex...

—Bonita forma de demostrarlo —contestó, incapaz de aguantar la conversación.

Sabía que aquel tipo estaba decidido a recuperarla y que ella no le había olvidado del todo. Que no hubiese sucedido antes había sido un milagro provocado por las circunstancias que la habían mantenido a su lado. Tomó aire intentando pensar con más claridad para no decir algo de lo que se arrepentiría en un futuro muy próximo. Se levantó y caminó desnudo hasta donde estaba su ropa y se puso los bóxers dándole la espalda.

Salma no podía reprocharle aquella reacción. De hecho, esperaba que demostrara más su enfado, pero Alex era elegante hasta para eso.

—Lo siento, lo siento mucho. Nunca he querido hacerte daño...

Él cerró los ojos al oír su voz rota. Le dolía en el alma verla así, pero en ese momento no era capaz de calmarla y decirle que todo estaba bien, porque no era verdad, necesitaba unos minutos en soledad para asimilar lo que había sucedido.

La música había sonado de fondo todo ese tiempo, aunque Salma no le había prestado mucha atención... Ahora se oía *Human*, de Christina Perri, y su letra le hacía daño... Tenía que salir de allí. No podía soportar su indiferencia ni aquella canción...

Incapaz de decir nada más, se levantó de la hamaca tapándose con la toalla que tenía al lado y caminó embargada por la pena hasta su ropa, la recogió y se marchó en silencio. Él necesitaba pensar y ella llorar.

Con decisión, fue hasta la suite de Alex, cogió ropa limpia de la que había llevado cuando se trasladó con él y se metió en el cuarto de baño, que últimamente se había convertido en su refugio. Le urgía estar sola para llorar, llorar y llorar todo lo que fuese necesario, porque los sentimientos no eran buenos compañeros en su trabajo y los tendría que dejar aparcados allí dentro.

Sus vidas estaban en juego, debía averiguar qué le había ocurrido a su hermano para pasarse al lado enemigo, qué pintaba Grisha realmente en la trama, y debía evitar que aquellos extremistas llamados Los Vengadores de Bin Laden matasen a Alex. Eso era lo verdaderamente importante.

Lo demás... tendría que esperar.

34

Hacía más de una hora que Alex sopesaba si entrar o no a su habitación a buscarla. Sabía que estaba encerrada en el baño, porque podía ver la suite vacía desde el pasillo y oía correr el agua.

Cuando había querido reaccionar en la piscina, Salma ya se había marchado de su lado. La rabia y la ira no eran buenas compañeras en ninguna circunstancia y no quería causarle más tristeza. Sólo necesitaba unos minutos a solas... quizá debía haberle hablado, pero no pudo...

Si hubiese estado atento a los sentimientos y no cegado por las palabras, habría actuado a tiempo. Ahora le tocaba esperar y darle un margen para sosegarse, si era eso lo que necesitaba, pero tenían que hablar.

Si todo eso con Jack hubiese pasado antes de lo que sucedió días atrás en la piscina, de lo que hablaron, de lo que compartieron, él no tendría nada que decir. Entonces sólo había una atracción física obvia y unos sentimientos que por su parte comenzaban a asentarse al conocerla. Pero que lo hubiese hecho después de aquella noche...

Desterró esos pensamientos de su cabeza a la fuerza, se alejó de la habitación y, resignado, fue a la cocina. Ya estaba anocheciendo, no habían comido y cocinar lo distraería un rato.

Recordó cómo ella disfrutó con su comida y, aunque no le apetecía nada en absoluto hacer de chef estrella Michelin, lo haría.

Abrió la nevera y sacó unos solomillos, los prepararía con su salsa especial a la pimienta y de primero una excelente ensalada de sandía, queso feta, aceitunas negras y un aliño especial de aceite de oliva, hierbabuena y lima.

Tras veinte minutos en los que lo preparó todo excepto la carne a la plancha, no lo soportó más y se encaminó hacia el cuarto de baño. Ella debía salir de allí y enfrentarse a él. Tenían cosas que hablar, sus vidas corrían peligro y el tiempo iba en su contra.

Salma ahogó sus penas bajo el agua de la ducha.

Sentada en el suelo de pizarra negro, lloró durante mucho rato, hasta que se le acabaron las lágrimas, y después pensó en todo lo que había cambiado su vida desde que Jack se marchó. Al principio era muy diferente, triste y con episodios difíciles de tratar y asimilar, pero había aparecido Alex y todo había cambiado. Actualmente era feliz, ¡mucho!, y sentía que alguien la amaba de verdad, sin condiciones y que ella sin duda le correspondía.

Sabía que Alex no se iba a tomar bien la confesión, ella tampoco lo hubiese aceptado como si nada, de hecho, aún recordaba lo que sintió cuando lo vio del brazo de aquella mujer en la discoteca, aquella clienta que sólo quería pasearse con él, exhibirlo como un trofeo y después sexo, nada más. Pero Alex era mucho más que un hombre elegante, guapo, sexy y follable... para ella era todo lo que

una mujer puede desear en una pareja, todo.

Tras más de una hora, en la que se tranquilizó y apaciguó su pena, decidió salir a enfrentarse con él. Necesitaba verlo, decirle lo mucho que lo quería y después trabajar juntos en sobrevivir.

Cuando abrió la puerta, vestida con un simple vestido corto de tirantes de algodón negro y descalza, se lo encontró de frente. Estaba al otro lado, de pie, con la mano estirada como si fuese a llamar o a entrar. Había ido a buscarla.

Avergonzada, bajó ligeramente la vista, mientras se colocaba un mechón de pelo aún mojado tras la oreja.

Alex se dio cuenta de su estado de ánimo, su expresión triste y la mirada, ahora sin el brillo que tan feliz lo hacía cuando lo miraba días atrás. Le partió el alma. Tratando de suavizar la situación, preguntó:

—¿Tienes hambre? He preparado la cena.

Ella apretó los dientes intentando que la emoción que le había causado escuchar una propuesta tan sencilla y cotidiana no la hiciera llorar otra vez.

Asintió, porque si hablaba, él lo notaría.

Alex, contento de que aceptara salir de allí por fin y pasar un rato en su compañía, le tendió la mano. Sonrió cuando ella se la cogió y, sin más palabras, tiró ligeramente para que lo siguiera escaleras abajo.

Salma tomó asiento en el mismo sitio donde le había preguntado sobre su profesión tan especial como acompañante de mujeres, aun sabiendo que la que ocultaba era más interesante.

Miró a su alrededor y la asombró ver todo lo que había preparado en su ausencia.

No había notado el hambre a lo largo del día, había estado demasiado ocupada para eso, pero aun con todos aquellos manjares delante, no se veía capaz de comer ni un bocado.

Alex observó su semblante y enseguida entendió que lo primero que debían hacer era aclarar su relación, después podrían comer y, por último, ponerse al día con las novedades, para trazar un plan de actuación y acabar con el peligro lo antes posible.

Con calma, tomó asiento junto a ella, retiró un mechón rebelde de su rostro con ternura, le levantó el mentón y la obligó a mirarle.

—Siento no haber sido más rápido en reaccionar en la piscina, pero necesitaba unos minutos para pensar con claridad y saber cuáles eran mis sentimientos al respecto, una vez superada la rabia. —Ella intentó eludir su mirada, pero él no se lo permitió—. Salma... mi intuición me dijo hace días que esto iba a suceder y que debía estar preparado. No olvidaste a Jack hasta que aparecí en tu vida. Tú creías que sí, pero te engañabas. Que él regresara unas horas después de tú conocerme no me ha ayudado precisamente y, como presentí, tarde o temprano tenías que aclarar tus sentimientos respecto a ambos.

—Los tengo claros. Te quiero —lo interrumpió, más segura que nunca en su vida de lo que decía.

Alex esbozó una media sonrisa conciliadora. Era la segunda vez que lo declaraba desde que había regresado y sabía que era cierto, nunca lo había dudado, ella se lo demostraba a cada segundo, pero el dilema era si le quería lo suficiente o se había dado cuenta de que nunca podría vivir sin Jack.

—Salma... Jack ha sido tu pareja hasta el mismo momento en que yo me metí en tu cama, por mucho que intentes convencerte de que dejó de serlo antes. No lo niegues.

Incapaz de llevarle la contraria en algo tan obvio, ella asintió. No sabía adónde iba a llevarlos aquella conversación, pero estaba tan triste por lo que había sucedido que esperaba que el sufrimiento acabara pronto fuera como fuese.

—Cuando en la piscina he asimilado tus palabras y he querido hablar contigo, te habías marchado... No vuelvas a marcharte de mi lado, nena. Yo no lo haré del tuyo si es lo que deseas —dijo, bajando el tono de voz y hablándole con dulzura.

Salma sintió cómo se le erizaba la piel al instante.

Emocionada por lo que significaban esas palabras, se abrazó a él incapaz de hablar. No sabía si la perdonaba o no, la verdad es que eso no era relevante, lo realmente importante era que quisiera seguir con ella a pesar de todo y le acababa de decir que sí.

—Te quiero —le susurró al oído—. Te quiero en mi vida, Alex. Es contigo con quien quiero compartirla. No quería hacerte daño...

Él la abrazó con fuerza. La emoción no le había permitido seguir hablando, pero no era necesario decir nada más. Él también quería compartirlo todo con ella si el destino se lo permitía. Con ninguna mujer había sentido todo lo que Salma le hacía experimentar cada minuto que pasaban juntos, tanto lo bueno como lo malo. Ella le comprendía.

—No llores más, por favor —le rogó, apartándose ligeramente para secarle las mejillas con los pulgares—, odio verte llorar y más si es por mí. No llores por mí nunca. No lo merezco.

Y sin más palabras, la besó con ternura, esperando que se recuperase para poder olvidar todo aquello y continuar con sus vidas. Era un borrón en su relación, pero uno que ya estaba solucionado y que acabaría desapareciendo sí los dos querían.

—Y ahora... ¿tienes hambre? —preguntó sonriente.

Salma asintió más tranquila y, después de haber soltado ese peso que lastraba, fue consciente del apetito que tenía. Llevaba muchas horas sin comer.

—Estupendo.

Con otro beso, pero esta vez muy rápido, Alex se levantó de la banqueta, dispuesto a cocinar la carne. Pensaba compartir con ella ese momento disfrutándolo tranquilos y después arreglarían el mundo, o al menos la parcela que les tocaba del mismo.

Desde que Salma se había marchado, Jack permanecía sentado en el salón del silencioso apartamento, con una luz tenue y una botella de bourbon.

Había conectado el equipo de música y, canción tras canción, siempre había algo que le recordaba a ella... Todo estaba impregnado de Salma y no iba a ser fácil deshacerse de su esencia.

En varias ocasiones había sonado *When I Was Your Man* , de Bruno Mars definitivamente, Bruno había escrito esa canción para él. Comenzaba a odiarle por recordarle paso a paso lo gilipollas que había sido.

Había querido emborracharse antes de que el deber lo llamase, pero la cordura no lo había

abandonado del todo y, tras la primera copa, lo dejó. Las medicinas y el alcohol no eran buenos compañeros. Además, había muchas vidas inocentes en juego si todo lo que Salma le había contado era verdad. Debía estar recuperado al máximo de sus heridas cuando lo llamara. Decidió ir a descansar. No la iba a defraudar.

Tenía que dormir, parar la mente y pasar página inmediatamente. En la situación que vivían, si no lo hacía podía ponerles a todos en peligro. Cuando todo acabara, si seguía vivo, tomaría las decisiones que necesitara, con calma y bien meditadas. Ahora, la única válida y coherente era dormir.

Tras una cena más silenciosa de lo que ambos habían deseado, pero por suerte con la complicidad habitual, dedicándose intensas miradas, sonrisas, detalles y cariño, había llegado la hora de la verdad. Había mucho en juego, entre otras cosas la situación del hermano de Salma, y ambos se tenían que contar lo sucedido en los casi dos días que habían transcurrido desde la huida del ático de Andrés.

Alex tomó la palabra en primer lugar y le habló de su regreso a las fuerzas especiales, le contó la conversación con su capitán y cómo el Ejército estaba ya al tanto de la información de la que disponían hasta el momento. Que inmediatamente se habían puesto a contrastar datos y buscar pistas sobre los vinculados con la trama criminal, así como la red insurgente islámica. Sobre el ruso poco pudo revelar, pero esperaba que ella le diese más datos.

Salma estaba aliviada de que Alex por fin se hubiese decidido a pedir ayuda a sus superiores, la necesitaban, y con urgencia, pero también sintió un vértigo abrumador al entender que activarse como miembro del antiguo Equipo Seis SEAL, la élite militar, era servir su cabeza en bandeja a los radicales islamistas que lo querían muerto. Se lo había jugado todo...

—Ya me han intentado cazar dos veces en este tiempo que he estado escondido, Salma, y tarde o temprano lo conseguirán, por muy discreto y cuidadoso que sea —explicó, alarmándola más de lo que ya lo estaba, pero era necesario que supiera todos los detalles. Cogió la mano que tenía sobre la mesa—. No puedo vivir ni un día más una vida que no es la que quiero. Esa etapa se acabó para siempre y te lo debo a ti. Necesito recuperar mi identidad. Necesito volver y hacer lo que he hecho toda mi vida, para lo que me he entrenado y preparado desde los dieciocho años... No sabes lo difícil que ha sido sobrellevarlo todo este tiempo...

Ella le entendía. Si le prohibieran trabajar se volvería loca, pero por primera vez se arrepintió de haberlo metido en todo aquello, porque si no lo hubiese implicado, él no habría tomado esa decisión... En los aseos del club Moom no debió contarle que era agente de inteligencia, debía haber inventado otra historia y él habría seguido con su estupenda vida, aunque ella hubiese muerto en aquel pasillo... Quizá hubiese sido mucho mejor.

—¿Cómo lo has sabido?

—Mi capitán nunca me abandonó, aunque dejó que pensara que estaba solo. Algunos de los chicos a los que comandé en varias etapas de mi carrera y que milagrosamente aún me tienen aprecio, sabían de mi tapadera y han colaborado para mantenerme vivo, gastando tiempo de su vida privada en vigilancias... —Se estaba emocionando al contarle aquello. Habían dado mucho por protegerlo.

Salma se levantó para acercarse a él. Enterarse de aquello debía de ser desconcertante, aunque también un honor saber que contaba con tanta gente que lo apoyaban y creían en él.

Alex la recibió con una sonrisa, la sentó sobre sus piernas y dejó que lo abrazara. Ya lo tenía todo, su vida, su trabajo y a su chica. Esperaba que el destino le dejara disfrutarlo al menos un tiempo.

—Siento haberte metido en todo esto, Alex. Si yo no hubiese irrumpido en tu vida, ahora seguirías con tu rutina, vigilado por tus chicos y seguro.

Él negó con la cabeza, apartándose un poco para mirarla a los ojos. ¡Era lo mejor que le había pasado en la vida! Toda aquella locura no tendría sentido sin ella.

—¿Y morir por nada? Porque eso es lo que habría sucedido... No, Salma. No me arrepiento de ninguno de mis actos desde que te conocí. Tú me has hecho recuperar el valor para regresar, me has recordado quién soy... No sé si viviré mucho o poco, pero lo que sí sé es que deseo hacerlo con la gente que quiero, dedicándome a mi profesión y juntos.

Ella cerró los ojos, abrumada por todo lo que se les venía encima, tanto personal como profesionalmente. Estaban entrenados para situaciones de presión extrema, pero aquélla ya había sobrepasado esos límites hacía tiempo.

—No tienes que preocuparte por mí, todo saldrá bien —añadió Alex.

—¿Y si no sale bien...?

Él cogió aire, la miró a los ojos y, mientras le recogía el pelo y le acariciaba las mejillas con los pulgares, respondió:

—Si no sale bien, al menos habré conocido a la mujer de mi vida, la que me ha hecho plantearme tener una relación y la única que me obliga a superarme como militar, porque ella es extraordinaria como agente del gobierno y me vuelve loco.

Salma sonrió atontada. Que pensara eso sobre su trabajo fue una sorpresa. Siempre que habían hablado del tema, él le transmitía su miedo. Que ahora fuese diferente le gustó.

—Sólo hago mi trabajo —murmuró, ruborizada porque el mejor de los mejores hablara así de ella.

—No, nena. Hacer tu trabajo era esquivar balas y escapar a toda costa del enemigo, para proteger al herido que llevabas en el coche. Cuando a eso le añades proteger también a los civiles que había alrededor, intentar no provocar un accidente, hacer sólo los disparos necesarios con total precisión en plena calle o conducir con la destreza con que lo hiciste es ser extraordinaria. —Orgulloso, le sostuvo la mirada unos segundos antes de continuar—: He visto a muchos hombres que aun estando entrenados para la élite, no han sabido enfrentarse a situaciones tan feas como la que salvaste el otro día, ni hacerlo con limpieza, y tú eres impecable, sutil y detallista cuando te conviertes en la agente Roma. Tengo mucho que aprender de ti.

—Entonces, en el próximo operativo... ¿puedo conducir? ¿Ya te fías de mí? —preguntó divertida. Nunca había hecho caso de los cumplidos, se limitaba a hacer su trabajo y le gustaba hacerlo de la mejor forma posible, superarse y seguir aprendiendo para perfeccionarse.

Alex la levantó de sus piernas y se puso en pie, pidiéndole con un gesto del dedo índice que esperase. Cogió su iPad, que estaba sobre la encimera de la cocina, junto al móvil, buscó algo

tocando la pantalla táctil y la giró para que ella lo viera.

—Después de esto, puedes conducir siempre que quieras, preciosa, pero con una condición —dijo, mientras ella miraba de nuevo las imágenes de la persecución, que él había recuperado de internet para su consumo personal—: tienes que ayudarme a perfeccionar mi conducción de huida. Ya sabes que a nosotros nos llevan y nuestros vehículos o bien son demasiado pesados o vuelan.

Salma sonrió con picardía, subiendo y bajando las cejas rápidamente. Él pensó en la frase que ella acababa de decir y la miró atónito.

—¿También sabes volar?

Ella asintió tímidamente, mientras apretaba los labios. Le faltaban los cazas de combate... eso sería un sueño cumplido.

Dejándose caer de rodillas, muy teatral, Alex le rogó:

—Cásate conmigo.

No se esperaba una proposición así, creía que también le iba a pedir que le enseñara, o que dieran un paseo cuando tuvieran oportunidad. Escuchar aquellas dos palabras hizo que se pusiera nerviosa, aunque no fuese una petición real.

... Pero la cuestión era que lo haría, se casaría con él en ese mismo instante con los ojos cerrados.

—Acepto —contestó, sosteniéndole la mirada con una firmeza que le aceleró el pulso.

Alex apretó la mandíbula al observar cómo volvía a ser la mujer de siempre y esa palabra, ese «Acepto», confirmaba su seguridad en sí misma, pero también en él.

Se le acercó de rodillas, sosteniéndole la mirada y notando que, aunque lo había dicho en un contexto divertido, quería hacerlo.

Nunca pensó en flechazos. Para él el amor era una utopía inalcanzable por su profesión y por convicción. Había visto a tantos hombres separados de sus parejas porque no soportaban el ritmo impuesto por la vida militar, que casarse no entraba en sus planes. Pero con ella era diferente...

Cogiéndola de las caderas para acercarla a él, susurró:

—Hagámoslo.

Salma cogió aire, con el corazón a punto de salírsele del pecho. ¿Cómo demonios se iban a casar, con lo que tenían encima?

—Estás loco —murmuró, muy cerca de sus labios, acariciándole una mejilla mientras ella pasaba otra por su pelo.

—Sabes que sí —contestó, abriéndole las piernas para hacerse hueco entre ellas y acercarse más.

Era una locura, pero el rostro de él no reflejaba lo mismo. Lo decía en serio.

—Alex... el mundo está patas arriba, mi hermano forma parte de una banda criminal, unos extremistas islámicos quieren matarte, mi compañero de agencia está oculto mientras se recupera de una herida de bala, para poder actuar cuando todo se desmadre, hay que averiguar qué pinta un mafioso ruso exagente de la FSB en todo este asunto y, para colmo, tú vuelves a estar activo en las fuerzas especiales. Creo que una boda no es nada sensato en este momento. Puede que ni siquiera salgamos vivos...

Él sabía bien lo que suponía y precisamente por todo lo que ella acababa de decir era por lo que lo deseaba con más fuerza.

—Si morimos, al menos será perteneciéndonos el uno al otro.

Salma lo besó, confusa por lo que él deseaba. Recibió su beso con gusto, pero sabía que necesitaba una respuesta. Lo amaba sobre todas las cosas y deseaba tener una vida con él, pero aquello la superaba. No quería pensar en morir y mucho menos en que muriera él.

Se apartó delicadamente, era inútil explicar que había dicho que aceptaba pensando en un futuro más o menos próximo, eso el tiempo lo diría, no supuso que se refiriera a uno inmediato. Pero Alex tenía razón, todo podía acabar de la noche a la mañana con un chasquido de dedos.

—Me encantaría casarme contigo ahora mismo si pudiéramos —explicó con calma. Él sonrió al oír que no lo rechazaba—, pero tenemos algo importante que resolver y no podemos salir de aquí. Además, tengo cosas que contarte para que se las digas a tu capitán.

Alex frunció el cejo, él no quería ir a ningún sitio... Levantó el dedo de nuevo para que esperase y desapareció.

A los pocos minutos llegó con aspecto de haber corrido los cien metros lisos en dos segundos, tomó un trago de la copa de vino que había sobre la mesa, se arrodilló de nuevo y la miró con devoción.

—Salma... prometo serte fiel, protegerte y quererte todos los días de mi vida. Te prometo que sonreirás cada mañana y que te amaré cada noche. Sostendré tu mano con fuerza para que nunca caigas, siempre te apoyaré y alentaré en todo lo que desees emprender... —La emoción amenazaba con no dejarle continuar y tuvo que coger aire de nuevo. Unas lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de ella y, con ternura, él se las secó con los pulgares—. Y, por encima de todo, prometo que te amo como nunca antes he amado a nadie y por eso me ofrezco a ti si me aceptas.

Como si de un truco de magia se tratara, sacó un anillo de oro blanco con pequeños brillantes resplandecientes a su alrededor, imitando una tiara de princesa. Salma abrió mucho los ojos, incapaz de creerse lo que estaba viendo. Mordiéndose el labio para no llorar más, tragó con fuerza. Era precioso e inesperado.

—Era de mi madre —explicó él, mientras se lo ponía a Salma suavemente en el dedo—. Mi abuela consiguió guardarlo sin empeñarlo ni venderlo y ahora quiero que lo lleves tú, mi mujer.

—Es precioso, Alex —musitó ella con un hilo de voz, embargada por la emoción—, pero yo no tengo nada que darte...

—Sólo deseo una cosa y es a ti. No me hace falta nada para saber qué papel juego en tu vida, me lo has demostrado hoy contándome lo que ha sucedido, cuando podías haber guardado el secreto.

Salma tomó aire. Lo que acababa de escuchar de su boca era lo más bonito, sincero y especial que le habían dicho jamás. Era su turno y no podía quedarse atrás. Él también se merecía unos votos que recordar.

—Alex... prometo quererte cada día que me quede de vida y compartirlo todo contigo, excepto los altos secretos. —Él sonrió, negando con la cabeza. No esperaba que ella fuese a darle ese aire gracioso, que lo cautivó—. Prometo esperarte cada noche, desayunos cada mañana y muchos días de excitante piscina. —Alex la besó instintivamente al pensar en todas esas promesas, pero Salma lo

apartó divertida. Cogió su rostro entre las manos y susurró lo más importante—: Prometo que eres el único hombre al que amo, el único al que quiero en mi cama, el único al que deseo a mi lado hoy, mañana y hasta que la vida lo permita.

Sin esperar para saber si ella había terminado o tenía algo más que decir, la cogió entre sus brazos para besar aquellos labios que tanto deseaba. Salma lo hacía ser mejor persona, sentirse seguro de sí mismo y con ganas de vivir una vida real, aunque eso seguramente le restara años para disfrutarla.

—Cuando todo esto acabe —dijo en su boca—, te prometo que tendrás la boda más maravillosa que jamás hayas soñado.

Ella negó con la cabeza, colgándose de su cuello.

—No necesito nada más, mi amor. Saber todo lo que me amas, para mí es suficiente. Con tu perdón me has demostrado lo necesario. Un papel no va a cambiar eso. Mi promesa es para ti, no para un juez o un sacerdote, y un trozo de tela más bonito no va a cambiar lo que siento.

Satisfecho con el compromiso y su nuevo estado civil, al menos de corazón, la alzó en brazos, escuchando sus carcajadas felices al sentirse volar.

—Sé que tenemos que hablar, pero... que sea después de la noche de bodas.

Salma asintió, de acuerdo. Y sin más palabras, sólo con los ecos de sus risas por toda la casa, Alex la llevó por el pasillo camino de su habitación.

Ojalá hubiese tiempo...

Ojalá fuese mucho el tiempo que les quedara para vivirlo juntos...

35

Después de aquella noche de bodas inesperada, un poco de descanso y un desayuno divertido, como habían prometido en sus votos, comenzaron a desgranar la información que Jack había conseguido en el apartamento de Andrés.

Alex había visto las imágenes en su iPad, mientras estaban en el coche, y había hecho una copia de seguridad para poder analizarlas posteriormente. Ahora, con Salma y la información que ella tenía, todo cobraba sentido.

Para Salma había sido muy doloroso contar que su hermano formaba parte del engranaje principal de la organización. En realidad no sabía si había habido secuestro previo, su experiencia le decía que lo más probable era que nunca hubiese sido un rehén, sino que todo fuese simplemente un montaje para que ella robase la información que necesitaban.

Alex sintió como propia su tristeza. Sabía que aquello era muy duro para ella y más siendo quien era y desempeñando la labor que desempeñaba. No entendía en qué estaba pensando Andrés para hacerle algo así. Por otra parte, tarde o temprano sus conocimientos químicos dejarían de ser útiles para la organización y podría pasar a ser un intruso, alguien incómodo del que se desharían sin miramientos...

Todo era una gran incógnita. Ese tipo de organizaciones eran complicadas y nunca se sabía hasta dónde podían llegar. El mundo de la delincuencia era tan enrevesado que muchas veces era mejor no dar nada por sentado, porque la lógica brillaba por su ausencia.

—¿Y el ruso? —preguntó entonces, deseoso de conocer esa parte de la historia.

Todo lo que ella le había contado sobre el tipo y su desaparición con él durante cuarenta y ocho horas era algo que tenían pendiente de hablar.

Salma estaba sentada junto a Alex, frente a los ordenadores de su despacho, y sin quitar ojo del canal de noticias veinticuatro horas del televisor que colgaba de la pared, como era su costumbre, comenzó a contar lo que sabía sobre Grisha, ocultando la información clasificada. Pero tal como estaban las cosas y su relación recién consolidada, decidió explicarle lo que sucedió de verdad.

—Estaba asignada a una misión muy peligrosa en Moscú. Jack me guardaba las espaldas, pero él no podía aparecer en escena. Sólo si Grisha y su entorno se convencían de que yo no tenía a nadie revoloteando alrededor, habría posibilidades de éxito. Me costó una semana acercarme a él, pero en cuanto me vio se interesó por mí.

—Pelirroja —recordó, incómodo por lo que insinuaba.

—Sí. Le encantan las pelirrojas y eso me dio acceso a información sobre el armamento que deseábamos intervenir antes del intercambio y así interceptarlo —explicó, sin dar importancia al semblante severo de él. Era su trabajo y su misión. En aquel momento era importante para la seguridad mundial e hizo lo necesario para proteger a la mayor cantidad de civiles posible—. Pero

al margen de Jack, yo tenía otra misión paralela. Grisha es un supuesto exagente del FSB, aunque sabemos que sigue vinculado a la agencia y había posibilidades de que se hubiese infiltrado por dinero como agente doble. Nosotros necesitábamos a alguien que nos pasase información confidencial, así que... las cuarenta y ocho horas que estuve desaparecida, me sirvieron para confirmar que vendía información a la CIA, al MI6 o a ambos, entre otras agencias de inteligencia... Conseguí que también lo hiciera para nosotros. Me ayudó a evitar la venta del armamento a cambio de protección y asilo en nuestro país si fuera necesario, por tanto, aquel trabajo que en un principio parecía imposible resultó ser todo un éxito personal y también para la agencia.

Alex evitó pensar a qué precio lo había conseguido.

—¿Os habéis vuelto a ver? —Era lo único que necesitaba saber. Si ella había mantenido contacto con aquel tipo y su rostro se iluminaba como un árbol de Navidad al contestar, tendría de qué preocuparse.

—No, nunca. Sólo he sabido de él a través de los informes que he recibido de la agencia —contestó con aplomo, mirándolo fijamente. No tenía nada que ocultar—. Sólo se ha saltado el protocolo una vez, hace un par de meses, cuando me informó por medio de un mensaje cifrado del secuestro de Andrés antes de que nadie lo supiera e incluso antes de que yo recibiera las exigencias del rescate.

—¿Sabes el motivo? ¿Cómo sabía que era tu hermano?

Salma pensó un momento la respuesta. Había dado vueltas a todo eso y no tenía una explicación clara al respecto, pero sí una teoría.

—Creo que estaba participando activamente en la organización desde antes de que secuestraran a Andrés. Es posible que al principio del cautiverio simplemente usara su contacto seguro para informar.

—Y... no quiero ser pesado, pero... ¿cómo supo que eras tú?

—Creo que no lo sabía... —contestó Salma, encogiéndose de hombros. Esa incógnita estaba aún por descifrar—. Mi teoría es que me mandó esa información sin saber que la persona implicada era yo. Andrés no se parece tanto a mí como para pensar en un parentesco a simple vista. Además, él cree que soy pelirroja, ¿recuerdas? Mi hermano tiene el pelo negro como el azabache...

El agotamiento psicológico comenzaba a hacer mella en ella. Había pensado mucho en el tema desde que se enteró del secuestro y sólo tenía suposiciones. Cerró los ojos, cogiendo aire para concentrarse y pensar bien en todo lo que ahora sabía, buscando la respuesta. Al cabo de unos minutos, habló de nuevo:

—Alex, creo que Grisha simplemente me usó para transmitir la información. Creyó que era la forma más segura de que no transcendiera, se fía de mí y pensó que yo sabría qué hacer con ella, lo que no sé es por qué. Siempre he sospechado que alguien de la agencia está implicado y por eso no les conté lo que sabía a mis superiores. Pedí unos días libres y desde entonces he trabajado sola. Llegué a pensar que el espía era Jack, sobre todo cuando apareció por sorpresa en el momento en que debía dirigirme al intercambio, pero después de lo del ático, está claro que no es él.

Alex asintió con el cejo fruncido. Si lo que ella decía era cierto, era peligroso contar con sus jefes para lo que tenían entre manos, aunque seguramente ya estarían alerta y vigilantes al respecto.

Jack había vuelto a la acción, había acudido a hablar con sus superiores y, sin querer, les había alertado. No podían olvidar que lo vigilaban cuando se dirigía a buscar pistas a casa de Andrés y que los despistó.

—Si eso es cierto, no puedes pedirles ayuda, Salma. Tienes que seguir sin tener relación con ellos. El capitán Summers será nuestro único enlace exterior.

—Lo sé —murmuró preocupada.

Ambos guardaron silencio unos minutos. El capitán Summers había prometido llamar en cuanto tuviese datos concretos. Debían esperar ocultos hasta entonces, por tanto, tenían tiempo de darle vueltas al puzle e intentar resolverlo, pero faltaban piezas...

—¿Crees que el ruso nos ayudaría? —soltó Alex, haciendo que Salma lo mirase atónita.

—¿Lo dices en serio? Grisha Romanov es un agente doble, pero también un mafioso sanguinario y cruel. Si lo ponemos sobre aviso y no quiere colaborar, estamos muertos.

—Creo que a ti no te matará. Pelirroja, ¿recuerdas? —respondió él, levantando una ceja con sonrisa triste y pensando sólo como SEAL, no como su pareja. Si lo hiciera de esa forma, la encerraría en su habitación y no la dejaría salir de allí jamás.

Salma negó con la cabeza. No quería que Alex pasara por lo mismo que hizo cambiar a Jack tiempo atrás. Por otra parte, seguramente a Grisha ella todavía le atraía. Pero no... ¿en qué demonios estaba pensando para proponer que pidieran ayuda al ruso?

—No es buena idea, Alex. Ya somos tres, recuerda a Jack, y con ayuda de tus chicos, todo saldrá bien —intentó convencerlo.

—Necesitamos a alguien dentro, Salma. No sabemos quiénes son los demás, los contactos con los islamistas... ni siquiera qué pretenden... No sabemos nada y si el Ejército tarda en averiguarlo, todo habrá acabado.

Ella asintió abatida. Él tenía razón, pero era lo más peligroso que podían hacer.

De repente, el ordenador de Alex comenzó a pitar. Ambos miraron la pantalla y vieron que por fin el cruce de datos entre el archivo que él tenía en su móvil y la base de datos había dado sus frutos.

Varios nombres estaban relacionados con asuntos en los que podrían estar interesados los delincuentes que los cercaban.

Durante unos minutos analizaron los datos y, por desgracia, cada vez resultaba más inquietante lo que estaba averiguando.

—¿Ves todos estos tipos? —preguntó Salma, señalando un puñado de nombres en la pantalla. Alex asintió—. Son altos cargos o dueños de empresas de transporte importantes.

—¿Nacional o internacional? —le planteó él, anotando cada nombre en una lista.

—Ambas, y por diferentes medios. —Salma buscó en su ordenador la primera de la lista—. Mira, Spanish Transport por ejemplo, son muy completos, trabajan con cualquier medio de transporte internacional. Sin embargo, lo que me inquieta no son estas empresas, es lógico que busquen en este campo de cara a ampliar su red segura para mover la droga, lo que me preocupa es para qué quieren contactar con una empresa de ropa para adolescentes, otra de juguetes y otra de mochilas, estuches y otros complementos escolares.

Alex se fijó en los datos que le señalaba. Tenía razón, las empresas de transporte eran importantes, pero mucho más las dirigidas a niños y adolescentes.

—Querrán usar ese material para ocultar la droga dentro o impregnada en él, está a la orden del día —dijo él con gravedad. Era habitual usar ese medio para introducir productos ilegales—. Pero esta droga en concreto es muy agresiva, con una mínima cantidad, un niño estaría en peligro mortal, su organismo no lo soportaría. Si no destruyen todo ese material después del transporte y lo venden...

Salma estaba aterrorizada con sólo pensarlo. Había sufrido en su propia carne los efectos del veneno y casi había muerto a causa de él.

—Están locos —murmuró, analizando el listado de empresas que seguían apareciendo en pantalla. Ropa y comida de bebé, pañales... Era horroroso pensar en esa posibilidad.

—Espero que el capitán nos dé pronto noticias sobre el NB para saber cómo actuar, pero recuerdo que no hacían falta cantidades elevadas para que surtiera efecto. Teniendo en cuenta que nació como un veneno usado para matar a cuanta más gente mejor, no quiero ni pensar hacia qué tipo de droga habrá evolucionado.

Salma buscó rápidamente en internet noticias sobre drogas de última generación que estuviesen causando estragos en la población. Había varios artículos sobre la droga caníbal, el MDPV, que tenía asustado a medio mundo por la violencia que provocaba su consumo.

—¿Crees que esto tiene que ver? —le preguntó a él, enseñándole los datos. Alex sabía más del tema.

—Creo que no. Esta droga se vende desde hace tiempo como sales de baño y, aunque sus efectos son devastadores tanto física como psicológicamente, no se ha encontrado el tintado azul tan característico del NB en el organismo de ningún consumidor, pero el capitán nos los confirmará.

Ambos se miraron cansados y aburridos de estar en un callejón sin salida. Necesitaban un hilo del que tirar.

—¿Qué recuerdas del NB antiguo? —le interpeló Salma, intentando ver si de esa forma se le encendía la bombilla.

Alex resopló. Fue una mala época, en la que vio morir a muchos inocentes a causa de esa sustancia. De no ser porque la mayoría de la munición usada contra ellos estaba cargada con el NB podrían haber sobrevivido a las heridas.

—No sabemos si lo crearon de cero o lo extrajeron de algún otro compuesto ya existente —contestó, refiriéndose a la milicia islamista con la que le había tocado lidiar durante gran parte de su carrera—. Lo que sé y he visto con mis propios ojos es que recurrieron a este veneno a falta de armas químicas. Éstas son caras y en aquel entonces ese tipo de grupos insurgentes no tenía dinero para financiarlas. El veneno era mucho más barato y efectivo, puesto que así evitaban una alarma internacional y a los observadores de la ONU. Sólo tenían que herir al enemigo, no necesariamente con un tiro mortal, para infectarlo y que muriese.

Salma asintió, comprendiendo. Habían buscado una forma eficiente y barata de continuar con su guerra particular, sin tener que recurrir a ninguna ayuda exterior.

—¿Cuál fue tu experiencia con el NB? ¿Cómo desarrollasteis el antídoto?

—Una unidad completa murió en una emboscada cerca de Kabul, en Afganistán. Estaban

vigilando una posición de la milicia talibán cuando fueron atacados. Las balas estaban tratadas con el compuesto. —Salma pudo ver claramente que aún le afectaba. Los entrenaban para muchas cosas, pero para ver morir a gente desde luego que no. Aunque lo pareciera—. La división médica se puso manos a la obra tras las autopsias y consiguieron un antídoto eficaz en relativamente poco tiempo. Todos pudimos ver los efectos del veneno. Por eso supe lo que te pasaba en el pasillo del Moom en cuanto vi las marcas azuladas.

Ella apretó los labios recordando lo sucedido.

—¿Y crees que la están desarrollando como droga de uso corriente? ¿Como la cocaína, el cristal o la droga caníbal? —continuó curiosa, sin querer seguir con el tema de su casi muerte. Estaba viva y eso era suficiente.

—Sí —contestó Alex muy seguro—. Desde hace tiempo, este tipo de grupos radicales está muy vigilado, tanto dentro como fuera de sus países. Hay un seguimiento exhaustivo de sus miembros por parte de las fuerzas de seguridad nacionales de la mayoría de los gobiernos, pero sobre todo de los más amenazados por sus acciones, como Estados Unidos y Europa, y deben de estar buscando otro medio de autofinanciación.

Era cierto, desde los atentados del 11S en Nueva York, todo el mundo estaba alerta y se habían llevado a cabo acciones antiterroristas de diferente índole. Normalmente, esos grupos se habían valido del dinero de los rescates por los ciudadanos europeos o americanos que secuestraban, pero cada vez se estrechaba más el cerco sobre ellos y eran más complicadas las capturas. En los últimos años, actuaban de forma más parecida a una banda criminal mafiosa que como un grupo terrorista y era posible que quisieran comerciar con droga para financiarse. Si además se necesitaba poca cantidad de ese veneno para que fuera efectivo, mejor que mejor. A la hora de la venta sería mucho más rentable.

Salma guardó silencio, pidiéndole con un gesto a Alex que no dijese ni una palabra. Su cabeza funcionaba a mil por hora. Algo se estaba fraguando con los datos que él le había dado más la información que ya tenía.

Había un grupo terrorista fabricando drogas de diseño, algo surrealista, con la mafia rusa acompañándolos, además de un químico español. A través de ella, habían intentado conseguir información sobre clientas de un gigoló, Alex, entre las que, casualmente, había empresarias o algunas con maridos empresarios con negocios que podían servir de tapadera para introducir el compuesto donde quisieran. Todas esas empresas pertenecían a países occidentales, donde esos grupos ya habían atentado anteriormente... Pero había algo más... algo importante se les escapaba...

Cada vez estaba más segura de que habían acudido a ella para desenmascarar la identidad de Alex. Quizá no estuviesen seguros al cien por cien de que fuese él a quien buscaban y aquélla les habría parecido una buena manera de descubrirlo. Eso, mezclado con todo lo demás, era una bomba de relojería que cuando explotase iba a arrasar con muchas cosas.

—Dios mío... —susurró, horrorizada por lo que acababa de descubrir. Ojalá se equivocara...

Alex supo que lo que había pensado era grave en cuanto vio su rostro, antes siquiera de que hablara. La miró impaciente. Salma le devolvió la mirada, rezando para que no fuese verdad la teoría que iba a exponerle, o si no, todos estarían muertos.

36

Alex estaba nervioso. El capitán Summers no llamaba y habían pasado muchas horas sin que tuvieran noticias de él. Sabía que no se había olvidado de ellos, eso no ocurriría, pero tardaba demasiado.

A la agencia no podían contarle nada. Salma intuía que alguien estaba al tanto de todo y Jack lo confirmó cuando, tras hablar con él para saber cómo estaba y ponerlo al tanto de la situación, les contó lo interesados que estaban sus jefes en saber de Alex y cómo él, obcecado por su obsesión de encontrar a Salma, los había puesto sobre la pista.

—Debemos contárselo al capitán, Salma. Tienes que hablar con él y decirle lo que piensas antes de que sea demasiado tarde.

Alex tenía razón. No podían dejar pasar más tiempo. Era primordial que ninguno de los grupos moviese más fichas del tablero, o la red que habían tejido se extendería como la pólvora y sería muy difícil controlar los efectos.

—Llámale. Hablaré con él —contestó, mirándolo con intensidad, aún con el camisón puesto, tomando el último sorbo de café caliente que quedaba en la taza. Él asintió sin palabras. Llevaba horas sumido en sus pensamientos, dando vueltas una y otra vez a la situación y sintiendo miedo por primera vez en su vida por lo que pudiera suceder en el transcurso de la misión que los aguardaba.

Se levantó y le tendió una mano a ella para que lo acompañara; debían utilizar el teléfono seguro del despacho.

Alex sabía lo que tenía que hacer, pero sobre todo lo que debía asumir respecto a Salma. Ella iba a entrar en la partida y eso lo asustaba.

Salma intuyó sus miedos. Ella también estaba nerviosa por él, por lo que pudiera suceder, pero sólo eran peones que debían realizar un trabajo para proteger a la población en la medida de lo posible.

—Llama, Alex. Estaré bien. Confía en mí.

Él así lo hizo. Marcó el teléfono de memoria y esperó a que contestaran, como había sucedido días atrás.

—Identificación —pidieron al otro lado de la línea.

—Romeo, uno, Delta, Sierra —contestó, clavando su mirada en ella.

Silencio y tras unos segundos...

—Repita identificación para su comprobación.

—Romeo, uno, Delta, Sierra.

De nuevo silencio. Salma le sostuvo la mirada, observando cómo a cada segundo él se convertía más en su yo real, en el SEAL que había sido.

—Todo correcto. Está usted hablando en una línea segura. Nombre, rango, unidad, identificación y situación —exigieron al otro lado.

—Alex Blake, teniente al mando del Equipo Seis Navy SEAL. Romeo, uno, Delta, Sierra —contestó, con una seguridad que a Salma la emocionó—. Solicito comunicación con el oficial al mando, capitán Summers del DEVGRU Navy SEAL.

—No se retire.

Alex sentía los ojos de ella clavados en él.

—Alex, ¿qué sucede? —inquirió la voz del capitán Summers—. Te dije que llamaría cuando tuviese la información.

—Lo sé, señor, pero creo que debe escuchar la teoría de la agente Roma, de la inteligencia gubernamental española.

El capitán guardó silencio unos segundos antes de contestar.

—Es ella, ¿verdad?

—¿Disculpe? —preguntó Alex para que le aclarase qué quería decir, aunque lo sabía.

—Ella es el motivo por el que has regresado, ¿me equivoco?

Él la miró mientras respondía:

—Sí, señor.

—¿Merece la pena? —continuó el capitán con las preguntas personales, antes de entrar en la vorágine que les esperaba.

Deseaba que el muchacho al menos hubiese elegido bien. Cuando estaba a su mando era muy cabal, pero el tiempo cambia a las personas.

—Sí, señor, no sabe cuánto.

Salma no sabía de qué hablaban, pero por cómo la miraba y las respuestas que daba, dedujo que hablaban de ella. Por lo poco que conocía de su relación, sabía que aquel hombre quería a Alex como a un hijo y era normal que quisiera saber el motivo por el que salía de repente de su zona segura, arriesgando su vida.

—Bien, si es así, vamos a escuchar a tu dama. Pon el manos libres.

Alex obedeció al segundo y abrió la comunicación.

—Buenos días, agente Roma, soy el capitán Summers —se presentó el militar en tono afable.

A Salma no le pareció que fuese muy duro con sus hombres, pero tampoco lo tenía delante para forjarse una opinión sobre él. Lo que era seguro era que su voz sonaba amable y el tono manifestaba interés.

—Buenos días, capitán. Si lo desea, puede llamarme por mi nombre real, Salma.

—Encantado, Salma. Cuénteme qué ha averiguado, antes de que la comunicación deje de ser segura.

—Capitán Summers, Alex me ha contado todo lo que saben sobre el NB, el compuesto que los puso en jaque en Afganistán hace años, y, tras cruzar informaciones y conocer cómo trabajan los diferentes grupos implicados, creo que han desarrollado una forma de introducir esa antigua arma química en Estados Unidos y Occidente.

—Señorita, esa información es muy delicada —la interrumpió el capitán, nervioso.

Había rezado para que ese producto no se volviese a cruzar en sus vidas, perdió a muchos hombres y civiles por aquel entonces.

—Lo sé, señor, pero creo que han vuelto a fabricarlo con la apariencia de droga de diseño, para introducirlo en grandes cargamentos sin levantar sospechas y, una vez tengan la cantidad que necesiten en los puntos que deseen, sólo tienen que alterar químicamente la sustancia, añadiendo un componente más, con lo que se convertirá en el arma que necesitan para atentar a gran escala donde quieran. —Cogió aire unos segundos. No quería tener razón en eso...—. Hace años, intercepté un cargamento de armas para un grupo similar y neutralizamos la entrega. Sé que no ha sido la única vez... Si se han visto acorralados, es posible que intenten cualquier cosa para cometer sus atentados.

El silencio duró unos segundos. Salma esperaba equivocarse con toda su alma, pero el instinto le decía que había dado en el clavo y a Alex también.

—Salma... si lo que dice es así... ¿es consciente de lo que supone su teoría? —preguntó Summers intentando que ella rectificara y le dijera que se había equivocado. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

—Sí, señor, por desgracia sí. Alex me ha contado la potencia que adquirió el veneno en su momento y creo que ahora, más perfeccionado, puede causar muchos más daños de los que evaluaron entonces, sin necesidad de más armas.

—¿Cómo ha llegado a la conclusión de que la clave está en una alteración química para transformar el compuesto?

—Si el producto llega aquí como droga pero su fin es otro, sólo hay una forma de conseguirlo: alterar su base química. Mi hermano Andrés es el químico que tienen trabajando en el producto tras secuestrarlo y sé con certeza que es capaz de hacer algo así —contestó, con un nudo en la garganta.

—Ojalá esté equivocada. Esto es muy grave —murmuró el hombre, pensativo.

—Hay más, señor —intentó continuar. Alex la miró, frunciendo el cejo. No iban a contar nada más, ya lo habían acordado así. Salma cogió aire para proseguir—: Creo que la organización me ha usado para acercarlos a Alex e intentar matarlo, o informar a los terroristas que lo buscan desde hace años.

—Entiendo —confirmó el capitán.

Alex apretó la mandíbula incómodo. No quería que lo alejaran de la acción ahora que había vuelto, ni que lo separasen de Salma, o, peor aún, que ella fuese a primera línea y a él lo dejasen encerrado en algún lugar seguro. Y el capitán lo haría si lo creía necesario.

—Tampoco voy a informar a mis superiores. Sospecho que en la agencia también hay alguien interesado en Alex y no quiero poner más en riesgo su vida. Solicito discreción en cuanto a mi identidad fuera de su unidad.

—Por supuesto, señorita. Nunca revelaremos su identidad. Alex —llamó a éste, soltando el aire que había retenido—. No podéis manteneros escondidos mucho más tiempo por vuestra cuenta. Ya sabes cómo se las gastan esos tipos y si hay que interceptar envíos, montar guardias y hacer seguimientos, no puedo mantener la vigilancia. El peligro es extremo. Debéis trasladaros a la base cuanto antes. Es la única forma de protegeros y así también podremos actuar más rápido cuando tengamos datos para ello.

—Lo pensaremos. Aquí estamos seguros y tenemos lo que necesitamos —se negó él, como su superior temía.

El capitán emitió un gruñido de enfado. Aquel muchacho era muy cuidadoso y sabía guardarse las

espaldas, pero las cosas estaban muy alteradas y era mejor no arriesgarse más.

—Tiene veinticuatro horas para preparar el traslado, teniente. Le quiero aquí, disponible para cualquier necesidad operativa, y a la agente Roma para ayudarnos. Sin peros —añadió alto y claro—. Vuelve a ser un miembro activo del Ejército y como tal debe acatar las órdenes, ¿entendido?

Alex resopló, negando con la cabeza. Ése era uno de los peajes que había pagar por ser de nuevo un SEAL, pero la verdad era que no le afectaba, siempre había sido disciplinado. Volvía a la unidad, eso era lo importante.

—A sus órdenes, capitán —contestó, siguiendo el protocolo—. Pero hay otro agente que debe venir con nosotros. También está en peligro y además permanece oculto herido de bala. No podemos dejarle a su suerte.

Salma se sorprendió al oír cómo Alex velaba por Jack. Era un hombre de honor que no dejaba a nadie atrás, incluido a su extocapelotas.

Ésas eran las cosas que hacían que cada vez se enamorase más de él. Le cogió la mano, apretándosela en señal de agradecimiento. Era muy noble por su parte.

—Entonces, tienes veinticuatro horas para organizar la recogida del herido y llegar a la base los tres.

—A sus órdenes, capitán.

La comunicación se cortó sin más palabras.

El capitán los esperaba a los tres en la base militar de Torrejón de Ardoz, donde el Ejército americano tenía uno de sus cuarteles. Hacía tiempo que operaban desde allí en el más alto secreto.

—Creía que tu capitán estaba en Estados Unidos —comentó Salma, cuando él le dijo adónde debían ir.

—Estamos donde se requiere —contestó Alex, desconectando el teléfono—. Desde España se puede llegar en relativo poco tiempo a los países islámicos y usamos nuestros puestos aquí en muchas ocasiones.

—Gracias por acordarte de Jack —añadió ella, cogiéndolo por la cintura.

—No me lo recuerdes. Debería darle una paliza y después dejarlo a su suerte —contestó en tono duro, pero su expresión delataba que no hablaba en serio.

Salma lo estrechó con fuerza por la cintura. Era el mejor hombre que había conocido en toda su vida. Nunca olvidaría lo que estaba haciendo por ella.

Alex sonrió, rodeándola con sus brazos, mientras le daba un beso en el pelo.

—Nunca he dejado a ningún hombre atrás. Con Jack tampoco lo haré —dijo, sintiendo el abrazo de ella y aspirando su olor.

—Por eso te amo —declaró Salma contra su cuerpo.

—¿Por dejar que tu ex venga con nosotros en lugar de darle una paliza? Estás loca —dijo riéndose.

—Tienes razón —continuó con el juego, levantando la cabeza—. Loca por ti.

Alex le sostuvo la mirada con una media sonrisa.

—Entonces estás peor de lo que pensaba —contestó en tono más bajo, viéndola sonreír, justo antes de que lo besara.

—Más o menos como tú...

Alex la besó unos segundos, pero su cabeza ya no estaba allí, sino en cómo seguir vivos más tiempo. La situación era delicada y debían trazar un plan para llegar sanos y salvos a la base.

Jack estaba harto de descansar. A pesar de la herida, necesitaba un poco de acción. No era hombre que pudiera permanecer quieto mucho tiempo y menos cuando estaba pendiente de actuar en cualquier momento, pero el teléfono no sonaba.

Llevaba dos días con la televisión conectada en el canal de noticias, atento por si aparecía algo que tuviese relación con todo lo que estaban analizando, estudiando y confirmando.

Había preparado un pequeño equipo de asalto: chaleco, varias pistolas automáticas con cargadores, un fusil, munición, comunicaciones, un machete, ropa cómoda, calzado ligero e incluso una pequeña maleta civil de cosas básicas.

Se sentía como un animal criado en libertad de repente encerrado, herido y abandonado, porque a la tensión por actuar y la preocupación por lo que pudiera suceder a partir de entonces, había que sumarle que Salma le había dejado claro que no iba a volver con él... No sabía decidir si le dolía más la herida de bala o la del corazón.

Había pensado mucho en eso, pero sabía que lo superaría y podrían ser de nuevo amigos sin dolor...

El teléfono sonó, sobresaltándolo. Miró el nombre de la pantalla y, tras ver que era la línea segura de Salma, contestó:

—Dime, preciosa.

En cuanto pronunció esas palabras, cerró los ojos esperando una bronca desde el otro lado, pero no sucedió. Se puso alerta.

—Jack, prepara tus cosas. Nos vamos a la base americana.

Él abrió los ojos como platos. ¿Qué demonios iban a hacer ellos en la base? Por norma general, los militares y los agentes de inteligencia no se llevaban muy bien. Los primeros pensaban que éstos se sentían superiores, que los miraban por encima del hombro y mandaban sobre ellos, aunque nada más lejos de la realidad, eran iguales. Todos eran soldados cuando de proteger a civiles se trataba, aunque cada uno lo hiciera desde su lugar.

—¿Qué leches pintamos tú y yo con Rambo y sus amigos en una base? —contestó molesto. No quería ir allí.

Alex, que no perdía palabra de la conversación, sonrió. Si aquel tipo se sentía incómodo con él y sus compañeros, mejor. Iba a ser divertido. Salma resopló molesta. No esperaba hostilidad desde el segundo uno y desde luego no lo iba a permitir.

—Repito, prepara tus cosas porque nos vamos con los SEAL y no me hagas enfadar. Te volveré a llamar cuando estemos preparados para recogerte, con las instrucciones que hay que seguir.

—Piénsalo, Sal. Allí no pintamos nada y...

Ella gruñó enfadada. Jack se calló en el momento y Alex sonrió, dándose la vuelta para que no lo viera. No quería que se enfadase con él, pero le encantaba que los pusiera en su sitio sin

miramientos, a él también.

—Mira, Jack, la situación es difícil y no voy a dejarte atrás. Ya tengo bastante con saber que mi hermano pertenece a la organización y que la cabeza de Alex tiene precio, como para también tener que pensar en ti.

»Ya saben que vamos los tres. Rambo, como tú lo llamas, se ha encargado de que estés seguro con nosotros y eso que no tendría por qué, más bien debería regalarte a la Yihad de las narices, a Grisha o a todos, así que te vienes y no hay más que hablar, ¿entendido?

Jack resopló. Nunca se había entendido con aquellos hombres y había decidido evitar trabajar con ellos en la medida de lo posible, que para su suerte había sido siempre. Está claro que la suerte se acaba.

Sin embargo, aquel militar en el fondo empezaba a caerle bien, sólo con el hecho de tener a Salma contenta y feliz ya ganaba mucho. Ahora encima había conseguido mantenerlo a él vivo un poco más...

—Está bien. Tienes razón, pero ya sabes lo que opino sobre ellos y sus métodos. Haré mi trabajo, pero a mi manera.

—Lo sé. No te preocupes por eso. Prepara tus cosas. Te llamaré.

La línea quedó en silencio al segundo.

Ella colgó el teléfono alterada.

Sabía de sobra que Jack y el Ejército nunca se habían llevado bien, pero la situación era demasiado delicada como para andarse con remilgos. Los tres estaban caminando por una cuerda muy fina que en cualquier momento se iba a romper. Habían escapado de la emboscada del ático, pero no iba a arriesgarse otra vez.

—Tranquila. Avisaré a los chicos y al capitán para que le den su espacio y no lo avasallen. Espero que así se sienta más a gusto y cambie de opinión sobre nosotros. No todos somos como él cree.

Salma sonrió, cerrando los ojos. Sin decir nada más, Alex se acercó a ella, la abrazó y la besó. Estaba tensa, preocupada y cansada, pero quizá fuera de las últimas veces que tuvieran intimidad en no sabía cuánto tiempo...

—Debemos prepararnos, teniente —susurró Salma entre besos.

—Eso hago —contestó él, bajando las manos de la cintura de ella hasta sus nalgas, tentándola.

Salma negó con la cabeza, intentando separarse, pero Alex no se lo permitió. Con firmeza, la acercó a su cuerpo, empujándola suavemente para hacerla retroceder unos pasos.

—Alex, tenemos que...

Él le cerró la boca con un nuevo beso, más profundo, más exigente, lleno de necesidad, apoyándola en el canto de la mesa del despacho.

Con una intensa mirada, arrastró sus manos por la tela del ligero camisón. Salma sintió cómo sus terminaciones nerviosas se activaban y su cuerpo reaccionaba a él. Un escalofrío la recorrió entera y, sin intención de protestar más, cogió la cintura de sus pantalones de lino oscuros y se los quitó.

Alex sonrió, besándole la mandíbula, continuó por el cuello y, con los dientes, bajó el tirante, arañando con suavidad la piel, mientras conectaba la música en su ordenador. Salma siempre era muy receptiva cuando sonaba música. Lo averiguó en su coche el día en que lo contrató.

Ella suspiró al sentir las sensaciones que le proporcionaba. Era un hombre sensual, vigoroso y que no olvidaba ni un solo detalle. Si sus planes se hacían realidad, cuando todo acabase no se iba a aburrir.

—Sé que debemos irnos, que está mal, pero... sólo quiero estar contigo una última vez... —le susurró él al oído, mientras la sensual *So Wrong*, de Ne-yo comenzaba a sonar. Poco a poco le fue subiendo el camisón hasta quitárselo.

Salma jadeó ante el tacto de sus manos recorriendo sus piernas, subiendo por ellas hasta su sexo, para después bordearlo y llegar a la cintura... Tembló ante la atenta mirada de Alex, que sonrió complacido. Con delicadeza, la besó de nuevo inclinándose sobre ella y obligándola a echarse hacia atrás sobre la mesa.

Satisfecho con la nueva postura, bajó su boca saboreando su cuerpo, desde los jugosos labios, pasando por la barbilla, el cuello, el escote, los pechos, en los que se deleitó unos segundos, el estómago, el ombligo.

Verla así, desnuda sobre la mesa, le aceleró el corazón. Ninguna mujer había conseguido hacerle sentir lo que ella con su sola presencia.

—Todo lo que desees —lo invitó Salma, igual que había hecho él el día que se conocieron—. Siempre.

Excitado por lo que le decía, bajó la boca hasta su sexo y lo besó. Salma se arqueó por la sensación, jadeando. Alex sabía cómo hacer que disfrutara, cómo hacer que le necesitara, que deseara más...

Continuó saboreándola mientras temblaba entre sus manos, hasta que sintió cómo la sacudía el orgasmo y, sin esperar a que pasara, la penetró. Salma gritó de placer al sentirlo dentro, como deseaba. Alex conocía su cuerpo y preveía sus reacciones mejor que ella misma.

Quería hacerlo lentamente, entrando y saliendo de su cuerpo con calma, pero le fue imposible. Estaba tan excitada que exigía más. Intentando satisfacerla lo máximo posible, aceleró el ritmo y la hizo llegar al segundo orgasmo en pocos minutos, para después disfrutarlo también él.

Satisfechos, permanecieron abrazados unos minutos, sin querer separarse el uno del otro aún.

—No vuelvas a decir que quieres estar conmigo por última vez —susurró ella, acariciándole la cabeza, que reposaba contra su pecho—. Nunca mientras estemos juntos —le ordenó.

Alex suspiró tranquilo. No lo diría en voz alta nunca más, pero las circunstancias le hacían vivir cada segundo como si fuera el último.

Ojalá todo acabara bien... Eso era cuanto podía desear, porque lo demás ya lo tenía...

La tenía a ella.

37

Recoger a Jack no iba a ser tan difícil como pensaban. Había costado más ponerse de acuerdo en el cómo, que en ejecutarlo... Tras varias discusiones en las que Salma entendía que Alex no quisiera separarse de ella, propuso, mientras se embutía en unos pantalones pitillo oscuros:

—Sigo pensando que sería mejor hacerlo igual que cuando escapamos del ático.

—Tenemos que cambiar de forma de operar, Salma, ya conocen tu coche y es una pena no poder usarlo, porque es manejable, pequeño y rápido... Además no pienso separarme de ti mientras sea posible —insistió él, con tan sólo unos vaqueros oscuros sin terminar de abrochar, acercándose al armario en busca de algo de ropa para la maleta que estaba preparando.

Salma lo observó atentamente mientras le escuchaba... Si fuese posible, se quedaría allí con él para siempre, rodeada por sus brazos, acurrucada contra su pecho y con aquella boca tan sensual susurrando en su oído...

—¿Me estás escuchando? —preguntó Alex con una sonrisa traviesa. Se había quedado hipnotizada mirándolo.

—Sí, perdona —reaccionó por fin, volviéndose para buscar una camiseta cómoda—. Continúa —lo alentó, sin saber realmente qué había pasado antes en esa conversación.

Alex entrecerró los ojos sin decir nada más. Sólo observó cómo ella se movía entre sus cosas, dubitativa, desconcentrada, algo que no era habitual.

Estaba preocupada y nerviosa... Y, además, la idea de Alex de intentar contactar con Grisha para obtener información desde dentro de la organización a Jack le iba a sentar como una patada en los huevos.

—¿Estás bien? —preguntó él, sabiendo que no lo estaba, pero tratando de que lo reconociera. Era demasiada presión y debía sacarla. Cuanto antes mejor.

Salma asintió sin mirarlo, mientras se ponía una camiseta de tirantes gris.

—No me mientas —replicó, sin moverse del sitio. No quería que también se sintiera presionada por su cercanía.

Salma suspiró mientras se calzaba unas botas altas de piel negra, sin apenas tacón, por encima del vaquero para protegerse un poco las piernas.

—Sólo pienso en cómo va a resultar todo esto, encerrados juntos —confesó, dándole la espalda. Era más fácil decirlo sin mirarlo—. Jack es muy, muy cabezota, siempre se ha negado a formar parte directa de cualquier acción militar con vosotros y ahora lo metemos en una base en contra de su voluntad... Además está vuestra batalla particular, aunque ya he dejado claro mi parecer, y todo esto sin olvidar las amenazas que penden sobre nuestras cabezas, que mi hermano es uno de los principales implicados y todo lo demás... Estar un poquito preocupada creo que es normal, ¿no crees?

Él podía contestarle muchas cosas, explicarle que intentarían no hacerle daño a Andrés, que soportaría a Jack, que la ayudaría en todo lo que estuviese en su mano y más... pero a esas alturas eso Salma ya lo sabía.

Se acercó a ella, le dio la vuelta para enfrentarla a él y la abrazó, tranquilo e intentando transmitirle esa calma.

Salma suspiró entre sus brazos, cerrando los ojos.

—Gracias —susurró.

Alex no contestó, tan sólo le besó el pelo, se apartó un poco de ella y, cogiéndole la cara entre las manos, la besó dulcemente en los labios.

Ella lo miró unos segundos antes de hablar, admirando su templanza y su paciencia.

—Alex, necesito que no le cuentes nada a Jack de Grisha. Si quieres que acudamos a él, lo haremos, pero solos. No quiero desvelar que es un agente doble más allá de estas paredes y mucho menos que Jack se entere de lo que pasó entre nosotros durante esa desaparición mía que tanto lo marcó. Siempre se lo he negado y no voy a cambiar mi versión ahora. ¿Lo harás? —rogó—. Sólo lo sabremos tú y yo.

Alex asintió. No estaba muy seguro de que fuese lo correcto, llegados a este extremo, ya que Jack fue una víctima directa de aquella misión encubierta de hacía años, pero no iba a ser él quien lo desvelara.

—Cuéntame tu plan para llegar a la base. Debemos decidirnos ya —cambió de tema, intentando ayudarla emocionalmente.

Salma le contó su idea y, como lo principal era que ellos dos irían juntos en un vehículo, Alex dio su visto bueno al instante.

Después avisaron a Jack de la hora de recogida y, dispuestos para comenzar a resolver aquel asunto, bajaron al garaje.

Alex selló la casa antes de salir, incluida la piscina. Si necesitaban regresar para protegerse, debía ser tan segura como él la diseñó o no les serviría de nada.

Una vez comprobaron que todo estaba listo, Alex cogió una pequeña bolsa térmica con tres dosis de antídoto del NB y le dio a Salma la mano, para encaminarse juntos hasta el coche.

Antes de arrancar, Salma sacó un pequeño pendrive de la cazadora de cuero, lo conectó con el equipo de sonido y miró a Alex.

—Hay algo que debes saber de mí. Cuando trabajo y las condiciones me lo permiten, pongo música. Sobre todo si voy en coche, para mantenerme alerta y despierta, así que... bienvenido a mi mundo.

Él ya sabía que la música era muy importante para ella. Riendo, asintió esperando ver qué se oía por los altavoces.

—Empezaré por algo suave, un clásico, para que te hagas una idea —le explicó, seleccionando una canción mientras abría las puertas del garaje.

Estaba seguro de que el clásico que podía imaginar no iba a ser el que ella había elegido.

Push the Feeling On de Nightcrawlers, un tema de los años noventa del principio de lo que ahora se conocía como música dance, inundó el coche. Alex lo conocía bien, aún sonaba en las

discotecas y no le extrañó en absoluto que a Salma le gustase. Era cierto que era un clásico, pero uno muy peculiar.

Alex rio al verla llevar el ritmo y cantar mientras salían de su casa. Ambos estaban nerviosos y asustados por lo que el futuro les deparaba, pero al menos ese momento en el coche los hizo sentir como si tuvieran una vida normal, cómo cualquier pareja que sale al cine, a cenar o tomar una copa.

—Me encanta este coche —susurró ella, al notar la suavidad del motor, del volante, cómo respondía a sus órdenes...

—Recuérdame que te lo preste cuando volvamos —contestó Alex sin quitarle ojo. Estaba preciosa conduciendo su Maserati—. Te sienta muy bien.

El camino a casa de Jack fue tranquilo.

No estaban seguros de si el capitán Summers había retirado a sus hombres para mandarlos a buscar información sobre todo lo que le habían contado en su conversación telefónica, por tanto, habían esperado a que fuera de noche para salir.

Estaban ya cerca de Gran Vía cuando Salma llamó a Jack. Llevaba sus gafas de tecnología militar conectadas al teléfono, que obedecía por voz. Con una sola orden, el sistema de escucha se activó y el móvil marcó el número indicado.

—Jack, estamos cerca de plaza de España. Nos vemos en la esquina de la calle San Bernardo —dijo, mientras Alex observaba el entorno.

El plan inicial había sido recoger a Jack e ir los tres juntos, pero ante cualquier imprevisto y para salvaguardar otra de las casas que tenían para esconderse, decidieron que él iría en su propio coche, un Lotus.

Salma condujo despacio, parándose en los semáforos con paciencia, dándole los cinco minutos que Jack necesitaba para salir a la avenida principal, vigilando cualquier amenaza que se les acercara.

En cuanto vio aparecer el coche de Jack, una de las miles de losas que llevaba a la espalda desapareció. Ahora sólo tenían que llegar a la base.

—Ahí le tenemos —susurró, mirando acercarse el deportivo—. Me apartaré para que pueda ponerse a nuestra altura en este semáforo —le explicó a Alex, que no quitaba ojo del coche que se aproximaba.

—¿¡Un Lotus Evora SR!? —exclamó furioso—. ¿Y dices que este coche llama demasiado la atención?

Salma sonrió, mientras esperaba que Jack, que también le sonreía, se les colocara detrás.

—Sí, es incluso un poco más presuntuoso que tú, pero como dices que la velocidad es importante, me pareció buena idea.

Alex calló. Ella tenía toda la razón del mundo, se lo había dicho y justificado por activa y por pasiva la única vez que habían actuado juntos. Ahora no podía echarle en cara al agente llevar también un deportivo.

Muy protocolarios, ambos hombres se miraron a través de los cristales, haciendo un sutil

movimiento con la cabeza como discreto saludo.

El trayecto por la ciudad fue tranquilo. Y también cuando salieron a la autovía. Al contrario de lo que la gente creía, el Ejército americano no había abandonado del todo la base de Torrejón de Ardoz. Una pequeña sección de la NASA seguía operando en ella como pista de aterrizaje de emergencia de sus transbordadores y así era cómo, cuando era necesario, los equipos de las fuerzas especiales hacían escala allí sin llamar la atención. Salma tenía esa información.

—Entra por allí —indicó Alex, señalando una carretera bifurcada, con una garita de vigilancia en el centro.

Ella lo hizo.

Había tres militares con chalecos antibalas, armas y perros para verificar la autorización de entrada de cualquiera que pretendiese hacerlo. Ellos no llevaban ningún documento, identificación ni palabra clave... Esperaba que todo fuese bien.

En cuanto paró el coche, los tres militares rodearon el vehículo, desplegaron un espejo para comprobar que no hubiese ningún explosivo adherido a los bajos, el perro olisqueó con pericia y uno de los soldados los saludó. Todos pertenecían al Ejército español.

—Buenas noches. Identificación —solicitó uno de ellos haciendo el saludo militar reglamentario.

Salma miró a Alex. No sabía qué tenían que hacer.

—Romeo, uno, Delta, Sierra —dijo tranquilo, sacando unas chapas identificativas que ella nunca había visto, pero que casi todos los soldados llevaban colgadas del cuello.

El soldado cogió rápidamente lo que le mostraba. El nombre clave lo había puesto sobre aviso.

Y sin más palabras, ordenó con un gesto de la mano que otro soldado, que permanecía dentro del cubículo de cristal blindado, subiese la baliza que veían unos metros más adelante.

—El Lotus viene con nosotros —informó Alex, para que dejasen pasar a Jack sin dar más datos sobre quiénes eran.

—Sí, señor. El capitán Summers especificó que serían tres personas y que usted respondería por ellos.

Él asintió y, tras saludar al soldado como marca el protocolo, le indicó a Salma que continuase por aquella carretera.

—¿Qué es eso que le has enseñado? —preguntó, mientras seguía sus indicaciones.

Alex miró su identificación sin contestar. Hacía tanto tiempo que no la usaba, que se había olvidado de ella. Con media sonrisa, la sostuvo en sus manos y, con un ceremonioso movimiento, se colgó las chapas del cuello. Oficialmente estaba operativo.

—Mi salvavidas —contestó, indicándole que parase junto a un barracón al fondo de la base, pegado a las pistas de aterrizaje.

Salma frenó, apagó las luces, la radio, el contacto y se volvió para mirarlo. Curiosa alargó la mano y cogió la cadena. Al contrario de lo que pensaba, no tintinearon, un borde de silicona hacía imposible que chocaran una contra otra y, además, tanto ese material como el metal eran negros. Allí estaba su apellido, unas iniciales, su grupo sanguíneo, un número identificativo que no supo a qué hacía referencia, una letra aislada, más la especificación de que no tenía ninguna alergia ni preferencia religiosa.

—¿Por qué son negras? ¿Y qué significan estos números y letras? —preguntó curiosa.

—La mayoría de nuestras intervenciones son nocturnas. No deben brillar, o delataría nuestra posición, y tampoco hacer ningún ruido, recuerda que somos el Equipo Silencioso, por eso le ponemos este silenciador de silicona alrededor. —Salma sonrió, asintiendo con la cabeza—. Lo primero que lees es mi apellido, Blake, después mis iniciales, AB, grupo sanguíneo: A positivo, para mi suerte; el número de mi seguro, la talla de la máscara de gas en caso necesario. No tengo alergias conocidas ni requerimientos médicos especiales, ni tampoco preferencia religiosa.

—Tu salvavidas —susurró ella, con la mirada clavada en aquellas letras y números.

—Sí —asintió él, cogiéndole las manos, que todavía sostenían las placas—. Si caemos heridos de gravedad o morimos, un compañero debe coger una de ellas para identificar al fallecido en el posible posterior rescate del cuerpo, o para notificar de quién se trata al mando militar si deben abandonarlo.

Esa parte de la explicación no le gustó tanto.

—Ya estás en casa —susurró intentando no pensar más en lo que significaban, y soltó la cadena, que cayó sobre el torso de Alex con una suave caricia.

Él le levantó la barbilla para que lo mirase.

—Mi casa eres tú. Siempre. No lo olvides —dijo, antes de darle un beso en los labios.

Las cosas habían cambiado radicalmente varias veces en poco tiempo, pero si de algo estaba seguro era de que ella era su hogar... donde siempre quería estar.

Jack aparcó el coche detrás de Salma.

Había conducido todo el camino concienciándose de que ir con ellos era lo mejor que podía hacer, al menos Salma estaría tranquila.

Incluso mantuvo la calma cuando les dieron el alto para comprobar su autorización y acceder a la base. Toda seguridad era poca y era lo correcto, pero ver cómo Alex la besaba tras aparcar el coche... le revolvió las tripas un rato. Sabía que la primera vez que los viera hacerlo, ahora que todo estaba claro y no tenía ninguna posibilidad de recuperarla, le dolería, y ahí lo tenía, delante de sus narices.

Ya podía asumirlo al cien por cien y comenzar de nuevo.

El recibimiento fue como esperaban. El capitán Summers aguardaba su llegada en un pequeño despacho.

—Alex, bienvenido —dijo en cuanto entraron.

Ambos hombres se fundieron en un emotivo abrazo que a Salma la conmovió, mientras Jack se mantenía en un respetuoso segundo plano.

—Me alegro de verle, capitán —contestó Alex, también emocionado.

—Estás estupendo y en forma —apreció el militar, retirándose un poco para verlo mejor—. Me alegro de que no te hayas olvidado de quién eres.

Él sonrió. Siempre se había mantenido en forma, preparado física y mentalmente para sobrellevar situaciones difíciles.

—Y tú debes de ser Salma —continuó Summers, mirando a la mujer morena que esperaba unos pasos más atrás.

—Encantada de conocerle —respondió ella, tendiéndole la mano con una sonrisa en los labios.

El capitán la sorprendió, aunque lo ocultó a la perfección. Como mucho tendría cincuenta años, era alto, fuerte, de pelo rubio, ojos claros y sonrisa seductora. Desde luego, no imaginaba a un hombre tan atractivo ni de broma.

—Vaya, eres preciosa —apreció él, haciéndola sonrojar—. Si además eres agente secreto, no me extraña que le hayas robado el corazón a mi chico. Es difícil encontrar a alguien que te entienda... contigo estoy seguro de que será feliz.

Salma sonrió contenta. Lo entendía a la perfección, lo vivió en su propia piel antes de estar con Jack y era una suerte para ambos que se hubiesen encontrado. Estaba segura de que el militar también estaba solo, por el tono que había empleado... Una pena, porque era un hombre espectacular.

Volviendo al trabajo y al motivo por el que habían ido allí, Salma dijo:

—Capitán, éste es Jack Swan, mi compañero en la agencia, el hombre del que le habló Alex. Tiene una herida en el costado que yo misma le curé, pero me gustaría que algún médico se la revisase si es posible.

Summers sonrió al escucharla.

—Vaya, directa al grano —comentó, satisfecho por su profesionalidad—. Encantado de conocerle, señor Swan y bienvenido.

Jack se acercó y, muy protocolario, le tendió la mano y agradeció la bienvenida.

—Bien, creo que lo mejor será que cenen algo y descansen. Mañana a primera hora, Jack será atendido por el servicio médico, si le parece bien. Alex, ya sabes dónde está todo. Podéis dormir en el ala norte, no hay nadie allí ahora mismo y tendréis más intimidad. Hay habitaciones libres y os verá menos gente. No olvidéis esconder los coches. Mañana quedamos aquí, a las siete en punto de la mañana.

Sin más, se despidieron del capitán, recogieron unas bolsas de comida que había sobre la mesa y Alex, que conocía perfectamente la base, los condujo hacia las habitaciones.

Todo el cuartel estaba tranquilo. Había poco movimiento debido a la hora y lo atravesaron sin problema con los vehículos. Debían ocultarlos. Eran demasiado llamativos.

Los dejaron aparcados en un hangar con poco uso, cubriéndolos con una red de camuflaje. Allí estarían seguros y discretos.

Debían descansar. Al día siguiente los esperaba un día duro y no sabían cuándo podrían volver a dormir en condiciones.

Cogieron sus cosas y caminaron unos metros hasta los dormitorios que les había dicho el capitán. Algunos eran dobles, otros individuales.

Alex y Salma ocuparon uno doble y se despidieron de Jack.

—Todos están vacíos —le dijo Alex, con la puerta ya abierta, dejando que Salma entrara—, puedes elegir el que más te guste.

Jack simplemente asintió, caminando hacia unos cuantos cuartos más al fondo. No deseaba oír lo que hacían a través de la pared, sería de masoquista.

Eligió una puerta al azar, la abrió, vio que era un dormitorio individual y, sin darle más vueltas, entró.

—Buenas noches, Jack —oyó a Salma despedirse de él.

Cerró los ojos, arrepentido por su desplante. Ella no se merecía esa indiferencia dictada por los celos.

—Buenas noches, Sal —contestó, volviéndose para mirarla un par de segundos. Los suficientes para ver que el SEAL estaba tras ella en silencio. Los celos florecieron de nuevo—. Buenas noches, Rambo —apostilló, entrando en el cuarto con una sonrisa traviesa. Al menos podía vengarse con eso.

Salma iba a contestar furiosa, pero Alex le tapó la boca con una mano y la empujó suavemente al interior del cuarto. No debía dar importancia a esa tontería y ella tampoco. La rabia a veces provocaba cosas como ésa. Debían tener paciencia, serían unos días y luego todo volvería a la normalidad. Ellos a su casa y aquel tipo a la suya.

Alex cerró la puerta y, antes de que ella replicase, expuso:

—No voy a entrar en su juego y tú tampoco. —Salma se volvió para enfrentarse a él, pero Alex no la dejó hablar—. No me molesta que me llame Rambo, eso sólo hace más evidente la rabia y la impotencia que siente por no tenerte, y me gusta... Me gusta mucho saber que he ganado, que eres para mí y, sobre todo, que me has elegido segura de lo que sientes.

Ella suspiró tras escucharlo. Tenía razón, Jack decía aquello intentando hacerle daño.

La besó con dulzura, muy suave, pausado y delicado, como ella merecía.

—Debemos dormir —le recordó, separándose unos milímetros escasos de su jugosa boca. No quería hacerlo, pero si no descansaban, lo iban a lamentar en cuanto sonara el despertador.

Salma gruñó molesta.

—Puedes comer algo antes —propuso Alex, señalando las bolsas de comida sobre la mesa escritorio.

Ella se negó con un gesto de la cabeza. Sin más arrumacos ni palabras, se descalzó, se quitó la ropa, dejándose la interior y la camiseta, y se tumbó en una de las dos camas.

Alex la observó todo el tiempo, debatiéndose entre sus sentimientos y el deber. Haciendo de tripas corazón, ganó el deber.

Con diligencia, se quitó toda la ropa excepto los bóxers negros, apagó la luz y se echó en la otra cama.

Ambos se miraron en la oscuridad, aunque no se verían hasta que se acostumbrasen a ella y se intuyeran con el escaso reflejo de la luna menguante.

—Alex —susurró—, si mi hermano opone resistencia o corremos peligro mortal por alguna acción que él cometa... no lo dudes... —dijo con un hilo de voz y el corazón desgarrado por lo que faltaba por decir— dispara...

Él no podía llegar a imaginar lo que le habría costado pronunciar esas palabras... Era su sangre, su familia... No se está preparado para eso ni siquiera con todo el entrenamiento y misiones que llevaba a sus espaldas...

Como francotirador de élite, esperaba no fallar si llegaba ese momento. Cogió aire un par de veces para templar la voz. No conocía a aquel hombre y, a esas alturas, dudaba mucho que lo hiciera alguna vez, pero era importante para ella y con eso le bastaba.

—No sufrirá. Te lo prometo —juró.

Durante unos segundos, el silencio se adueñó de la habitación.

—Gracias —susurró Salma, sin fuerzas. Aún no se podía creer lo que acababa de decir.

Alex no lo soportó, no podía dejarla sola en un momento como ése y sin pensar ni decir nada más, se levantó de la cama, dio veloz los dos pasos que lo separaban de ella y se metió en la suya.

En cuanto lo sintió a su lado, Salma se acurrucó contra su pecho y lloró.

Era la hora, en la intimidad de su habitación junto al hombre que amaba y comprendía. No podía hacer otra cosa, sólo rezar para que un milagro salvase a Andrés.

38

La mañana se presentó muy activa.

El capitán Summers había reunido a un pequeño equipo de cuatro hombres en su despacho tras el desayuno. Se trataba de miembros activos del Equipo Seis actual.

Ella no los podía ver desde donde estaba, porque se sentaban dando la espalda a la puerta, frente al capitán.

—Vaya, vaya, vaya, mira lo que nos ha traído el viento —dijo el más alto y fornido de los militares, volviéndose hacia ellos al oír que entraban. Llevaba la cabeza rapada y tenía aspecto duro a pesar de la sonrisa pícara.

—¡Dios mío, Hunter! Cuánto me alegro de verte, amigo mío —saludó Alex, tendiendo una mano que aquel hombre cogió rápidamente, tirando hacia él para darle un cariñoso abrazo mientras le palmeaba la espalda.

No esperaba verlo allí. Cuando casi todo su equipo murió en el atentado en Afganistán, a pesar de no ser uno de los miembros operativos amenazados, Hunter dijo que lo dejaba. Pensaba que su vida valía mucho más que todo aquello, y no le faltaba razón, pero al parecer había cambiado de opinión.

—Y yo a ti, amigo. Y yo a ti —susurró el otro, emocionado.

Salma enarcó una ceja, estupefacta. El resto de los militares se habían vuelto hacia ella y no daba crédito a lo que veía. Eran cuatro hombres de bandera, seis, si contaba al capitán y a Alex. Qué pena que no tuviese amigas, algo casi imposible con su trabajo, porque, si no, los repartiría entre ellas sin pensarlo. ¡Increíble!

Todos vestían ropa de calle, ninguno excepto Hunter llevaba el pelo corto al estilo militar y se les veía barba de un par de días. Era la forma de trabajar de las fuerzas especiales para salvaguardar la identidad de sus hombres, no debían tener apariencia militar.

—No sé si te vas a alegrar tanto cuando descubras lo cascarrabias que se ha vuelto. ¡No hay quien lo aguante! —comentó otro de los desconocidos.

—¿Más? —preguntó Alex, tendiendo la mano para saludarlo también y repetir el gesto anterior. El soldado asintió divertido mientras se abrazaban—. Cómo has cambiado, colega.

—Ya estaba harto de que me llamaseis Afro —confesó el otro, tocándose el pelo, actualmente corto. Era un hombre afroamericano, pero el mote había sido por su pelo rizado y abultado al estilo de los años sesenta y setenta—. Ya sabes que me gusta más Warrick, como el de *CSI*, aunque yo soy mucho más guapo —dijo divertido.

La verdad era que se parecía mucho al policía de ese nombre que aparecía en esa serie. Mulato y con unos ojos azules espectaculares. Un capricho de la naturaleza.

Salma se aguantó la risa apretando los labios. Se estaba poniendo nerviosa entre tanto macho

alfa. En otras ocasiones había trabajado con hombres guapos y atractivos, pero que todos lo fueran la abrumaba.

—Pues controla, porque según la prensa ha acabado bastante perjudicado. Casi mejor que te quedes con Afro por si acaso —continuó la guasa un pelirrojo de ojos azules que observaba a Salma con curiosidad mientras hablaba. Había entrecerrado los ojos al verla, como si también él se hubiese sorprendido al encontrarse allí con una mujer como ella.

—Spy, tú siempre tan agudo —contestó Alex, repitiendo el saludo.

—Ya le conoces, Alex. Lo sabe todo —confirmó el último hombre que quedaba. Rubio, de mirada dulce a la vez que seductora y muy guapo.

—Sugar, no habéis cambiado nada, aunque tú has crecido un poco, ¿no? Cuánto me alegro de veros.

Alex se abrazó al último hombre, el más joven de todos, le palmeó la espalda y se incorporó para mirarlos. Los cuatro eran antiguos compañeros o soldados a su mando en misiones difíciles que nunca olvidaría.

Hunter era letal, por eso lo llamaban así, «cazador». Warrick era el experto en explosivos y, lo más importante, en su desactivación. Sugar era un gran rastreador al que apodaban de ese modo por su aspecto y su forma de ser, siempre cariñoso con todos. Y por último Spy, un experto en comunicaciones y alguien que siempre encontraba una salida para escapar, una luz al final del túnel cuando estaban atrapados, y solía saber o averiguarlo todo, de ahí su mote, «espía».

—Bueno, creo que con Fantasma ya sois un gran equipo —comentó el capitán, que había asistido en silencio a la escena, refiriéndose a Alex, el que les faltaba para completar el grupo, el francotirador.

—Muchas gracias por todo —dijo Alex, emocionado, mirando a cada uno de aquellos hombres a los ojos. No tenían por qué estar allí, ni por qué haberle cubierto todo ese tiempo, pero lo habían hecho y nunca se lo podría agradecer lo suficiente. Si estaba vivo era por ellos—. No sé cómo os lo devolveré, pero lo haré.

—Cuando todo acabe, con unas copas y esa agenda de mujeres estupendas que tienes a buen recaudo, darás por saldada la deuda —bromeó Hunter. Y luego añadió más serio—: Somos hermanos, colega, y los hermanos lo comparten todo, no te olvides.

Le dio una ligera colleja y Alex sonrió, pero sintió un poco de vergüenza ante la referencia a su último trabajo conocido. No quería que nadie se enterase de que había hecho de gigoló para sobrevivir, y menos sus compañeros, pero un sutil gesto de aquel hombre le hizo saber que ellos no lo juzgaban.

—Y tampoco te olvides de presentarnos a esta preciosa mujercita que tenemos aquí —terminó Hunter, cambiando de tema.

Alex se puso alerta al oírlo y retrocedió hasta ella, marcando su territorio. Sus gestos, su actitud protectora, la expresión de su cara... todo lo delataba a la legua.

Hunter rio al verlo. No cabía duda de que era suya.

—Salma, éstos son mis compañeros: Warrick, Spy, Sugar y Hunter —explicó, mientras ella se adelantaba para darles la mano—. Jack —llamó al agente que se había quedado atrás, para hacerlo

partícipe de las presentaciones—. Salma y Jack colaborarán con nosotros, ¿de acuerdo? Poco a poco iréis conociéndolos, y también sus talentos.

Jack se adelantó y los saludó uno a uno, pero continuó en silencio, observando. Al menos no iban a ser un grupo muy numeroso. Esperaba que no fuesen igual de graciosillos todo el rato, porque no lo iba a soportar.

—Bien, ahora que nos conocemos, será mejor que nos pongamos a trabajar. El tema está caliente —intervino el capitán, invitándolos a servirse café y algo de desayuno de la comida que había en una pequeña mesa, junto a otra grande de reuniones donde iban a tomar asiento.

Salma se sirvió una taza de café y, antes de que pudiese hacer nada más, ya tenía a Alex sirviéndole zumo de naranja y unos cruasanes, que sabía que le encantaban.

Estaba nervioso por ella, Salma lo notaba y, aunque no iba a negar que ella también lo estaba, habían ido allí para trabajar. No tenían nada que temer.

—Estoy bien —susurró, mientras se echaba azúcar en el café, para que nadie más los oyera—. Y tú también debes estarlo. Estás en casa, eres uno de los mejores y no tienes nada que temer, aunque he de decir que estos hombres son impresionantes.

Alex chascó la lengua sólo para hacerla levantar la cabeza y mirarlo. Entonces entornó los ojos y sonrió divertido. Para él eran sus compañeros, nada más, pero era consciente de que para las mujeres cualquiera de ellos sería deseable, incluida ella.

Salma miró alrededor y observó que aquellos tipos tenían el oído muy fino, porque se recolocaban la ropa y se pasaban la mano por el pelo, arreglándose, como si fuesen a intentar ligar con ella. Apretó los labios aguantando de nuevo la risa. Ya no tenían nada que hacer, se había casado en la cocina del búnker, aunque ese matrimonio no fuese legal aún... Aquel trabajo iba a ser el más curioso de toda su vida, a pesar de todo el dolor que conllevaba por su implicación personal.

El capitán los miró uno a uno, puso los ojos en blanco y dijo, poniendo orden:

—Como iba diciendo, el tema está bastante caliente —expuso, sentándose a la mesa para que los demás lo imitaran. Era redonda y todos se veían las caras—. Hemos detectado un incremento de armamento en grupos de insurgentes en Oriente Próximo, por tanto, entendemos que el blanqueo de dinero para tal fin ya está sucediendo. Gracias a vuestra información —continuó, señalando a los agentes y a Alex—, por fin sabemos de dónde sacan tanto dinero para comprar esa cantidad de armas. Fabrican la droga, por lo que deducimos que han vendido NB en grandes cantidades. Por otro lado, ha crecido el número de células islamistas en Europa y en España. Ceuta y Melilla son un hervidero. Pueden ser futuros yihadistas en busca del paraíso, que se inmolen en un centro comercial cualquiera, o simplemente captadores para enviar combatientes a su lucha directa en Irán, Siria o cualquier otro de los países en guerra, no lo sabemos...

Todos seguían atentos la explicación del capitán. No tenían muchos datos, pero necesitaban poner en común cuanta más información mejor. Salma, sentada entre Alex y Jack, escuchaba atentamente, mientras estudiaba a cada uno de los compañeros de su hombre.

El que más imponía era Hunter. Tan grande como era y con aquella mirada de perdonavidas la ponía nerviosa, aunque cuando bromeó con Alex al llegar, no parecía tan duro. Daba la sensación de que estuviera al margen de la conversación, con aquella pose, echado hacia atrás en la silla,

revisando unos documentos que el capitán había dejado sobre la mesa con anterioridad.

Los chispeantes ojos azules de Warrick conseguían mostrar más inocencia de la que en realidad tenía. Salma nunca hubiese dicho que su especialidad serían los explosivos... Se lo veía demasiado risueño y divertido para eso.

Sugar era guapísimo. El típico chico americano de película Disney. Sonrisa de anuncio, atento a todo cuanto se hablaba, limpio y bien arreglado y además olía muy bien, lo había podido apreciar al saludarlo. Era el hombre que cualquier madre querría como novio de su hija.

Spy la tenía intrigada. Aun siendo físicamente el más peculiar de todos, era el más atractivo a su parecer. De pelo cobrizo más que pelirrojo y ojos azules, daba la impresión de ser tímido aunque a Salma le pareció muy observador. Desde que había entrado, la estudiaba en silencio, como si ella supusiese un peligro o algo similar y no entendía por qué. Se suponía que todos ellos habían vigilado a Alex en algún momento y probablemente los hubiesen visto juntos. Intentaría no darle importancia.

—¿Tenemos constancia de cómo han llegado las armas? —le preguntó Alex al capitán.

—Creemos que las han introducido a través de una pista de aterrizaje pirata que hemos descubierto gracias a la imagen que nos ha facilitado un enlace de Spy, miembro de los Delta Force —contestó el hombre, invitando al pelirrojo a explicarlo, con un gesto de la mano.

—He hablado con Brooklyn, teniente de un equipo Delta, que últimamente ha hecho incursiones en Siria y dice que han encontrado indicios de que se están creando pistas de aterrizaje exprés en zonas desérticas no muy alejadas de los puntos calientes —explicó tranquilo, con una voz pausada y profunda que a Salma la cautivó. Intentó centrarse en la conversación—. Se movilizan rápido durante la noche para no ser detectados. Preparan el terreno y esperan la llegada del cargamento de madrugada, descargan y, antes del amanecer, están camino de alguna de las ciudades más conflictivas, como Aleppo o Bab-Al-Hawa.

—¿Cómo contratan esos vuelos? —inquirió Alex, tirando de ese hilo—. ¿De quién son los aviones que utilizan?

Spy negó con la cabeza. No sabían de quién eran, ni de dónde sacaban tantas armas. Sólo sabían que era aviones pequeños, maniobrables y con capacidad de carga.

—No creo que procedan de muy lejos. No pueden hacer escala para repostar y tampoco abastecerse en vuelo, porque no disponen de aparatos con esa capacidad... ¿Tenéis alguna idea?

—Salen de Rusia —contestó Salma, muy segura de lo que decía.

Alex la miró, intuyendo por dónde iban los tiros. Ella conocía a Grisha y sus negocios. La mafia para la que trabajaba el hombre debía de ser la intermediaria para hacer efectivas las entregas.

Todos los presentes la miraron como si fuese un marciano o algo parecido. Ella pensaba que aquella reunión era una puesta en común para intentar analizar el caso al máximo y solucionarlo de una vez por todas, incluido el tema de su hermano. No iba a estar callada porque no fuese un miembro de los SEAL.

—¿Y cómo estás tan segura, caramelito? —preguntó Hunter, sin levantar la vista de los papeles.

—No me llamo caramelito, me llamo Salma o, si lo prefieres, ya que todos tenéis esos motes absurdos aunque creáis que son supermegaestupendos, agente Roma.

—Como quieras, pero para mí, serás Candy y tu amigo, Sweet —contestó, señalando a Jack y

regresando a sus documentos—. Sweet Candy —sentenció.

Salma miró a su ex y lo que vio no le gustó. Al final iba a tener razón con aquello de que militares y agentes secretos no se podían mezclar. Intentando ser consiliadora, aunque no le gustaba la situación, no entró al trapo. Contestó explicando su teoría mientras cogía la mano de Alex con firmeza, evitando que se enfrentara a su compañero por esa estupidez. No iba a consentir que su relación afectara el buen funcionamiento operativo.

—Como intentaba explicar antes, esos vuelos salen de Rusia porque es una mafia rusa la encargada de obtener las armas, buscar un transporte y enviarlo. Es de sobra conocido que los yihadistas ya no se financian sólo con secuestros de occidentales, ahora son delincuentes al uso que utilizan cualquier medio a su alcance para conseguir su objetivo.

El capitán la invitó a seguir con un gesto de la mano. Todos la observaban. Alex la alentó con un asentimiento de cabeza.

—Durante años, he estudiado información sobre ambas organizaciones, comportamientos y actuaciones, que, atando cabos, me hacen pensar que los islamistas están consiguiendo armas con los beneficios que les produce el NB, que son muchos, por lo que ha comentado usted, capitán. Pero no sólo necesitan a narcotraficantes como aliados para desarrollar una droga a partir del veneno conocido hace años, sino que precisan de intermediarios para moverla.

»Ellos no pueden hacer esa parte de manera segura porque no conocen ese mercado, nunca han trabajado como mafia y tampoco les interesa. Los contratan o llegan a un acuerdo. Son terroristas y nada más. Ahí es donde entra la mafia rusa, que está mediando.

—Tu ruso —apostilló Jack, tajante.

—Mi ruso —contestó Salma sin cortarse. Ya no había nada que esconder.

Los militares la miraron con la misma expresión sorprendida. Cada vez había más gente dentro de la trama y se complicaba más.

—Explícate —le pidió Hunter, totalmente inmerso en la conversación por fin.

—Hace años, evité una venta de armamento de esa mafia a un grupo islámico del cual no pude reunir información. El intermediario en aquella operación fue Grisha Romanov, un tipo cuya función era vigilar que todo saliera como debía y, de no ser así, tenía carta blanca para deshacerse de lo que fuera o de quien fuese necesario. Creo que ahora la operación es la misma, con los mismos jugadores, incluido Grisha, sólo que ha cambiado la forma en que juegan.

El capitán Summers levantó un dedo en señal de silencio, ante la lluvia de preguntas que sus hombres iban a lanzarle a Salma.

Con una mirada profunda y gesto serio, apoyó los codos en la mesa antes de hablar. No podía creer lo que oía.

—¿Quieres decir que los mismos terroristas que hace años usaron el NB como arma química son los que ahora venden ese compuesto modificado como droga, para conseguir dinero con el fin de financiar el armamento y los explosivos?

—Sí, eso es —confirmó ella, muy tranquila—. Además creo que son los mismos que quieren ver muerto a Alex y hay más —continuó Salma, bajo la atenta mirada del capitán, que sabía por dónde iba a ir la conversación.

A él ya se lo había adelantado y no le gustaba nada, pero no había hecho partícipes de su teoría a los demás. Quería que lo expusiera ella y se hiciera valer ante todos. Debían respetarla como a uno más si quería que aquello funcionara. Sólo así lo conseguiría.

—Según los datos a los que querían acceder de la agenda de Alex —prosiguió Salma—, creo que el compuesto lo están transportando oculto en productos para niños y bebés, para que no levanten sospechas en las aduanas o no se analicen tan minuciosamente, por lo inofensivos que parecen a simple vista. Eso les permite acumular una gran cantidad de la droga en poco tiempo.

—Eso no es importante. La droga no nos incumbe, nos incumbe el tráfico de armas —intervino Sugar, intentando hacerle entender que no estaba tratando el tema correcto.

—Sí es importante, es lo más importante de todo...

—Sabemos que tu hermano está supuestamente retenido por esta red de narcotráfico, pero ése no es el fin de esta misión —atajó Hunter sin miramientos—. Estamos aquí para acabar con las amenazas sobre Alex en la medida de lo posible, para que pueda vivir su vida con normalidad, como él elija hacerlo, y también para evitar que lleguen más armas de forma clandestina a un frente ya suficientemente contaminado por el poder corrosivo de una panda de descerebrados que le van comiendo la cabeza a gente inocente, con el cuento de que irán al paraíso si luchan por ellos. Ése es el puto problema, no un alijo de droga o un secuestro.

Alex se levantó para enfrentarse a su compañero más querido. No iba a permitir que ni él ni nadie le hablasen así a Salma. Ni siquiera para defenderlo a él, pero ella le tiró de la mano para que volviera a sentarse.

No entendía la hostilidad que le inspiraba al tal Hunter, pero se encargaría del asunto. Sólo tenía que contar sus sospechas y ese tipo cambiaría de opinión antes de poder parpadear.

—Lo siento, pero las cosas han cambiado, y ahora lo menos importante es que sobrevivamos, porque si esa gente actúa como creo que quiere hacerlo, estamos todos jodidos.

Hunter la miró incrédulo, como si no valorase lo que ella pudiese hacer o la información que manejaba. Alex no entendía la actitud de su amigo hacia ella... ¿Qué le pasaba?

Iba a decir algo, cuando el capitán levantó la mano de nuevo en señal de que todos guardasen silencio y con un asentimiento de cabeza le indicó a Salma que prosiguiera.

—Mi teoría es que están acumulando NB, no para venderlo como droga, sino para mutarlo al antiguo veneno y usarlo aquí como arma química.

El silencio se adueñó de la sala.

Los SEAL se miraron entre ellos, asimilando lo que acababan de escuchar. Alex, Salma, Jack y el capitán los observaron unos instantes, esperando su reacción.

—¿Por qué estás tan segura de eso, Salma? —preguntó Spy, dirigiéndose a ella con suma educación e interesado de verdad por lo que pudiera contestar.

—Mi hermano es experto en alteraciones de compuestos químicos con un solo elemento y creo que lo ha hecho con el NB. Además, es la única forma que se me ocurre de poder convertir cualquier punto de Europa en otro 11S sin disparar ni una sola bala o sin hacer explotar nada. El daño que eso causaría sería mucho mayor y es lo que precisan para reivindicar su posición frente a sus seguidores y mecenas. Después de la muerte de Bin Laden carecen de un líder y el cabecilla de todo esto puede

hacerlo con garantías de ser aclamado si les sale bien la jugada.

El capitán Summers observó cómo había caído la noticia entre sus hombres. Había demasiados frentes que cubrir y ellos sólo eran cinco miembros activos, más él. Inevitablemente necesitaban a aquella mujer y su compañero.

—Señorita, necesito hacerle una pregunta y quiero que sea totalmente sincera —dijo, dirigiéndose a ella tomando una decisión—. Si la incluimos en esta misión como uno más, ¿es consciente de lo que puede suponer? Por norma, nadie relacionado sentimental o familiarmente con una misión debe formar parte de ella.

—Sí, señor, soy consciente y estoy preparada —contestó segura, sin querer extenderse más.

—No la voy a engañar, la necesitamos. Alex me ha hablado de sus habilidades y si colabora con nosotros no tendríamos que implicar a nadie más, pero entiendo lo que supone.

Salma se dio cuenta de que sólo el capitán, Alex, Jack y ella se estaban enterando de la totalidad de la conversación, los demás hombres los miraban esperando que alguno les explicase a qué venía tanto secreto. No sabían todo lo que ella podía hacer.

—Lo asumo y quiero participar.

Alex cogió aire, mirándola con admiración y amor. Iba a ser la misión más complicada de su vida, pero no iba a fallar, ni a ella ni a ninguno de los hombres que voluntariamente compartían aquella mesa para devolverle su vida y, de paso, arreglar un poco el mundo si era posible.

Incapaz de mantenerse quieto, alargó la mano, cogiendo la de ella. Salma lo miró con una sonrisa tranquila en los labios. No lo iba a abandonar y a su hermano tampoco.

—Bien, ¿y usted Jack? —continuó el capitán, dirigiéndose al hombre que le faltaba. Alex le había comentado sutilmente su animadversión por ellos e intentó ser lo más amigable posible. Cuanto más apoyo tuviesen, mejor—. ¿Se une a nosotros?

Él había permanecido en silencio toda la reunión, observando a cada uno de los especialistas congregados alrededor de aquella mesa, y, muy a su pesar, todos le parecían hombres preparados para salvarlos del fin del mundo, muy parecidos a él mismo en cierto modo, aunque a Hunter no lo soportaba por la manera que tenía de tratar a Salma.

Había jurado que la ayudaría a resolver el caso de su hermano y no la iba a abandonar por una panda de Rambos.

—Por supuesto. No abandonaré a Salma.

—Perfecto —asintió el superior, sin dejar que añadiera nada más—. Ya sabéis cuál es el supuesto plan de los yihadistas. Un atentado en masa, probablemente en Madrid, con ese compuesto químico. Desplegad vuestras alas, buscad debajo de las piedras si es necesario la información que necesitamos sobre esos vuelos clandestinos, el transporte de la droga, lugares que puedan ser almacenes o cocinas para su conversión... cualquier cosa que nos sirva para poder organizar un operativo en condiciones y desmantelar esta red. Tenéis veinticuatro horas. Intentad pasar lo más inadvertidos posibles, que no se os vea, no deis información a los contactos, aunque sean militares, y traedme algo con lo que trabajar en serio mañana a las siete en punto.

Sin una palabra más, se levantó de su asiento, invitando a los demás a imitarlo.

Todos salieron del despacho en silencio, pensando en cuál debía ser el siguiente paso para

comenzar a trabajar.

Tenían que ser cautos, tener cuidado y no levantar sospechas, pero también rápidos.

El atentado podía ser inminente.

39

Tras salir de la reunión con el capitán Summers, se dirigieron a una sala de operaciones cercana. Habían habilitado esa zona para que pudiesen trabajar con bases de datos oficiales, líneas seguras y todo lo que pudiesen necesitar con clandestinidad y ajenos al resto de actividad de la base.

Salma observó cómo Sugar y Spy se ponían a estudiar posibles rutas de vuelo sobre imágenes recibidas vía satélite de la zona, buscando la posible siguiente pista...

Warrick, que tenía formación química y conocía el NB, intentaba averiguar dónde podían estar comprando o almacenando la sustancia en la ciudad.

Hunter preparaba lo necesario para la futura intervención que tarde o temprano tendrían que realizar. Debían estar dispuestos para salir en cualquier momento y no se podían dejar al azar transportes, armamento o comunicaciones.

A Jack por fin le gustaba algo de aquellos tipos: la eficacia con la que se habían puesto a trabajar. Incluso se sentía fuera de lugar. Estaba en territorio desconocido.

Salma lo llamó, sacándolo de sus cavilaciones y, junto a Alex, se reunieron algo alejados de los demás. Ella parecía tener claro qué camino tomar una vez más.

—Chicos, debemos encontrar a Grisha —anunció sin rodeos. Alex tenía razón y necesitaban información de primera mano.

—No hablas en serio, ¿verdad? —preguntó Jack, enarcando las cejas con gesto hosco. No quería ni oír hablar de ese tipo.

—Muy en serio —replicó ella, pendiente de su reacción. Ya sabía que no le iba a sentar bien la propuesta.

Jack cogió aire y lo expulsó con furia. Aquel ruso no iba a dejar de merodear nunca por su vida...

Salma miró a Alex, que entendió perfectamente lo que iba a hacer a continuación. Estuvo tentado de marcharse y dejarlos solos, pero decidió esperar a que ella se lo pidiera si así lo deseaba.

No ocurrió.

—Jack... Grisha es más que un mafioso ruso. —A Jack esa noticia no le suponía ninguna sorpresa, sabía mucho sobre aquel hombre. Era un empresario con mucho dinero y poder y un gran jugador de póquer, entre otras cosas. Ella se dio cuenta de que no le había impresionado el comentario. Decidió continuar—: Es un agente doble.

Eso sí le extrañó. Nunca había encontrado indicios sobre eso. Era obvio que el hombre no iba a proclamarlo a los cuatro vientos, ser agente doble era muy peligroso y arriesgado, pero igualmente podía haber sospechado algo.

—¿Desde cuándo? —preguntó, pensando en la pieza que siempre le había faltado en el puzle de la relación de Salma con él.

—Ya lo sabes... —contestó ella, sosteniéndole la mirada y refiriéndose a aquellos dos días

desparecida que fueron el comienzo del fin de su relación—. Siento no habértelo contado antes, ni siquiera ahora debería hacerlo, pero creo que es importante que entiendas por qué tengo que contactar con él.

Alex esperaba tranquilo en un segundo plano. Él sabía incluso más de lo que ella estaba desvelando. Sólo esperaba que Jack se lo tomara de forma profesional.

—¿Por eso te fuiste con él? ¿Para convencerle de que nos pasara información?

Salma susurró un «sí» tímido y prudente. No quería irritarlo y que abandonase. Le necesitaban.

Jack asintió repetidas veces, asumiendo la situación. Más tranquilo, se percató de que Alex no preguntaba nada. Enseguida comprendió que ya lo sabía y que él era el último en enterarse. Dolido por el descubrimiento, se volvió un instante, dándoles la espalda. Estaba celoso, rabioso y furioso, pero eso era pasado, incluida su relación sentimental, y debía asumir la nueva situación.

Alex tomó la mano de Salma, esperando a que Jack se calmase. Por ella, el agente no abandonaría, pero en el fondo Alex le entendía. Tanto tiempo junto a una persona con demasiados secretos dolía.

Salma tenía esperanzas de que no preguntara sobre aquel tiempo pasado. No quería explicar más de lo que ya había dicho.

Más relajado, Jack se dio la vuelta de nuevo, con una decisión: nada se iba a interponer entre ellos. Había llegado hasta allí para ayudarla y lo iba a hacer.

—De acuerdo, ¿y qué piensas hacer? Ya has oído al capitán. No debemos dejarnos ver.

—No se va a enterar. Quiero ir sola y vosotros me cubriréis.

Los dos hombres se miraron incrédulos. ¿Pensaba ir sola a buscar a aquel tipo? Las cosas ya estaban suficientemente complicadas como para tentar más a la suerte.

—No vas a ir sola a ningún sitio —dijo Alex de forma sosegada, con voz profunda y una convicción que hizo que Jack no abriera la boca, aunque ganas no le faltaban.

Salma resopló. Ya empezaban con el tema de la protección. Y encima seguro que en eso estaban de acuerdo, aunque no se soportaran.

—Debo ir sola o no tendremos ninguna oportunidad. Sé cómo hacerlo, no es la primera vez, y sabéis que es la única manera de conseguirlo.

—Ni lo sueñes —se unió Jack a la discusión.

Ella cogió aire y lo soltó con fuerza. Eran tercos como mulas...

—Me da igual lo que opinéis, sé lo que tengo que hacer y cómo debo hacerlo. Si no me ayudáis bajo mis condiciones, buscaré quién lo haga —sentenció, volviéndose hacia el resto de los hombres, que aunque estaban con sus propias cavilaciones, no les quitaban ojo.

Alex se puso nervioso al instante. Salma era muy capaz de hacer lo que decía y dejarlo al margen... Dirigió una fugaz mirada a Jack y después habló.

—Te cubriremos de cerca, irás armada y con un sistema de comunicaciones. Sin peros —se adelantó a lo que ella iba a decir, sellándole los labios con dos dedos—. Pero creo que nosotros tres no seremos suficientes, te quiero protegida en todo momento, las salidas vigiladas, una ruta de huida segura y ni Jack ni yo lo podemos hacer. Nos conocen, nos han visto en acción y si te acompañamos al interior te delataríamos.

Salma negó con la cabeza. No quería a nadie más que a ellos dos para cubrirla en aquella pequeña misión. Obviamente a ella no le gustaba que no la dejase hablar. Se zafó de él sin resistencia alguna.

—No, Alex —replicó furiosa, intentando no levantar la voz.

—Salma, o lo haces bajo nuestra supervisión o nos quedamos aquí ocultos, buscando información en las bases de datos. Elige.

Aquello era el colmo. ¡Ver para creer!

—¿Y qué piensas hacer, movilizar a todo el equipo y llevarme al operativo metida en una urna de cristal?

—Si es necesario, sí, no lo dudes.

Jack asistía divertido a aquella discusión. Al menos no eran la pareja feliz y sonriente que le hacían creer. Él tenía razón, el SEAL la cohibía profesionalmente e iba a suponerle un escollo difícil de superar...

Estuvo tentado de echar más leña al fuego, pero la verdad era que Alex se estaba portando muy bien con él y, lo más importante, amaba a Salma por encima de todo, la cuidaba y protegía... y eso era suficiente.

—Salma, las cosas están complicadas, es peligroso y todos participamos en esto. Es un riesgo que vayas sola, cuando somos un equipo muy completo y totalmente operativo para que todo sea un éxito y estés a salvo —intervino Jack, acudiendo en ayuda del militar—. Piensa que te necesitamos. Creo que eres la única conductora experta en evasión y, además, la única piloto. No lo estropees por una tontería.

Ella lo miró, intentando no discutir más. Tenía razón en todo, pero sabía que Grisha poseía un sexto sentido para detectarlos. Esperaba que ellos fueran la excepción.

—De acuerdo —claudicó. Todos los demás los miraban en silencio, esperando que les explicaran qué sucedía—. Pero si no sale bien, no digáis que no os avisé.

Alex y Jack cruzaron una mirada un segundo, felicitándose por haber conseguido que entrara en razón... Ahora esperaban que sus ansias de protección no estropeasen el contacto con aquel hombre.

Después de un par de horas en las que les contaron a los SEAL de sus intenciones, todos querían participar en la misión sin contar con el capitán.

Se desplazarían al club Moom, donde se había visto a Romanov en múltiples y recientes ocasiones, para intentar localizarlo allí. Si no lo conseguían, tratarían de encontrar alguna pista que los llevara a su escondite.

Para la ocasión, todos se vistieron con ropas elegantes, dentro del estilo informal de la discoteca. Conociendo los gustos de Grisha, Salma sacó de su maleta una peluca pelirroja con el pelo exactamente igual a como él lo recordaría, aunque en aquella ocasión era su propio cabello teñido. Desde que fue consciente de que el ruso estaba involucrado en la trama, intentó procurarse una. Se puso un mono de pantalón largo, ajustado en el talle y anudado al cuello, con la espalda descubierta, unos zapatos rojos de tacón con ligera plataforma, a juego con su nuevo pelo. Se maquilló a conciencia y, para terminar, se pintó los labios en el mismo tono.

Cuando estuvo preparada, salió en busca de los hombres, que debían de estar ultimando el

equipo, los vehículos y el armamento.

Jack y Sugar habían salido de la base para ir a buscar su moto. Salma había pedido específicamente ir en ella, para así poder esfumarse lo más rápido posible si era necesario. Esperaba que ya hubiesen regresado.

Nada más entrar en la sala de operaciones, se cercioró de que estuviesen todos. Alex hablaba con Spy un poco apartados, mientras que Jack y Sugar conversaban animados, preparando un equipo de escucha. Warrick vigilaba lo que aparecía en la pantalla de un ordenador y Hunter cargaba pistolas pequeñas para los que entrarían dentro del local y algo más contundente para los que estarían fuera. El rifle de Alex destacaba elegante sobre las demás armas.

Todos estaban muy guapos, con camisas remangadas hasta el codo, polos o camisetas oscuras y vaqueros.

Sólo uno se había arreglado algo más. Salma le echó un vistazo discretamente. Spy llevaba un traje negro entallado, muy elegante, camisa blanca y sin corbata. No cabía duda de que él iba a ser su guardaespaldas. Consciente de lo que provocaba, llamaría la atención en cuanto entraran por la puerta del local. Ésa era la idea, lo que no imaginaba Salma era que aquel hombre pudiese ser aún más espectacular. Estaba impresionante.

En cuanto se percató de que lo observaba, Spy desvió la vista de Alex y, automáticamente, las palabras se le atragantaron. La agente era una belleza de por sí, pero vestida de ese modo estaba matadora.

Alex sabía a quién miraba su compañero y por qué. Se volvió con una media sonrisa en los labios. El atuendo elegido por Salma era como siempre muy sensual y femenino, aunque se tratara de pantalones. Elegante y cómodo para trabajar, sin olvidarse de provocar, para que aquel tipo se acercara a ella sin pensarlo. La boca se le hizo agua nada más verla.

—Cuídala, Spy, o te mataré —amenazó al pelirrojo, que no apartaba la vista de ella—. Y si se te ocurre besarla, aunque sea por el operativo, te desollaré vivo.

—A lo mejor me arriesgo —repuso el militar en voz baja pero audible para Alex—. Merece la pena.

Todos los demás la observaban y por primera vez se sintió halagada en toda su carrera. Nadie hizo ningún comentario ordinario o fuera de tono, como solía pasar, pero sus miradas en silencio le dijeron que estaba perfecta para lo que necesitaban y, sobre todo, le transmitieron respeto.

Se fijó en Jack. Estaba segura de que verla de nuevo pelirroja le había impactado. Durante mucho tiempo le dolió ver restos de rojo en su pelo.

La miraba con una expresión que no supo muy bien cómo definir... Con pena, rabia y admiración, todo a la vez. Con una sonrisa, él le hizo saber que estaba bien.

Sin saber qué más hacer, Salma metió las manos en los bolsillos del pantalón y se acercó a Alex. Sin decir nada, le dio un dulce beso en los labios que lo dejó atontado unos segundos y después miró a Spy con seguridad.

—Me acompañarás tú, ¿verdad? —le preguntó directamente.

El SEAL asintió con una ligera sonrisa en los labios muy seductora.

—De acuerdo, pero no debes hablar conmigo, tiene que parecer que estoy sola. Grisha estará en

algún despacho o reservado, se fijará en el pelo y empezará el show, pero no debes acercarte a mí bajo ningún concepto.

—No puedo hacer eso, señorita, debo protegerla —contestó Spy, ignorando sus indicaciones y a Alex, que estaba presente pero sin intervenir por el momento.

—Lo oirás todo, no te preocupes por eso, y fijaremos una palabra clave para avisarte en caso de peligro —dijo ella, ignorando su insistencia.

—«Dorothy» —cortó Alex la conversación. Ambos se volvieron hacia él—. La palabra clave será «Dorothy» —explicó, señalando los zapatos de Salma, que sonrió al comprender la alusión al Mago de Oz.

—«Dorothy» —confirmaron ella y Spy a la vez.

Sugar, que se había acercado a ellos, le tendió a Salma un bolso del mismo color rojo que sus complementos. Era una cartera pequeña, pero con suficiente capacidad para ocultar un arma.

—Espero haber acertado —comentó el soldado, con su sincera sonrisa de anuncio.

Ella no sabía a qué se refería, así que miró dentro para comprobarlo. No había nada, pero pesaba bastante. Tocó algo bajo el forro: una pistola. Sugar acercó su mano a un cierre que no se veía a simple vista, tiró de la tela y apareció lo que Salma había palpado: una pistola automática y un cargador listos para usar.

—Es genial, Sugar, gracias —declaró sincera y admirada con la obra de arte—. Tienes que enseñarme cómo lo haces —le pidió, muy interesada en ver el proceso y aprender del militar.

—Eso está hecho —accedió él rápidamente, con un guiño que habría hecho que se detuviera cualquier corazón femenino—. Y... permíteme decirte que estás preciosa.

Salma se lo agradeció con una sonrisa. Su atuendo no era nada fuera de lo normal, pero era consciente de que la forma en que lo había complementado llamaba la atención.

—He mejorado un poco el GPS y el sistema de escucha. También hay una minicámara y veremos las imágenes a través de las gafas —dijo entonces Spy, mientras Jack le tendía a Salma los objetos que el SEAL había mencionado y la ayudaba a colocárselos—. Alex quiere que podamos vigilarte y cubrirte aunque estés en la luna y... bueno... a tanto no he podido llegar, pero casi.

Ella lo miró sonriente. No le extrañaba que Alex quisiese algo así, era un exagerado. Se puso el anillo y el broche que siempre llevaba para esos fines y un auricular diminuto en el oído derecho.

—No podemos correr riesgos —apostilló el SEAL, para que no hubiese dudas de que allí de momento mandaba él. Mientras, comprobaba que podía ver con sus gafas lo que la cámara enfocaba.

Salma claudicó. Sólo era cuestión de tiempo. En cuanto estuviese sola, haría lo que los acontecimientos requirieran que hiciera.

Warrick, que había estado mirando el ordenador todo el rato, se acercó también a ella.

—He cogido todas las imágenes de las cámaras de tráfico, comercios, gasolineras... todas las que Spy me ha proporcionado y he cotejado el rostro de tu hermano y de Romanov con toda la gente que he podido. He encontrado esto.

Le tendió un iPad donde se veía una imagen un poco borrosa del rostro de varias personas entrando en el Moom.

Salma se concentró en lo que veía y, desde luego, no le cupo ninguna duda de que uno de ellos

era Grisha y otro Andrés. Junto a ellos había una persona con rasgos árabes y detrás un cuarto hombre que...

—Dios mío, Jack —susurró, enseñándole la imagen a su compañero.

Éste miró lo que le señalaba y enseguida levantó la cabeza hacia ella.

—Castillo —murmuró, mientras todos los presentes los observaban sin entender nada.

—Por eso te preguntaron tanto por Alex cuando regresaste... Él ordenó que averiguasen todo lo que pudieran para dárselo a ellos.

—Espera, espera, espera —los cortó Alex. Necesitaba comprender de qué estaban hablando—. Explicadnos de qué habláis.

Ellos dos se miraron un segundo y, con un gesto de la mano, Salma le cedió la palabra a Jack.

—Cuando regresé a la agencia, me reuní con mis superiores directos para intentar averiguar algo que me llevara hasta ti, para así poder recuperar a Salma, pero me pareció que había gato encerrado y me fui. Pensé que tú eras el problema, pero ahora, al ver esto... —señaló al hombre de la imagen—. Creemos que este tipo es Castillo, la persona que está por encima de los que me interrogaron, uno de los jefes importantes de las fuerzas operativas y con acceso a todos los datos que se manejan, incluidos los altos secretos.

—Sobre todo los altos secretos —apostilló Salma con rabia.

Alex miró a sus compañeros. Todos aguardaban pensativos. Era incómodo sacar los trapos sucios como si estuvieran en una reunión de ayuda a alguna adicción, pero a la vez había más cabezas pensando y por tanto más soluciones y más rápidas.

—¿Qué tiene que ver ese hombre con tu hermano? —preguntó Hunter, que había permanecido al margen, observando.

Salma negó con la cabeza, intentando recordar, pero creía que no se habían visto en su vida.

—Nada que yo sepa —contestó impotente, encogiéndose de hombros. Estaba perdida con ese descubrimiento.

—¿Le informaste de que ibas a intentar liberar a tu hermano? ¿Insinuaste en algún momento que ibas a actuar por tu cuenta delante de él?

Salma negó en respuesta a ambas preguntas.

Se había ido solicitando unos días de permiso. Nadie sabía lo que estaba haciendo.

—Creo que sí se conocen —intervino Jack y Salma lo miró sorprendida. ¿Cuándo? ¿Cómo?—. ¿Te acuerdas de la misión en Grecia en la que resultaste herida? Tu hermano se enteró de que yo era agente porque me oyó hablar con un superior, ¿te acuerdas? —Salma asintió—. Era Castillo a quien le estaba notificando tu estado.

Ella no daba crédito. ¿Cómo iba Andrés a meterse en todo ese tinglado de ese modo? No podía ser verdad... Resopló impotente. Estaba harta de aquello, de encontrar cada vez más pistas que confirmaban que su hermano no era tan inocente como pensaba.

Alex la tomó por la cintura, acercándola a él. Le dio la vuelta despacio e hizo que lo mirase.

—Vamos a averiguar qué está pasando antes de poner en riesgo a Andrés, ¿de acuerdo? —dijo, intentando sosegar su ansiedad, pero era muy difícil no pensar en una implicación directa a esas alturas.

Salma asintió con los ojos brillantes de lágrimas de rabia. Alex le sostuvo la mirada unos segundos para que ella encontrase en él un punto de apoyo y recuperase la compostura. No podía mostrarse débil.

—¿Sabemos quién es el árabe? —preguntó cambiando de tema y procurando recomponerse.

—En realidad no —contestó Spy. No quería ni pensar lo que debía de ser estar en su situación—. No sabemos quién es ni qué lugar ocupa dentro de la organización terrorista, pero creemos que es el hombre que emplean como intermediario. Se hace llamar Sabah Alabi, pero no sabemos si es su nombre real o el que utiliza en Occidente.

—No hay ningún informe sobre él en nuestras bases de datos ni en nuestros expedientes. Sólo sabemos su identidad —terminó Warrick.

—De acuerdo —contestó Salma, mirando de nuevo a aquel tipo para memorizar su cara. Era igual de atractivo que Grisha—. Intentaré averiguar más sobre él.

—Spy estará contigo dentro, vigilándote lo más cerca que pueda —explicó Alex, entrando en materia. Debían irse ya—. Sugar y Warrick también estarán en el interior, aunque dispersos por el local, buscando a nuestros objetivos. Hunter cubrirá la salida trasera, Jack la calle principal y yo estaré enfrente, cerca de tu moto.

Salma asintió. No le quedaba más remedio que aceptar las condiciones, y lo cierto era que aquellos hombres eran los mejores de los mejores. Nada podía ir mal.

Consciente de lo que arriesgaban, aunque su fin no era ayudarla a ella, sino a Alex, los miró uno a uno y dijo:

—Gracias por ayudarnos. —Cogió a Alex de la mano—. Sin vosotros, él no estaría vivo, yo no le habría conocido y... seguramente hubiese muerto tirada en un pasillo de ese club. Sé que lo hacéis por él y para mí es suficiente.

Se estaba emocionando y no quería mostrar sus sentimientos ante aquellos hombres, pero era cierto. De momento, Alex había conseguido vivir gracias a la ayuda de sus compañeros.

—Necesito que me hagáis un favor más —tomó Alex el relevo—. No matéis a Andrés, ¿de acuerdo? Intentad por todos los medios recuperarlo vivo.

Todos los militares dijeron al unísono un «A sus órdenes, mi teniente» tan contundente que los emocionó.

—No soy vuestro teniente —contestó Alex, cohibido—. No me lo he ganado. Hunter es el superior al mando.

Éste enarcó una ceja, sorprendido. Se acercó a él, lo cogió por el cuello con cariño y habló:

—Si tengo que desertar para que comandes esta operación, lo haré, ¿entendido? Es tu vida la que está en juego, tu chica, su hermano, conoces todos los datos mejor que ninguno de nosotros y, sobre todo, a ellos dos —especificó, señalando a Salma y Jack—. Tú serás el oficial al mando. ¿Alguna duda más?

Alex sonrió abrumado, pero ante el respeto y confianza que le mostraban aquellos hombres, accedió.

—De acuerdo. Entonces, vamos, tenemos un operativo en marcha. Todos sabéis vuestras posiciones y tareas. No se abre fuego en el interior si no es vital, intentad que haya el menor número

de bajas posibles, sobre todo, evitad que sean civiles y estad atentos a las comunicaciones. La palabra clave para ayudar a Salma es «Dorothy». Si ella pronuncia ese nombre, debéis intervenir —les ordenó a Spy, Sugar y Warrick—. Extracción lo más limpia y rápida posible. Un vehículo os esperará en la puerta y nos vamos cagando leches, ¿recibido?

Todos contestaron «Recibido» a la vez.

Salma observó cómo cada uno asumía su papel, mientras ella daba vueltas a la imagen de su jefe entrando en la discoteca junto a su hermano y el resto.

Ni en su peor pesadilla lo habría imaginado...

40

Salma salió la primera de la base, en su Ducati Diavel negra, seguida por tres vehículos.

Se había puesto la cazadora de cuero negro y tan sólo se distinguían los zapatos y el pelo rojo, que sobresalía bajo el borde del casco.

Ya eran más de las doce. El cuartel estaba en silencio, con todos los militares durmiendo excepto los vigilantes nocturnos. Y ellos lo estaban abandonando clandestinamente, sin avisar de sus planes al capitán Summers.

Salma era consciente del séquito que la seguía: Hunter en un todoterreno negro, preparado para cualquier eventualidad; Alex en el Maserati, con Spy y Warrick, y Jack en el Lotus, con Sugar.

Mientras conducía la moto sola, recordó lo que Alex le había contado sobre los hombres que iban a guardarle las espaldas y la verdad era que todos tenían historias que contar.

Hunter era el mayor de todos. Había perdido a su mujer en los atentados del 11S en Nueva York. Ella trabajaba en la Torre Sur, la segunda en ser atacada, la primera en derrumbarse.

Cuando se quedó fuera de la operación en la que dieron muerte a Bin Laden, por estar recuperándose de las heridas que le produjo otro operativo, creyó que le había fallado a su país, pero sobre todo a su mujer... Poco después, comprendió que nada era más importante que la vida, esa que le habían robado a su esposa la debía vivir él y pensó abandonar tras el derribo del helicóptero Chinook en el que viajaba la mayor parte del equipo SEAL que intervino en aquella operación.

Pero enterarse de que esos mismos terroristas habían puesto precio a la cabeza de uno de sus mejores amigos, y sin duda el mejor hombre que quedaba en pie de aquella élite militar, le hizo decidir quedarse, pero solamente por él, que había comandado tantas y tantas misiones contra los hombres que habían matado a su mujer...

Warrick había formado parte de varias operaciones contra Al Qaeda y otros grupos terroristas. Había participado activamente durante todo el largo proceso que desembocó en la Operación Gerónimo, pero quedó fuera del grupo final. Gracias a eso, aún estaba vivo y a su disposición. Era de los mejores artificieros de las fuerzas especiales.

Sus padres aún vivían, pero no tenía una buena relación con ellos... No comprendieron que quisiera alistarse y poco a poco la relación se enfrió. Alex siempre lo animaba a recuperarla. Sabía de primera mano lo que significaba no tener a nadie. También estuvo a punto de casarse, pero su novia tampoco entendió por qué no dejaba el Ejército si quería formar una familia y finalmente separaron sus vidas.

Sugar era de los últimos que Alex tuvo a su mando antes de ir a por Bin Laden. Entonces era muy joven e inexperto, pero muy eficaz y él no dudaba en requerir sus servicios siempre que lo había creído oportuno, aun en contra de lo que sus superiores opinaran, debido a su juventud y currículum. Día a día Sugar había demostrado que era de los mejores rastreadores del Ejército y también muy

hábil para las misiones de contrainteligencia, en las que ocultarse e infiltrarse era básico.

No tenía una novia conocida. ¿Para qué? Tenía a todas las que quería. Era tan arrolladoramente guapo que no le faltaban chicas. Su familia estaba muy unida y muy orgullosa de que su hijo sirviera a la patria en la élite.

Por último estaba Spy, el más hermético de todos. Tenía ascendencia escocesa y eso lo hacía más cerrado y reservado que el resto. Su capacidad de análisis y observación era abrumadora, así como su habilidad para las comunicaciones, sistemas informáticos y de seguridad.

Tenía una mirada penetrante y las mujeres se sentían cohibidas en muchos casos, Salma lo había comprobado en propia carne.

Estuvo mucho tiempo enamorado de una mujer que le dejó, cansada de esperarlo. Le dijo que tenía un amante mucho más poderoso que ella, el Ejército, y que si no había conseguido apartarlo de aquella vida era porque no la quería lo suficiente, no era la mujer de su vida. Si Spy volvía a encontrarla, se replantearía su forma de vida y sería capaz de hacer lo que fuese necesario por conservarla. De momento eso no había sucedido.

Alex se sentía muy cercano a Spy por la manera de trabajar, pensar y actuar, que compartían. Los dos eran minuciosos, reservados y detallistas al máximo. También porque no habían sido capaces de dejar su vida militar por ninguna mujer...

Los cinco eran tan diferentes entre sí y a la vez tan iguales... Entregaban su vida por su país, pero no por una bandera, como muchos creían, incluso ella misma en otro tiempo. Alex le había hecho comprender que entregaban su vida por proteger la de los ciudadanos que vivían en un estado de bienestar y confort que no debía ser alterado de nuevo, como pasó en 2001 y los años posteriores. Trabajaban para recuperar la estabilidad que les robaron y garantizarla lo máximo posible.

Ella también entraba en ese grupo de personas que vivía por los demás y que morían en silencio con el único pensamiento de que hubiese merecido la pena, de que otros sobrevivieran gracias a su trabajo... No se diferenciaban tanto los unos de los otros, el fin era el mismo.

—Roma, quiero que pruebes el equipo de comunicaciones —pidió Alex, sacándola de sus pensamientos y aminorando la marcha del coche. Quería alejarse un poco de ella y ver cómo funcionaba todo aquello en lo que había trabajado Spy—. Aléjate de nosotros. Nos encontraremos un par de calles antes del Moom.

—A sus órdenes —contestó Salma, divertida. ¡Por fin la dejaban correr!

—Jack, Sugar, seguidla de cerca —añadió Alex, haciendo que se carcajeara.

—Si podéis —los retó Salma, acelerando la moto.

En unos segundos, sólo conseguían distinguir unos puntos rojos lejanos que correspondían a sus zapatos y la peluca pelirroja.

—No te preocupes, Rambo, no se me escapará —contestó Jack con sonrisa traviesa, mientras al llegar a su altura en la carretera le hacía un saludo militar, para a continuación acelerar tras Salma.

Sugar, divertido, dio dos palmadas, gritando el típico «Jiiiihaaa» texano, que los dejó medio sordos a todos.

—De verdad, Alex, que si llego a saber esto, no te dejo comandar la misión —renegó Hunter, aunque lo cierto era que lo estaba disfrutando y que aceleraba en persecución de los demás sonriente.

—Podías animar esto un poco, ¿no te parece? Algo de musiquita no vendrían mal —comentó Salma, que no podía escucharla en la moto, a no ser que alguien la pusiera en alguno de los vehículos.

—Todo lo que desees, ¿recuerdas? —susurró Alex en un tono que ella conocía a la perfección y que le puso la piel de gallina y la hizo rememorar un cúmulo de sensaciones, aunque la realidad era que lo habían oído todos.

—Dale caña —pidió, consciente de los oídos indiscretos.

Con diligencia, Alex buscó entre la música que ella había dejado en su coche y encontró una canción que sabía que le gustaba mucho.

The Light, de Michelle Weeks y Jamie Lewis se oyó con claridad en todos los auriculares interconectados. Jack recordó cómo la había visto cantar y bailar esa canción cuando abandonaba su casa y, para qué engañarse, le dolió un poco.

—Gracias, amor. ¡Eres el mejor! —gritó ella, antes de empezar a cantar.

Todos los hombres sonrieron. Ellos también acostumbraban a ponerse música antes de las misiones, sólo que optaban por rock o heavy. Pero el cambio no les importó en absoluto.

Salma esquivaba el tráfico de la N-II, con una maestría que a Sugar, que nunca la había visto en acción, lo dejó con la boca abierta.

—¿Siempre es así? —le preguntó a Jack, con quien iba en el coche, sin quitarle ojo a la pelirroja.

—Así ¿cómo?

—Así de impresionante —contestó el joven, sin tapujos.

—Te estoy escuchando, Sugar. Cuidado —le advirtió Alex muy serio, pero en realidad aquellos comentarios lo llenaban de orgullo—. Y tú también, Jack.

Salma aguardó en silencio, escuchando lo que hablaban entre ellos. Era lo habitual, pensar que por ser mujer sería un estorbo y después concluir lo contrario...

—No la pierdas de vista, lo es mucho más —respondió Jack con respeto y cariño.

—No te creas nada, Sugar —intervino ella, sonriendo—. Sólo hago mi trabajo. Nada del otro jueves.

—Deja que yo valore eso, ¿de acuerdo? —repuso el muchacho.

—De acuerdo, vaquero —convino Salma, intentando no darle más importancia—. Atención, estoy a dos calles del Moom y no veo a nadie por aquí... ¿Será que sois unos lentorros?

La risa de Salma resonó en los auriculares, aliviando la tensión por un momento. La seguridad que les transmitía lo hacía todo mucho más fácil.

El sonido del motor del Maserati la hizo volver la cabeza para comprobar que no se equivocaba, mientras aguantaba el peso de la moto con las puntas de los pies. Allí estaba Alex, mirándola fijamente, comiéndosela con los ojos y... Spy... que era un hombre muy sensual y misterioso.

El Lotus de Jack y Sugar aparcó a la misma altura que ellos y el todoterreno detrás.

—Estamos todos —confirmó Alex, mirando los vehículos—. ¿Estáis preparados? ¿Alguna duda o pregunta? Si alguien no quiere participar o no está seguro, es el momento de abandonar el barco.

El silencio fue la respuesta que obtuvo a tan clara petición. Todos estaban listos para comenzar

el baile.

—De acuerdo. Entonces, rock and roll.

Salma lo miró sorprendida. Nunca lo había visto tan eufórico y le gustó.

Con cuidado, cada uno avanzó hasta su posición cerca de los accesos al Moom. Salma aparcó la moto frente a la puerta principal, se quitó la cazadora y el casco, lo guardó todo en es espacio de debajo del asiento, cogió su bolso y se encaminó hacia la puerta.

Con disimulo, volvió la cabeza y vio que Spy salía tras ella elegantemente, mientras Warrick y Sugar aparecían al otro lado de la calle.

Les echó un vistazo a todos, esbozó una sonrisa y, con seguridad, entró en el club. Fue hasta la barra, pidió su habitual mojito con fresas y disfrutó de la música. *Summer*, de Calvin Harris, sonaba invitando a la pista de baile a cuantos se congregaban allí.

Después de unas cuantas canciones, Salma llegó a la conclusión de que si los objetivos estaban allí, debían de estar en un reservado de la primera planta o en algún despacho, porque si Grisha la hubiese visto, ya habría acudido a hablar con ella o habría aparecido alguien de su séquito para invitarla a conocerlo. Era su modus operandi habitual. Habría que esperar un poco más.

Aunque no lo pareciera, tenía controladas las posiciones exactas de los tres hombres que la acompañaban en el interior. Spy estaba junto a ella en la barra, sin hablar, Sugar al otro lado de la misma y Warrick en la que había frente a ellos.

—Esto está muerto —dijo Spy, observando los reservados de arriba.

—Paciencia. Vendrá —susurró Salma, segura.

—Quizá no te ha visto. Cambia de lugar —propuso Alex, inquieto, en el coche aparcado muy cerca de la moto.

Los nervios por no estar dentro lo consumían, pero al menos con la microcámara de Spy y las gafas de tecnología militar, veía lo mismo que ella y el resto de los vigías en la calle.

—Voy a la pista a bailar, allí seguro que me ve.

Sin decir nada más, Salma dejó el vaso sobre la barra, mientras los primeros acordes de *Rather Be*, de Clean Bandit, la hacían sonreír.

Alex no necesitaba verla. Con los ojos cerrados y escuchando la música que se colaba por el equipo de sonido, podía visualizarla bailando sensual, con un montón de moscones a su alrededor. Intentando tranquilizarse, cogió aire y lo soltó.

—Sigue sin pasar nada —comunicó Spy tras unos minutos, observando a su alrededor, pero sobre todo a ella.

—Hay que forzar que la vea —indicó Alex—. Sugar y Warrick, tenéis que buscarlo.

Dicho y hecho. En cuanto Alex pronunció esas palabras, ambos hombres desaparecieron entre la multitud en busca de su objetivo, mientras Spy redoblaba la vigilancia sobre Salma. Ahora era más vulnerable a cualquier ataque.

Pasaron los minutos, las canciones, las copas y no había forma de encontrar al ruso.

—¿Es posible entrar en los reservados? —demandó Spy con un ojo puesto en la mujer y otro en la parte de arriba, donde se veía a gente beber y bailar.

—Sí —contestó Alex. Él sabía muy bien lo que había allí—. Tenéis que pedir una botella de

champán caro o de algún licor y podréis subir, si no está reservado para ninguna fiesta.

Spy miró a Salma y ella le interpretó a la perfección.

—Sólo tú y yo —dijo, caminando hacia ella.

Ella dejó que se acercara, como si de un encuentro casual se tratase.

Durante unos minutos en que simularon interés el uno por el otro, bailaron al son de *Never Say Never*, de Basement Jaxx. Al contrario de lo que parecía, Spy bailó divertido.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Salma distendida, aunque sabía que la conversación era escuchada por todos—. Y no digas que Spy.

Él esbozó una sonrisa ladeada que consiguió pararle el corazón. Era impresionantemente guapo y de verdad no entendía cómo no tenía pareja.

—Evan —contestó, tendiéndole una mano, mientras miraba hacia los reservados. Ella se la cogió sin dudar.

—Siendo escocés, tendrás un apellido histórico, ¿no? —continuó Salma con el tema sin dejar de bailar, aunque él sólo prestaba atención a los balcones.

—McLeod —respondió, mirándola con interés renovado.

—Vaya, sí que es importante... —murmuró sorprendida, caminando de su mano hacia el acceso a la escalera de los reservados—. Es uno de los clanes de la isla de Skye, ¿verdad?

Spy estaba gratamente sorprendido con aquella conversación. Asintió y, sutilmente, echó un vistazo.

—Chicos, centraos —irrumpió Alex, molesto con la intimidad y los gestos seductores de su subordinado.

—Eso hacemos, teniente —repuso Salma, poniendo los ojos en blanco—. Simulamos que nos estamos conociendo. Déjanos trabajar.

Ya estaban prácticamente frente al acceso a los reservados y lo cierto era que de cara a la gente que los rodeaba era perfecto que realmente fueran casi desconocidos.

—Vamos a subir —dijo el militar, obviando todo lo demás.

—Os vemos —intervino Sugar—. No le hemos encontrado. Es muy probable que esté arriba o, si no, tendremos que pensar otra cosa.

—Entendido —convino Salma, sonriéndole al guardia de seguridad que vigilaba que nadie se colara en la zona exclusiva.

En cuanto pidieron champán e intimidad, los invitaron a subir donde necesitaban.

Una mujer elegante, de unos treinta y cinco años, los aguardaba para acomodarlos y servirles lo que necesitaran.

Caminaron por un pasillo hasta el extremo contrario de reservados, pasando frente a espacios donde se veían diferentes grupos más o menos numerosos, disfrutando de la noche sin los agobios de la planta de abajo.

Como si tuviera un escáner en los ojos, Salma repasó uno por uno cada grupo de personas, sin encontrar ni rastro de Romanov, de Andrés ni de nadie de la organización.

Frustrada, se adelantó hasta la barandilla para asomarse y buscar entre la multitud, mientras Evan pedía una exclusiva botella de champán.

Luego se acercó a ella con gesto cariñoso para continuar con su engaño.

—No lo entiendo... si esa imagen que me habéis mostrado era de hoy, ¿dónde están? —preguntó Salma, tanto a Spy como al resto.

—Extremad la vigilancia. Si dentro de treinta minutos no los encontramos, nos volvemos a la base y buscaremos otra forma de obtener información —indicó Alex.

Spy se dio la vuelta y apoyó la espalda contra la barandilla para observar el pasillo de los reservados. ¿Dónde se habrían metido aquellos tipos?

Salma se volvió exasperada y entonces fue cuando lo localizó.

En un reservado más alejado estaba Grisha Romanov.

Se quedó bloqueada al verlo observándola. Aquella cadencia al moverse, su mirada profunda y el gesto duro que ella sabía que se esfumaba de un plumazo cuando no necesitaba emplearlo... Y si estaba allí sólo podía significar que su hermano y uno de sus jefes también lo estaba. Todas las alertas se le dispararon a la vez.

Salma agarró la balaustrada y se volvió de cara a él.

Lentamente, el hombre ladeó la cabeza y sus ojos centellearon. La había reconocido.

Con cuidado, Romanov miró a su alrededor. Andrés estaba sentado con Castillo y Alabi, hablando sin parar sobre el compuesto y su transporte.

Estaba harto de aquello y descubrir que la agente Roma estaba cerca había despertado como poco su curiosidad. El problema era que aquellos tipos no querían mujeres a su alrededor, ni tampoco desconocidos. Era normal, oídos indiscretos no eran bien recibidos cuando de negocios se trataba, pero él ya estaba de vuelta de todo lo que implicaba un trabajo así, sabía perfectamente cómo hacerlo y no necesitaba más que saber día, hora y lugar de recogida y entrega, del resto podía ocuparse sin problemas.

Siempre había sido una belleza de mujer, pero ese día estaba especialmente guapa. Sería el anhelo que al verla había despertado en él, aderezado con el soberano aburrimiento que arrastraba durante toda la noche.

Pero estaba acompañada... ¿Quién sería aquel tipo pelirrojo que la miraba con un deseo similar?

Sonriendo, la mujer le hizo saber que le había visto y, levantando un dedo, se disculpó con él mientras se volvía hacia el hombre que esperaba a su espalda.

—Chicos, lo tengo —dijo, dirigiéndose a Spy, así como al resto que escuchaba al otro lado—. Está dos balcones a la derecha de nuestra posición y me ha reconocido. Misión cumplida.

Alex cogió aire, intranquilo. Si aquel tipo no sabía que Andrés era el hermano de Salma, podía provocar una situación peligrosa.

—No puedes dejar que el resto te vea —le ordenó nervioso.

—Tranquilo, sólo me ha visto él —contestó, mirando fijamente a los ojos de Evan. Había llegado el momento de actuar.

—Ten mucho cuidado, por favor —le rogó Alex, revolviéndose en el asiento.

No poder estar dentro, como le habría gustado, lo estaba matando, pero era un riesgo que ahora no se podían permitir correr.

—Es mi trabajo, cariño. Todo irá bien —susurró ella, mientras Evan le tendía una copa de

champán, sin quitar ojo del ruso, que desde unos metros de distancia la vigilaba.

—No desaparezcas —intervino Jack con los nervios atenazándole el estómago—. Otra vez no, ¿entendido?

Salma cerró los ojos escuchando esas peticiones. Eran los dos hombres más importantes de su vida, no podía defraudarlos.

—Lo prometo —contestó, ante la atenta mirada de Evan—. Spy está conmigo, no os preocupéis.

—No sólo él —gruñó Sugar, molesto.

Salma sonrió en silencio.

—Todo está controlado —dijo el pelirrojo, guiñándole un ojo a ella y poniendo paz—. Estará bien.

41

A los pocos minutos de haberse encontrado con la mirada del agente doble ruso, ya lo tenía frente al acceso, solicitando verla.

Sabía que su pelo le llamaría la atención en primer lugar y que después la reconocería. Las circunstancias habían hecho que todo sucediese al mismo tiempo y, aunque al principio no lo pensara así, había sido lo mejor.

Ahora lo tenía en su reservado, punto importante para que ni su jefe Castillo, ni su hermano Andrés la reconocieran, y así salvaguardar su identidad. Tampoco la vería Sabah Alabi y por de pronto estaría a salvo de los yihadistas.

Evan o Spy, dependiendo del momento y las circunstancias, eran sus guardianes. Él no iba a abandonar aquel reducido espacio y vigilaría bien al supuesto delincuente.

—*Spasibo* —agradeció Grisha entrando en el reservado, tras un gesto de Spy dando su consentimiento para que pudiese acceder.

Salma lo esperaba con una sonrisa en los labios. Su relación con aquel hombre había sido la más extraña que había tenido en su vida y allí estaba de nuevo, de la forma más incomprensible y peligrosa.

Lo miró sin moverse del sitio y, como había previsto, él le dio un suave beso en la mejilla a modo de saludo, para después tenderle la mano al hombre pelirrojo que la acompañaba.

Estaba tal cual lo recordaba. Moreno, ojos azules, porte elegante, sonrisa seductora, mirada penetrante, protector con quien lo deseaba, como lo había sido con ella y, por su actitud cercana, sin importarle que estuviese acompañada, deducía que seguía queriendo serlo.

Salma cogió aire. Después de un año infernal sufriendo por un hombre, ahora, en el peor momento, se habían presentado de golpe todos los que podían interesarle... Soltó el aire poco a poco, intentando que no se le notase la tensión. Al menos estaba segura de que, aunque todos ellos eran muy atractivos, ella quería a Alex. Él era especial.

—Gabriel Chejov —se presentó Grisha a Evan, usando su último alias conocido.

—John Carter —contestó el militar, improvisando. No esperaba tener que presentarse a nadie.

Salma anotó mentalmente el nombre para no equivocarse. Se suponía que cuando el encuentro sucediera estaría sola. Todo estaba saliendo al revés.

—Tranquila —oyó muy bajito en su oído.

Era Alex, que oía su respiración alterada por los nervios. Aunque no estaba a su lado para poder mirarlo a los ojos y sentirse segura, lo estuvo igualmente con esa simple palabra.

—¿Negocios o placer? ¿A cuál de las dos cosas tengo el gusto de deberle el honor? —preguntó el ruso, mirándola entusiasmado con el reencuentro.

Ella estuvo a punto de decirle que placer, tantearlo y ver por dónde iban las cosas, pero el

tiempo para eso se había acabado. Su hermano estaba a escasos metros de ellos, con el resto de integrantes de aquella trama. No podía esperar más.

—Negocios —respondió Salma, antes de que Spy pudiese intervenir.

Romanov miró a su alrededor, intranquilo.

Si estaba allí por negocios, que era lo primero que había pensado en cuanto la había visto, era peligroso. Demasiados oídos indiscretos.

Salma siguió su mirada y no vio nada fuera de lo normal. Sólo hombres apostados cada pocos metros, vigilando que en el local todo fuese como debía y nada desagradable sucediera, aunque también oídos y ojos de quien tuviese el control del club.

—No es seguro —aseveró Grisha, mirándola fijamente.

—Lo sé, pero ya nada lo es.

Spy miró a dos hombres que estaban junto a la entrada del reservado, observándolos descaradamente. Con una mirada, le hizo saber al espía ruso lo que sucedía y éste tras echarles una ojeada y ver que eran dos de los hombres de Sabah Alabi, dijo:

—Hoy hay más gente que otros días. La «fiesta» es inminente —comentó, refiriéndose al atentado y alertando con ello a todos los que podían oírlos a través de los auriculares.

—Por eso estamos aquí —le informó Salma, incluyendo desde ese mismo instante a Spy en aquella pequeña reunión inesperada.

Romanov se rascó el cuello sonriendo, sin quitar ojo a su pelirroja.

—Has tardado demasiado —dijo, dejándola bloqueada—. Espero que no sea tarde.

—Ayúdanos —le pidió ella, bebiendo un trago de champán con una sonrisa falsa que tenía el único fin de hacer creer al público que estaban teniendo una grata conversación.

Todos los SEAL operativos en ese momento fuera y dentro de la discoteca estaban en tensión extrema. Si decía que sí, sería más fácil obtener información y montar un operativo eficaz y rápido, si decía que no... todos estaban en peligro mortal.

—¿Qué necesitas? —preguntó tranquilo, fijando su mirada en ella y sin hacer caso del militar.

—¿Qué hace Castillo con vosotros? —soltó Salma a bocajarro. Era importante saber cuál era la implicación de uno de sus jefes.

Grisha se sorprendió de que supiera quiénes estaban en aquel reservado. No se habían dejado ver públicamente juntos hasta ese mismo día y tan sólo en el tramo de calle que separaba el aparcamiento seguro del local.

—Sé que además hay un contacto árabe y el químico —continuó Salma, sin mencionar por lo pronto que el científico fuese su hermano.

Cogiendo una copa de champán vacía de la mesa donde estaba la champanera con hielo y la botella de Moët rosado, Romanov se sirvió un poco e, invitándolos a que lo acompañaran, se alejó de la entrada de los reservados acercándose a la barandilla lejos de los extremos, donde otras personas los podían oír.

—Roma, debéis marcharos de aquí. Es muy peligroso —les advirtió, cogiéndola de la cintura para acercarla a él.

Spy se tensó al ver la cercanía y la confianza que aquel peligroso hombre tenía con ella, pero no

debía intervenir. Tenía que aguantar un poco y ver hasta dónde llegaba. Pensó en Alex.

—No podemos. Necesitamos información.

El ruso negó con la cabeza, acercando la boca al oído de ella.

—Sé que estáis escuchando —susurró, dejando mudos y alerta a todos los militares. Salma se tensó bajo sus manos de inmediato—. Tranquilos, es normal, yo tampoco la dejaría nunca sola.

Impotente, Jack golpeó el volante del coche donde estaba escondido. Aquel tipo lo sacaba de sus casillas y ese comentario no se lo ponía más fácil.

—Castillo sólo quiere un porcentaje de los beneficios a cambio de que les abra brechas sin vigilancia por donde poder actuar. Es simplemente por dinero, nada más. Vendería a su madre si viera en ello un negocio rentable.

Salma intentó apartarse, pero Grisha la apretó un poco más contra él, acercándola. Sabía que no debía moverse y dejar que tras aquel inocente o lujurioso abrazo, dependiendo de los ojos que lo vieran, habría una confesión importante. Miró a Evan buscando apoyo. El militar asintió, infundiéndole seguridad.

Alex había enmudecido al escuchar los detalles que el ruso estaba dando. Era el teniente al mando, debía decidir sobre ello y trasladar la información al capitán. No había tiempo para los sentimientos. Aunque estuviera furioso porque tuviese a Salma entre sus brazos.

—Sabah Alabi es sólo la cabeza visible de la organización terrorista. Es una de las ramificaciones más radicales de lo que fue Al Qaeda. Quieren usar el compuesto como arma química aquí, en Occidente. Están a punto de conseguirlo.

—Y ahí es donde entra Andrés —apostilló Salma.

Grisha se alejó lo justo para mirarla a la cara, entrecerrando los ojos. Aquel tono familiar sólo podía indicar que era alguien cercano a ella.

—¿Es tu hermano? ¿Eres la agente implicada? —preguntó, deseando que la respuesta fuese «no».

Salma asintió, incapaz de confesar con palabras una verdad tan atroz.

—Lo siento, nena. No lo sabía cuando avisé...

Alex carraspeó. Le empezaba a molestar la forma tan cercana con que se dirigía a ella. Sabía lo que había pasado entre ellos, pero aun así era duro.

—¿Está muy metido en la mierda? —preguntó Salma con valentía, pero no se sentía así. Tenía mucho miedo a su respuesta.

—Ahora sí —confesó Grisha, mirándola a los ojos con pena.

¿Ahora? ¿Qué quería decir con eso? Se inquietó. El agente doble la acercó de nuevo a él y le susurró:

—Es cierto que fue un secuestro, pero el poder y el dinero corrompe a las personas... a todas... incluido tu hermano.

Salma recibió esas palabras como un jarro de agua fría. Estaba mentalizada para ello, pero por lo visto no lo suficiente.

—A todas no —dijeron al unísono cada uno de los SEAL que la acompañaban en silencio, emocionándola.

Ella se recompuso como pudo de aquella noticia devastadora y centrándose en lo que debía

hacer, preguntó:

—Necesito confirmar mis sospechas. Creo que el compuesto se vende como droga de diseño y que se transporta oculto en material escolar, artículos de bebé y cosas similares por su baja vigilancia en aduanas. El objetivo es almacenar aquí cantidades grandes sin que sean detectadas. Mi sospecha es que quieren usarlo como arma química, transformándolo en destino. Si es como creo, necesito saber cuál es el componente que va a alterar mi hermano.

Romanov no se sorprendió de que hubiese resuelto el caso, contaba con ello, con su inteligencia y su capacidad para llegar a conclusiones acertadas, pero también sabía que lo que tenía que decir no les iba a gustar... Cuando todo sucediera, él tenía pensado estar lejos de allí y no volver la vista atrás, pero al volver a verla todo había cambiado...

Dando un sorbo a su copa, la miró fijamente y dijo:

—H2O.

Un escalofrío de miedo recorrió a Salma. Esa contestación tan simple confirmaba todo lo que había sugerido como una realidad. Además, si la mutación se hacía con algo tan sencillo como el agua, era aún más peligroso de lo que había imaginado.

—¿En serio mi hermano es tan hijo de puta? —preguntó, cerrando los ojos para ver si así era más fácil creérselo.

—Lo siento, nena —contestó el ruso, acercándose a ella apenado.

—Salma —la llamó Alex, cansado de oír cómo aquel tipo la llamaba como lo hacía él—, tranquila, estamos contigo. Debéis salir de ahí lo antes posible. Hay que comenzar a trabajar sobre eso. Si no sabe nada más, marchaos ya.

Spy no se había movido de su lado. Los había dejado hablar sin intervenir, escuchándolo todo por el sistema de escucha, como el resto de hombres, buscando la mirada de Salma para evaluar su estado de ánimo y al mismo tiempo sin dejar de vigilar aquel balcón vacío, a unos metros de ellos.

El peligro los acechaba brutalmente y ahora más que nunca tenían que salir de allí sin ser vistos. Aquellos terroristas no debían saber que estaban tras ellos o cambiarían de planes, complicándolo todo.

—¿Cuándo? —Salma forzó a Grisha a que continuara.

Él quería contárselo todo, y mucho más sabiendo que se trataba de su hermano, pero si lo hacía, era probable que tuviera que destapar su doble espionaje...

Apartó la mirada de su pelirroja la dirigió a la pista de baile. Sólo faltaba un cargamento para que tuvieran la cantidad necesaria para ejecutar el plan que tenían previsto.

—Un día, dos como mucho —respondió, volviendo a mirar sus ojos—. Tienes que salir de la ciudad inmediatamente. Ven conmigo, yo te sacaré.

Alex cogió la manija de la puerta del coche en cuanto lo oyó, dispuesto a saltarse todos los protocolos. Le importaba una mierda que lo reconociesen. Total, viendo cómo iban las cosas, iban a morir todos. Pero no iba a dejar que se la llevara otra vez. No estando bajo su custodia.

—Como se te ocurra salir del puto coche, te pego un tiro —lo amenazó Hunter, que lo conocía muy bien.

—Rambo, tranquilo —dijo Jack—. Ella se irá contigo. No va a dejar que pases por mi mismo

infierno, ya sabe cómo termina.

Salma lo estaba oyendo todo, ¿es que no se acordaban? En ese momento no le venía nada bien saber que Alex estaba a punto de tirarlo todo por la borda ante una invitación a la que ni siquiera había contestado, ni tampoco que Hunter quería dispararle, ni que Jack estaba reviviendo su experiencia.

Cogió aire, cansada, con los ojos cerrados. Debía concentrarse, ponerse una venda en los ojos, unos tapones en los oídos y hacer lo que sabía hacer a la perfección.

—Todos calladitos, ¿de acuerdo? —intervino por fin con dureza.

Alex supo que había cambiado el chip y que ya no era la dulce Salma, sino la letal Roma. Eso lo tranquilizó en parte. Cuando estaba en modo operativo, no había nada que la desconcentrara.

Ella miró atentamente a Grisha y él también supo que ya no había vuelta atrás.

—Conseguirás que me maten —la reprendió, apoyándose en la balaustrada sin apartar la mirada de ella y esperando la batería de preguntas. Roma era así.

—Es el precio que pagamos por hacer nuestro trabajo. Nuestra vida por la de muchos inocentes.

Todos los que la escuchaban sonrieron, incluido Evan, que la contemplaba admirado.

—Cuidado —oyó cómo la advertía Jack, que sabía cómo se las gastaba aquel tipo, aunque Salma lo sabía aún más.

—¿Nos vas a ayudar? —le preguntó directa. No había tiempo de más. O estaba con ellos o contra ellos.

—¿Quiénes son? ¿Mercenarios, Boinas Verdes, Deltas, SEAL? —quiso saber él, ganando tiempo y haciendo que dudase de sus buenas intenciones.

—Eso es irrelevante. Son de los buenos y eso es lo único que debes saber. Se acaba el tiempo —lo apremió, mirando a Spy para que estuviese preparado por si la respuesta era negativa.

Con un sutil asentimiento de cabeza él se lo confirmó. Estaba dispuesto para lo que fuera necesario.

El ruso resopló y, pasándose la mano por el pelo, asintió. Estaba con ellos.

Con sonrisa sincera, Salma le manifestó su agradecimiento, para enseguida pasar a la acción.

—Necesito más información, Grisha —susurró, llamándolo por su verdadero nombre—. Necesito saberlo todo.

—El último cargamento saldrá dentro de unas horas.

—¿De dónde? —Alex escuchaba con suma atención. Cualquier detalle que se les escapara podía ser crucial. Su chica lo estaba haciendo muy bien—. ¿Dónde lo fabrican?

—En Siria. ¿Dónde si no?

Esa respuesta no era la esperada... Sabían que la droga se fabricaba clandestinamente, pero siempre supusieron que era en Madrid, en algún almacén o chalet oculto, tras comprobar que no lo hacían en el club. Que entrase desde Siria era algo con lo que no habían contado.

—Sigue —le pidió.

El hombre miró a su alrededor disimuladamente, allí nadie los oía. La música alta y machacona hacía su trabajo. Mientras que, gracias al sistema de comunicaciones, los SEAL no tenían problema en enterarse de todo.

—No sé exactamente dónde lo fabrican. Mueven la cocina dependiendo de los movimientos militares que hay en el país, pero lo sacan clandestinamente en un vuelo vía Moscú y de ahí a Madrid.

La cabeza de Salma comenzó a funcionar. Las piezas iban encajando solas.

—Es decir, que los vuelos que les has conseguido para el transporte de las armas que compras con el dinero del beneficio de la droga, los reutilizan de vuelta para transportar el compuesto hasta Rusia por un paso seguro que tú les facilitas. Allí lo ocultáis en los productos de consumo y entra a Madrid por la brecha que Castillo os deja libre.

Grisha asintió con una sonrisa ladeada. Ella había llegado a conclusiones correctas, sólo necesitaba cubrir los huecos.

Cuando aceptó ser agente doble, fue en gran parte porque lo fascinó la forma de trabajar de aquella mujer. De nuevo volvía a conseguirlo. Tenía una agilidad mental para unir puzles con la mitad de las piezas que lo volvía loco.

Alex sacó su tablet y comenzó a anotar todo lo que su chica decía, para enviárselo urgentemente al capitán. Había hombres destacados en Siria y podían iniciar un operativo para encontrar dónde se fabricaba el NB, mientras los Delta Force, con el contacto de Spy, averiguaban el sitio exacto donde prepararían la siguiente pista de aterrizaje exprés.

—Lo tengo —susurró, para que ella supiera que estaban trabajando ya en esa información y que continuara apretando un poco más.

—Pero no entiendo que el elemento que altera el compuesto sea el agua. Cualquier consumidor de NB moriría en cuanto entrara en su organismo y no es así. Eso sin contar con que es muy difícil transportar algo que se transforma en un arma mortal sólo con agua. Si llueve o una parte del cargamento cae en una zona mojada, un lago, el mar... es demasiado fácil de mutar...

Grisha sonrió antes de contestar.

—Tiene que ser agua a más de ochenta grados, por ese motivo no afecta a las personas que lo usan como droga, ni es peligrosa en caso de sufrir algún accidente como los que mencionas.

Alex garabateó el número en la tablet y lo envió con el texto explicativo al capitán Summers.

—Como te he dicho, están esperando que llegue el último cargamento. Tu hermano ya ha regresado de realizar su trabajo allí y en un máximo de cuarenta y ocho horas llegará el avión. Con éste no van a hacer escala en Rusia. Han encontrado cómo entrar sin problemas.

—¿Dónde?

—¿Conoces la urbanización Isla Paraíso, que quedó abandonada entre Madrid y Toledo? —Salma negó con la cabeza, no sabía dónde estaba ese lugar, pero no les costaría mucho averiguarlo —. Es un proyecto que se abandonó nada más comenzarlo. No se han construido las viviendas, pero sí se asfaltó una gran calle principal lo suficientemente larga como para poder aterrizar uno de los aviones de pequeña escala que usamos. Allí es donde llegará el cargamento por la noche y lo transportarán al almacén.

—¿Qué almacén? —lo apretó más.

—No lo sé. No dispongo de esa información.

Todos los que estaban escuchando estaban deseando ponerse a trabajar. Había varios asuntos

calientes que comprobar. Querían empezar ya.

—¿Cómo piensan hacerlo?

—Has visto la nueva versión del hombre murciélago, ¿verdad? —Salma asintió. Claro que había visto la película, una docena de veces al menos, le encantaba el protagonista—. No van a vaporizar el veneno, pero sí van a usar los conductos de agua para propagarlo.

—¿Cómo? —insistió.

—Mezclarán el NB con el agua a cien grados, para cerciorarse de que la temperatura es lo bastante elevada y cuando esté convertido a veneno, lo echarán en varias depuradoras y depósitos de agua de la ciudad. Se extenderá como la pólvora. Todo el mundo bebe agua del grifo o casi todos... Será una plaga.

Salma sintió pavor por primera vez en toda su carrera. Era lo más atroz que había oído nunca... Aquella gente estaba loca y su hermano el más loco de todos...

—¿Te suena el nombre de Alex Blake? —preguntó, jugándose el todo por el todo.

Si Grisha sabía algo sobre la recompensa por Alex, era el momento de contarlo.

Él la miró sorprendido. No esperaba que ella hubiese llegado tan lejos a no ser que hubiese encontrado a ese hombre.

Alex se revolvió en el asiento. Se había expuesto sin necesidad. Implicarse con él directamente podía llevarla a la muerte.

—Es el tipo al que quiere Sabah Alabi. Un SEAL condecorado hasta la saciedad, que mató a su líder. Quieren vengarle. —Eso era justo lo que sabían al respecto, nada nuevo—. Es sólo un hombre. No es importante —apostilló Grisha.

Salma cogió aire y calló, tras observar la mirada de Evan y el susurro de Alex pidiéndole calma en su oído.

Haciendo un gran esfuerzo, calló para no delatarle.

—¿Algo más que deba saber? —intentó concluir la inesperada reunión.

Romanov la miró unos segundos, admirando su belleza.

—No eres pelirroja —dijo con tristeza, mientras le tendía un pequeño papel que ella recogió—, pero me gustas igual. Sobre todo cuando conduces como lo hiciste hace unos días.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Él sabía que era la mujer a la que persiguieron el día del tiroteo en el ático de Andrés.

—No te disparé. Nunca lo haría —continuó, contestando una pregunta que seguro iba a hacerle—. Y a tu compañero tampoco, pero no podía intervenir. Lo entiendes, ¿verdad?

Ella asintió. Si hubiese intentado evitarlo, estarían los tres muertos. Jack estaba vivo y eso era lo importante.

Sintió haberle mentido, después de todo, se estaba portando bien y los estaba ayudando, pero era necesario. Sonrió como respuesta.

—Debemos irnos —intervino Spy, dando por finalizado el encuentro.

Salma le dio a Grisha un beso en la mejilla y un gracias susurrado desde el corazón. Quizá nunca más le volvería a ver.

Sin más palabras, salió de la mano de Evan de aquel reservado. Debían empezar a trabajar.

Agarró con fuerza el papel que Grisha había puesto entre sus manos y lo leyó. Era un número de nueve cifras que parecía un teléfono. Lo memorizó de inmediato, lo dobló y lo guardó en el bolso para no perderlo, mientras salía junto a los hombres del local.

Sólo tenían dos días para hacer que un atentado de aquella magnitud no sucediera en la ciudad.

En cuanto respiró el aire fresco, sus sentidos cobraron vida y, decidida, se dirigió a la moto, bajo la atenta mirada de todos los SEAL y de Jack, que guardaban silencio.

—¿Estás bien? —preguntó Alex, ansioso por saber, pero sobre todo de poder abrazarla.

—Sí. No te preocupes. —Se hizo la dura, pero lo cierto era que la tensión la había destrozado, sobre todo al saber que su hermano estaba tan cerca—. Debemos llegar a la base. Tenemos que ir a Siria.

42

Si pensaban que irse de la base a hurtadillas había funcionado, estaban muy equivocados.

Antes de que Alex le enviara la información al capitán Summers, el hombre, que conocía al equipo que había reunido y su forma de operar, estaba alerta y detectó su marcha de inmediato.

Al recibir por medio de los mensajes de Alex las informaciones que Salma había conseguido, movilizó a sus hombres en la zona de Siria, en busca de datos fiables y certeros.

Spy contactó con Brooklyn, su enlace en los Delta Force, para comunicarle la existencia de la fábrica del NB, su alteración, cómo se producía y sobre todo cómo lo sacaban de la zona.

El operativo estaba en marcha y el tiempo corría en su contra.

El capitán los convocó a todos nada más llegar. Tenían que organizarse inmediatamente, coordinar los tiempos de actuación, preparar material y todo lo que fuese necesario.

El grupo estaba en el gran despacho, mirando las imágenes que llegaban vía satélite de la zona de conflicto en Siria, posibles edificaciones que podían ser la fábrica del compuesto y probables pistas de aterrizaje para el transporte.

Spy recibía datos directamente de Brooklyn y su equipo, que se habían movilizado al instante.

Summers entró sin llamar y todos se volvieron para saludar a su superior y esperar órdenes. Estaban deseando actuar.

Salma y Jack, que habían estado estudiando las imágenes también y aportando su opinión, como unos miembros más del grupo, saludaron con un sutil asentimiento de cabeza.

—Sentaos —ordenó el capitán muy serio.

—¿Todo bien, señor? —preguntó Alex, observando su semblante.

—No voy a andarme por las ramas. No vamos a ir a Siria.

Todos los presentes comenzaron a hablar a la vez, enfadados con la decisión.

Alex, conteniendo la rabia, pidió con un silbido que se callasen y tomó la palabra.

—¿Por qué motivo, señor?

El capitán lo miró con tristeza. Lo había intentado todo para que se pudiesen marchar inmediatamente, pero por algún motivo desconocido les habían denegado el avión de carga y el piloto.

—No tenemos infraestructura para viajar hasta allí en el tiempo requerido. No tenemos avión, ni pilotos.

—¿Cómo es posible? —replicó Hunter sin poder creer lo que escuchaba—. ¿Quién es el lumbreras que ha denegado algo así?

El capitán sabía que se enfadarían. Él había tenido un poco más de tiempo para aceptarlo y templar los nervios...

—No podemos hacer nada, ¿de acuerdo? Cuanto antes lo asumamos, mejor para todos —

apostilló sin más explicación—. Debemos pensar un plan B. Aquí también hay mucho que hacer.

Salma miró a aquellos militares de élite totalmente derrumbados por las noticias recibidas. Ella también estaba abatida, lo que sucedía no era bueno. Lo mejor para el operativo era reducir la amenaza interceptando la carga en origen, destruyendo la fuente, evitando la entrada de ninguna sustancia peligrosa más, para después hacer lo propio con el almacén de la ciudad.

En Madrid todo era más fácil, podían contar con la Policía Nacional, la Guardia Civil e incluso los Boinas Verdes, el Grupo de Operaciones Especiales de nuestro país, pero en Siria no. Allí sólo tenían comandos dispersos en misiones concretas, que ahora debían desviarse de su hoja de ruta para buscar una aguja en un pajar y, si con suerte encontraban ese almacén, emplear sus pocos recursos en destruirlo. Era surrealista.

Necesitaban que el equipo Delta, los contactados por Spy, que estaban tras las pistas de aterrizaje clandestinas, descubrieran la posición exacta por ellos. No había tiempo para buscar. Una vez señalado el punto caliente, contarían con esos equipos como apoyo, pero la intervención debía ser suya.

Salma no quería rendirse, no era la primera vez en su carrera que se quedaba sin recursos para actuar y tenía que buscarse la vida.

Al ver derrotados a aquellos hombres que tanto habían luchado y arriesgado durante todo ese tiempo, pensó rápido. Estaban en una base. Aviones había cuantos quisieran y de todas las características imaginables...

—Señor, ¿puedo intervenir? —pidió permiso con respeto.

—Adelante, agente —contestó el hombre, gustoso de escucharla.

—Estamos en una base aérea... ¿no hay ningún avión disponible? —preguntó con picardía.

El capitán entrecerró los ojos, intentado averiguar en qué estaba pensando aquella valiente mujer. Conocía sus habilidades, Alex le había contado bastantes cosas en privado, pero no podía pedirle nada. Era una civil.

—Sí, hay disponibilidad. Lo que no tenemos es permiso ni pilotos.

—¿Nunca se han saltado las normas?

—Nunca —respondieron todos al unísono. Sus historiales no tenían un solo arresto o llamada de atención.

Salma puso los ojos en blanco. Así no iban a llegar a ningún lado.

—Sé que su lema es: «Ayer fue el único día fácil», bien pues el mío es: «Haz lo que tengas que hacer con lo que tengas a mano» y yo aquí veo hangares llenos de aviones sin uso, combustible, armas y todo el equipo necesario para poder realizar la intervención.

—No tenemos pilotos —apuntó Hunter, dejándose caer contra el respaldo de la silla—. Fin del sueño.

—Sí tenemos piloto —intervino Alex, con una sonrisa traviesa.

Todos los hombres se miraron entre sí, buscando la respuesta. Dedujeron que era Jack y Spy y Warrick, que estaban sentados a su lado, le dieron sendas palmadas en la espalda. Salma sonrió, no era la primera vez que eso sucedía. Esperó guardando silencio.

—¿Qué necesita? —demandó el capitán, sin apartar la mirada de la mujer.

—Un V-22 estaría muy bien. Podremos llegar hasta Siria y volver sin problemas de combustible y, si los tuviésemos, podríamos repostar en el aire. Tiene capacidad para transportarnos a todos y el equipo necesario, puede aterrizar y despegar sin problemas de espacio... creo que sería lo mejor. Además, va armado y nos podremos defender desde el aire si es preciso.

—¿Algo más?

—Un pasillo seguro. Entraremos en territorio hostil, es zona de guerra y sin cobertura podemos ser derribados con facilidad.

—Hecho.

El equipo la miró boquiabierto, mientras el capitán cogía un teléfono y llamaba a los hangares pidiendo que preparasen la aeronave solicitada.

—¿Sabes pilotar ese pájaro? —inquirió Sugar, asombrado de que Salma fuese capaz de pilotar un Chinook V-22, la aeronave más completa que se había fabricado, ya que podía ser helicóptero o avión según las necesidades.

—Te lo dije, colega —contestó Jack con sonrisa de suficiencia.

—Sé pilotar algunos aviones, sí —respondió ella, sin darle mucha más importancia y mirando a Alex en vez de a su interlocutor.

—¿Estás segura? —preguntó Alex—. No tienes por qué hacerlo. Podemos pensar otra cosa.

—No puedo quedarme de brazos cruzados ahora... —confesó, sin querer decir nada más delante de todos.

El capitán colgó el teléfono con una sonrisa triunfal.

—Perfecto, el CV estará operativo en una hora. Ya sabéis lo que hay que hacer. Preparar el equipo y después esperaremos a que los Delta nos den unas coordenadas fiables.

—¿Cuál es el plan, señor? —habló Hunter yendo al grano.

—Destruir la fábrica y el cargamento. Mientras tanto, avisaré a las autoridades españolas para que colaboren con nosotros en la búsqueda del almacén o almacenes. Es posible que la brigada antidroga sepa ya del NB y estén buscando pistas. Además, al darse la implicación de uno de los jefes de operaciones de la agencia para la que trabajan —miró a Salma y a Jack—, solicitaré un seguimiento para él, así como del hermano de la agente y del enlace de Al Qaeda. No tenemos mucho tiempo y espero que colaboren y podamos solucionar el problema rápido y sin hacer demasiado ruido. —Guardó silencio unos segundos antes de continuar—. Una vez acaben en Siria, tienen que regresar en el menor tiempo posible. Si no hemos conseguido evitar el atentado, necesitaré todos los hombres disponibles en apoyo de las fuerzas españolas, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —contestaron al unísono.

—Bien, entonces procedan y descansen en la medida de lo posible hasta la hora de partir, cuando nos lleguen las coordenadas.

El equipo se levantó de la mesa, dispuestos a realizar los preparativos necesarios. Armas, explosivos, mapas, comunicaciones...

Salma se acercó a Alex que daba a cada uno de sus hombres las últimas órdenes antes de descansar.

Apoyada en la mesa, lo observó. Su tono de voz era potente pero respetuoso, diferente del que

usaba para hablar con ellos fuera del protocolo militar. Nunca les levantaba la voz, los trataba como iguales y ellos estaban cómodos trabajando con él.

Alex sabía que ella le esperaba, la sentía cerca... Estaba deseando abrazarla...

Jack se aproximó sigiloso.

—¿Estás bien? —preguntó, mirando cómo se quitaba la peluca pelirroja dejando al descubierto su morena cabellera.

—Sí... Gracias por preguntar. Sólo me duele un poco la cabeza —respondió, levantando un poco la peluca que le había causado el dolor, mientras se ahuecaba el pelo con la otra mano, para después quitarse el equipo de comunicaciones.

—¿Crees que Romanov nos ha dicho la verdad?

—Eso espero —contestó, mirándolo a los ojos—. Hay mucho en juego.

—Yo creo que sabe más de lo que nos ha contado —dijo Jack, mirando cómo Alex se volvía para ir a buscarla.

—Puede ser, pero en un lugar público y con el riesgo que corríamos, no podíamos hacer más sin delatarnos —respondió ella, con la mirada fija en el hombre que se acercaba y no en él.

Jack entendió que sobraba.

—Iré a preparar mi equipo y a ayudar a los demás antes de descansar. Intenta recuperar fuerzas, el vuelo es largo.

Salma asintió tranquila, mientras él daba media vuelta para marcharse, con un saludo sutil de cabeza para Alex.

El vuelo no era ningún problema si conseguían cobertura, lo verdaderamente problemático vendría después de aterrizar.

Alex abrió los brazos sin palabras y, con ternura, acogió a Salma en ellos y la acurrucó contra él. Aspiró el aroma de su pelo y se lo besó.

—¿Estás bien? —inquirió igual que Jack, que se acababa de marchar.

—Ahora sí —susurró ella contra su pecho, apretando fuerte sus brazos alrededor de su torso.

—Ven, salgamos de aquí —propuso Alex, soltándola y cogiéndola de la cintura para salir fuera del complejo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Salma, pegada a su costado.

—¿Confías en mí? —preguntó Alex a su vez, apretándola contra él.

—Más que en mí misma —respondió, segura de sus palabras.

—Entonces no tengas miedo. Sólo déjate llevar.

Salma esbozó una sonrisa cansada. Era de madrugada, aquella zona de la base estaba desierta y sólo se oían los grillos y el susurro de la suave brisa.

Caminaron hasta alejarse unos metros del complejo, en dirección al hangar en desuso donde habían ocultado los coches.

Cuando llegaron a su altura, Alex lo pasó de largo y aún se alejaron un poco más.

Otro edificio más pequeño se ocultaba detrás.

—Nos estamos alejando demasiado —comentó preocupada. Allí no los encontrarían.

—Ésa es la idea —murmuró él, en un tono de voz sensual que a ella le erizó la piel.

—Pero si nos necesitan no...

Alex no la dejó terminar. Tiró de ella lo justo para besarla y que no hablase más.

Como esperaba, funcionó.

Luego se sacó una radio del bolsillo del pantalón y la conectó delante de ella.

—Cuando todo esté preparado, lo sabremos. El capitán lo anunciará y lo oiremos. Mientras tanto... —metió la mano en otro bolsillo y sacó un iPod con unos auriculares, que puso uno en su oreja y otro en la de ella—, ¿bailas conmigo?

Salma sonrió incrédula.

—¿Se te ha ido la cabeza?

—No —contestó serio, retirándole un mechón de la cara—. Es sólo que me hubiese gustado estar hoy contigo en el club, haberme acercado así a ti —susurró en su boca, rozándole los labios con los suyos mientras la apretaba contra de él. Tocó la pantalla del iPod y el ritmo sensual de *Dentu mi*, de Susie, sonó solo para ellos—. Y... haber bailado contigo.

La miraba fijamente, con la frente apoyada en la de ella, sus labios muy cerca y el corazón desbocado. Salma no podía hablar. Su aroma la envolvía, sus manos la tocaban, su cuerpo la anhelaba...

—Hoy es la última noche... —musitó Alex, llevando el ritmo lento de la canción con las caderas, haciendo que ella le siguiera en ese vaivén.

—No digas eso... No lo digas...

Una lágrima rebelde recorrió la mejilla de Salma. No quería pensarlo, pero era la última noche para muchas cosas... Con probabilidad, la última con vida de su hermano, la última para poder desenmascarar a Castillo, la última para Grisha en esa organización, la última para que dejaran de perseguir a Alex o morir en el intento... La última con vida asegurada...

Más lágrimas cayeron de sus ojos ante esos pensamientos.

Alex no lo había querido expresar con más palabras, le costaba. Antes todo era fácil. Se preparaba para la acción, se concentraba, realizaba el trabajo y vuelta a empezar. Ahora había mucho más detrás...

—No pienses más —rogó, secándole las lágrimas–. Estamos vivos, juntos, solos... Lo demás no importa ahora.

—¿Cuánto rato tenemos?

—Hasta el amanecer —contestó, mirando el cielo negro, pero que pronto empezaría a aclararse lentamente—. Dos horas, tres como mucho.

—Entonces no perdamos más tiempo. Sólo tenemos eso —le dijo, besándolo dulcemente en los labios.

Él no lo dudó. Cogió su rostro entre sus manos y le devolvió el beso, nervioso como si fuese la primera vez que estaba con una mujer. Pero no era eso, era la ansiedad de que pudiese ser la última lo que lo mataba.

Excitado, la levantó para que le rodeara la cintura con las piernas, mientras le retiraba el pelo de la cara y ella se agarraba a su cuello.

—Te quiero —confesó Alex bajo el manto de la noche y ante la luna tímida, casi inexistente, que

los vigilaba, antes de llevarla al barracón que tenían detrás.

—Lo sé —convino ella, sin parar de besarlo—. Y yo a ti... —Cogió aire y lo miró unos segundos—. Te quiero, Alex Blake.

Él sonrió, bajándola al suelo antes de que fuese demasiado tarde. La cogió de la mano y la llevó hasta el edificio.

—Era un antiguo almacén de paracaídas —explicó, señalando las mochilas apiladas al final de la estancia e iluminándose con una linterna que cogió en la entrada—. Aquí traían los que estaban estropeados para repararlos o destruirlos. No se usa desde hace unos meses, pero siguen almacenando los que están deteriorados. Ven.

Salma lo siguió dentro.

—¿Cuándo has encontrado este sitio? —preguntó curiosa mirando alrededor y esperó mientras Alex se alejaba, tras pedirle que aguardara un momento.

Él fue hasta un rincón, tomó unas mochilas, sacó los paracaídas que contenían y colocó las telas en el suelo, haciendo una gran cama. Salma sonrió. Nunca habría pensado en algo así, pero Alex era una caja de sorpresas.

De otra bolsa sacó un par de linternas pequeñas, que encendió para iluminar tenuemente la estancia.

Finalmente, cogió una última bolsa que parecía térmica y de ella sacó una botella de champán pequeña y dos copas.

Sonrió cuando vio el gesto divertido de ella.

—No es la suite de luna de miel que me gustaría, pero al menos estamos solos.

Salma avanzó hasta él, asombrada por aquel despliegue de medios. ¿Cuándo había preparado todo eso? Lo cogió por la nuca.

—Ninguna habitación de hotel podrá superar jamás esto. Tu deseo de mí es lo que quiero, nada más.

—Vaya, señora Blake, me deja sin palabras.

—Y tú a mí —contestó Salma, mirando a su alrededor.

Alex sabía que ella necesitaba olvidarse de lo que los esperaba y es lo que le ofrecía, aunque pasaran la noche sin dormir...

Mientras Salma se preparaba para ir al club en busca de Grisha, él había inspeccionado el almacén, lo había adecentado, seleccionó unos paracaídas limpios, preparó la iluminación y la nevera y lo dejó todo dispuesto, con la esperanza de poder pasar la noche con ella en aquel lugar, a solas. Al final el milagro había sido posible y podían estar juntos.

—Sólo esperaba que si salías de allí entera, quisieras pasar la noche conmigo.

—Alex, quiero pasar todas las noches contigo. Sin excepción. Siempre. No lo olvides, pase lo que pase. Tú eres el único para mí.

Sin perder un segundo más, la besó con pasión. No necesitaba escuchar más. En realidad, todo le sobraba, porque lo único que deseaba era que estuviera con él y eso lo tenía. No hacían falta palabras.

Con los movimientos de ambos, los auriculares, que habían quedado olvidados, se desconectaron

del iPod y la música invadió la estancia. Era *Make It to Me*, de Sam Smith.

... And I wanted you to know that
You're the one, designed for me
A distant stranger, that I will complete
I know you're out there, we're meant to be
So keep your head up, and make it to me...

... Y quería que supieras que
Eres la única diseñada para mí
Una extraña distante que completaré
Estamos destinados, así que
Mantén la cabeza alta y haz que suceda...

Con suavidad, empujó a Salma para que se acostara sobre el improvisado colchón. Su pelo era de nuevo moreno, como le gustaba, y sobre la tela blanca de los paracaídas destacaba junto con su atuendo negro.

Delicadamente, se tendió sobre ella devorando de nuevo su boca, dejando que notara su peso ligeramente y su excitación.

—¿Sabes lo que es el Slow Sex? ¿Lo has practicado alguna vez? —preguntó, separándose tan sólo unos milímetros de su boca.

Salma lo miró dubitativa. La traducción era clara, «sexo lento», pero no sabía a qué se refería exactamente. Imaginó cómo sería y, desde luego, no lo había vivido en ninguna de sus relaciones.

—No he conocido a ningún hombre con la suficiente paciencia para eso —contestó, escéptica con el tema.

—Entonces veamos si hay suerte —propuso travieso. Él era capaz de hacerlo, al menos había sido así en otras ocasiones. Esperaba no fallar con ella.

Despacio, se puso de rodillas y comenzó a quitarle los zapatos rojos que se había puesto horas antes. Primero desabrochó la hebilla de uno, se lo sacó por el talón y finalmente se lo quitó del todo, sujetando el pie en el aire. Sin prisa, le masajeó la planta, los dedos y el tobillo.

Cuando creyó que era suficiente, repitió los mismos pasos con el otro pie. Salma cerró los ojos, disfrutando. Estaba agotada y, aunque siempre elegía zapatos cómodos para los operativos, acababa bastante cansada y dolorida.

—¿Mejor? —preguntó Alex, sabiendo la respuesta. Sus gestos se lo decían.

—Sí —susurró, contemplando cómo se quitaba la camiseta blanca que había llevado esa noche.

Todavía arrodillado entre sus piernas, colocó las manos a los lados de su cabeza y, sin rozarle más que los labios, la besó lentamente.

Salma le sentía cerca, estaba ahí, pero no llegaba a tocar su cuerpo y el anhelo se iba acrecentando, mientras el beso se hacía más profundo.

Intentando acercarlo un poco más, lo agarró de la cintura, invitándolo a colocarse sobre ella.

Pero Alex no lo hizo, se mantuvo alejado, dejando que lo tocara, pero sin hacerlo él.

Durante unos minutos, la besó, la saboreó, le mordisqueó los labios, jugó con su lengua sintiendo el deseo creciente, pero manteniéndose firme en su decisión.

Ella lo tocaba, lo abrazaba, le desabrochó el pantalón vaquero provocándolo, pero no fue más allá. Respetó su esfuerzo.

Cuando Alex creyó que ya la había tentado lo suficiente, le acarició el brazo llegando hasta el nudo de tela que le sujetaba el traje a la nuca. Lo deshizo con paciencia y dejó la tela sobre su pecho, sin retirarla. Salma sintió un escalofrío por el contacto repentino que la hizo temblar. Alex sonrió en su boca. Estaba funcionando.

Lentamente, bajó la mano por el centro de su pecho, sin dejarle saber qué iba a hacer. Salma suspiró gimiendo. Casi no la rozaba, sólo sus labios la besaban sin parar, pero podía sentirlo por todo su cuerpo. Era increíble.

Alex agarró la tela a la altura del estómago y, muy despacio, la fue bajando, dejando que el roce la excitase aún más.

Como esperaba, Salma reaccionó arqueando la espalda, sintiendo el placer, temblando y agarrándose a su cuello con fuerza.

—Tranquila, aún no —murmuró Alex, sintiendo su propia excitación.

Ella se embarcaba ya en una exploración de su cuerpo que no podía dejar que realizara si quería llegar a donde pretendía. Las veces anteriores había sido trabajo, ahora deseaba de verdad a la mujer que tenía bajo su cuerpo y a la que prodigaba sus atenciones. Si lo tocaba sería su perdición.

Sin parar, continuó desnudándola, mientras la acariciaba y besaba por todas partes menos donde ella le reclamaba. No le tocó los pechos ni el sexo. Ni siquiera mientras le quitaba la ropa interior lentamente.

Estaba muy excitada y preparada desde hacía muchos minutos y deseaba tenerlo antes de que el tiempo se agotara. Ojalá dispusiesen de más para demorarse el uno con el otro sin pensar en nada más...

No quería, pero iba a interrumpir el juego. El cielo comenzaba a estar un poco menos oscuro y el amanecer corría ya a su encuentro. Alex también se había dado cuenta de ese detalle y, aun en contra de sus intenciones iniciales, dejó que ella lo desnudara.

Todos sus encuentros sexuales habían tenido algo especial que recordar, pero ahora, el uno frente al otro, desnudos, conscientes de que al día siguiente el destino los uniría o los separaría para siempre, el deseo era más grande.

Salma lo besó, agarrándolo de la nuca con fuerza. Quería agotar todos sus besos, no irse de allí jamás...

Alex sentía el mismo anhelo que ella. La cogió por la cintura, la acercó a él y la colocó con las piernas alrededor de su cintura.

Tanteándola con su miembro, confirmó que estaba preparada y, muy despacio, entró en ella, invitándola a ayudarlo, dejándose caer lentamente.

Ambos temblaron por la sensación de sentir cómo la penetraba y dejaron que los invadiera el placer.

Mirándose fijamente, comenzaron con un vaivén pausado, hasta que el deseo los hizo cambiar de ritmo, acelerando los movimientos. Alex se frenó, pasando de nuevo al ritmo lento que le había prometido, y Salma se convulsionó al notar cómo profundizaba más.

Cogió aire, dejando caer la cabeza ligeramente hacia atrás, mientras él aprovechaba para besarle el cuello.

Con la respiración entrecortada, Salma apoyó la frente contra la de él, mirándolo a los ojos. El orgasmo estaba cerca.

Sintió cómo la deslizaba lentamente sobre él para penetrarla más profundamente. Temblando, se apretó contra él abriendo la boca para gritar, pero no fue capaz, el sonido se quedó dentro de ella al notar cómo el clímax llegaba arrasándola.

Alex esperó a que lo experimentara plenamente durante largos segundos. Y entonces la penetró a un ritmo más rápido para llegar también a su orgasmo.

Se quedaron abrazados intentando recuperar el aliento, unidos por sus sexos durante mucho tiempo.

Aquélla podía ser la última vez que se hubiesen amado...

La última...

43

Salma y Alex contemplaban el amanecer desde el hangar abandonado, tapados con la tela de uno de los paracaídas que los habían cobijado. La noche se acababa, el sol salía a su encuentro y debían marcharse.

El mundo corría un serio peligro. Madrid estaba a punto de sufrir uno de los mayores ataques terroristas de la historia y que sucediera o no dependía de ellos, del pequeño y peculiar grupo de soldados y agentes secretos, decididos a no dejar que aquellos salvajes se salieran con la suya.

Era una lástima que el mundo estuviese tan loco. Cada día las noticias hacían que los espectadores se echasen las manos a la cabeza sin comprender. Ellos no iban a arreglar el problema, ésa era una utopía que a todo miembro de las fuerzas de seguridad de cualquier país le gustaría alcanzar, pero tan imposible...

Salma no podía parar de pensar en la cantidad de criminales de diferentes creencias, nacionalidades y lugares estaban implicados en la trama... Eran tan distintos y tan iguales...

A ellos les tocaba ahora evitar que se salieran con la suya y llevaran a cabo el atentado, y dar así una oportunidad al mundo y a sus habitantes.

—¿En qué piensas? —preguntó Alex, abrazándola contra su pecho.

—En toda esta locura... No entiendo por qué lo hacen, por qué engañan a personas inocentes para hacer daño en nombre de un dios... No creo que el dios de ninguna religión quiera que sus fieles mueran, ni por él, ni por sus creencias... ¿Por qué no se dan cuenta de eso?

Alex la besó en el pelo.

—Lo que les enseñan los extremistas no es el verdadero Corán, es su versión propia para convencerlos de que si dan su vida por Alá, y de paso se llevan por delante a unos cuantos infieles, se ganarán el paraíso. Igual que la religión católica mataba a personas en nombre de Dios...

—Es muy triste, Alex... y cada vez hay más...

Él cogió aire. Salma tenía razón. Cada día había más grupos insurgentes radicales que llenaban de noticias los periódicos y los noticiarios mundiales.

—Lo sé... —susurró, consciente de que, desde que el mundo es mundo, los conflictos bélicos, políticos y religiosos existían y no se iban a acabar—. Sólo espero que una vez más lleguemos a tiempo y evitemos que civiles inocentes paguen con su vida. Es lo único que podemos hacer. Tenemos que destruir la fábrica en suelo sirio, y no sólo para evitar el atentado; allí también existe riesgo de contaminación en las poblaciones aledañas. Hay muchos civiles que no necesitan más dureza en sus vidas. Después regresaremos a tiempo de evitar que se propague el veneno en Madrid. Es difícil, va a ser duro, pero lo vamos a conseguir.

Salma sonrió triste. Su positividad era admirable y ella creía en sus palabras fervientemente. Confiaba en que regresaran todos y enteros. Ésa era la parte más difícil.

La radio comenzó a emitir el típico sonido de conexión. En un segundo, la voz del capitán se oyó con claridad.

—Chicos, ha llegado el momento. Tenemos las coordenadas. Os espero en la sala de operaciones.

Salma y Alex se miraron. El operativo empezaba, su responsabilidad era grande y no podían fallar.

Sin decir una palabra, se levantaron, comenzaron a vestirse en silencio y en cinco minutos estaban listos.

De la mano salieron a la luz del día, que cada vez era más clara, y se encaminaron hacia el barracón. No había nada más que decir, ya se lo habían dicho todo, con palabras, con besos y con su pasión.

Rápidamente entraron en su cuarto y empezaron con los preparativos.

Salma se duchó la primera. En dos minutos estaba lista y se puso unos pantalones militares ceñidos, muy cómodos, con dos grandes bolsillos a la altura de los muslos, botas militares de cordones, una camiseta verde de tirantes y una cazadora marrón claro. Se recogió el pelo aún mojado en una coleta en la nuca y procedió a preparar una mochila con sus cosas. Alex ya había salido también de la ducha y comenzaba a ponerse su uniforme de camuflaje. Salma lo miró unos segundos. Parecía nervioso.

Dejó la mochila ya cerrada sobre la cama y se acercó a él.

—¿Estás bien? —le preguntó, sentándose sobre el colchón para mirarlo de frente.

Alex asintió, mientras se ponía una camiseta verde militar y se sentaba junto a ella, para calzarse las botas.

Lo observó cómo, minucioso, se anudaba bien los cordones y se metía el pantalón por dentro.

—Alex, eres el mejor. No tengas miedo.

Él volvió la cabeza para mirarla antes de hablar.

—*Era*.

Salma sonrió, negando con la cabeza.

—¿Crees que esos hombres que nos esperan estarían aquí y ahora a tu lado si no fuese así? ¿Crees que pondrían su vida en tus manos tan ciegamente?

Alex miró hacia otro lado. Hacía tanto tiempo que no trabajaba en lo que más amaba, que no estaba seguro de estar en plenas facultades. Salma le cogió una mano y se la besó antes de seguir hablando:

—Sigues siendo el mejor a pesar de que no lo sientas. Nosotros lo sabemos. Sólo falta que lo creas tú.

Sin más palabras, se levantó, buscó su boca para darle un suave beso, cogió el equipo que había preparado, sus gafas interactivas y salió de la habitación. Debía reencontrarse consigo mismo antes de hacerlo con sus hombres y eso era algo que tenía que hacer solo.

Alex apoyó los codos en los muslos, entrelazó los dedos, dejando caer las manos entre sus piernas y bajó la cabeza, cerrando los ojos.

Imágenes de los compañeros que habían pasado por su vida acudieron a su mente. Pensó en

Hunter, Spy, Sugar, Warrick, el capitán, pero también los que estaban a su mando y que murieron tras asaltar la edificación donde se escondía Bin Laden. A manos de los mismos hombres que lo buscaban a él y pretendían matar a media ciudad.

Cogió aire y apretó la mandíbula. Debía hacerlo una vez más, debía comandar a su grupo y evitar un atentado.

Salma fue su última visión. El sufrimiento y la angustia que estaba pasando en silencio por culpa del loco de su hermano era inhumano. Tenía que ayudarla, se lo prometió cuando aún no sabían ni a qué se enfrentaban ni la envergadura del problema. Ahora no podía fallar.

Decidido, se levantó, cogió la chaqueta del uniforme, la bolsa que tenía dispuesta con el material, sus gafas militares de última generación, que tanta ayuda le prestaban, y salió camino de la sala de operaciones, donde le esperaban.

Los demás estaban mirando atentamente unas fotografías, mientras Salma leía unos documentos que enseguida pensó que serían el informe del vuelo.

Ella se volvió para mirarle. Esperaba que su expresión hubiese cambiado y, sobre todo, su estado de ánimo. Todos dependían de él, de sus decisiones acertadas o no, de su valentía, de su estrategia. Debía tener la mente despejada.

Las demás parcelas de su vida estaban en orden, sólo faltaba ésa.

Sonrió en cuanto lo vio dispuesto para hacer su trabajo lo mejor que pudiese. Eso haría que los demás diesen lo mejor de sí mismos, incluida ella. Alex le devolvió la sonrisa y le guiñó un ojo mientras articulaba un silencioso «gracias». Ella negó sutilmente con la cabeza, diciéndole que no era necesario, y esperó a ver qué sucedía.

Alex dejó su material sobre la mesa, junto con el del resto, y avanzó con seguridad hasta su equipo.

—¿Qué tenemos? —preguntó, cogiendo una de las fotografías que había sobre la mesa de trabajo que todos rodeaban.

—Son fotos de los Delta. Han conseguido permiso para elevar un dron y buscar la posible pista de aterrizaje. Muy hábilmente, han desviado un poco el vuelo, para fotografiar una zona caliente que podría ser la ubicación de la fábrica y esto es lo que nos envían —explicó Spy, dándole un par de fotos más.

Alex examinó las imágenes. Eran de una pequeña edificación en mitad de la nada, con ventanas de pequeñas dimensiones dividida en dos y una pequeña zona de carga con un par de camiones parados.

—La pista de aterrizaje parece que podría ser la misma que usaron la primera vez y que estaba muy cerca de este edificio. La han reparado y preparado —continuó Spy con la explicación, mostrándole nuevas fotos.

—Bien. Iremos primero a la edificación. Tenemos que intentar que el cargamento no salga de ahí —anunció Alex, como primera fase del plan—. ¿Tenemos apoyo de la fuerza Delta? —le preguntó al capitán, que hablaba por teléfono con el equipo que preparaba el avión.

—Ellos sólo tienen autorización para actuar en la pista de aterrizaje. Estarán allí esperando para vigilar vuestro transporte y cubriros —contestó. Luego cogió unos planos y los extendió sobre la

mesa. Todos observaron lo que les mostraba—. Aquí es donde está la fábrica —señaló un punto en el desierto— y ésta es la pista de aterrizaje —indicó otro lugar, unos centímetros más alejado—. Tendréis que aterrizar en la pista clandestina, los Delta ya la habrán asegurado para entonces, y llegar a pie hasta la edificación para no ser detectados. La destruiréis, volveréis a la pista de aterrizaje, despegaréis y los hombres de Brooklyn destruirán la pista de nuevo.

Todos asintieron, conformes.

—¿Distancia? —inquirió Alex, para calcular el tiempo que pasaría entre el momento en que tocaran tierra y el de contacto con el objetivo.

—Unos cinco kilómetros de desierto. Tendréis que ir con cuidado para no ser cazados. Si hubiese más tiempo, haríamos una intervención nocturna, pero a esas horas ya habrían salido con el NB camino de España.

—De acuerdo, no perdamos más tiempo aquí. Cuanto antes salgamos, antes volveremos. —Miró a Salma y calló un momento antes de volver a hablar—. ¿Estás preparada?

—Sí —contestó ella con rotunda seguridad.

—Señor, ¿está preparado el transporte? —le preguntó entonces Alex a su superior.

—Sí, está en pista. Ya han cargado el equipo que Hunter preparó. Tenéis un pasillo seguro durante tres horas una vez aterricéis en territorio hostil. Si no conseguís salir en ese tiempo, estaréis a merced de la suerte. Es lo máximo que he conseguido.

—Perfecto. Será suficiente. Si da su permiso, salimos ya.

—Permiso concedido y... vuelvan todos —pidió el capitán, fijando la mirada un segundo en cada uno de los SEAL que saldrían en ese vuelo y por último en Salma y Jack.

—Volveremos —dijo Alex, haciendo el saludo militar.

Los demás lo imitaron.

Todo estaba dispuesto.

En silencio y cargando cada uno con su chaleco antibalas, el casco protector y la mochila personal, salieron de la estancia. Alex se quedó el último para darles a Salma y Jack un chaleco a cada uno.

—Cuando estemos en zona hostil, debéis llevarlo.

Jack frunció el cejo. Él no trabajaba con chaleco, o al menos no con uno tan pesado. En contadas ocasiones se lo había puesto.

—Esto no es a lo que estáis acostumbrados. Allí no podréis resguardaros y toda protección es poca —explicó Alex, paciente, pero si algo tenía claro era que no podía dejar que hicieran lo que quisieran—. Le pedí a Sugar que buscara uno para cada uno y los llevaréis. Es una orden. Aquí el que manda soy yo.

Salma estaba a punto de replicar, pero la seguridad con que se había expresado hizo que cerrara la boca. Se enfrentaban a una zona donde no habían operado nunca y era conveniente hacer caso a las personas que la conocían y sabían de lo que hablaban.

Tendió la mano y cogió los chalecos. Pesaban bastante, pero era necesario. En silencio, le dio uno a Jack, que lo aceptó con reticencia, y salieron detrás de Alex, camino de la pista de despegue.

Cuando llegaron a la altura de la aeronave, Salma sonrió ilusionada. Sólo había llevado una

como ésa un par de veces y estaba deseando volverlo a hacer.

Con decisión, se acopló en la zona del piloto y Jack lo hizo por la del copiloto, mientras el resto de los integrantes de la misión se acomodaban en la parte trasera y aseguraban el equipo.

Salma arrancó el aparato y el sonido del motor poco a poco fue aumentando, mientras despertaba.

Todos se colocaron los auriculares con micrófono para poder hablarse entre sí.

—Buenos días —comenzó divertida—, bienvenidos a este vuelo camino del infierno. Espero que sea de su agrado y que lo disfruten, porque cuando lleguemos se va a liar de tal forma que desearán no haber bajado nunca del aparato. —Las risas de los hombres ante sus palabras hizo que mirase hacia atrás. Todos estaban sentados ya en sus asientos, esperando el despegue.

Alex la contempló, negando con la cabeza y con una sonrisa. Era increíble su sentido del humor en momentos tan difíciles.

—El catering de bienvenida y la película se nos han olvidado —continuó ella—, así que esperamos que hayan traído sus propias provisiones y, si lo desean, pueden cantar para amenizar la travesía. ¡Que se diviertan! Y gracias por volar con Salma Air.

Todos aplaudieron, mientras ella escuchaba las indicaciones de los controladores y hacía que los rotores girasen para coger fuerza y despegar. En unos segundos, el aparato se elevó del suelo y cogió altura como un helicóptero. Jack la ayudaba tranquilo, compenetrándose ambos a la perfección.

Cuando la aeronave alcanzó la altura correcta, las hélices comenzaron a bajar dejando atrás su verticalidad, hasta transformar el aparato en un avión en pleno vuelo, posibilitando aumentar la velocidad a la que podían moverse.

Salma le comunicó por radio al capitán que todo había ido correctamente, antes de cortar la comunicación y aumentar la velocidad. Ya estaban de camino. El vuelo sería tranquilo mientras sobrevolaran el mar y los países aliados.

Concentrada, mantuvo el rumbo y evitó pensar demasiado en lo que iba a suceder. Era lo mejor. Dejaría pasar el tiempo hasta llegar allí.

Miró hacia atrás y vio que todos dormitaban menos Alex. Tenía un libro en las manos y leía. Desde donde estaba no podía ver el título, pero le gustó la imagen. Era surrealista. La enamoró aún más.

Estuvo a punto de ir a su lado un rato, pero Jack no se sentía cómodo manejando él solo los mandos y, por otra parte, no quería interrumpir el sueño de los soldados.

Paciente, aguantó en su puesto.

Cuando sobrevolaron Chipre, habló:

—Chicos, estamos sobre Chipre. Preparaos.

Todos se levantaron de sus asientos y fueron equipándose con todo detalle. Protecciones, chaleco, casco, visión infrarroja y nocturna en los cascos; armas, cuchillos, explosivos... todo lo necesario para defenderse y atacar.

Alex fue hasta la cabina y tendió el chaleco a Jack.

—Vosotros también —apostilló, mientras el agente lo cogía y él se arrodillaba junto a Salma para ayudarla a colocárselo.

—Gracias —dijo ella, en respuesta al gesto.

Alex sonrió y, dándole un leve beso en los labios, fue con el resto de los hombres. Era su turno de equiparse.

—Veinte minutos para llegada al objetivo —anunció Salma, vigilando bien el radar. Estaba limpio, no se veía ningún enemigo cerca, pero en breve entrarían en la zona de conflicto.

Jack, que conocía la costumbre de Salma para destensar ese tipo de situaciones, sacó un iPod, lo conectó a unos altavoces y esperó que ella asintiera con la cabeza. Entonces se aproximó, le mostro la pantalla, Salma buscó con rapidez entre las canciones y seleccionó una. Era perfecta para el momento y estaba segura de que sería del gusto de sus compañeros, incluido Jack.

Las primeras notas de *Seek and Destroy*, de Metallica, inundaron el habitáculo.

—Espero que os guste —dijo, mirando hacia atrás—. La he elegido especialmente para vosotros.

Usando las armas como si fueran guitarras heavy metal, le hicieron saber que estaban encantados.

Ella se volvió de nuevo hacia delante para concentrarse en su cometido, mientras seguía el ritmo de la música y cantaba la letra. Jack se mantenía atento a cada dato que el ordenador de a bordo transmitía.

Había cazas del Ejército americano sobrevolando los alrededores. Aparecieron en el radar, acompañándolos en la lejanía. Ése era su pasillo seguro. Debían aprovecharlo.

—Espantapájaros uno a Roma —se oyó por radio en inglés con acento americano, cuando estaban a punto de llegar a su destino—. Zona limpia. Tienen ciento ochenta minutos. Después de ese tiempo, estarán solos.

—Roma a Espantapájaros uno. Entendido. Ciento ochenta minutos para salir.

Jack la miró resoplando. Esperaba que fuese suficiente. Si no lo conseguían, serían derribados en cuanto elevaran el vuelo.

—Cinco minutos para objetivo —anunció ella, totalmente dedicada a controlar el aparato. Debía frenarlo y transformarlo en helicóptero. De ese modo el descenso sería más rápido y discreto.

—Deberías haber frenado el motor antes, Salma —le recriminó Jack, tirando del freno para ayudarla.

—Sabes que no podemos. Debemos tardar lo menos posible —repuso ella, reteniendo la nave con pericia hasta la velocidad que necesitaba, procediendo luego inmediatamente a elevar las hélices. Enseguida anunció:

—Chicos, ya veo la pista de aterrizaje.

El sonido monótono del motor se vio interrumpido por el de la comunicación por radio.

—Tiza uno a tierra. —Era Alex hablando con Brooklyn y sus Delta Force—. Comenzamos descenso.

—Tierra a Tiza uno. Zona asegurada. Procedan.

Salma comenzó el aterrizaje en cuanto oyó el ok. Era muy importante ser rápidos en esa fase.

Sin problemas, maniobró hasta tocar tierra y apagó los motores, lista para armarse y bajar con ellos.

Alex la esperaba. Sabía que ella no querría quedarse en el avión, pero era necesario y debía hacérselo entender. Había evitado decírselo hasta entonces, para no enfadarla antes de tiempo.

—Salma, tú y Jack os quedareis aquí.

—¡¿Qué?! —gritó ella de inmediato, sin dejar tiempo apenas de que su compañero procesara la orden.

—No puedes venir —insistió Alex con semblante serio.

—¡Quiero ir! ¡He trabajado mucho para esto! —vociferó furiosa.

Él lo sabía bien y sabía lo frustrante que era llegar a ese punto y que te dejaran fuera, pero era el único piloto que tenían. No podían arriesgarse a no poder volver.

—Lo sé, nena, pero si caes herida o mueres, no podremos regresar.

Esperó a que ella asimilara lo que le acababa de decir. Era una agente responsable e inteligente, que entendería la situación, aunque ésta fuese dolorosa.

Con lágrimas de resignación en los ojos, comprendió que tenía razón y que no podría acompañarle.

Impotente, soltó el aire que retenía con rabia, para después acercarse a él y abrazarlo. Era el momento de la despedida.

—Te prometo que volveré —dijo Alex, apretándola contra él.

Ella sólo pudo asentir con la cabeza, frente a su torso, duro por el chaleco antibalas que llevaba puesto.

—Necesito que estés atenta a la radio de Brooklyn y dispuesta para darnos apoyo aéreo si fuese necesario. El capitán ha cargado el pájaro con algunos juguetes.

—No te preocupes. Jack y yo acudiremos de inmediato.

Con un dulce beso en los labios se apartó de ella.

—Estaremos en contacto por radio, pero sólo para emergencias. No quiero delatar nuestra posición, ¿de acuerdo?

Ella asintió Entonces, Alex le tendió un rifle y dos automáticas, además de varios cargadores de reserva. Salma se colocó las pistolas en la cinturilla del pantalón a su espalda, aseguradas, los cargadores en los bolsillos de los muslos y sujetó el rifle con fuerza.

—Y ahora, defended la posición.

—De acuerdo —contestó resignada.

Alex la besó de nuevo, pero esta vez con pasión, aunque sólo pudieron ser unos segundos. No podían demorarse más.

Salma miró cómo salía del avión y después lo siguió con la vista mientras se alejaba.

La suerte estaba echada y era el momento de que, por una vez, estuviera de su parte.

44

Hacía más de dos horas que Salma y Jack esperaban junto al avión y el equipo Delta en la pista de aterrizaje clandestina, en pleno desierto, bajo un sol de justicia. El calor era abrasador.

Por fin había podido conocer a Brooklyn, el contacto de Spy en el equipo de élite con el que trabajaban a menudo, y que ahora esperaba junto a ella, Jack y sus hombres pacientemente.

Lo llamaban Brooklyn porque era de Nueva York y se había criado en el barrio del mismo nombre. Creía que Alex había muerto y se alegró mucho al descubrir que estaba vivo y operativo. Todo el mundo hablaba maravillas de él y eso a Salma la llenaba de orgullo.

Los hombres del equipo Delta se habían situado alrededor del helicóptero para cubrir cualquier ángulo ante un posible ataque.

—¿No tardan demasiado? El tiempo se acaba... —preguntó inquieta, bebiendo agua de una cantimplora, mientras sus gafas de inteligencia militar leían el horizonte con datos de distancias y poco más.

—Alex ha dicho que no habría comunicación por radio si no era imprescindible, para no delatar sus posiciones, así que ten paciencia. Volverá a tiempo —dijo Jack, intentando tranquilizarla.

Al contrario que él, estar allí de brazos cruzados era algo a lo que no estaba acostumbrada, pues siempre actuaba en primera línea. Los nervios la consumían.

De repente, el silencio se vio roto por un sonido de disparos en la lejanía, que los puso a todos alerta.

Salma subió al Chinook y lo preparó todo para un despegue inmediato. Si la necesitaban para luchar, estaría preparada y si sólo tenía que pilotar para volver a casa, lo haría en el menor tiempo posible. Debían salir en menos de treinta minutos.

—Romeo a pájaro. Romeo a pájaro —se oyó por la radio del aparato.

Salma contestó de inmediato.

—¡Alex! —dijo, sin seguir el protocolo.

—Ven a buscarnos. ¡Ya! Necesitamos apoyo aéreo ¿me copias? —vociferó él, por encima del tiroteo que se oía a su alrededor.

—Te copio. En cinco minutos estoy ahí —prometió, ajustándose las gafas, dispuestas para transmitirle cualquier amenaza, mientras le gritaba a Jack que subiese.

—En un minuto, nena —rogó Alex, inquietándola—. En uno o estamos muertos.

A ella se le heló la sangre. ¡¿Cómo se les había ocurrido empezar una locura así con sólo cinco hombres?! Los Delta debían haber ido con ellos... Habían arriesgado demasiado.

—En uno, te lo juro. Ya estoy ahí —prometió, dispuesta a marcharse sola sin contar con nadie más.

Jack, Brooklyn y el resto del equipo entraron en tropel a la aeronave. Habían oído la

comunicación y no dudaron en embarcarse de inmediato ellos también, aunque sus órdenes eran permanecer en la pista y esperar.

Jack se colocó de copiloto y los demás se prepararon para ir al rescate de sus compañeros en cuanto tocasen tierra o pudiesen descender por la cuerda.

Salma se elevó con premura y aceleró lo máximo posible en dirección a la supuesta fábrica de NB. No le costó encontrarla. Varias columnas de humo comenzaban a elevarse de los puntos donde Warrick estaría colocando las cargas explosivas, a la espera de la gran explosión final que arrasarían con todo lo que hubiera allí.

En pocos segundos tuvo visibilidad total sobre el objetivo. Alex y sus hombres estaban rodeados por fuerzas hostiles, atrapados y sin salida.

—Chicos, a cubierto —anunció Salma, apuntando contra los hombres que los amenazaban.

Los cinco formaban un círculo dándose la espalda unos a otros para cubrir cada ángulo a su alrededor, pero estaban en grave peligro. Los otros eran demasiados.

Con diligencia, apretó el gatillo de la ametralladora del aparato y abrió fuego contra uno de los grupos que los rodeaban. Consiguió reducirlos de inmediato, mientras Jack hacía lo propio con la ametralladora del otro lado.

Con pericia, bajó hasta tan sólo un par de metros del suelo, para que los Delta pudiesen deslizarse fuera del avión y ayudar.

Los hombres de Brooklyn saltaron en cuanto vieron la oportunidad y consiguieron asegurar la zona.

—¿Están listos los explosivos? —preguntó Salma, disparando contra un grupo de hombres árabes que se acercaba.

—Afirmativo —contestó Warrick mientras disparaba.

—Pues subid aquí cagando leches y vamos a probar esos fuegos artificiales —gritó, aproximándose más a su posición, controlando perfectamente el aparato.

Todos ellos comenzaron a avanzar hacia el transporte sin dejar de disparar.

Por suerte, ninguno estaba herido y, con agilidad, fueron saltando al interior.

Alex fue contando a los que entraban y cuando estuvo seguro de que ninguno de su grupo ni de los Delta se quedaba fuera, entró de espaldas, disparando con certera puntería con sus hombres cubriéndole a su lado, a tres insurgentes que se acercaban a él, decididos a acabar con su vida.

—Todos arriba. ¡Vámonos de aquí! —ordenó, mientras Salma cerraba el acceso.

Cuando estuvieron en el aire y a una distancia segura, Warrick accionó los explosivos y toda la zona quedó reducida a cenizas.

Nadie habría sobrevivido y nada era aprovechable. Habían conseguido eliminar el compuesto en su origen.

Nerviosa, Salma miraba hacia atrás cada pocos segundos. No veía a Alex entre tantos hombres y estaba muy preocupada.

Necesitaba saber qué debía hacer.

—¿Alex? —gritó.

Él acudió a su llamada, abriéndose hueco entre los hombres.

Cuando lo vio, respiró aliviada, dando gracias por tenerlo de vuelta, aunque aquello aún no había acabado.

—¿Estás bien? ¿Estás herido? ¿Estáis todos bien? —preguntó, sin dejarle tiempo para contestar.

Alex se arrodilló junto a su asiento, dentro de la cabina.

—Estamos todos bien. Hunter y Spy tienen un par de rasguños en el brazo, pero nada grave gracias a que has llegado tan rápido como has prometido —contestó con media sonrisa.

—Nunca rompo una promesa —le recordó, mirándolo con adoración unos segundos, para después darle un suave beso en los labios.

—Tienes que dejar a Brook y sus chicos en la pista. Deben destruirla y vigilar que todo haya quedado aniquilado.

Salma maniobró con el helicóptero hacia la pista de aterrizaje clandestina. Iban muy justos de tiempo, casi se habían cumplido las tres horas acordadas con los cazas que cubrían el acceso seguro.

En cuanto se aproximó, el equipo Delta descendió de igual forma que en el operativo, sin que tuviera que tocar tierra. Se despidió de ellos por radio y cuando todos estuvieron abajo, se elevó con eficacia, para emprender el vuelo de vuelta a casa. Quedaban diez minutos de cobertura y era justo lo que necesitaba.

Convirtió el helicóptero en avión, aceleró todo lo que pudo y salieron de la zona de conflicto a tiempo. Los dos aviones de cobertura se situaron a los lados del aparato una vez estuvieron en zona segura.

—Espantapájaros uno a Roma. Nos retiramos. Gran trabajo, compañeros. Buen vuelo —dijo por radio el piloto de uno de los cazas.

—Roma a Espantapájaros uno y dos. Gracias por todo, chicos. Sin vosotros no lo habríamos conseguido.

Sin más, los cazas se apartaron de su aeronave en direcciones opuestas y Salma continuó rumbo a casa. El capitán Summers estaría esperándolos con nueva información respecto a lo que faltaba por hacer, y la parte más difícil para ella...

Ahora debía enfrentarse a la horrible realidad de su hermano y su corrupción... No quería ni pensarlo.

Cuando llegaron a Madrid, el militar los esperaba impaciente. Las fuerzas de seguridad habían colaborado sin objeciones, ante la envergadura del inminente atentado, pero, para su desgracia, no tenían ni una sola pista sobre el NB.

A Salma, Alex y el resto de los hombres, que regresaban cansados y habiendo salvado la vida por los pelos, la noticia les cayó como un jarro de agua fría. Tenían la esperanza de que a su vuelta la información ya estuviese en sus manos y poder actuar de inmediato.

Debían buscar una solución rápida. Estaba anocheciendo y en pocas horas el grupo que operaba en España iría a esperar la llegada del cargamento desde Siria. Si no los interceptaban antes, sabrían que algo había pasado, incluso era posible que lo supieran ya.

—Somos pocos para dividirnos —dijo Hunter, estirándose sentado en la silla.

—No nos vamos a dividir —sentenció Alex, despojándose de las armas, la radio y el resto del equipo.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó el capitán, mirándolos a todos. Estaban exhaustos, el estrés era brutalmente agotador, pero ellos sabían cómo trabajar bajo esas condiciones. Era su día a día—. Tenemos que movernos rápido.

Todos guardaron silencio. Debían pensar bien el siguiente movimiento si querían evitar que medio Madrid se contaminase con el veneno.

—Si todos los puntos delicados están vigilados por policías y militares españoles, debemos ir directamente a por los implicados —sugirió Sugar, aunque era obvio que así debía ser.

—Los cuerpos de seguridad españoles controlan lugares importantes, como depuradoras, depósitos y embalses, pero eso no es suficiente. Pueden echar el compuesto en cualquier punto de la red hidrográfica, incluso en varios a la vez... La única forma de asegurarnos el éxito es localizar el almacén antes de que mezclen la sustancia con el agua. —Alex dijo en voz alta lo que todos pensaban —. El problema es cómo.

Salma estaba atenta a la conversación, concentrada, pero le dolía la cabeza por la tensión acumulada y le costaba pensar.

—Volveré a conectar la identificación facial y veré si localizo a alguno de los cabecillas, como la otra vez. Hay poco tiempo, pero es mejor que nada —anunció Spy, dirigiéndose de inmediato al ordenador.

Salma se levantó de la silla como un resorte, ante el asombro de todos. ¡Cómo no lo había recordado antes! ¡Grisha!

—Necesito un teléfono seguro —pidió impaciente.

El capitán se lo dio sin preguntar. Confiaba en ella, le había demostrado que era una más del grupo con creces en la intervención en Siria.

Ella lo cogió de inmediato.

—Localizad la llamada —ordenó mientras marcaba.

Alex la observó, sin saber que estaba haciendo. Miró a Jack y éste se encogió de hombros. Tampoco sabía nada.

Decidido a averiguar qué pasaba, se acercó a un ordenador, se puso los auriculares, le tendió otros al capitán y esperó a ver quién contestaba.

—¿Sí?

—¿Aún estás dispuesto a ayudarme? —le preguntó Salma al ruso.

El hombre guardó silencio unos segundos eternos.

—Sí —contestó con rotundidad—. ¿Ya has vuelto? —preguntó.

Sabía que ella intentaría por todos los medios que ese veneno no entrara en la ciudad, pero lo que había llegado antes lo tenían que interceptar.

—Hace unos minutos. Necesito saber dónde tengo que buscar.

Grisha miró alrededor. Estaba rodeado de todos los hombres que componían aquella pintoresca organización.

No contestó. Simplemente, se guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta sin cortar la

comunicación.

Salma iba a insistir para que los ayudase, pero Alex levantó una mano indicándole que aguardara.

Lo hizo y a los pocos segundos vieron lo que Romanov había hecho. Si escuchaban a través de la línea que él había dejado abierta, podrían averiguar datos, y si seguían la señal del teléfono, sabrían dónde estaban en todo momento.

Alex abrió el audio para que todos pudiesen escuchar, mientras limpiaba el sonido con un programa informático para que fuese lo más nítido posible.

—Buen trabajo —la felicitó el capitán, dándole una palmada en la espalda a Alex, para que se diera también por aludido.

Ahora debían prepararse para salir en cuanto tuvieran una referencia de adónde debían acudir.

Por turnos, fueron acudiendo a sus habitaciones para cambiarse. Debían usar ropa de calle y prepararse, mientras les llevaban algo de comer a la sala de operaciones. No podían abandonar la comunicación, siempre tenía que haber alguien vigilando para recoger los datos que necesitaban.

Salma y Alex se fueron juntos. Caminando por el pasillo de la mano otra vez, con paso lento y cansado, pero dando gracias de estar vivos.

Sólo tenían unos minutos para regresar.

Ella se dirigió a la ducha y abrió el grifo. Necesitaba despejarse y acabar con la migraña que le taladraba la cabeza, para pensar con claridad.

Alex sabía que lo peor para ella estaba por llegar. Enfrentarse a su hermano definitivamente no iba a ser fácil.

Agotado, se pasó una mano por la cara, mientras se apoyaba en el marco de la puerta, observándola. Su tristeza era lo que más le dolía.

—Dame tus armas, las prepararé mientras te duchas —le pidió con tono suave.

Salma se las dio mecánicamente. Nunca le habían pesado tanto como en ese momento.

Alex las cogió, las dejó sobre el escritorio y se acercó para abrazarla.

Con gusto, ella se perdió entre sus brazos. Era un milagro que hubiesen salido indemnes de la fábrica en Siria y necesitaba unos segundos así con él.

—Estoy contigo —susurró Alex, apretándola contra él—. No voy a dejarte ni un segundo, ¿de acuerdo?

Salma asintió, sin poder contener las lágrimas. Alex notó cómo le mojaban la camiseta y, con delicadeza, se las secó y le dio un dulce beso en los labios. Tenían que irse.

Sin más palabras, la dejó sola en el cuarto de baño y salió para preparar todas sus cosas. El tiempo apremiaba. Eran los últimos que habían ido a cambiarse y, una vez regresaran, saldrían de la base, tuvieran la información que tuviesen. Si era necesario, vigilarían los lugares en los que se movía el grupo de delincuentes, mientras Romanov les daba lo que necesitaban.

45

Habían tenido suerte. Romanov había conseguido que en una conversación con Castillo se hiciera referencia a una posible ubicación del almacén donde debían ir. Por lo que podían entender, allí se estaba realizando el proceso de transformación del NB a su forma venenosa.

No había tiempo que perder, debían llegar lo antes posible y neutralizar la amenaza.

Salma tomó asiento en el coche de Alex, de nuevo como conductora. Él había preparado su arma de precisión y los cubriría a ambos si era necesario. Spy iba con ellos en la parte trasera, conectado a la señal que el teléfono de Grisha les devolvía. Todos disponían de la información al mismo tiempo con las gafas espía.

Sugar y Warrick iban en el Lotus de Jack, junto con éste, mientras Hunter lo hacía en su todoterreno junto al capitán Summers, que no había querido quedarse al margen en esta ocasión.

Todos iban con ropa de calle y armados hasta los dientes, aunque con discreción, y cada uno llevaba con una pequeña bolsa térmica con su dosis de antídoto para el NB, como habían tenido que hacer años atrás.

La policía y la Guardia Civil española estaban cubriendo puntos calientes desde los que se podría comenzar a envenenar la ciudad realizando algún vertido, y ellos intentarían destruir el almacén, igual que habían hecho con la fábrica en Siria.

Los coches iban a gran velocidad en dirección sur, hacia una zona industrial a las afueras de Madrid, en Getafe, cerca de la carretera de Andalucía. Era un lugar donde se almacenaba material industrial, entre ellos hélices de aerogeneradores de última generación.

Iba a ser complicado localizar el lugar exacto, pero debían intentarlo antes de que los otros salieran en dirección a la urbanización abandonada, en busca de la droga que debía llegar de Siria.

Cuando llegaron al sitio, vieron que a aquella hora no había ningún tránsito de vehículos y mucho menos de personas. Las naves estaban cerradas y los trabajadores se habían marchado.

—Aparcad los coches y ocultadlos —ordenó el capitán. Era una locura transitar con los vehículos. Llamarían demasiado la atención.

Dicho y hecho. Un poco más adelante, Salma, que iba en primer lugar, descubrió un callejón entre dos edificios sin prácticamente luz y se metió en él, Jack pasó de largo e hizo lo mismo en el siguiente, mientras Hunter, con un coche menos peculiar, lo hacía en la calle, entre unos camiones.

—Spy, necesito que nos dirijas. ¿Adónde debemos ir? —preguntó Alex, volviéndose en su asiento para mirar al hombre que detrás de él manejaba el ordenador, buscando la información que necesitaban.

—Según los datos que veo, la nave está a medio kilómetro, bajando esta misma calle.

—Perfecto. ¿Capitán? —consultó con su superior, mientras veían un plano detallado en sus lentes. Formando el capitán Summers parte del operativo, no podía intervenir libremente. Debía

esperar instrucciones.

—Avanzaremos en tres grupos dispuestos como estamos, cada uno por un flanco de la edificación. Hay que intentar que no escape nadie —indicó el superior.

—Recibido —contestaron todos los militares al unísono.

—Alex, dirige tu grupo, Sugar, el tuyo, Hunter y yo os cubrimos con la artillería.

Como si lo hubiesen ensayado, todos abrieron las puertas de sus vehículos a la vez y salieron fuera para replegarse por la zona y atacar el objetivo.

Alex se colocó el rifle colgado a la espalda, listo para usarlo en cuanto fuese necesario.

Intranquilo, ajustó el chaleco antibalas al cuerpo de Salma. De nuevo la había obligado a llevarlo, aunque esta vez era más ligero y funcional. Le guiñó un ojo y echó a andar delante de ella, cubriendo el frente con el fusil reglamentario.

Ella puso los ojos en blanco, negando con la cabeza. ¡Hombres! Eran todos igual de pesados con el tema de la seguridad. Por no discutir, dejó que él decidiese por esta vez.

Poco a poco, los grupos fueron avanzando hacia el lugar indicado, ocultándose lo máximo posible en las zonas más oscuras, cubriendo todos los flancos con sus armas y atentos a las posibles amenazas que la programación de sus gafas inteligentes detectaran.

El sonido casi imperceptible de la goma de las suelas de las botas era lo único que se oía. Por algo los llamaban el Equipo Silencioso. Eran como fantasmas.

Spy controlaba la señal del móvil, que aún permanecía con la línea abierta, pero era cuestión de tiempo que dejara de emitir. La batería estaría cerca de agotársele, según los cálculos que había realizado, contando que el teléfono estuviera cargado en su totalidad en el momento del contacto. Tenían poco tiempo.

Cuando llegaron al lugar señalado, pudieron observar ocultos entre los edificios aledaños una flota de cuatro vehículos de alta gama y tres camiones cisterna con el logotipo de una marca de leche impreso en los laterales de las cubetas. Dedujeron que ahí era donde querían transportar el veneno. Pasaría totalmente desapercibido y desde luego no era sospechoso.

—No perdáis de vista esos camiones. Ninguno debe abandonar el almacén —ordenó Alex.

—Muy listos —susurró Hunter, enfocándolos con la mira telescópica de su rifle, igual que hacía el teniente Blake—, pasan desapercibidos en la carretera y pueden deshacerse del veneno en cualquier lugar con la manguera de descarga, incluso en varios lugares en pequeñas cantidades. Como si quieren ir dejando un poquito en cada puta alcantarilla.

Todos cogieron aire al ver el alcance real de lo que querían hacer aquellos psicópatas. No podían fallar. Debían detenerles.

Salma escuchaba todo aquello sin poder evitar pensar que el mayor loco de todos era su hermano, por prestarse a fabricar aquel horrible veneno. Todavía no se lo podía creer y en parte se sentía responsable.

—Esas cubetas aguantan temperaturas altas. Pueden mantener las condiciones de transformación todo el tiempo que quieran, incluso hacer la conversión dentro de ellas —apuntó Jack, apostado tras una marquesina de autobús con Sugar.

—¿Veis quiénes están? —preguntó Salma. Quería saber si Andrés estaba allí.

—Lo siento, no se ve nada más —contestó Alex, que ya llevaba tiempo buscando algún indicio.

—Pasad a visión térmica —ordenó el capitán.

Todos obedecieron y dispusieron sus gafas para ver la imagen térmica que había tras aquellos muros.

Había al menos diez personas, trabajando alrededor de alguna superficie desconocida, otras tantas en el otro extremo del almacén y un grupo de cuatro en una zona elevada, apartados del resto.

—Aquellos deben de ser Grisha, Castillo, Alabi y mi hermano —comentó Salma, refiriéndose al último grupo más pequeño.

—Vamos a replegarnos —dispuso el capitán—. Alex, tu equipo se encargará del grupo más pequeño, el de Sugar y nosotros dos del resto —dijo, refiriéndose a Hunter y él—. Entraremos todos por el garaje, que está medio abierto, para no hacer ruido antes de tiempo. Spy, emite un mensaje a las fuerzas de seguridad españolas con el lugar exacto donde nos encontramos. Quizá necesitemos ayuda.

Tras anunciar Evan el envío de la comunicación, procedieron a avanzar en dirección al edificio. Entraron sigilosos en la zona de carga cubriéndose unos a otros y luego se dirigieron despacio hacia una entrada donde el sonido del agua era atronador y se percibía un olor fuerte y pesado. Tardaron un rato en acostumbrarse y poder respirar con normalidad.

—Puede ser tóxico —anunció Salma en voz muy baja, pero todos la oyeron—. Debemos actuar muy rápido y salir de aquí antes de que nos afecte.

Alex estaba de acuerdo, pero no sabía si la rapidez iba a ser viable.

—Estad atentos y si encontráis mascarillas en algún sitio, usadlas. No olvidéis que llevamos el antídoto. Si notáis cualquier síntoma, inoculároslo inmediatamente.

Empuñando los fusiles, comenzaron a entrar de uno en uno en el almacén.

Salma eligió una posición bajo el suelo de la zona elevada donde su hermano, Grisha y los demás controlaban la conversión. Desde allí se podía ver perfectamente cómo un grupo de hombres añadía el NB en polvo a unas grandes piscinas con el agua a elevada temperatura. Eso generaba vapor, de ahí el olor tan fuerte. Todos los hombres que manipulaban el material llevaban máscaras para no respirarlo. Aquello sólo confirmaba que con toda seguridad era tóxico.

Alex estaba apostado junto a ella y procedió a taparse la nariz subiéndose la camiseta. Salma, que llevaba puesto un pañuelo al cuello, se lo anudó en la nuca, sujetándoselo con fuerza sobre la nariz. Al menos retardaría un poco en notar el efecto. Esperaba que fuese tiempo suficiente.

Sin quitar ojo del resto de sus hombres, Alex colocó su rifle de alta precisión en el suelo y lo preparó, así como la munición sujeta a su brazo, como acostumbraba. Él los cubriría. Era su trabajo.

Salma no podía creer que su hermano estuviese a tan sólo unos metros de ella, contemplando cómo aquellos locos llevaban a cabo aquella atrocidad. Nunca habría pensado que fuese capaz de hacer algo así.

—A mi orden entraremos e intentaremos tomar el control sobre el compuesto sin provocar bajas, ¿de acuerdo? —anunció el capitán—. Si abren fuego contra nosotros, no lo dudéis y disparad, pero intentad capturar a la cúpula vivos para interrogarlos. Ni que decir tiene que debéis proteger lo máximo posible al hermano de nuestra chica y al contacto ruso. Alex y Salma, cubridnos.

Los hombres contestaron al unísono «Recibido».

A los pocos segundos, cuando tuvieron marcados los objetivos y las armas en sus lentes, el capitán comenzó una cuenta atrás y todos a la vez salieron de sus escondites, apuntando a los tipos que manipulaban el veneno.

Los que estaban más cerca levantaron las manos y se apartaron del agua, pero un grupo más alejado comenzó a disparar.

—Son los hombres de Grisha —informó Salma. Eran los mercenarios que solía llevar consigo—. Son peligrosos.

Sugar y Spy se resguardaron tras una columna, protegiéndose, Jack y el capitán hicieron lo mismo unos metros más allá y Warrick y Hunter continuaron avanzando por detrás de un pequeño muro, tras el que se guardaban pequeños bidones con el NB en polvo.

Salma giró sobre sí misma y miró hacia arriba, mientras Alex disparaba desde su posición para proteger a sus compañeros. Uno tras otro, los mercenarios, que cada vez eran más numerosos, iban cayendo heridos o muertos.

No podía ver lo que hacían allí arriba, pero sí podía ver sombras moverse y el sonido de armas cargándose. Por otra parte, el suelo de metal de la plataforma delataba su posición. Parecía que estaban iniciando la huida.

Salma tocó el hombro de Alex, avisándolo de que lo dejaba solo, e inmediatamente se levantó sigilosa para esconderse tras una columna. Quería verles la cara y, sobre todo, protegerlo a él, que cubría a los demás.

Cuando vio el rostro de su hermano y el arma que llevaba en la mano, como un delincuente, se le heló la sangre; se despistó un segundo y sin darse cuenta, tocó con la punta de la bota un bote metálico vacío que había en el suelo, delatando de este modo su posición.

En cuanto oyeron el sonido, los cuatro hombres se volvieron hacia ella, apuntándola con sus pistolas.

—¿De verdad serías capaz de dispararme? —preguntó, prestando atención sólo a uno de ellos.

Andrés la miraba nervioso.

En cuanto Alex oyó el sonido de la lata por encima de sus propios disparos, volvió la cabeza hacia ella. Ya no había nada que hacer, se había delatado accidentalmente y los artífices del atentado que intentaban evitar la apuntaban, dispuestos a disparar.

A pesar del miedo que sintió al ver la amenaza, consiguió templar los nervios y no delatarse él también. Debía esperar y asegurarse de que Salma no sufriera ningún daño.

Grisha la apuntaba, mirándola con pena. Le hubiese gustado que ella no formase parte del operativo y que sólo hubiesen acudido los hombres. Pero no había sido así. Ahora él tenía que elegir entre morir como un delincuente más o delatarse ante ellos y demostrar que era un agente doble. Difícil decisión. Nunca había querido decantarse, vivía muy bien así, pero quizá ya iba siendo hora...

—No perdamos más el tiempo —dijo Castillo, mirándola con desprecio—, matémosla y saquemos las cisternas con lo que tenemos preparado.

—Buena idea —contestó Salma con una media sonrisa triste—, pero antes dime una cosa, ¿por qué lo haces? Simplemente necesito comprenderlo —le pidió a su superior, para ganar tiempo.

Sabía que Alex estaba viéndolo todo y su pericia con el rifle era de las pocas oportunidades que ella tenía de sobrevivir. Confiaba en él, aunque en realidad lo que ahora le importaba entender el porqué de la actuación de su hermano.

—Dinero, honores, reconocimiento... —enumeró su jefe con sonrisa de suficiencia—. No puedo terminar mi carrera sin un hito importante y un atentado como éste que, estando yo al mando, se resuelva óptimamente aunque haya un elevado número de bajas civiles, es perfecto, además de la jugosa cifra que nuestros amigos yihadistas transferirán a mi cuenta en Suiza, para tener una más que placentera jubilación. Algo que el Estado no me dará ni aunque salve el mundo doscientas veces.

Salma lo miró con asco.

—¿Y tú? —le preguntó con pena a su hermano.

Andrés la miró unos segundos con semblante serio, después negó con la cabeza y optó por guardar silencio.

Salma enarcó las cejas, sorprendida con la decisión. ¿No le iba a contestar?

—Si voy a morir, al menos déjame saber por qué lo hago —insistió, pero él se limitaba a mirarla.

—Basta ya de tonterías, debemos irnos —sentenció el árabe, disparando sobre Salma.

Ella lo sabía. Durante todo ese rato de preguntas, no había quitado ojo a aquel hombre extraño que acariciaba el gatillo, nervioso. Estaba preparada y en cuanto lo oyó hablar, esperó lo justo y corrió en dirección contraria a Alex para ponerse a cubierto.

Intentó esquivar la bala, pero era difícil y el impacto le dio en el brazo. Un poco más rápida y lo habría conseguido.

—¡Joder! —oyó a Alex, que estaba apuntando al tipo con el rifle.

—¡No! —dijo ella, haciendo que parase en seco, justo antes de disparar—. Estoy bien, no te delates aún.

A él le costó mucho decidir que tenía razón, pero finalmente lo hizo. Aguantó la rabia y no disparó.

De fondo se oía el tiroteo del resto de SEAL con los secuaces de aquellos tipos.

Salma se ocultó tras una columna, mientras Sabah Alabi disparaba de nuevo en su dirección.

—Estoy bien —repitió, para que Alex y el resto del equipo la oyeran.

Agachada con la espalda contra la columna, se quitó el pañuelo que le cubría la boca, lo desgarró por la mitad, se volvió a anudar una parte para no respirar el vapor del veneno y la otra se la colocó alrededor del brazo para detener la hemorragia.

Sorprendida, oyó cómo su hermano se enfrentaba a aquel tipo.

—Te dije que sin hacerle daño —exigió a voces.

Salma se asomó por un lateral y vio que Andrés estaba verdaderamente enfadado.

—¿Y qué vas a hacer? Ya has hecho tu trabajo, ahora esas promesas no valen nada —repuso el hombre, con la pistola en la mano, apuntándolo a él directamente.

Alex lo estaba escuchando todo y uno de sus temores se estaba haciendo realidad ante sus ojos y, lo que era aún peor, ante los de Salma... Andrés ya no les hacía falta.

—Yo he cumplido mi palabra, espero que vosotros hagáis lo mismo con la vuestra.

—Yo sólo cumplo una palabra, la que le doy a Alá.

Tras esa frase, se oyó un disparo y Andrés cayó de rodillas al suelo, con un tiro en el pecho.

Salma vio a aquel hombre como a cámara lenta, amartillando el arma y disparando sin dudar.

Con rabia, salió de su escondite apuntándole directamente a la cabeza y apretó el gatillo una, dos, tres, cuatro veces, mientras Castillo sacaba su arma, dispuesto a deshacerse de ella.

Alex no pensó en nadie más que en Salma, ni en sus compañeros, que dependían de él, ni en su persona, sólo en ella... Apuntó y disparó al policía, que cayó desplomado con un certero tiro en la nuca.

Grisha también había sacado el arma al mismo tiempo, pero conteniendo sus impulsos, apartó el dedo del gatillo. Él también había apuntado a Alabi y a Castillo para defenderla. La joven confiaba en él, su deber era darle una oportunidad.

Soltando el aire de los pulmones, cerró los ojos unos segundos, agradeciendo a su instinto que no lo hubiese abandonado.

Arrastrándose, comenzó a salir de su escondite para llegar hasta ella, que avanzaba en dirección contraria, hacia el cuerpo de su hermano. Estaba agradecido de no haber sido él quien le disparase, pero le hubiese gustado que el final hubiese sido diferente...

—¡Andrés! —llamó Salma, llegando hasta su hermano, mientras Grisha le tomaba el pulso.

Él abrió un poco los ojos y la miró con amor. Salma no entendía nada. Hacía unos minutos se había mostrado muy diferente.

—Ya estás a salvo —susurró tranquilo, mientras ella le cogía la mano.

—¡¿Qué?! —inquirió, sin entender a qué se refería.

Miró a Grisha, que estaba a su lado, pero éste se encogió de hombros. Tampoco tenía esa información.

—Te amenazaron. Si no colaboraba, te matarían —explicó con torpeza. Le fallaban las fuerzas.

—Pero yo creía que te habías aliado con ellos. Parecía voluntario. —Negó con la cabeza sin podérselo creer.

—Eso es lo que quería que pensaras para que no te arriesgaras más de la cuenta. Mi vida ya estaba perdida, no quería que perdieras también la tuya.

Salma cerró los ojos, asumiendo que su hermano no había realizado aquella atrocidad por dinero o por maldad, sino para protegerla. Los ojos se le llenaron de lágrimas rápidamente. ¿Cómo había podido dudar de su integridad?

—Tranquilo, cariño. Enseguida te sacaremos de aquí y te pondrás bien.

Miró a Alex, que ya llevaba unos segundos junto a ellos y lo había oído todo. Andrés giró la cabeza y lo miró sonriendo.

—Cuando supe quién era el objetivo de la Yihad, decidí que el teniente te protegería, por eso los convencí de que la mejor forma de encontrar la información que Sabah necesitaba antes de matarlo a él era que tú se la robases sin levantar sospechas. Alex es el mejor y sabía que te descubriría. Una vez que supiera la verdad, su honor no le permitiría alejarse, te salvaría y a la vez sabría que lo habían encontrado. Juntos sobreviviríais.

—Buena decisión —dijo Alex, sonriéndole.

El hermano de Salma había pensado cada detalle para que ella no sufriera daño alguno. Había sido muy inteligente. El joven le devolvió la sonrisa sin fuerza.

—Pero ¿cómo sucedió? —preguntó ella, viendo que la hemorragia cada vez iba a más, aunque le apretaban la herida.

Mientras, los disparos en la lejanía cesaron y los compañeros de Alex se acercaron también hasta allí.

Andrés los miró, agradecido de que hubiesen ayudado a que su hermana siguiera con vida. Nunca sabrían cuánto.

—Tras el accidente que sufriste en Grecia, Castillo supo que era tu hermano. Jack me llamó y, cuando acudí a verte, él estaba allí. Durante las horas de espera, le dije que era químico. No sabía que tú no contabas nada de tu vida en el trabajo, ahora entiendo por qué. Esa simple y natural conversación ha llevado a todo esto.

Jack acababa de llegar y le cogió la otra mano, mirándolo con cariño. Había conseguido que Salma viviese, a costa de su propia vida, y le estaba muy agradecido.

Necesitaba descansar, cada vez se sentía más débil y le costaba respirar.

Grisha continuó el relato por él:

—Cuando Castillo contactó conmigo para el transporte, la ruta y la forma en que llegaría el NB, me contó que conocía a un químico que haría el trabajo en Siria, pero nunca pensé que fuera tu hermano.

Salma lo miró abatida. Toda la culpa había sido suya. Si ella no fuese agente del gobierno Andrés habría estado a salvo.

—Sabah conocía a Castillo, no sé cómo ni por qué —explicó Andrés, cogiendo aire y con su voz apagándose por momentos—. Ellos idearon todo esto y luego contactaron con nosotros —dijo, mirando a Grisha—. Sabah necesitaba un atentado a gran escala que conmocionara al mundo occidental, para reivindicar la posición de su organización terrorista en el movimiento islámico como líderes. Necesitaban otro 11S y Castillo sus honores, a costa de miles de muertos, todo eso sin contar con que, por el camino, los yihadistas se desharían del último que quedaba vivo de los que mataron a su líder, para así vengar a éste. No podían pedir más.

Salma no daba crédito. La locura de los extremistas daba miedo.

—Debes descansar —le indicó Jack al muchacho, para que no hablase más.

—Me alegro de que estés bien. Lamento no haber podido evitarlo —se disculpó con su excuñado con sinceridad, tras el disparo recibido en su casa.

—Tranquilo, tu hermana me salvó.

Andrés esbozó una sonrisa triste y la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento, hermanita. Lo siento mucho...

Salma negó con la cabeza y lo abrazó con fuerza entre sollozos. La vida de su hermano se escapaba entre sus brazos y no podía hacer nada. La locura de aquellos hombres había podido con él y ella no había sido capaz de evitarlo.

—No te preocupes, ya estoy aquí... —le dijo llorando—. Te quiero, Andrés... —Pero él ya no contestó.

Spy, Hunter, Sugar, Warrick y el capitán los rodeaban con gesto compungido. Por mucho entrenamiento que les dieran, nunca estaban preparados para ver morir... Cuando el caído era un hermano, o alguien cercano, el dolor no desaparecía, se quedaba en el corazón de cada uno, convirtiéndose en un motivo más para velar por los inocentes e indefensos ciudadanos que por culpa de aquellos delincuentes, permanecía constantemente al filo del abismo.

No habían conseguido evitar que Andrés fuera uno de ellos...

45

Y así, entre sus brazos, Andrés perdió la vida en aquel almacén que apestaba a química... su pasión.

Ahora, delante de la tumba abierta de su hermano, vestida de riguroso luto y acompañada de todos aquellos soldados que tan valientemente la ayudaron, junto a Jack, Grisha y su amado Alex, aún no se podía creer lo que había sucedido.

Habían sido meses de trabajo, días intensos viviendo al borde de un precipicio que sólo los podía llevar a la muerte, igual que le había sucedido a Andrés, pero al menos la mayoría de ellos habían logrado sobrevivir.

Un sacerdote oficiaba la ceremonia, pero en realidad, Salma no lo escuchaba, sólo podía recordar una y otra vez lo que su hermano había hecho todo ese tiempo con el único fin de protegerla.

Aquel día en su ático, cuando Jack cayó herido, ella se lo creyó. Actuaba tan bien que hasta Jack pasó miedo, según le había confesado mientras velaban su cuerpo... Y todo para protegerla...

¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¡Era su hermano! Si ella se creía la farsa, ¿cómo no se la iban a creer los demás...?

Era un trágico final para un hombre joven que se comía el mundo, que disfrutaba de su trabajo, enseñando, viajando por todas las universidades que lo solicitaban como ponente, que eran muchas y de muchos lugares diferentes... Habían llegado condolencias de todos los rincones del mundo... Era tan triste...

Sólo había una cosa que la consolaba en parte, aunque el vacío que dejaba Andrés jamás iba a poder llenarlo con nada, y era que todos los que la habían ayudado estaban vivos. Todos.

Sugar, Warrick, Hunter, Spy y el capitán Summers habían conseguido evitar un atentado devastador, no sólo por el impacto inmediato que hubiese causado, sino por el daño irreversible provocado a los acuíferos subterráneos, tan numerosos en Madrid, y de los que se abastecía la ciudad, lo que hubiese prolongado mucho más el efecto del veneno, haciendo que se propagara a otras ciudades.

Jack había vuelto a estar operativo y, tras el incidente, en la agencia lo recibieron con otros ojos.

La última vez que salió de allí, prácticamente tuvo que huir ante el acoso de que fue objeto en aquella entrevista, para que desvelase datos sobre Alex que Castillo quería saber.

Ahora estaba planteándose cambiar de destino a alguna ciudad extranjera. Necesitaba alejarse un poco de Salma para retomar su vida y quizá encontrar de nuevo el amor. Esperaba que su nuevo jefe aceptase y poder marcharse pronto.

Grisha, por su parte, había dado un valiente paso al frente.

Después de salir de aquel almacén, confesó que llevaba tiempo sopesando la posibilidad de quedarse en España y trabajar para la agencia gubernamental. Estaba cansado de la vida clandestina en Rusia y mucho más de trabajar para mafiosos sin ningún reparo en asesinar a gente sin razón

alguna. Quería pasar página y llevar una vida legal. Ahora Jack lo miraba con otros ojos y con más respeto.

Desde luego, tenía claro que Salma ya no era la mujer que conoció y desde luego que no volvería a ser suya nunca más. Estaba con el hombre que deseaba y, muy a su pesar, Jack sabía que era un buen tipo que la haría feliz. No podía hacer nada al respecto, salvo ser un buen amigo.

Y no podía olvidarse de Brooklyn, el Delta Force amigo de Spy, destinado en Siria, que los ayudó anteponiendo sus vidas a las órdenes recibidas. Pocos lo hacían y así había demostrado su valía y honor como militar.

Los hombres del capitán Summers seguían operativos. Podían enviarlos a cualquier parte del mundo en cualquier momento, pero sobre todo a Oriente Próximo, donde nuevas milicias de insurgentes extremistas avanzaban destruyendo su propio país, sus propios recursos naturales y masacrándose unos a otros en una locura genocida.

Gran parte de sus servicios los prestarían en España, Inglaterra y Francia, donde estos nuevos movimientos yihadistas captaban europeos para luchar por ellos. Aunque pareciera increíble, había occidentales que seguían esa corriente extremista sin sentido y luchaban en el frente con ellos, codo con codo, incluso mujeres.

Había mucho por hacer, pero sobre todo no permitir que minorías con esas creencias y convicciones borraran de un plumazo la cultura, el arte y la grandeza de la raza árabe en sus diferentes regiones.

Alex tenía una difícil decisión entre manos.

Había ansiado volver a su trabajo, a su vida anterior a la operación militar que en 2011 lo obligó a desaparecer y sus consecuencias, pero ahora que había encontrado a Salma, retomar esa vida significaba estar separados la mayor parte del tiempo y en ese momento ni él quería hacerlo ni era lo que ella necesitaba. Perder a su hermano de la forma tan cruel en que lo había perdido la había sumido en una tristeza que le costaría quitarse de encima.

El capitán Summers había hablado con él después de resolver el caso y le quería en primera línea, como antaño, con su nuevo equipo y sus habilidades al servicio del Ejército, pero él no estaba seguro de la respuesta que deseaba dar, ahora todo era más complicado.

El sacerdote terminó el responso y, tras un gesto afirmativo de Salma, los enterradores procedieron a bajar el ataúd para que reposara por fin.

Cuando estuvo abajo, todos los hombres echaron un puñado de tierra sobre el féretro y Salma dejó caer una rosa blanca. Andrés descansaba en paz y ella, aunque dolida por lo sucedido y enfadada consigo misma por haber pensado un solo minuto que él se hubiese corrompido de ese modo, estaba tranquila, porque había conseguido saber la verdad y al menos había podido despedirse de él.

Uno a uno, se acercaron para darle el pésame y luego se quedaron a su lado, arropándola. Era una mujer muy valiente, que los había sorprendido a todos con sus habilidades y con la que no les importaría trabajar cuando las circunstancias lo requiriesen. Qué mejor forma de demostrárselo que acompañarla en tan duros momentos.

—Os invito a una cerveza en mi casa —propuso ella, secándose con un pañuelo las lágrimas que

corrían por sus mejillas.

Ellos sonrieron asintiendo y, con paso lento, fueron alejándose de la tumba de Andrés en silencio, mientras los enterradores trabajaban para acabar con su labor lo antes posible.

La complicidad entre todos era indescriptible. Los momentos vividos habían sido extremos y tras la muerte de Andrés se habían unido mucho más.

Uno de los objetivos importantes de aquella misión era recuperar al hermano de Salma con vida y no habían podido... A veces sucedía y ésa había sido una de ellas.

—¿Qué harás? —le preguntó Spy a Alex, antes de dar un sorbo a su cerveza, sentado en el sofá del salón de Salma.

Él se encogió de hombros sin saber muy bien qué contestar, cogiendo la mano de Salma, que estaba sentada a su lado.

—No lo sé —dijo, mirando a la mujer que lo observaba tranquila. Sus trabajos eran importantes y ambos lo comprendían—. De momento, tomarnos unas merecidas vacaciones y después lo pensaremos.

Salma sonrió mientras negaba con la cabeza. Era su decisión, no de ambos.

—¿Y tú? —se interesó Jack, refiriéndose a ella—. ¿Volverás?

Salma cogió aire y le sostuvo la mirada unos segundos. No había pensado en ello, sólo en Andrés, su funeral y nada más, pero lo que sí sabía era que estaba dolida con la agencia por no haber detectado a un impresentable como Castillo. ¡Ellos se dedicaban a eso! ¡Era su trabajo! Y se les había escapado, lo que había derivado en ese final desastroso.

—Tengo que pensar... —contestó, dando un trago a su vino blanco, muy frío.

—Siempre podéis montar una agencia de seguridad. «Alex y Salma, servicio de escoltas». Se os daría bien —opinó Grisha, que finalmente había pedido asilo y protección en España a cambio de sus servicios como agente.

Ni que decir tiene que después de lo sucedido y su colaboración no tardaron mucho en aceptar. Sólo un par de horas después del testimonio de Salma.

La pareja rio ante la idea, igual que el resto de los amigos que los rodeaban, porque eso es lo que eran, incluso mucho más, se habían convertido en su familia.

—Lo tendremos en cuenta —aceptó Alex divertido.

—Salma, lo que tienes que hacer es hacerte con unas cuantas amigas, que veo que estamos un poco escasos de féminas por estos lares —opinó Warrick, guiñándole un ojo—. Así, los que tenemos menos suerte, tendremos al menos dónde echar el lazo. Sugar no cuenta.

El grupo se carcajeó.

—Lo intentaré.

El móvil del capitán Summers, que los observaba a todos en un segundo plano, apoyado en la mesa en la zona del comedor, comenzó a sonar. Todos se callaron al momento y aguardaron que finalizara la conversación.

En cuanto vieron cómo le cambiaba la cara, supieron que debían volver al trabajo.

Nada más colgar, en efecto, el capitán les dijo:

—Chicos, tenemos órdenes. Volvemos a la acción.

Sin decir ni una palabra más, todos se levantaron.

El móvil de Jack sonó también y el de Grisha lo hizo escasos segundos después. Salma se levantó con Alex, inquieta. Algo grave pasaba. Estaban movilizando a todo el mundo.

—¿Siria, Afganistán, Iraq? —le preguntó el SEAL a su capitán.

El hombre negó con la cabeza.

—Jack, ¿qué sucede? —preguntó Salma.

Su compañero se acercó a ella y le dio un suave beso en la mejilla, pero no contestó.

—¿Grisha? —lo intentó con el ruso en vano.

El capitán Summers se dirigió a Alex y ella con paciencia.

—Vosotros estáis fuera, ¿de acuerdo? Debéis descansar, replantearos vuestra vida, ahora en pareja, y decidir bien vuestro futuro. Mientras tanto, os sugiero que os olvidéis del Ejército, la agencia y todo lo que nos rodea, para que esa decisión sea segura. Ahora debemos marcharnos.

Sin decir nada más, tendió la mano para que Alex se la estrechara y, tras hacerlo, besó a Salma en la mejilla.

—Cuidaos y no os metáis en líos.

El resto del grupo también se despidió de ellos con cariño y fueron abandonando la casa con celeridad. Fuera lo que fuese era importante y no debían perder tiempo. Todos salieron al exterior.

Hunter abrazó a Alex con fuerza y éste le dijo con media sonrisa:

—Cuídate mucho, ¿de acuerdo? Y no olvides llamar de vez en cuando. Ahora soy de nuevo legal y puedes hacerlo.

—Lo haré, hermano. Y tú cuida mucho de esta mujercita, porque si haces el gilipollas y la pierdes, ten por seguro que te la robaré.

Salma enarcó las cejas, sorprendida, mientras Alex la estrechaba contra su cuerpo y le besaba el pelo. Al final se había ganado el beneplácito y el cariño de Hunter.

—Por encima de mi cadáver —se oyó desde un vehículo. Era Spy, que gritaba con la cabeza fuera de la ventanilla—. Yo la vi primero.

Salma sonrió, levantando el brazo para despedirse.

Siempre llevaría a aquellos hombres en su corazón. A todos y cada uno de ellos de diferente manera.

Al entrar en la casa, aspiró el aroma de las rosas enviadas por Brooklyn tras enterarse de la muerte de Andrés. Se las había enviado a ella en lugar de al tanatorio, con una nota que decía:

Siento tu pérdida, Salma... Luchaste mucho para conseguirlo y no pudo ser... Te necesitamos. Vive para que otros sobrevivan.

Nick

Alex la dirigió al sofá sin dejar que se demorase más en los recuerdos.

Estaban agotados y necesitaban dormir antes de decidir qué querían hacer simplemente al día siguiente. Habían perdido la cuenta de las horas que llevaban sin descansar.

—¿Quieres comer? ¿Dormir?

Salma negó con la cabeza. No sabía qué contestarle. No tenía ni idea. Alex le pasó un brazo por los hombros y la estrechó contra él.

—¿Podemos quedarnos así? —preguntó Salma al cabo de unos minutos. Estaba tan a gusto en sus brazos, solos, sin necesidad de decirse nada, ni mirarse, nada más que estar juntos, que no quería separarse de él.

—Todo lo que desees. Sólo tienes que pedirlo —le recordó, tumbándose en el sofá y arrastrándola con él. Se le cerraban los ojos y si seguían tan relajados un minuto más, se dormiría. Salma se acurrucó a su lado.

—No quiero nada. No lo necesito —susurró adormecida—. Contigo lo tengo todo.

—Entonces, ¿te puedo pedir una cosa? —Ella asintió sobre su pecho. Podía pedirle una y doscientas. El límite era el cielo—. Confía en mí. Deja que prepare un viaje para los dos. ¿Lo harás?

Salma asintió repetidas veces y por último le besó el pecho, ya medio dormida.

—No te arrepentirás —dijo él, dejándose vencer por el sueño.

—Lo sé. Contigo me iría al infierno si fuera necesario.

Alex abrió los ojos de golpe al oír esa frase. Se incorporó lo suficiente para poder mirarla a los ojos y que ella también lo hiciera.

—Eso ya lo has hecho, mi vida...Y me rescataste, no lo olvides.

Salma le acarició el rostro cansado y con barba de dos días. Ambos se habían rescatado de sus respectivos infiernos. Ahora, juntos, todo iría bien.

Sin más palabras, porque se lo habían dicho todo, Alex la besó como a ella le gustaba, suave, lento y sin prisas...

Ya nunca más la tendrían...

Epílogo

—Jack, ¿quieres darte prisa, por favor? Si lo sé, elijo a otro, como a Hunter o Grisha. Ellos no me pondrían aún más histérica de lo que estoy.

—¿Quieres hacer tú el favor de venir a ayudarme con el puñetero nudo de la corbata?

Salma estaba intentando terminar de ponerse unos sencillos y diminutos pendientes de diamantes de su madre y el anillo de pedida que Alex le regaló. Ya llegaban tarde y no quería hacerle esperar.

—En serio, lo tuyo con las corbatas es uno de los grandes misterios de la naturaleza que quedan por resolver —le gritó enfadada.

—No creo que lo resuelva nunca —contestó Jack, plantándose ante ella.

Le encantaban las corbatas, pero se le daba fatal hacerse el nudo. Desde que no estaban juntos, se volvía loco para hacérselos correctamente, ni siquiera aspiraba a que fueran bonitos y elegantes. Había optado por no deshacerlos cuando se las quitaba y así siempre tenía alguna preparada. O incluso comprarse una nueva cuando lo necesitaba, porque en la tienda pedía que se lo hicieran en el momento. Ese truco nunca fallaba.

—Jack, creo que es demasiado tarde para boicotear mi boda, ¿no crees? —preguntó ella, cogiendo la prenda, pasándosela por el cuello molesta y procediendo a hacerle un perfecto nudo Windsor en unos segundos.

—Siempre me ha fascinado verte hacer esto —confesó con ella muy cerca, ajustándole el nudo y bajándole el cuello de la camisa.

Salma sonrió, cerrando los ojos. Jack no tenía remedio ni lo tendría nunca. O al menos no hasta que encontrase una mujer que lo hiciera feliz y, sobre todo, se olvidara de ella de una vez.

—Debemos irnos —ordenó, deslizando la mano por la prenda, para comprobar que había quedado perfecta, y dándole después un beso en la mejilla—. A sus órdenes —contestó él, mirándose en el espejo y admirando cómo había quedado el nudo.

Ella desapareció tras la puerta, sólo le quedaba ponerse el vestido, algo que no había querido hacer aún para no estropearlo.

Estaba segura de que a Alex le gustaría.

—¿Quién boicotea ahora la boda? —gritó Jack, entrando por la puerta, ya que ella no salía.

Se quedó de piedra cuando la vio vestida de novia. Ella lo miró a través del espejo y preguntó:

—¿Qué tal estoy?

Jack balbuceó un «preciosa» que le dijo todo lo que necesitaba saber y, sin más, cogió un pequeño ramo de rosas rojas que había sobre la cama para marcharse.

Había ido sola a buscar el vestido. No quería que fuese nada recargado, ni exagerado, ni suntuoso... quería algo sencillo, elegante y, por qué no, sexy.

Se decantó enseguida por uno de seda blanca con diminutos cristales cosidos, más abundantes en

el pecho y que iban dispersándose a medida que bajaban hasta los pies. Entallado hasta la cintura, después la falda se abría sin demasiado vuelo, sólo lo justo para ahuecar la tela y formar una pequeña cola en la parte trasera.

El escote era palabra de honor, del que salían dos ligeros tirantes que se cruzaban en la espalda, dejando ésta al descubierto, con un gran escote en forma de pico hasta la cintura.

El pelo se lo había dejado suelto, recogido hacia un lado con unas horquillas pequeñas con adornos de cristal, lo que hacía que toda la melena le cayera sobre el hombro.

A Jack lo impactó su imagen y le costó echar a andar.

Finalmente salieron de su casa de Carabanchel, los dos nerviosos. La ceremonia se celebraría en la gran casa de Alex, que a partir de ahora se convertiría en su residencia oficial.

Jack era el encargado de hacerla llegar sana y salva, o pagaría con su vida, según le había exigido el SEAL y sus amigos, que ahora, a pesar de sus convicciones, también eran los de él. Sonrió al recordar cómo Sugar hizo el gesto de cortarle el cuello con un dedo.

—¿De qué te ríes ahora? —preguntó Salma, más relajada, en el asiento trasero del Maserati negro de Alex.

—Recordaba a los chicos y sus amenazas. Seguro que ya están nerviosos, porque pasan cinco minutos de la hora —rio travieso, sentado al volante.

Salma lo acompañó divertida. Aquellos hombres la protegían como si fuese un tesoro y nunca podría expresar con palabras cuánto se lo agradecía. Ya no tenía familia de sangre, su hermano era el único que le quedaba y ya tampoco estaba...

—Andrés estaría muy feliz de verte tan guapa y tomando esta decisión tan importante —dijo Jack, mirándola por el retrovisor, al ver el gesto triste de su rostro.

Ella lo miró con una sonrisa llena de pena. Ojalá hubiese estado allí su hermano, habría sido quien la acompañase al altar.

—Siempre estuvo orgulloso de ti. No lo olvides —añadió Jack.

Con un pañuelo, Salma se secó las lágrimas y desvió la vista hacia la ventanilla.

Él apretó la mandíbula. No podía dejar que llegase con esa tristeza a la ceremonia. Alex no se lo merecía. Debía hacer algo.

Conectó la radio y buscó una canción que estaba seguro que la haría sonreír. Era de su cantante favorito, acompañado por su segundo favorito. No podía fallar; la había visto sentirse bien cuando la había escuchado en otras ocasiones.

Sin dudar, dio al Play y *Love Never Felt so Good*, de Michael Jackson con Justin Timberlake, comenzó a sonar.

Inmediatamente, Jack levantó la vista al espejo para ver su gesto. Una sonrisa se dibujó en la boca de Salma. Él respiró aliviado, y mucho más cuando comenzó a cantar, aunque no retiró la vista de la ventanilla.

Cuando llegó el estribillo, Salma cerró los ojos sin parar de cantar, recordando la sonrisa de su hermano, que siempre estaría en su corazón, pero aquél era el día más feliz de su vida y debía estar contenta, reír, bailar, cantar y disfrutar.

Jack se animó y cantó con ella el segundo estribillo y así entraron en la urbanización del novio,

con otro ánimo y dispuestos a pasarlo bien.

Alex esperaba nervioso en la entrada de la casa.

Hunter, que iba a ser el padrino del novio, había intentado llevarlo al jardín de la piscina a esperarla, que era donde debía estar, pero había sido imposible.

—Salma me matará —refunfuñaba el hombre, pendiente de la puerta.

—No lo hará. Yo me encargo.

Hunter negó con la cabeza, mientras el resto de los hombres reían a sus espaldas. Si Salma decía que lo mataba, es que lo mataba, y ni la intervención divina ni la de Alex lo iban a evitar.

—¿Estás seguro de lo que haces? —le preguntó Hunter, como era su deber. Casarse oficialmente no era ninguna tontería, era una responsabilidad.

—No lo he estado más en mi vida —contestó Alex, oyendo la música de un coche que se acercaba, y no sólo eso, también a Salma cantando. Nada podía alegrar más su corazón.

—Bien, pues de lo que yo estoy seguro es de que nos matará a los dos si nos ve aquí y no la dejamos entrar como merece a la ceremonia —insistió Hunter—, así que vayámonos antes de que nos vea, ¿vale? Aprecio mucho mi vida.

Alex, satisfecho al saber que ella llegaba ya, accedió y todos menos Spy salieron disparados hacia el altar, situado junto a la cascada de la piscina. Spy guiaría a Salma y Jack hasta allí.

La vida de Alex había vuelto a una relativa normalidad. Salma y él habían decidido compartirla en todos los sentidos hacía mucho, cuando todo iba mal y no sabían si sobrevivirían. Ahora, en aquella etapa tranquila, todo era fácil para ellos. Esperaba que fuese así siempre, aunque fuera una utopía pensarlo.

En los últimos meses habían viajado por el mundo, se habían conocido más y, con otra visión diferente a la que había provocado la tensión de las circunstancias vividas, su relación se habían asentado, sólida y muy fuerte. Por eso Alex había preparado la ceremonia, como prometió. Quería legalizar su relación y Salma no se pudo negar. Ella también lo deseaba, aunque un papel no iba a cambiar sus sentimientos, ni los haría mejores o más fuertes.

Salió del coche con seguridad, nada más detenerlo Jack. Spy la recibió con una gran sonrisa.

—Vaya, Salma. Estás preciosa. ¿Estás segura de que quieres casarte con Alex? Si lo deseas, nos largamos ahora mismo —bromeó, guiñando un ojo, pero la realidad era que lo había impresionado de verdad verla vestida de novia, y podía hacerse una idea del efecto que iba a causar en Alex.

Ella rio ante sus palabras, pero ya no había vuelta atrás. No hacía falta ni contestar.

—Tú también estás muy guapo, Evan —susurró, dándole un beso en la mejilla, que él recibió complacido.

Algo más nerviosa que antes, miró hacia el jardín y aspiró el aroma a flores que invadía el espacio. Era imposible que fuese primavera en otoño, aunque lo era...

Estaban a finales de septiembre, pero el jardín de la casa había sido decorado con flores a petición del novio. Se conocieron una tarde de primavera, Madrid desprendía un olor especial en esa época del año, y quiso que ella, tan sensible por los últimos acontecimientos, recordara ese olor.

Salma aspiró cerrando los ojos y, cuando Jack le susurró al oído si estaba lista, ella asintió cogiéndose de su brazo. Caminaron tras Evan, que les indicaba por dónde debían ir.

Cuando entró en el jardín trasero, la emoción se instaló en su corazón. Allí estaban todos los hombres que habían conseguido que siguiera viva, incluido Brooklyn, y entre ellos destacaba el más especial: Alex.

Estaba guapísimo con su traje negro, camisa blanca con gemelos y corbata rosa claro. Le sonreía feliz, no se había arrepentido en el último momento y la esperaba impaciente.

Junto a él había un juez de paz. Segura, echó a andar con Jack a su lado.

Alex estaba impresionado por la belleza de la mujer que se acercaba como si de un hada se tratara. Estaba maravillosa con su vestido de novia tan acorde con su personalidad. Le daba un brillo especial gracias a los cristales que lo decoraban, incrementando la sensación de que era un sueño y no algo real.

Cuando llegó a su lado, la ayudó a colocarse en su sitio, agradeció a Jack que la hubiese acompañado y se volvió para mirarla. Era todo un espectáculo.

—Estás preciosa —susurró.

Salma sonrió, mordiéndose ligeramente el labio inferior. Lo había oído más veces antes, pero ahora sentía especialmente que era cierto.

Conteniendo las ganas de besarlo de otra forma, le dio un casto beso en la mejilla, lo miró intensamente unos segundos y, emocionada, se volvió hacia el juez. Pronto serían marido y mujer, aunque nada podía superar su primera boda.

Tras la ceremonia y la comida, los hombres de Alex prepararon una pista de baile y, ejerciendo de DJ por turnos, fueron poniendo la música que más sonaba en las emisoras de radio en esos días y, como decía Salma, también hubo una buena dosis de *clásicos*.

Alex miraba sonriente cómo su flamante esposa bailaba divertida con Sugar, Brooklyn y Spy uno de esos temas de música de baile de los noventa que tanto le gustaban.

El capitán Summers se acercó a Alex por detrás con un par de copas de champán, tendiéndole una.

—No te aburrirás nunca —comentó, brindando con él.

—Lo sé —convino, pensando que era verdad.

El capitán vio su expresión y sonrió divertido. Pero no era de eso de lo que había ido a hablarle.

—¿Has pensado ya lo que vas a hacer? Tu puesto sigue vacante.

Alex sabía que tarde o temprano debía dar una respuesta y la verdad era que la vuelta al trabajo se le estaba haciendo cada día más cuesta arriba, igual que a Salma. Les gustaba lo que hacían, pero no la forma en que debían hacerlo.

—Creo que no voy a volver, señor.

El capitán asintió, indicando que lo comprendía, aunque le pesaba mucho que un soldado como él se retirase.

—Lo entiendo, pero... ¿qué harás?

Ésa era una buena pregunta. No lo tenían claro aún, pero la idea de Hunter de la agencia privada de seguridad no era ninguna tontería.

—Estamos pensándolo, pero quizá montemos nuestra propia empresa. Algo a pequeña escala, ya sabe.

—Creo que es muy buena idea, Alex. Hacéis buena pareja también en lo profesional.

—Sí, señor.

—Entonces, estaremos en contacto. Cuando lo tengáis todo montado, llámame. Necesitaré colaboradores y siempre es bueno contar con los mejores.

Él sonrió agradecido. Tener como cliente al Ejército de su país era una gran oportunidad.

—Muchas gracias, señor. Lo haré.

—Y ahora, ve a bailar con tu mujer o lo lamentarás —le ordenó divertido, al ver lo bien que se lo pasaban todos en la pista de baile.

Alex obedeció esa orden, la última que el capitán Summers le había dado en su vida. Se acercó al equipo de música, seleccionó una canción que significaba mucho para los dos y, en cuanto sonaron los primeros acordes, observó cómo Salma lo buscaba con la mirada.

One and Only, de Adele, se oía por toda la casa, haciendo que ambos se transportaran a un momento crucial en su relación, en aquella misma piscina, meses atrás.

Como si fuesen dos imanes de polos opuestos, acudieron el uno al encuentro del otro para reunirse en mitad del jardín.

Se miraron como aquel día, se abrazaron igual que aquel día y siguieron la música, como lo habían hecho en el agua.

—Siempre serás la única —susurró Alex, con ella entre sus brazos—. Siempre.

Salma lo miró emocionada. No hacía falta que se lo dijese, lo había demostrado con creces cada día, en cada palabra, en cada beso, en cada mirada...

—Te quiero, Alex. Eres el único. Siempre.

—Seré todo lo que desees, ya lo sabes.

—Sabiendo que me quieres, no necesito nada más.

Los invitados a la boda observaban la escena y, sin decirse nada, ante la imagen que veían dejaron sus copas sobre las mesas y en silencio abandonaron la casa.

Ajenos a todo, ellos dos siguiendo la suave melodía de la música, Alex la estrechó entre sus brazos y después de sostenerse la mirada el uno al otro durante largo rato, se besaron lentamente, sellando así el comienzo de su nueva vida en aquel hogar que en otro momento fue su salvación y ahora sería su futuro.

Esperaban que lo que estaba por venir fuese más tranquilo y menos peligroso que lo vivido en primavera.

Todo estaba por ver, por vivir y por suceder...

Sólo el tiempo diría...

La incógnita era cuánto...

Agradecimientos

El camino hasta aquí ha sido largo, duro y a veces triste y frustrante, pero por suerte muchas personas maravillosas me han acompañado en él:

Gracias a mi familia por el apoyo y aliento para no desistir, pero sobre todo a mi marido y mi madre, por ayudarme con el peque para acabar la novela. Y... gracias a ti, a mi chiquitín, por hacerme sonreír cada día. Tus besos y tus abrazos; tus «mamaaaaaa» que me hacen saltar de la silla o la cama... Contigo todo tiene sentido.

A Esther Escoriza, mi editora, por creer en mi trabajo y darme esta increíble oportunidad. Por arriesgarse conmigo, por su profesionalidad, voluntad y buen hacer. He aprendido mucho. Y, por ende, a Grupo Planeta por dejarme formar parte de su gran familia. MUCHAS, MUCHAS GRACIAS.

Agradecer hasta el infinito a Kill Them With The Toaster dejarme usar su canción inédita *Karma* en el soundtrack de la novela. ¡¡¡Mucha suerte, chicos!!! ¡¡¡Os deseo muchos éxitos!!! Y sobre todo a Rodrigo Gómez, guitarra del grupo, y su familia, por el apoyo que me brindan desde que publiqué mi primer relato. GRACIAS.

Gracias a Megan Maxwell por animarme siempre a seguir, a que enviara mi trabajo a las editoriales y por sus sabios consejos. Gracias por ser mi amiga y consejera. Nunca me cansaré de decirlo. TE QUIERO.

Gracias infinitas a Belén López (Dulce Repostera) por su ayuda y consejos. Esta historia es mejor gracias a ti.

A Ana Martín Marañón por estar ahí siempre, por ayudarme a ser mejor en todo, no sólo como escritora, y por ser una gran amiga. TE QUIERO.

A Merche Diolch, compañera, pero sobre todo amiga y cómplice. TE QUIERO.

A mis Pollitas Team (vamos a ir pensando en cambiar el nombre del grupo, ¿eh? Jajajajajaa): Ana, Ángela, Elena y Soraya por tantos y tantos ratos de risas, fotos, cafés, comidas, anécdotas, conversaciones nocturnas y todas esas locuras que compartimos y lo hacen todo mucho más fácil. Gracias por estar ahí siempre, por hacer que crea en mí y en lo que hago aunque a veces sea difícil continuar... OS QUIERO.

A tod@s mis lector@s, porque sin vosotros todo esto no tendría sentido. Gracias por estar ahí, por contarme lo que sentís con mis historias y por querer más. También a todos los blogs y páginas de redes sociales e internet que difunden mi trabajo o me dejan un huequito de sus «casas» para colgar la información. Lo hacéis todo mucho más fácil.

Por último, GRACIAS infinitas a todas esas personas que, aun con el paso de los años, la distancia o la falta de tiempo, han tenido un segundo de su vida para llamarme o escribirme dándome ánimos, enhorabuenas, palabras de cariño, para retomar el contacto o visitarme en algún acto. No sabéis lo que me emociona saber de vosotros, veros, abrazaros y escucharos. Todos habéis formado

parte de mi vida y todos formáis partes de mis historias de un modo u otro.

No sé qué me deparará el futuro, tampoco quiero pensar en ello, ¿quién sabe?, lo que sí deseo es que sepáis lo mucho que significa vuestro apoyo y lo agradecida que estoy por ello, tanto de las personas más cercanas, como de las que conozco sólo virtualmente. Todos hacéis posible que siga escribiendo y ojalá pueda seguir haciéndolo.



Siempre me ha gustado escribir y leer, pero hasta el año 2008, tras un accidente doméstico que me mantuvo de baja durante mucho tiempo y que me obligó a dejar mi trabajo como administrativa y gestora de atención al cliente para una gran empresa, no comencé a tomármelo en serio. Así nació mi primera novela, *El guardián de tormentas*, aún sin publicar.

Tras ella comencé varios proyectos, algunos ya acabados, otros en proceso y muchos otros en mente.

En 2014 publiqué mi primera novela, *Lady Shadow*, con la editorial Gramnexo, y posteriormente *Mi vida en tus manos* (Zafiro).

En la actualidad sigo con el resto de mis proyectos, creando nuevas historias que contaros.

Si quieres saber más sobre mí y mis obras puedes seguirme en: <www.facebook.com/marvaquerizoescritora>, <www.instagram.com/marvaquerizo>, <www.twitter.com/MarVaquerizo>.

Todo lo que desees
Mar Vaquerizo

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2015

ISBN: 978-84-08-13809-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com